

Vida, muerte y resistencia
en Ciudad Juárez

Una aproximación desde
la violencia, el género y la cultura

Salvador Cruz Sierra
(coordinador)

Vida, muerte y resistencia en Ciudad Juárez

Una aproximación desde
la violencia, el género
y la cultura



El Colegio
de la Frontera
Norte



El Colegio de la Frontera Norte
Juan Pablos Editor

México, 2013

Vida, muerte y resistencia en Ciudad Juárez : Una aproximación desde la violencia, el género y la cultura / Salvador Cruz Sierra, coordinador. — Tijuana : El Colegio de la Frontera Norte ; México, D. F. : Juan Pablos Editor, 2013.
454 p. ; ilustraciones , 14 x 21 cm

ISBN: 978-607-479-113-6 (El Colegio de la Frontera Norte)

ISBN: 978-607-711-192-4 (Juan Pablos Editor)

1. Mujeres – Crímenes contra – México – Ciudad Juárez 2. Violencia – México – Ciudad Juárez 3. Ciudad Juárez, Chihuahua – Condiciones sociales – Siglo XXI. I. Cruz Sierra, Salvador. II. Colegio de la Frontera Norte (Tijuana, México). III. Juan Pablos Editor (México, D. F.)

HV 6250.4 .W65 V53 2013

Primera edición, 2013

D. R. © 2013, El Colegio de la Frontera Norte, A. C.
Carretera escénica Tijuana-Ensenada km 18.5
San Antonio del Mar, 22560, Tijuana, B. C., México
<www.colef.mx>
ISBN 978-607-479-113-6

D. R. © 2013, Juan Pablos Editor, S. A.
2a. Cerrada de Belisario Domínguez 19,
Col. del Carmen, Coyoacán, 04100, México, D. F.
<juanpabloseditor@gmail.com>
ISBN 978-607-711-192-4

Coordinación editorial: Óscar Manuel Tienda Reyes
Diseño editorial, formación y corrección: Juan Pablos Editor
Imágenes de portada: Luis Iván de Anda López, *Sin título*
y Gerry, Podek y Mou, *México*. Mural ubicado
en Panadería Rezizte. Espacio Cultural Alternativo.
Calle Michoacán 200, Col. Salvárca, Cd. Juárez

Diseño de portada: Mariela Paniagua

Impreso en México/*Printed in Mexico*
Reservados los derechos

Juan Pablos Editor es miembro de la Alianza
de Editoriales Mexicanas Independientes (AEMI)
Distribución: Tinta Roja <www.tintaroja.com.mx>

ÍNDICE

Introducción <i>Salvador Cruz Sierra</i>	11
---	----

PRIMERA PARTE FACTORES ESTRUCTURALES Y ESTRUCTURANTES DE LA VIOLENCIA

Perversión y violencia en la estructura social (ética y justicia contra dinero y mercado) <i>América Espinosa</i>	25
Misoginia y Ciudad Juárez. Sobre los efectos miméticos y contagiosos de las formas violentas <i>Susana Bercovich</i>	39
Identidades infanto-juveniles: pandillas transnacionales <i>Alfredo Nateras</i>	57

SEGUNDA PARTE ESPACIOS Y CUERPOS DE LAS VIOLENCIAS EN JUÁREZ

Juaritos: prohibicionismo, violencia y frontera <i>José Manuel Valenzuela</i>	91
Ciudad Juárez: militarización, discursos y paisajes <i>Héctor Padilla</i>	105

Ciudad Juárez. Sobrevivir: vidas superfluas y banalidad de la muerte <i>Julia Monárrez</i>	143
--	-----

TERCERA PARTE
GÉNERO Y VIOLENCIA FALOCÉNTRICA

El terrorismo de Estado y la violencia falocéntrica letal <i>Guadalupe Huacuz</i>	175
La gestión emocional de la violencia <i>María Jesús Izquierdo</i>	189
¡Ni una más! ¿Traiciona al feminismo la lucha contra el feminicidio? <i>José Manuel Valenzuela</i>	221
El sistema de significación “víctima-victimario” como base de la violencia de género <i>Víctor Ortiz</i>	251
Hombres, masculinidades y violencia de género <i>Raewyn Connell</i>	261
Mediatización/contramediatización de la violencia de género <i>Cynthia Pech</i>	281

CUARTA PARTE
LA VIOLENCIA EN LA PRODUCCIÓN LITERARIA

El <i>narcotriller</i> nacional en <i>Balas de plata</i> de Élmer Mendoza <i>Aileen El-Kadi</i>	303
La novela antidetivesca como protesta social <i>Alicia Gaspar de Alba</i>	331
Crimen y castigo en Ciudad Juárez. Apuntes para una aproximación a la poética narrativa de Arminé Arjona <i>Rocío Mejía</i>	357

La violencia en la literatura: desde Homero hasta Bolaño <i>Elisabeth Ladenson</i>	377
Apuntes para desmenuzar los significados profundos del patriarcado. <i>Presentación de Making a Killing. Femicide, Free Trade, and la Frontera</i> (editado por Alicia Gaspar de Alba y Georgina Guzmán) <i>Mariana Berlanga</i>	393

QUINTA PARTE
COLECTIVOS Y EL QUEHACER CULTURAL
CONTRA LA VIOLENCIA

La cultura como mediadora en situaciones de violencia <i>Alí Mustafá</i>	409
Hacia la democratización del ejercicio y disfrute cultural. Notas breves para documentar lo no documentado: una política cultural del, para y con el municipio de Juárez <i>Martha Miker y Alejandro Arrecillas</i>	425
Conectarte: diez años de colectivos y comunidad en Ciudad Juárez <i>Kerry Doyle</i>	441
Arte-activismo, violencia y redes sociales <i>Cynthia Pech</i>	449

INTRODUCCIÓN

Salvador Cruz Sierra

Los entramados del poder, el efecto mimético de la violencia, los fenómenos de contagio, la condición vulnerable de su objeto, la pregunta siempre vigente por esa singular misoginia, son algunas de las cuestiones que animan estas jornadas.

Si “los extremos muestran el centro”,¹ hoy, Ciudad Juárez es una pregunta abierta, lanzada al mundo.

El acto de recibir la pregunta por la violencia, allí donde ésta se presenta, es también un modo de “¡stop!”, una invitación a incidir sobre esa violencia.

Susana Bercovich, 2011

Este libro es producto de la jornada académica, artística y cultural Vida y Resistencia en la Frontera Norte. Ciudad Juárez en el Entramado Mundial. Esta actividad fue llevada a cabo en El Colegio de la Frontera Norte en Ciudad Juárez en octubre de 2011. El espíritu de esta jornada fue de vincular la actividad académica con la producción artística y cultural local, con énfasis en la situación de violencia social, criminal y homicida que se agudizó en esta ciudad a partir de 2008. Juárez como foco de atención y ente emblemático de la violencia social, generalizada en el territorio nacional, se constituyó como un crisol donde se funden y entretujan diversas violencias, estructurales y dinámicas, indivi-

¹ Leo Bersani.

duales, interpersonales y colectivas por ello se tornó un caso paradigmático. Pero Ciudad Juárez también se muestra como una sociedad que lucha y resiste los embates de la misma violencia. Hombres, mujeres, niños(as), jóvenes, ancianos que conforman esta sociedad encarnan en sus propios cuerpos los factores estructurales de la violencia, a partir de su condición de género; también son quienes transforman y resignifican su dolor y realidad a través de diversas prácticas que devienen en una acción política, como la actividad cultural que desarrollan tanto individuos como colectivos en el ámbito del nivel comunitario. Por ello, nuestra mirada hacia la violencia más cruel y lacerante, pero también hacia la más imperceptible, es a partir del género, la sexualidad y la cultura, incluida dentro de ésta la producción artística, tomando como punto de referencia a Juárez para llevar el análisis a un pensamiento que trasciende las fronteras y nos interroga por la violencia en el mundo.

JUÁREZ EN EL ENTRAMADO MUNDIAL

Ciudad Juárez, como un caso que responde a políticas locales, nacionales e internacionales, se erige como una ciudad emblemática de la impunidad que sucumbe a los efectos devastadores de los capitales financieros, al crimen organizado transnacional, a la corrupción de los gobiernos y de la clase política, por ello se enmarca en el entramado mundial. Territorio fronterizo, ilegalidad, precarización social, marginalidad, segregación y abyección, se entrecruzan con afectividad, sexualidad, configuración de género, pero también con formas de vida y resistencia que emergen como elementos inherentes de la condición humana. Elementos que dan sentido y configuración a formas particulares de interacción, de sociabilidad, de distinción entre lo uno y lo otro, y que a su vez son producto y condición de la violencia encarnada en individuos, grupos e instituciones que se padece en esta frontera. Dos ciudades contiguas: Juárez y El Paso. Sobre Juárez recae el estigma de ciudad permisiva para la droga, la prostitución y la criminalidad; ideas que son reforzadas por la aguda violencia perpetrada por el

crimen organizado en las dos últimas décadas, lo que le ha hecho ganarse el título de la más peligrosa no sólo de México, sino del mundo, mientras que El Paso llegó a ser considerada una de las ciudades más seguras de Estados Unidos.

Las fronteras geográficas que marcan territorios en su sentido más material, delinear y establecen límites espaciales más o menos claros; sobre ellas se construyen muros que se presumen inmóviles e impenetrables, sin embargo, dichas fronteras parecen ser más flexibles y porosas de lo que aparentan, pues por sus orificios transitan indocumentados, drogas o armas. Por otra parte, la frontera permite la construcción de sujetos sociales que reencarnan identidades sociales y sexuales diversas, transitoriedad y desplazamiento de deseos, identidades y prácticas que se mueven y cruzan desde la norma heterosexual más convencional hasta la disidencia sexual más notoria.

En la extrapolación del sentido de “frontera” de la geografía a lo psíquico nos habla de la recreación de la subjetividad en los bordes que delinear los límites entre lo mismo y lo distinto, entre el *self* y lo “otro”. La estrecha relación entre el par identidad/alteridad no necesariamente significa homogeneidad de uno y otro lado, ni tampoco una disociada u opuesta visión identidad personal/identidad social, sino una pluralidad en la singularidad y una reciprocidad de miradas. En este sentido, la frontera marca una línea divisoria que a su vez da forma a múltiples rostros, heterogeneidad de espacios, diversidad de estilos de vida y, por ende, variedad de sujetos sociales que significan de forma particular su sí mismo.

La multiculturalidad y pluralidad de identidades, experiencias y realidades se han velado ante el rostro de la violencia ruin, y aunque es difícil establecer delimitaciones cerradas donde se circunscriban espacios, sujetos y prácticas unívocas o generalizables, pues muchas veces éstos se sobreponen, la tendencia común ha configurado a Ciudad Juárez como la cara de la ilegalidad, decadencia y perversidad, lo que ha reforzado el estigma que desde hace más de un siglo recae sobre la ciudad. Si bien la violencia social puede ser vista como el producto de una “relación social particular de con-

flicto” (Carrión, 2003:53), que se entreteje en las relaciones en que se encuentran inmersos grupos y personas en un contexto económico, político, histórico y cultural específico, también es cierto que los intereses y políticas externas llegan a generar condiciones que posibilitan el problema de la violencia.

La condición histórica y la singularidad coyuntural que caracteriza a la actual situación de Ciudad Juárez han hecho que se le perciba como un problema local, sin embargo, por la envergadura y el exhibicionismo de la violencia e impunidad prevaliente se evidencia su interdependencia con otros niveles y regiones. Si bien la ubicación geográfica es estratégica y marca particularidades del fenómeno, las redes que se forjan trascienden los territorios. Desde el agotado discurso que justifica la llamada guerra contra el crimen organizado, emprendida por el gobierno federal, que plantea los múltiples asesinatos como una consecuencia de la lucha de los cárteles por los territorios, sin dejar de reconocer que es relevante el control geográfico y funcional de un territorio por parte del crimen organizado y que dicho ejercicio tiene una base política, económica y social local (Serrano, 2005:37), la simpleza y el reduccionismo con que se le plantea obvia el entramado entre los intereses del mercado global y el crimen empresarial ilegal transnacional.

Bauman (2006:114) señala que “los lugares ya no protegen, no importa cuán fuertemente armados y fortificados estén. La fuerza y la debilidad, la amenaza y la seguridad se han convertido, esencialmente, en problemas extraterritoriales (y difusos) que eluden toda solución territorial (y nítida)”, por ello retoma de Castells el concepto de “espacio de flujos” (Bauman, 2006:115), que da un sentido extraterritorial y libre de toda bandera o control político, donde el espacio global ha asumido el carácter de espacio de frontera, por lo tanto de frontera global.

La violencia que se vive en Ciudad Juárez confluye de múltiples expresiones, como la social, comunitaria, familiar, interpersonal o meramente individual. Se ha señalado una distinción entre la violencia social y la violencia del crimen organizado, como una violencia particular (Sassen, 2012). De ser así, una particularidad que

esta violencia ha producido es el total caos y un ilegible panorama, pues se ha hecho indistinguible entre los actores que la generan y los que la combaten. No se distingue entre enemigos, criminales, agresores, policías o agentes del orden y la ley parece desvanecerse. Bauman señala que como espacio de frontera, la confianza es lo último que se ofrecería y la lealtad lo último que se puede esperar (Sassen, 2012), pues se prioriza obtener beneficios o una mayor conveniencia con base en alianzas y rivalidades confluentes, por ello, todo individuo pasa a ser sospechoso, tal como lo describe un joven promotor cultural: “Sube y baja gente que te analiza, te mira a los ojos, intenta descifrar tu vida. ¿Eres sicario, *dealer*, extorsionador, andas movido?”. La guerra contra el crimen no sólo desmascara una ausencia de política sino también un Estado débil que en la ficción de combate ha tomado como presa fácil a los sectores más desfavorecidos de la sociedad, además de agitar el crimen común y otras expresiones de violencia propias de una sociedad familiarizada con la ilegalidad.

Ciudad Juárez, con una población aproximada de 1 330 000 (INEGI, 2010) habitantes, cuenta con un índice delictivo que la clasifica como una de las ciudades más violentas del país. Datos del ICESI (2010) indican que durante 2009 ocupó el primer lugar a nivel nacional en homicidios dolosos, homicidios del fuero común y secuestro. La violencia social se ha visto severamente incrementada por el crimen organizado en sus diversas expresiones, desde los crímenes de alto impacto como la extorsión y el secuestro, hasta el homicidio doloso. Es precisamente la muerte propinada mediante el exceso de violencia lo que ha generado un mayor dolor directo en las víctimas y sus familias, así como a la sociedad en su conjunto. El peso simbólico del exterminio cotidiano y sistemático de personas ha instituido la muerte y la violencia como una presencia cotidiana, pues solamente en diez por ciento de los días comprendidos en cuatro años de matanzas no se ha presentado, oficialmente, un evento homicida.

De 2008 a 2011 se han registrado en la ciudad más de ocho mil asesinatos violentos, dentro de los cuales 400 corresponden a mujeres. El estado crítico de esta situación está puesto no sólo, la-

mentablemente, en la pérdida de vidas humanas, sino también en la degradación de lo humano en tanto que parece inoperante nuestra identificación con nuestros semejantes. La crueldad que se presenta en el exterminio homicida denota el sadismo como estrategia de atemorizamiento, y junto con ello la inoperatividad de la ley, la corrupción y la impunidad absoluta, pues los casos procesados por estos delitos no alcanzan ni diez por ciento de los eventos homicidas. Ciudad Juárez se ha constituido como un espacio vacío de ley legítima, como un agujero en la justicia. Ello hace hablar de un Estado débil, un Estado fallido y, por lo tanto, del dominio por parte de poderes alternos al mismo Estado.

Sin embargo, en la imposible y nebulosa delimitación entre dicotomías como buenos-malos, autoridades-criminales, lucha entre cárteles, guerra al crimen organizado, se erigen de forma contundente, cercana y clara las víctimas más afectadas: mujeres y hombres pobres, y jóvenes. Se les criminaliza y señala como responsables de la violencia, involucrados en el sicariato, pero también se les asesina, se les encarcela, se les adjudican delitos o se les mira con sospecha.

Agamben (1998) señala que el Estado, como parte de sus sofisticadas estrategias políticas, crea a través de una serie de tecnologías cuerpos dóciles, cuerpos biopolíticos asimilados a la exclusión y la marginación, lo que da lugar a la nuda vida. Son estos cuerpos jóvenes, pobres, marginados y excluidos, material de desecho del crimen organizado, a los que se les acusa de vender su vida por unos pocos días de poder y placer, y a los que se les da muerte sin tener derecho a la justicia. “Narcomenudistas de poca monta”, “cholos”, “drogadictos” o “mujeres provocativas”, aparecen como responsables de su propia muerte, como basura o escoria social, es decir, como nuda vida. Es el Estado, junto con sus instituciones, ideologías, creencias culturales y formas estereotipadas sobre grupos estigmatizados, el que configura vidas a las que se les puede dar muerte sin que ocasione castigo, como señala Bauman (2006: 138), es decir, seres humanos que han sido arrojados más allá de las leyes humanas y divinas, lejos de toda significación ética o religiosa, un *homo sacer*.

En este marco de violencia agudizada impera la urgencia de emprender acciones que contribuyan a detener los asesinatos de hombres y mujeres; para ello se llevó a cabo la jornada académica, artística y cultural Vida y Resistencia en la Frontera Norte. Ciudad Juárez en el Entramado Mundial. Dicho evento, convocado por El Colegio de la Frontera Norte y el cual constituye el antecedente *inmediato* del presente libro, fue una respuesta por parte de colegas cuyo tema de estudio o de interés político se ocupa de la violencia. La jornada congregó de manera generosa y solidaria a especialistas nacionales e internacionales a discutir *in situ* la temática que aqueja a la nación y al mundo entero, la violencia. La jornada y los productos académicos que ahora publicamos han sido la respuesta ante un llamado para detener dicha violencia.

Una de las prioridades de la jornada fue la de establecer un diálogo entre quienes trabajan en las universidades y centros de investigación sobre problemáticas vinculadas a la violencia junto con artistas, intelectuales, organizaciones y promotores culturales, para en conjunto pensar el armazón, las aristas, las expresiones y el enmarañamiento inherente a las experiencias de las diversas violencias. Junto con ello, visibilizar las formas de resistencia y estrategias de supervivencia que los sujetos emplean para dar continuidad a la existencia humana, para recobrar el sentido de la vida y sobreponerse a las vicisitudes de vivir día a día con miedo, con zozobra y con el riesgo de ser la próxima víctima, pero particularmente resulta relevante conocer cómo se simbolizan y resignifican las prácticas de la violencia y se buscan diversas expresiones culturales para transformarlas, procesarlas y superarlas.

El espíritu de la jornada tendría un tono positivo alejado de la visión derrotista y dolorosa de la devastadora violencia existente. Para ello, también se conjugó el trabajo con el arte y la cultura, para dar voz a quienes trabajan con acciones propositivas, estimulantes y creativas; por ello se hizo hincapié en hacer alusión a la vida y las formas de resistencia en sus múltiples manifestaciones culturales. La cultura, como ha sido sobradamente discutido, no se reduce a una clasificación general de las artes o el cultivo de las

virtudes humanas, a la religión o a los significados y representaciones que tiene una sociedad, sino también a su lenguaje, creencias, costumbres, hábitos y valores compartidos. La cultura en este sentido expresa, a través de determinadas simbolizaciones y representaciones, ciertas visiones, sentimientos, vivencias e ilusiones que hablan de determinadas “realidades”.

El esquema que tuvo el evento es el que se propone para la presente publicación. Los elementos centrales de análisis para la violencia se concretan en tres ejes: factores estructurales de la violencia, género y cultura. Asimismo, debido a su importancia, se presenta un apartado exclusivo que muestra trabajos realizados y pensados en Juárez. El primer eje, factores estructurales de la violencia, permite mostrar los elementos estructurales que posibilitan la expresión de la violencia desde las condiciones socio-culturales que configuran determinadas subjetividades, como un marco general de análisis para pensar la violencia desde diversas aproximaciones disciplinarias, teóricas y epistemológicas. El segundo eje prioriza las expresiones de las violencias en las subjetividades masculinas y femeninas, y materializadas en cuerpos de hombres y mujeres, pues las experiencias concretas adquieren sentido y significación a través de cuerpos sexuados y conformados bajo una inscripción de género. El tercer eje asume que la experiencia de la violencia se devela en diversos rostros a través de la poesía y el arte emergente, pero también en las formas espontáneas de afrontamiento del dolor, del miedo y la sinrazón bajo toda acción llevada a cabo en la práctica cotidiana. Salir a la calle representa en sí un acto político, tomar el espacio público es una acción reivindicativa, participar en una manifestación es una demanda por la justicia, crear una obra, componer una canción o expresar y canalizar a través del canto la ira, el enojo, la impotencia o la felicidad misma, son actos que permiten procesar y transformar simbólicamente vivencias dolorosas.

Los trabajos que aquí se presentan han sido organizados en el mismo esquema conceptual propuesto, corresponden a diversas disciplinas de las ciencias sociales y desde diferentes marcos teóricos, metodológicos, así como perspectivas epistemológicas. La

riqueza de este diálogo conjunto se ha visto incrementada por el debate plasmado en cada uno de los documentos.

En la primera parte, “Factores estructurales y estructurantes de la violencia”, se analizan elementos estructurales que dan cuenta de la conformación psíquica y social de la violencia, así como subjetividades proclives a ejercerla. Una aproximación psicoanalítica recurre a lo conceptual y sus relaciones, mediante el empleo de categorías conceptuales como la de goce, castración o perversión. Pero también se suscitan interrogantes: ¿hay una explicación de nuestra tendencia hacia la violencia? ¿Cómo se inscribe en los sujetos la muerte, la destrucción y la violencia como fuentes erógenas? ¿Cómo opera el contagio de la violencia? Interrogantes complejas que pretenden encontrar resonancia y respuesta en los trabajos expuestos en esta compilación. Como caso específico de la violencia estructural y de las condiciones políticas y económicas globales, se aborda un caso en específico de las pandillas transnacionales, que pretende mirar los procesos, tejer las articulaciones con la parte subjetiva de la vida social, en especial con los sujetos transnacionales agrupados en las *clicas* de la MS-13 y del B-18. En este sentido, para el caso de Ciudad Juárez resulta sustancial ahondar en las condiciones de pobreza y marginalización social en que están inmersos los jóvenes, es decir, las vinculaciones entre la juventud, las pandillas y las redes transnacionales del crimen organizado.

En la segunda parte, “Espacios y cuerpos de las violencias en Juárez”, se presentan trabajos cuyo propósito es mostrar algunas de las problemáticas más apremiantes en esta ciudad para impulsar un diálogo y debates más amplios. Ciudad Juárez, por ser en estos momentos coyunturales un escenario donde se conjugan diversas problemáticas sociales, representa un caso paradigmático que da cuenta de muchos de los interrogantes y preocupaciones teóricas y políticas y que, por lo tanto, no son ajenas a otras dificultades que se presentan en otros lugares del mundo. En este sentido, problemáticas muy sentidas en la localidad, como el feminicidio y la militarización, son expuestas y analizadas con atinada precisión y pertinencia. Este apartado se inicia con un trabajo excep-

cional sobre la historia y el contexto sociocultural de Juárez que permite comprender las condiciones que posibilitaron la violencia que ahora se observa de manera contundente.

La tercera parte, “Género y violencia falocéntrica”, reúne trabajos de la cultura de género, justifica su pertinencia no solamente por las cifras de incidencia de violencia hacia las mujeres, sino también por la relevancia que requiere actualizar la discusión en este campo de estudio, su abordaje teórico y las implicaciones políticas. Uno de los propósitos fundamentales de este eje es analizar la construcción de las subjetividades masculinas y femeninas y su imbricación en la problemática de la violencia de género. Particularmente, resulta de vital relevancia el debate de la visión dominante con que se han abordado los estudios de violencia de género y las implicaciones políticas que ello tiene. El abordaje de otros marcos conceptuales, como la teoría de la complejidad y otras miradas que vayan más allá de las dicotomías víctima-victimario resultan necesarias. Si bien el debate está aquí expuesto de manera clara, y esto conlleva a posturas diversas tanto teórica como políticamente, la discusión no ha sido agotada, por lo que las aportaciones de dicho debate representan el inicio de un mayor análisis y reflexión profunda.

La cuarta parte, “La violencia en la producción literaria”, contiene propuestas que dan cuenta de diversas expresiones de la violencia en la producción literaria. Como ya he señalado anteriormente, el arte no sólo refleja la realidad, sino también permite comprender y procesar el sufrimiento humano. A su vez, la creación literaria puede reproducir y contribuir al reforzamiento de convenciones sociales, ideologías, estereotipos y prejuicios sobre determinados grupos sociales, o encontrar explicaciones jamás pensadas en el campo científico. La literatura posibilita en su escritura indagar y llegar a lugares inimaginados por la investigación más académica. No es mera ficción, pues quien escribe está imbricado en su entramado cultural, pues es un sujeto con su *extimidad*, esto es, en palabras de América Espinoza, sus vínculos y nexos con su realidad contextual. Se abordan la novela, el *narcotriller* y hasta la poesía, ésta inspirada en la obra de una poetisa juareense. El aná-

lisis crítico de la multiplicidad de escrituras permite no solamente conocer la experiencia social sobre determinadas realidades vinculadas a la violencia, como el feminicidio, el crimen o el mundo del narcotráfico, sino también dar cuenta de la práctica social y cultural del medio donde se producen.

Finalmente, la quinta parte, “Colectivos y el quehacer cultural contra la violencia”, muestra las experiencias que en materia de política cultural se han implementado en la ciudad. Resulta relevante dar a conocer algunos de los trabajos de intervención comunitaria que se han llevado a cabo con el propósito de menguar los efectos devastadores de la violencia, esfuerzos locales y nacionales que han surgido como respuesta a la violencia. La acción en el campo cultural representa una potente herramienta para la transformación social y para abatir los problemas. Los trabajos que componen este apartado dan cuenta de los esfuerzos de diversos colectivos que realizan trabajo en zonas de gran marginación social. En este sentido, se requiere promover la participación ciudadana en la vida cultural y demandar políticas culturales inclusivas e integrales, pues históricamente se le ha dado mayor relevancia y apoyo a la creación artística, y poca participación a la difusión del arte, lo cual ha dejado excluidos a los sectores más marginados y vulnerables. Compartir y visualizar nuevas y creativas estrategias de trabajo posibilita la implementación de proyectos culturales enfocados en la atención de la violencia social y de género.

BIBLIOGRAFÍA

AGAMBEN, Giorgio

1998 *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, traducción de Antonio Gimeno Cuspinera, Valencia, Pre-Textos.

BAUMAN, Zygmunt

2006 *La sociedad sitiada*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

BEREZIN, Ana N.

2010 *Sobre la crueldad. La oscuridad en los ojos*, Buenos Aires, Psicolibro Ediciones.

CARRIÓN, Fernando

- 2003 “De la violencia urbana a la convivencia ciudadana”, en Lilian Bobea, *Entre el crimen y el castigo. Seguridad ciudadana y control democrático en América Latina y el Caribe*, Ecuador/República Dominicana, Woodrow Wilson International Center for Scholars, pp. 51-83.

INSTITUTO CIUDADANO DE ESTUDIOS SOBRE LA INSEGURIDAD (ICESI)

- 2010 “Estadísticas oficiales, Denuncias registradas Fuero Común”, México, ICESI.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA, GEOGRAFÍA E INFORMÁTICA (INEGI)

- 2010 *Desocupación. Tasa de desocupación nacional trimestral*, serie unificada, Aguascalientes, INEGI.

SASSEN, Saskia

- 2012 “Más allá de la desigualdad: expulsiones”, conferencia, 9 de diciembre, México, El Colef.

SERRANO, Mónica

- 2005 “Crimen transnacional organizado y seguridad internacional: cambio y continuidad”, en Mats Berdal y Mónica Serrano (comps.), *Crimen transnacional organizado y seguridad internacional. Cambio y continuidad*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 27-61.

SOFSKY, Wolfgang

- 2004 *Tiempos de horror. Amok, violencia, guerra*, Madrid, Siglo XXI.

PRIMERA PARTE

FACTORES ESTRUCTURALES
Y ESTRUCTURANTES
DE LA VIOLENCIA

PERVERSIÓN Y VIOLENCIA
EN LA ESTRUCTURA SOCIAL
(ÉTICA Y JUSTICIA CONTRA DINERO Y MERCADO)

América Espinosa

INTRODUCCIÓN

La presente investigación toma como principal referente el psicoanálisis de Freud y Lacan; también se incluye otros planteamientos analíticos y conceptuales que intentan explicar la condición de la violencia en un sentido estrictamente social, esto es, fuera del contexto de la clínica. Evidentemente no es posible analizar una denominada “realidad social”, sin considerar a los sujetos que la producen o constituyen, reproducen y transforman, como no es posible pensar al sujeto sin su *extimidad*, esto es, sus vínculos y nexos con su realidad contextual. Aunado a lo anterior, se parte de que la condición de los sujetos y de la sociedad están contenidos y sostenidos en una espiral de discursos que se transforman, pero que pueden identificarse a partir de elementos estructurales que los conforman, de tal manera que estos elementos pueden proponerse a partir de lo que en psicoanálisis se denomina como lo conceptual y sus relaciones, como por ejemplo la categoría del *goce*, de la *castración*, de la *perversión*, etc., conceptos siempre en profunda y constante revisión. Por otro lado, desde una perspectiva analítica socioeconómica, considerando la propuesta de Dany-Robert Dufour (2007), se puede plantear que la condición del libre mercado ha determinado un nuevo discurso que atisba, construye, exalta y legitima el lugar de los excesos, del consumismo avasallante que desborda al sujeto y produce una transformación en la estruc-

tura social (a la que podemos llamar *perversa*), una manifestación particular de diversas formas de *goce*, que ha ido produciendo un giro a la ilusión y a la ética civilizadora de las premisas filosófico-científicas postuladas en el siglo xx. La búsqueda de libertad, como ideal, los preceptos individualistas del *liberalismo económico*, la fragilidad de la condición humana frente a los excesos, el falicismo del poder, aunado al desarrollo científico-tecnológico, son elementos analíticos que permiten pensar el nuevo orden del discurso y la manifestación de las formas de violencia actual. El trabajo propone un deslizamiento del discurso psicoanalítico para pensarlo desde el nuevo discurso del libre mercado, que sustenta el liberalismo económico, y subrayar ese giro planteado a partir de la legitimación del poder del dinero y sus excesos, ligado al consumo de la mercancía y al imperativo del goce que da como resultado un Estado vulnerado en su estructura, en su legalidad, a partir de estos nuevos discursos. Un Estado que debería resguardar, limitar y regular el goce para garantizar la propia condición social de la cual es su sustrato, es vulnerado en su ética —desde donde sólo se puede contener— y se desgarra en la injusticia.

VIOLENCIA, VIOLENCIAS, ACTOS VIOLENTOS

Considero que el tema de la violencia y su discernimiento es necesario, prioritario y relevante, por lo que debe tratarse con rigurosidad y una profunda reflexión a efecto de apoyar los procesos de elaboración que se requieren con carácter de urgencia, dadas las diferentes manifestaciones de violencia que vive la sociedad mexicana; lo anterior, a fin de contar con elementos que sirvan de frente, de contención y de resistencia a esta violencia, y que nos orienten en cuanto a las acciones que deberíamos tomar para participar.

La problemática de la violencia nos enfrenta a la tarea de una urgente revisión y análisis de los elementos que están incidiendo en su manifestación, sean éstos de orden *político, económico, social o subjetivo*.

Muchos de los que trabajamos el orden clínico-subjetivo —como psicoanalistas—, o el ámbito de la investigación académica, consideramos que un sujeto no es independiente de lo social, un sujeto es lo social; en los procesos sociales se produce una espiral dialéctica donde lo subjetivo es social y la sociedad es también subjetiva.

Lo que ocurre a nivel social transita desde la particularidad de la subjetividad convertida en acto y todo lo que ocurre en ella. Los hechos violentos son realizados o comandados por sujetos particulares. Esta particularidad hace juego como *extimidad*¹ en el juego de lo social.

Por lo anterior propongo adentrarnos un poco en los laberintos de la constitución del sujeto, de la subjetividad, para indagar sobre la violencia, los actos violentos y sus distintas manifestaciones. Este adentramiento es posible a través de algo a lo que podríamos llamar lo conceptual.

Son necesarias las líneas, los puntos de anudamiento o tópicos reflexivos como elementos conceptuales, que posibiliten explicaciones, a fin de dar orden al caos existente y resistente a la comprensión de las manifestaciones de los actos de violencia generalizada y cruenta de los que hemos tenido noticia; todo lo anterior, a través de la única forma en que producimos todos los discursos: desde lo simbólico y lo imaginario.

En este espacio, hablar de estructura y/o elemento estructural hace referencia a ese ámbito de lo simbólico que sirve de base y contención a lo caótico de lo pulsional, de tal suerte que preguntarnos por los elementos estructurales que gestan las condiciones de violencia es preguntarnos asimismo por la condición de un sujeto que emerge de lo pulsional, siendo éste también su derrotero. Pero es necesario no quedarse ahí, sino problematizar lo que interpretamos como *lo social* y, desde ese lugar, proponer hipótesis que sirvan como preámbulos de respuestas a los planteamientos iniciales.

¹ Término creado por Lacan que ha ido constituyéndose en un concepto ligado a un movimiento posibilitado por la *continuidad* entre el afuera (*exterior*) el adentro (lo *ín-timo*) (Evans, 1997:86).

Es necesario pensar las violencias a partir de sus contextos, de sus matices, de sus ámbitos. El acto violento como modalidad de síntoma y significante de un contexto mucho más amplio de lo que aparenta.

GOCE, PERVERSIÓN Y CASTRACIÓN

En la referencia conceptual psicoanalítica, y en la consideración del inédito freudiano de la pulsión, podemos concebir al sujeto y sus violencias como una condición determinada desde lo pulsional.

Lo pulsional en psicoanálisis queda fuera de cualquier determinación biológica, esto es fundamental para comprender la condición constituyente de lo psíquico. Lo pulsional y su manifestación depende de la particularidad de la vida de los sujetos, de sus formas de relación y sus vínculos.

Lacan coloca a la pulsión en un circuito que en el retorno (en la mirada del Otro) hace aparecer al sujeto; esto implica que el sujeto emerge como tal en la imposibilidad de la satisfacción de la pulsión. Cuando la pulsión va de retorno en su no aparecer, en lo que queda, allí vinculado a la sexualidad aparece el sujeto. La pulsión nunca se satisface, y si se satisface sólo es en forma de circuito, en forma de regreso, en el elemento hueco, vacío.

En ese elemento de retorno se instaura el lugar del Otro, que constituye lo inconsciente.

Lacan define la pulsión como un montaje:

Es el montaje a través del cual la sexualidad participa en la vida psíquica, y de una manera que tiene que conformarse con la estructura de hiancia característica del inconsciente [...] Lo reprimido primordial es un significante, y aquello que se erige encima para constituir el síntoma podemos considerarlo siempre como andamiaje significativo. Lo reprimido y el síntoma son homogéneos y siempre reductibles a funciones significantes (Lacan, 1987:183).

El ámbito constituyente al que hace referencia el psicoanálisis, lacaniano principalmente, es el ámbito de la estructura. Estructura

tura en primera instancia como representación de esas relaciones; espacio simbólico constituyente del sujeto, aquello que funda aún sin estar ahí, lo simbólico con su correlato, lo imaginario y lo real. Estructura como posición del sujeto frente al otro o *lo* otro. La pulsión es el circuito, la estructura, la posición (Lacan, 1981:327).

La pulsión no es la perversión, esta última se define, dice Lacan, por la manera de colocarse en ella el sujeto. Esto es, es un modo particular que tiene el sujeto de situarse en relación con la pulsión (Lacan, 1987:189).

La perversión no es aberración respecto a los criterios sociales, anomalía contraria a las buenas costumbres; es una experiencia eminentemente humana, siempre frágil, siempre a merced de un vuelco donde el sujeto se disuelve como tal, donde el sujeto queda reducido a instrumento. Dice Roudinesco parafraseando a Freud:

Según Freud, la perversión constituye una estructura psíquica: no se nace perverso, se deviene al heredar una historia singular y colectiva donde se mezclan educación, identificaciones inconscientes, traumas diversos. Después de todo depende de lo que cada sujeto haga con la perversión que lleva en su interior: rebelión, superversión, sublimación [...] o, por el contrario, crimen, aniquilamiento de uno mismo y de los demás.

En la perversión hay un sujeto que se sitúa como objeto de la pulsión, como objeto-instrumento de una voluntad de goce que no es propia (Roudinesco, 2009:114).

Goce entendido como un ir más allá del principio del placer, esto es, debe quedar claro que para el psicoanálisis la entrada del sujeto en lo simbólico está condicionada por una cierta renuncia al goce a partir de la castración, ésta significa un rechazo al goce para poder instaurar la falta y producir el deseo. Prohibición y transgresión se producen como las antinomias necesarias para hacer que el circuito se mueva.

Cabría distinguir, por otro lado, entre actos perversos y estructuras perversas; los actos perversos pueden ser realizados fuera de la estructura perversa. Una estructura perversa sigue siendo

perversa aun cuando los actos asociados con ella aparentemente sean socialmente aprobados.

Al respecto es muy interesante lo que Elisabeth Roudinesco revisa en su texto *Nuestro lado oscuro*, donde nos plantea acerca del genocidio de Auschwitz lo siguiente:

El nazismo inventó un modo de criminalidad que pervirtió no sólo la razón de Estado sino, en mayor medida todavía, la pulsión criminal en sí, puesto que en semejante configuración el crimen se comete en nombre de una norma racionalizada, y no en cuanto expresión de una transgresión o de una pulsión no domesticada (Roudinesco, 2009:145).

Propone que el criminal nazi no podría ser heredero del criminal sadiano, ya que el segundo obedece más bien a una naturaleza salvaje que lo determina, pero jamás aceptaría someterse, como el criminal nazi, a un poder estatal que lo supeditara a una ley del crimen.

Roudinesco señala que la sociedad industrial y tecnológica tiende a conformarse como una sociedad perversa; al respecto dice:

Si la sociedad industrial y tecnológica de hoy tiende a devenir perversa unas veces por la fetichización pornográfica de los cuerpos, otras a través del discurso médico puritano que anula la noción de perversión, y otras, en fin por la elaboración de las tesis insensatas sobre la relación del hombre con el animal, queda por identificar quiénes son ahora los perversos, dónde comienza la perversión y cuáles son los grandes componentes del discurso perverso actual (Roudinesco, 2009:212).

Roudinesco afirma finalmente que cuanto más fuerte es la anulación que se haga del término perversión, cuanto menos capaces seamos de nombrarla, mayor será la medida en que no reconocamos su evidencia, su presencia, mayor es la posibilidad de enfrentarnos con nuestro lado oscuro.

Ahora bien, es importante en ese reconocimiento de la perversión ahondar sobre las violencias que se desprenden de ella, casi

sin darnos cuenta. En el ámbito de la cotidianidad se muestra la perversión, y es necesario señalarla a fin de proponer un discurso por el lado del lazo, por el lado del límite que conforme una ética frente a la dificultad del goce y sus excesos. Para ello, tomaré el planteamiento de un filósofo que hace una propuesta analítica y crítica de la posmodernidad y sus violencias.

VIOLENCIA, GOCE Y DISCURSO DE LA POSMODERNIDAD

El filósofo Dany-Robert Dufour,² discípulo de Lyotard, ofrece una muy peculiar interpretación en torno al discurso de la posmodernidad (Dufour, 2007). Dufour propone que la posmodernidad representa la caída de los grandes relatos de emancipación de la humanidad; estos relatos son el relato monoteísta y el relato de la ciencia en cuanto *logos*. El relato o discurso³ del logos consiste en perseguir lo que podría denominarse la elevación del alma desde lo que los griegos llamarían *epithumia* hasta alcanzar el *nous*.

La *epithumia* griega, que estaría conformada por lo pulsional, tendría que elevarse hacia el *nous*, que representaría una elevación hacia la inteligibilidad, a partir de lo que llama Dufour un domoñamiento de las pulsiones.

Dufour considera que la pulsión se padece como pasión y que el mejor destino que podría tener es conducirla, a la manera de Freud, hacia la sublimación o hacia la simbolización.

También refiere que, asociado al derrumbe de los grandes relatos, está el fin del relato del pensamiento crítico de Kant y el relato de la emancipación social de Marx, que eran los relatos del proyecto de la modernidad que configuraron una línea de pensamien-

² Parte del contenido de este apartado se extrajo de los apuntes tomados del seminario *El liberalismo como liberación de las pasiones y de las pulsiones: un estado de violencia generalizado*, realizado en la Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco, en mayo de 2011.

³ Cabe señalar que Dufour no hace una diferencia entre los términos de relato o discurso.

to denominada también del *trascendentalismo alemán*, opuesto al relato o discurso del *liberalismo inglés*, este último el gran relato vencedor por el cual se inicia una nueva época denominada “pos-modernidad”.

El relato del liberalismo inglés posee en su estructura una dimensión predominantemente psicológica, que fue exaltada durante el periodo de la modernidad: la dimensión del hedonismo.

Propone que la esencia del liberalismo inglés consiste fundamentalmente en la liberación de las pulsiones. A diferencia del propio Freud de la modernidad, quien proponía, según Dufour, un relato en torno a la neurosis, las pérdidas, la falta, el deseo y la sublimación o contención de las pulsiones muy parecido al de los griegos.

El liberalismo inglés como el relato predominante invertirá este principio de “elevación del espíritu”, que ha sido eje fundamental de las civilizaciones, y provocará en esta inversión un retorno al caos y a la generación de mayor violencia.

Dufour plantea que la construcción del pensamiento del liberalismo se inicia a partir de un texto denominado *La fábula de las abejas*⁴ cuyo autor, Bernard de Mandeville (1704), si bien lo escribe como sátira, se toma como la plataforma de un nuevo pensamiento. El texto sostiene una máxima que el liberalismo adopta como el gran relato que funda y estructura una nueva forma de discurso social; esta máxima es: “Los vicios privados constituyen las riquezas públicas”.

Dufour propone un término central para comprender el movimiento discursivo del liberalismo, frente a lo que “a su decir” sería una tradición griega, especialmente a partir de Sócrates; en la escritura de Platón (Calvo, 2010),⁵ este término corresponde al de *pleonexia* [πλεονεξία], que se define como el deseo de tener más, que le resulta muy similar al concepto de goce trabajado desde Lacan.

⁴ Conocido también como el Panal rumoroso, o la Redención de los bribones.

⁵ Este perfil de la *pleonexia* es el que Platón saca a la luz en *La República* (Carrasco, 2008).

La *pleonexia* estará del otro lado de la justicia, del otro lado del límite y de la castración. Según Dufour, Sócrates consideraba que la *pleonexia* sería un elemento de destrucción para la ciudad, por lo que se procuraría mantener siempre a distancia al *pleonexo*.

El texto de Mandeville, en la interpretación del *liberalismo inglés*, planteará que la *pleonexia* lleva a la virtud y a la fortuna pública, por lo que los vicios privados no constituyen algo reprochable.

Dufour considera que este pensamiento genera un giro dramático que socava la filosofía occidental. Se produce una inversión al control y la sublimación de las pulsiones por su liberación. La búsqueda de la acumulación sin límites de la riqueza reemplazó todos los valores heredados de los griegos en esta cultura occidental. El nuevo discurso que legitima el liberalismo es que con la riqueza se puede conseguir todo, la riqueza no incluye ningún límite, no hay nada que pueda limitarla, siempre se puede tener algo más. La desmesura es la esencia de la riqueza.

El texto de Mandeville evidencia quizá lo que en ese momento se muestra y no se quiere aceptar, que dar juego a las debilidades humanas, a los vicios, genera riquezas, las cuales serán aprovechadas por quien se coloque ahí como amo y controlador de lo que podría denominarse “la empresa de los goces”, ya que la virtud condena a la ciudad a la pobreza y la indigencia. Si hay males, hay trabajo y en consecuencia hay ganancias.

Este texto, dice Dufour, provoca el más grande escándalo de la historia de la filosofía occidental y va a considerar a Adam Smith como el que realizará una tarea política para introducir los planteamientos de Mandeville de la mejor manera, e instaurar con ello el pensamiento liberal que finalmente triunfaría como un nuevo relato que pondría el acento para el mayor desorden del mundo, con todas sus consecuencias, principalmente la violencia y su respaldo en la locura a partir de la liberación de las pulsiones.

Para la posmodernidad la pretensión del *logos* —esto es: ¿qué es lo verdadero y qué es lo falso?— ya no interesa más, interesa lo que funciona; ahora hay un nuevo relato que se antepone a los otros y que define o caracteriza a la posmodernidad. El liberalismo inglés abre un escenario nuevo a la condición del culto por

la mercancía y el consumo, de tal manera que se produce un nuevo relato que es el del “mercado omnipotente”, del “divino mercado”.

Este gran relato no opera como los otros,⁶ pues se presenta en una multiplicación de pequeños relatos llamados “egóticos”, según Dufour. La posmodernidad puede describirse como la dominancia de los relatos del ego, en donde lo que impera es el espejismo de la individualidad ególatra, los intereses particulares.

Este nuevo relato surge desde el imperialismo individualista con el culto a la mercancía, donde prevalecen los valores hedonistas, el aparente respeto, mas no interés, por las diferencias, un culto por la libertad personal y la autonomía. En el liberalismo se coexiste con una cierta moralidad, que está circunscrita en una lógica individualista como máxima defensa por el derecho a la libertad.

Dufour considera que el psicoanálisis pertenece al pensamiento y/o relato trascendental donde se vivía una concepción literaria de la lengua gobernada por la ausencia y la carencia. En la palabra el objeto no está presente; esa ausencia, esa carencia que implica lo que Lacan denomina la falta, posibilita el deseo y hace circular los significantes. En el liberalismo la lengua se convierte en una mera nomenclatura,⁷ hay que ponerle a las cosas un nombre que después puede ser cambiado sin que cambie nada. En este pragmatismo tecnicista de nomenclatura la lengua se vuelve vacía. Otro elemento importante del liberalismo donde se juegan los intereses personales es el borramiento de las relaciones de autoridad, donde el saber puede ser transmisible desde un objeto y no desde la figura de un sujeto que implicaría una relación *subjetiva* desde la perspectiva de la relación ternaria. La relación aparente que se produce ocurre con una elevada cuota de violencia en cuanto a que implica una supervivencia a través del ganar-ganar, que se sostiene a partir de una relación utilitaria. Se pierde la relación del sentido por la relación de fuerza.

⁶ No busca la emancipación (¡pequeña diferencia!).

⁷ Massimo Recalcati también lo señala.

El liberalismo, dice Dufour, está cimentado en una liberación de las pulsiones, donde la economía libidinal se transforma en una economía del goce. Las conductas adictivas⁸ son frecuentes en las economías del goce, que proponen una serie interminable de objetos manufacturados que supuestamente satisfacen todas las apetencias. La economía del goce se manifiesta como economía mercantil donde los criterios de transparencia están erradicados. El relato liberal se convierte en un ultraliberalismo que da pie a negocios criminales, contrabando, tráfico de drogas, trata de personas, de órganos, piratería, tráfico de especies prohibidas, de desechos tóxicos, lavado de dinero, etcétera.

Si bien dentro del capitalismo había un capital industrial que producía bienes y servicios, que proponía ciertos lazos en la relación de dar, recibir o devolver, con el ultraliberalismo ese capital industrial se ha convertido en un capital financiero al que sólo le interesa producir dinero.

La corrupción, la codicia generalizada, la pornografía⁹ son consecuencias de este ultraliberalismo que como relato legitimado es el responsable de la condición que prevalece en la posmodernidad, una condición que como imperativo incita al goce. Esta condición de lo pornográfico implica una nueva relación con la ley, que ya no se constituye como una instancia tercera que aseguraría de alguna manera el hecho de que nadie abuse de nadie. Ahora es una ley que cada cual puede doblegar. La ley del perverso.

El liberalismo de las pulsiones implica, para Dufour, el ascenso a la barbarie, cuyos signos están muy presentes en esta época: violación de niños, goce con la muerte del prójimo, grabación de las ejecuciones, de los descuartizamientos, etcétera.

⁸ Incluyendo las nuevas patologías. Según Massimo Recalcati respecto a las anorexias y toxicomanías, el consumismo ha desgastado las posibilidades de lo imaginario y lo simbólico dejando como única posibilidad de subjetivación en las nuevas generaciones que... se corten, tatúen, perforen o renuncien al alimento en lógicas definidas por el goce y su falta de límite, donde sólo la muerte "castra" (Recalcati, 2004).

⁹ *Porné* es un término que se relaciona no sólo con lo que exhibe cuerpos, sino con todo lo que se puede vender.

La depresión y el silencio forman parte de una alternativa que se manifiesta como resistencia frente al avasallamiento del ultraliberalismo apabullante en el que estamos subsumidos.

ÉTICA DEL DAR, RECIBIR, DEVOLVER

Evidentemente los planteamientos que nos hace Dufour se gestan desde un tipo particular de ética, coincidiendo con la filosofía griega y la necesidad de recuperar en el sujeto ese proceso de elevación de las pulsiones, esa *epithumia* griega hacia el *nous* que representaría una sublimación hacia la inteligibilidad, una elevación de la posibilidad de hacer lazo, de asumir la diferencia, de reconocer al otro como sujeto y no como objeto de goce. Muchos psicoanalistas habían denominado a estos tiempos posmodernos como los tiempos de la declinación del padre a partir de la prevalencia de esa condición dual del goce. Si bien el Padre como instancia ternaria propone un ejercicio del poder necesario para hacer circular la dimensión de lo simbólico, necesaria en la producción del sujeto del deseo, lo que se observa —coincidiendo con Dufour en el discurso social del capitalismo— es un ámbito de dominación casi total que lleva a la instauración fantasmática de la negación o denegación de la carencia, de la alteridad. El discurso del mercado instaurado desde el lugar del amo, que todo lo domina y todo lo destruye. La mercancía y su traducción al dinero como elementos que arrasan en una dominación donde el sujeto se vuelve objeto de goce del otro y de sí mismo.

La apuesta por la ética tiene un carácter urgente, ética entendida como la posibilidad de crear lazos con el otro, del reconocimiento del otro como sujeto en un juego de relación y de límite; de plantear un discurso contenedor del goce y favorecedor del deseo, de la palabra y de las diferencias. Si el psicoanálisis propone a la ética por el lado de la pregunta por el deseo, la ética de lo social tendría que plantearse por la pregunta por el límite, por la condición de la falta que haga circular la producción no en aras de ganar más por sí mismo, sino en aras de compartir más. Partir de reco-

nocer al otro como prójimo, reconocerse en la subjetividad de dar, recibir y devolver. Este predicado propone una ética que tiene por soporte la justicia.

BIBLIOGRAFÍA

- CALVO AGUILAR, Carlos
 2010 “Pleonexía. El apetito insaciable de cosas materiales”, en www.mercadeo.com/81_pleonexia_CCA.htm.
- CARRASCO, Nemrod
 2008 “Pleonexía, el centro ausente de ‘La República’ de Platón”, en *Daimon. Revista de Filosofía*, núm. 45, pp. 71-83.
- DUFOUR, Dany-Robert
 2007 *El arte de reducir cabezas*, Buenos Aires, Paidós.
- EVANS, Dylan
 1997 *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*, Buenos Aires, Paidós.
- LACAN, Jacques
 1981 *Los escritos técnicos de Freud*, Seminario 1, Buenos Aires, Paidós.
 1987 *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Seminario 11, Buenos Aires, Paidós.
- RECALCATI, Massimo
 2004 *Clínica del vacío. Anorexias, dependencias, psicosis*, Madrid, Síntesis.
- ROUDINESCO, Elisabeth
 2009 *Nuestro lado oscuro. Una historia de los perversos*, México, Anagrama.

MISOGINIA Y CIUDAD JUÁREZ. SOBRE LOS EFECTOS MIMÉTICOS Y CONTAGIOSOS DE LAS FORMAS VIOLENTAS

Susana Bercovich

A partir de la lectura de Foucault, Lacan y de los teóricos *queer*,¹ inspirada sin duda en autores como Leo Bersani y David Halperin, una inquietud me había tomado y no me soltaría: las superposiciones y continuidades entre las formas eróticas y estéticas, las formas políticas y las formas violentas. Sin saberlo, esa inquietud se habría tornado por años en instrumento de medida, instrumento de lectura, indicador de nuestra sociabilidad y nuestro modo de estar en el mundo. La pregunta por una opaca misoginia, así como por nuestros “gustos” se alojaría en ese marco.

En tal contexto, invitada a la “Semana de la diversidad sexual” organizada por la Escuela Nacional de Antropología e Historia en mayo de 2007, me tocó compartir el cuarto del hotel con Marisela Escobedo, activista de Ciudad Juárez. Era la ocasión de platicar con alguien que sabía del tema. No desperdiicé los fugaces momentos en el cuarto o en los pasillos para preguntarle sobre las razones que, desde su punto de vista, pudieran explicar algo de lo que sucedía (y sucede) en la frontera norte. Me comentó que habían agotado todas las hipótesis (tráfico de órganos, luego cine *snuff*), “y ahora vemos que no hay una lógica, no hay una explicación, y al mismo tiempo todas las explicaciones son válidas”. Años después mata-

¹ A finales de los años noventa del siglo pasado, la École Lacanienne de Psychanalyse, particularmente Jean Allouch, recibe las críticas que Foucault habría formulado al psicoanálisis. Tal recepción cuestiona, a su vez, al psicoanálisis. A partir de entonces publica, traduce y edita a un gran número de autores *queer*, feministas, foucaultianos y pertenecientes a los *gay and lesbian studies*.

ron a su hija, luego leí en el periódico que la mataron a ella mientras pedía justicia ante las mismísimas puertas de la instancia gubernamental de Chihuahua, lo cual es ya un indicador mayor del estado de cosas. Sobrevino entonces la certeza de que habríamos de parar de pensar, leer y escribir sobre la violencia, y que sólo cabía presentarse ahí donde esa violencia se produce e interrogarse a qué pregunta responde.

Tal como sugería Marisela, las cosas no tienen una explicación única, y la pregunta “¿por qué?” es en sí misma una trampa de la razón. No hay *una* causa explicativa. Ciudad Juárez hace un agujero en el saber y la razón. No se trata de explicar lo que ocurre, sino más bien al revés, los acontecimientos son los que nos explican, nos localizan. Los acontecimientos localizan cierto estado de cosas, nos cuentan en dónde estamos. Pretendemos que el sacrosanto saber teórico ofrecería eruditas interpretaciones, pero de hecho es la realidad la que nos interpreta.² Ciudad Juárez no es interpretable, lo que ocurre en el norte es en sí mismo una interpretación, una especie de respuesta feroz a una pregunta que no alcanza a formularse. Lo que acontece ya es un saber librado, cifrado. ¿Cabe conjeturar algunas vías de desciframiento? Es la apuesta.

El psicoanálisis me ha enseñado a desconfiar del pensamiento que hace sistema, del saber *prêt-à-porter*. El pensamiento que no se agujera a sí mismo en el acto de pensarse, el pensamiento que no presenta su propio *impasse*... no está a la altura del mundo en que vivimos. Sin embargo, el acto de pensar es también un ejercicio de toma de distancia de uno respecto de uno mismo, una especie de función de testigo que permite una exterioridad: pensar

² Dicho sea de paso, la historia de las jornadas Vida y Resistencia en la Frontera Norte incluye las reacciones de los intelectuales, filósofos y feministas a las invitaciones para participar. Anulaciones, cancelaciones de último momento, titubeos, “agenda completa” fueron algunas de las respuestas recibidas. Lo anterior nos obliga a preguntarnos: ¿cuál es el valor del saber teórico? ¿Dónde están los filósofos revolucionarios? ¿Las militantes feministas del mundo? ¿Dónde los famosos intelectuales? ¿En la televisión?, ¿o “interpretando” la realidad desde algún cubículo académico financiado por el sistema que critican? En cualquier caso, pocas celebridades participan para Ciudad Juárez.

lo que ocurre es un modo de no estar absolutamente inmersos en lo que ocurre. Esa toma de distancia es lo que permite recibir, del presente, el saber librado sobre nuestra época, sobre nuestra relación con el prójimo y sobre nuestra aprehensión “sádica” (Bersani y Dutoit, 2002a:88) del mundo.

El caso del norte mexicano, lejos de ser la excepción, es el botón de la muestra. Las jornadas de octubre Vida y Resistencia en la Frontera Norte fueron la ocasión de palpar de cerca el estado de un extremo del mundo (Bersani, 1987 y 1999:54)³ desde las perspectivas más diversas. Por ejemplo, el despliegue histórico que nos ofreció José Manuel Valenzuela (2011) da cuenta de la complejidad del entramado. El solo estatuto de frontera convierte a Ciudad Juárez en un punto de convergencia de todos los bordes desde principios del siglo pasado. La frontera llama a los extremos sociales y jala hacia los bordes violentos. Luego, una gran explotación histórica de las mujeres en las maquiladoras, una división de clases férrea, corrupción e impunidad a ultranza, misoginia, racismo, lucha de poderes, efectos de mercado, el culto a las jerarquías, fantasmas sociales y subjetivos; son algunas hebras que componen el nudo apretado.

No se puede hablar sino desde el quehacer cotidiano, que en mi caso es el psicoanálisis. Pero el psicoanálisis es antes que nada una práctica y no una teoría. ¿Podemos desprender elementos del psicoanálisis para leer fenómenos sociales u otros? Sinceramente no lo creo, sin embargo sólo allí encuentro ideas y cabos sueltos que permiten pensar lo impensable.

Lejos del opio judeocristiano (ni mesías ni pecados), un Freud visionario ya planteaba la imposibilidad de amar al prójimo (como a nosotros mismos). Ocurre que a nosotros mismos no nos ama-

³ Leo Bersani: “[...] los márgenes no pueden ser más que los únicos lugares donde el centro se hace visible, en *Aids: Cultural Analysis/Cultural Activism*, núm. 43, octubre, Massachussets Institute of Technology, 1987, pp. 197-222, y en *¿Es el recto una tumba?*, Córdoba, Argentina, Edelp, Cuadernos del Litoral, 1999, p. 54. Si bien el autor está hablando de sexualidad, hago extensiva su fórmula como instrumento de lectura. Un método que se resumiría así: “Los extremos muestran el centro”.

mos, o al menos, no siempre. Freud tuvo el valor de formular lo que llamó “pulsión de muerte” como esa fuerza agresiva y destructiva, violenta hacia el mundo y hacia uno mismo. Suele ocurrir que lo más visible es lo más inadmisibile: la muerte, la destrucción y la violencia son fuentes erógenas. Nos las tenemos que ver con esta piedra todo el tiempo. ¿Tiene explicación nuestra inclinación a la violencia? En todo caso, el hecho de que la muerte sea atractiva es un fenómeno que aparece por todos lados, y que sin embargo permanece impensable.

Como resultado de haber sido formados en el pensamiento binario, existe la fe casi religiosa del Bien separado del Mal. Como si necesitáramos de esa trascendencia. No somos del todo buenos, no somos del todo malos. Embutido con la crema de un sentido trascendental, el binarismo nos impide admitir dos evidencias que sin embargo encontramos por doquier: 1) que el “dos” es ilusorio. Las divisiones son móviles; puede haber racismo en el negro, misoginia en la mujer, homofobia en el gay. Los límites son inestables y pasan de un “fuera” a un “dentro”. El macho golpeador puede ser una reacción a la propia homosexualidad inadmisibile, al gusto propio por los muchachos. Lo no admitido tiene consecuencias: aquello que es propio e inaceptable, a la vez, es aquello mismo que es odiado en los otros, y se traduce entonces a menudo en violencia. 2) El binomio “bien-mal” constituye una trampa del lenguaje, desde el momento en que la idea del Bien produce el Mal como lo excluido de ese Bien. A pesar de la dialéctica, la lógica, la lingüística, el psicoanálisis y un gran etcétera, el positivismo nos entró por vía intravenosa: es como si necesitáramos la “parejita” trascendente: el “bueno”, el “malo”.

La historia y el presente muestran que no hay “bien” trascendente y que muchas veces las mejores intenciones conducen a lo peor. “¡Protegeremos a los niños!”, pregonan por doquier (los discursos políticos, éticos, de derechos humanos), mientras que no se cesa de violentar a esos niños. Hay que proteger a los niños del enunciado “protegeremos a los niños”, en tanto que ya los coloca como víctimas, es decir, en el punto de la mira. La ética hoy se presenta hipócrita, una ética de la victimización.

En otro orden, la relación yo-otro se expresa en una gama que va desde la más alta estima y la solidaridad hasta la paranoia (el otro como enemigo). Pasamos en un instante del amor a la agresividad. Los efectos de amorodio, ambivalencia, rivalidad, idealización y un gran etcétera, que se despliegan entre el yo y el otro, encuentran su resorte en la frase de Rimbaud, retomada por Lacan: “Yo es otro”, y puesto que no siempre me amo, en ocasiones me detesto... La literatura ha dado amplio testimonio del otro como el doble enemigo, empezando por el emblemático “William Wilson” de Allan Poe.

Por su carácter especular, la relación con el otro nos moldea: si me miran con amor, me vuelvo amorosa; si me miran con miedo, me vuelvo temible. Por su parte —algo que aprendí de mis analistas—, el miedo produce lo que teme.

A comienzos de los años sesenta del siglo xx, Truman Capote publica *A sangre fría*, un caso escandaloso en la época: dos muchachos habían asesinado brutalmente a una familia de un tranquilo poblado de Kansas en Estados Unidos. La editorial New Yorker apoya la iniciativa de Capote de escribir sobre el caso. El escritor se desplaza a la prisión donde están los criminales, sigue de cerca el juicio, entrevista a los culpables y escribe la historia con gran éxito literario. En una entrevista con Dick (uno de los asesinos), ante la pregunta de Capote acerca de por qué mató a su víctima brutalmente si antes la había amarrado de tal modo que no sintiera molestias, y le había acomodado un cojín en la cabeza para que estuviera más confortable (había una contradicción en esos actos) el asesino respondió: “No pensaba matarlo, pero cuando vi cómo me miró, con una mirada de miedo como si su vida dependiera de mí, no sé qué me pasó, tomé el cuchillo y le corté la yugular”.

Por un efecto mimético y de identificación, la mirada de miedo produce al asesino. Lo mismo llama a lo mismo, y por el efecto de encantamiento del lenguaje, todo es contagioso: la palabra “encanto”, encanta, la palabra “tentación” tienta. “Todo es contagioso, menos la belleza”, dice Almodóvar en una entrevista. Respecto a la violencia, sabemos que es altamente propagable

y contagiosa. Es notable cómo en los festejos de masas se puede pasar en un instante de la alegría (que afortunadamente también contagia) a la violencia.

Que la muerte y la destructividad sean atractivas, que el imperativo de amar al prójimo se revele como imposible (desde el momento en que ese otro soy yo, y que yo no sólo me amo sino también me odio), hacen a algunos de los *impasses* de nuestra sociabilidad.

Para pensar la ética Lacan introduce a Sade. La obra del marqués opera como un espejo: si lo que ella presenta es contagioso y produce efectos en el cuerpo del lector, es porque muestra algo verdadero, en lo que nos reconocemos. Pero puesto que de ello no queremos saber, Sade ha sido y, luego de un breve periodo de valoración, sigue siendo censurado. Precursor de Freud, Sade muestra en su obra que las figuras de “el bien”, “el mal”, “la víctima” y “el victimario” producen vibraciones y todo tipo de secreciones.

La ética kantiana no habría tomado en cuenta “el bienestar en el mal”. En 1959 Lacan le responde a Kant, con Sade como instrumento de respuesta (Lacan, 1986).⁴ Kant habría olvidado el goce: ¿cómo sabe San Martín que el mendigo quería que lo arrojaran, y no que lo mataran o que lo cogieran? (Lacan, 1986).⁵

A partir de la obra de Sade, el par opresor-oprimido se revela como un par erótico. Incluso un tipo de experiencia amorosa suele estar teñida de algo insalvable: una voluntad de pertenencia, dominio e incorporación del otro, así como un gusto en la victimización y en la obediencia.

Hay ciertas temáticas delicadas. La misma que escribe estas líneas no lo hace sin pudor, pues todo es factible de ser recuperado. Por ejemplo, la construcción de una suerte de teoría explicativa sobre el valor erótico del par opresor-oprimido puede convertirse en un poderoso argumento para enunciados del tipo: “¡Qué los maten! ¡Qué los exploten! Al cabo les gusta ser esclavos”.

⁴ Véase también “Kant con Sade, 1963”, en Lacan (1993).

⁵ *Idem.*

En cuanto a la violencia, no tenemos acceso directo a ella sino a través de sus formas, a través de las formas de la violencia. Decía anteriormente que con frecuencia los fenómenos más evidentes son los más misteriosos, impensados. Uno de ellos es el hecho de que la violencia hace espectáculo, lo cual indica a la vez que el espectáculo violento es un fenómeno erógeno. Basta que dos tipos peleen en la calle para reunir a un público. Hay un gusto por el espectáculo violento, pero esto permanece como algo impensable, un tabú que sin embargo salta por todos lados: las formas violentas son excitantes.⁶ Nuestra sociabilidad se caracteriza por ser manipulada hacia una exacerbación de la erotización de las formas violentas.

Las películas pornográficas suelen enmarcar escenas violentas. En muchas de ellas aparece el uniforme militar o policial. La autoridad está en el corazón de la pornografía. Leo Bersani, quien introduce estos tabúes, formula la cuestión en términos de “la sexualización secreta de la autoridad”. Es también quien hace notar que la figura del macho es a la vez atractiva para todos los sexos; cueros y músculos gustan (Bersani, 1987).

Que la erección de la autoridad sea un fenómeno excitante se presenta como otra verdad inadmisibile. Da la razón a Sade, precursor de Freud.⁷ En *Psicología de las masas y análisis del yo* (Freud, 1921:121), Freud dirá que la relación de la masa con el líder es una relación erótica, la masa ama al líder, lo venera. Freud le pone el eros a *El discurso de la servidumbre voluntaria* (La Boëtie, 2001),⁸

⁶ Durante las jornadas el investigador Eduardo Barrera me comentaba en diálogo informal acerca de su investigación en curso sobre los juegos virtuales de violencia de raza y de género donde el usuario puede elegir su identidad como atormentador y también a su víctima (siempre una mujer) según su preferencia: asiática, negra o indígena. El juego consiste en que el atormentador goza de los suplicios infligidos a su víctima. ¿No es acaso frágil el límite entre lo virtual y lo real? ¿No es acaso pensable que ese atormentador virtual (“yo es otro”) gire su mirada de la pantalla hacia la realidad como si fueran un continuo? ¿Y que, encendido, salga a buscar a su víctima?

⁷ “Los grandes inventan sus precursores”, dice Lacan a propósito de Sade-Freud. Freud habría inventado a Sade como su precedente.

⁸ Para La Boëtie, la obediencia colectiva de la sociedad se origina en “un vicio para el cual ningún término puede ser hallado lo suficientemente ruin,

que el joven filósofo La Boétie había escrito en el siglo XVI y cuya vigencia es increíble. El ideal, como todo lo que erigimos (“todo lo que se erige es fálico”), llama a la obediencia. Inventamos nuestros ídolos (el padre, el amo, el tirano) sólo para arrodillarnos ante ellos. Hay un secreto placer en la obediencia. También el temprano Freud de *Tres ensayos para una teoría infantil*, de 1905, muy a su pesar, reconoce que desde la tierna infancia hay un gusto sádico en el dominio y también, lo más opaco, un placer masoquista en el sometimiento, al que luego llamaré “masoquismo erótico”.

Debido a la valoración del poder en Occidente, podemos aceptar fácilmente que nos gusta mandar y dominar, pero no aceptamos que nos gusta obedecer (porque la pérdida del poder es degradante); sin embargo, como dice el poeta Jean Paulhan, hay una “dicha en la esclavitud”. Un simple y visible indicador: acaso no deba sorprendernos la doble vertiente del látigo como instrumento de castigo y también de multipresencia en el *sex shop*. La figura de la mujer oprimida hace también a nuestros apetitos sádicos y masoquistas. Verdades visibles por todas partes, indicadores de nuestros gustos, mismos que impregnan un ritmo en el mundo y en el “amor” al prójimo.

Por otro lado, existe una economía de mercado que explota nuestros gustos, los exagera, los construye y moldea. Así lo expresa Leo Bersani:

El gran poder de los medios es, como Watney escribe, “su capacidad de manufacturar la subjetividad misma” e imponer así una forma a la identidad. El gran público es a la vez una construcción ideológica y una prescripción moral (Bersani, 1987:27).

En enero de 2003, en el suplemento internacional del periódico *Milenio*, la investigación periodística de Eduardo Febro titulada “Espías en pantalla” confirma algo sabido: hay asesores de la Casa Blanca en Hollywood. Chase Brandon, agente de relacio-

de cuya naturaleza en sí misma se reniega y al que nuestras lenguas se rehúsan a mencionar”. La Boétie denominaba a este vicio monstruoso la “servidumbre voluntaria”.

nes públicas de la CIA, trabajó con los guionistas de Hollywood como el “consultor técnico” sobre los modelos que serían propuestos desde “la magia del cine”. ¿El resultado?: en la época de la invasión a Iraq salió una saga de películas de guerra, el valiente soldado, la bandera flameante; no faltaron el soldado gay y el negro. El público sale del cine inflamado de un sentimiento patriótico. Esa inflamación es manipulable y articulable. El efecto mimético de la imagen y también del discurso como representación (la narración, la carga de sentido, la seducción discursiva) confieren un poder hipnótico. Y puesto que los medios están a disposición de los poderes de turno...

Uno de los éxitos del cine comercial, de ciertas narrativas e incluso de cierto arte representativo, es la presentación de la escena violenta fijada y enmarcada, bien delimitada la víctima del victimario, el bueno del malo. La escena así presentada produce un doble efecto de identificación y de alejamiento a la vez, es el poder hipnótico de la pantalla. Ese doble efecto se desprende del hecho de que ese “otro” soy yo mismo, pero al presentarlo fijo y enmarcado nos hace tomar distancia, como si dijéramos mientras comemos palomitas: “¡Qué horror, lo que ocurre, afortunadamente estoy lejos de ello!”.

Tomar conciencia de nuestros gustos puede tener por resultado distanciarnos de ellos para interrogarlos. ¿Hemos sido culturalmente formados en un placer por las formas de la violencia? Tal estética nos distingue de los animales, que aun salvajes, desconocen ese plus estético. Hay una política de las formas,⁹ hay una política en nuestros gustos. Foucault hablaba de una estética de la existencia.

Hace años tuve la ocasión de platicar con Emil Weiss, cineasta de origen húngaro, documentalista. Le pregunté: “¿Cómo abordar el nazismo?”. Él se atiende sólo a testimonios y documentales. Rechaza un abordaje del tema por el lado de la representación o de la puesta en escena. ¿Por qué? Porque la escena, el cuadro o la

⁹ Durante su última visita a México en agosto de 2011, David Halperin hablaba de una “política de las formas”.

representación erigen algo en ese lugar, ponen sentido al abismo. Comentaba que el arte, en tanto que es representativo, tiene siempre algo de perverso. Amigo de Polanski, criticó sin embargo su película *El pianista*, que acababa de salir. “Si bien es delicado, su película no deja de ser una representación, el contar una historia conmovedora”.

Pienso en los signos que en ocasiones inscriben los asesinatos en los cuerpos, una especie de estética de la muerte. De hecho existen espectáculos que consisten en que un joven se desangra en público hasta el límite. ¿Cuál es el estatuto del arte? ¿El del espectáculo? Está visto que el sacrosanto arte no nos hace más buenos ni mejores. El arte no es salvador como se pretende, por lo menos no todo, no siempre, también puede erigir más de lo peor: el arte llamado de denuncia en ocasiones redobla en la representación lo que denuncia, es el lugar controversial, por ejemplo, de los llamados “museos del Holocausto”, o de los videos de Marilyn Manson, que en ocasiones no se sabe si es una denuncia o un monumento a aquello que se pretende denunciar.

En una ocasión vi un programa televisivo en el que un joven tatuado de pies a cabeza y lleno de *piercings* decía algo así: “¿Se sorprenden de mí? ¡Vayan a una boda de clase media y alta, verán todas las cicatrices de las cirugías, eso sí es horroroso!”. Hay allí una reflexión pendiente, por el estatuto del arte, las estéticas, la belleza y el horror.

En 2005 me invitaron a asistir al seminario testimonial de Anne Lise Stern, psicoanalista, sobreviviente de Auschwitz, analista de Lacan, de quien dice la salvó del campo nazi. Respecto al número tatuado: “Hay quienes están orgullosos de tener el número, hay quienes murieron. Yo no estoy ni muerta ni orgullosa”. Y luego: “Hay quienes quieren escuchar historias de los nazis cada vez más violentas, eso no sirve, despierta más y más sadismo y odio”.

Resumiendo, habría un fenómeno excitante, mimético y de contagio en las formas violentas, existe una veneración por las jerarquías y el dominio de unos sobre otros y un placer en el sometimiento, una inflamación por la dupla víctima-victimario, una especie de necesidad del mal delimitado y separable del buen bien,

una resistencia a admitir que el mal puede estar dentro y que hay divisiones móviles, que no hay peor cosa que el “nosotros” que funda el “ellos” enemigo (en 1970 Lacan declara: “No conozco más que un único origen de la fraternidad [...] es la segregación” [Lacan, 2004:121]). Queda pendiente la tarea de esbozar las correlaciones entre estos cabos sueltos.

Por el lado de esa oscura misoginia, debo decir que llegué a Ciudad Juárez muy ingenua respecto de los feminicidios. Mi espíritu iba un poco en el sentido siguiente: ¿podemos seguir haciendo el énfasis en el término “feminicidio” cuando matan a muchos más hombres que mujeres? La conferencia de Alicia Gaspar de Alba (2011), entre otras, abrieron mis ojos: llevada por las siempre tramposas estadísticas, había descuidado “lo femenino” como el elemento repudiado también en los asesinatos de hombres. El “trato” a los cuerpos y la feminización de los cadáveres masculinos hablan de un repudio a la mujer.

Durante la discusión se constató una vez más lo difícil que resulta despojar a las categorías “hombre” y “mujer” de su fenomenología anatómica.

La mujer como continente negro no es un invento del psicoanálisis. Los historiadores de Grecia y Roma cuentan que la pasividad era un punto de horror en el sexo (Allouch, 2001),¹⁰ incluso motivo de castigo (restricción de los derechos políticos). Occidente parece haber identificado la pasividad con la mujer, convertida entonces, en punto de horror.¹¹ Notemos de paso que el hecho de que la pasividad (la “dicha en la esclavitud”) sea condenable es señal de su atractivo, el atractivo de la pasividad.

Ahora bien, repudiada, la mujer es también objeto de adoración, un fetiche, una causa inasible, ideal para los hombres y para

¹⁰ Provisto de historiadores como Winkler, Calame, Dover, Quignard, Halperin y otros, el texto pone en valor la pasividad en el hombre (*kinaidós*) como punto de horror en el sexo.

¹¹ David Halperin señala que se habrían operado una serie de falsos deslizamientos: el rol sexual activo se atribuye a lo masculino, el rol pasivo se atribuye a lo femenino, la castración del lado de la mujer, la mujer como continente negro. El haber participado de tales deslizamientos es una de las críticas que Halperin formula al psicoanálisis (1990:31-38 y 76-80).

las mujeres. La mujer como objeto puede ser un efecto de haber sido deslizada hacia la pasividad, entonces como objeto sexual, de repudio, de adoración y de horror, fetiche, icono de belleza, figura ideal, causa inasible, modelo de imitación, también de burla y de abyección para todos los sexos, también para las mujeres. Sospecho que incluso en la homofobia rige una misoginia en la base.

Ideal y abyecta a la vez,¹² la mujer, más allá del género y la anatomía, es el lugar de un vacío, un agujero en lo sexual. Está visto el horror que le tenemos al lugar de un vacío. La mujer, conjunto vacío, punto cero, abismal.

Leo Bersani, foucaultiano, crítico de arte, pensador moderno, retoma al último Foucault, aquel que sostenía que era necesario inventar los nuevos modos de estar juntos, nuevos modos sociales fuera de las coordenadas del poder y de las jerarquías, del dominio y del sometimiento. En la búsqueda de nuevos modelos relacionales, Bersani encuentra en las artes, en ciertos pintores, cineastas y escritores, propuestas relacionales alternativas.¹³

En su visión del arte y de las letras, opone a la escena fija y enmarcada una valorización de la movilidad, del descentramiento, del desplazamiento, una defalización del orden jerárquico. Así, Caravaggio, Almodóvar, Henry James, Gide, Proust, Patrice Leconte, Pasolini y un gran etcétera, brindarían modelos sociales novedosos. Respecto a la película *Saló* de Pasolini, inspirada en el relato de Sade “Los 120 días de Sodoma”, Bersani dirá que, ajustándose a Sade, Pasolini no nos permite el lujo de enmarcar para distanciarnos y fascinarnos mejor. Por el contrario, somos pes-

¹² Susana Bercovich, “¿Quién no es Hamlet?”. Una Ofelia duplicada: “Nos suben al balcón, nos bajan al infierno, nos queman en la hoguera, nos traen el sol, el cielo y las estrellas, nos tiran todo encima, nos diagnostican” (Bercovich, 2010).

¹³ Susana Bercovich, en el texto “Intimididades transformadoras” da una idea del pensamiento de Leo Bersani y su relación con el psicoanálisis, en <www.encuentropsicoanalitico.com>. También en el texto “Acercamientos ineludibles. Leo Bersani y el psicoanálisis, Bercovich elabora una introducción que precede a la conferencia de Leo Bersani, “Psicoanálisis, teoría *queer* y Almodóvar”, publicada en revista *Opacidades*, núm. 4, Buenos Aires, 2006.

cados de entrada pues el director nos hace tomar conciencia de una movilidad, de la que ya no podemos desentendernos.

Al disgregar de manera agradable nuestra atención estética, Saló evita que nos enfoquemos directamente en los centros narrativos de violencia. La tendencia a aislar la violencia se ve frustrada continuamente y como resultado Pasolini nos priva del lujo narrativo de aislar el acto obsceno o violento y rechazarlo y fascinarnos con la escena (Bersani y Dutoit, 2002b:94).

La disolución de la división objeto-sujeto se hace patente en la última escena, cuando la cámara se aproxima al libertino, quien se encuentra observando a través de unos binoculares cómo los verdugos matan salvajemente a sus víctimas. La cámara se acerca tanto que la pantalla termina por cobrar la forma de los binoculares, poniendo a cada espectador en el lugar del libertino que mira (Bersani y Dutoit, 2002b).

En su reciente visita a México, David Halperin hablaba de la estética *camp* como una estética de lo horizontal: “Ironizar sobre sí es abrazar a todos” (Halperin, 2011). La ironía sobre sí mismo desestabiliza las jerarquías, nos pone a la altura de cualquiera, o incluso de cualquier cosa. La sensibilidad de Jean Genet pesca algo de esto en el escultor Alberto Giacometti: “Puesto que me sorprende de que haya allí un animal esculpido —es el único animal entre sus figuras: perro flaco, perdido, cabeza agachada. Él me responde: Soy yo. Un día me vi así en la calle. Yo era el perro”.¹⁴

El interés que el psicoanálisis despierta en Leo Bersani parece descansar en el hallazgo de la sesión de análisis como un dispositivo novedoso, una relación íntima e impersonal en la que destacan dos elementos que hacen a su especificidad: 1) el psicoanalista no es un experto, más bien es alguien capaz de tomarse por un x, por un cualquiera, más aún, por cualquier cosa (como Giacometti vuelto perro), y 2) si bien la sesión de análisis es regulada por eros (transferencia), se trata de un tipo de intimidad donde lo sexual se diluye en un eros que “se consume sin consumarse”.

¹⁴ La traducción es mía.

Hay estéticas no violentas como la estética *camp* que apunta más a la ironía que a la belleza, que valoriza las horizontalidades. Por su parte, Bersani hablará de un masoquismo estético, una estética del descentramiento y de la disolución de un ego inflamado.

Se pueden establecer lazos entre algunos pensadores contemporáneos cuyos quehaceres son muy diversos. Donna Haraway, Joan Copjec, Leo Bersani, David Halperin, entre otros. Ellos han estado en nuestro país, invitados en distintos momentos, en su mayoría por el Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG-UNAM). Cada uno, desde su perspectiva, tal vez sin percatarse, brindan nuevos modos de pensar las fronteras, las mismidades y las diferencias.

En el pensamiento de Bersani el sujeto se prolonga en el prójimo y en la naturaleza; como parte del movimiento surge entonces la diferencia en un segundo tiempo de manera sorprendente, inesperada, y esa diferencia no es traumática. En diálogo informal me comentaba que se ha entronizado la diferencia. “¿Qué pasaría si en lugar de educar hacia la diferencia educáramos hacia la mismidad? No ‘respeto a tu compañero porque es diferente’, sino ‘quíerele porque él es tu prolongación’. Sin duda el mundo sería otro”.

En 2006, durante sus conferencias en Costa Rica, se preguntaba: “¿Cómo hacer jugar la pulsión violenta a nuestro favor, volverla móvil, impersonal?”. Hablaba entonces de una disolución de la violencia en la sociabilidad (el ligue no como algo necesariamente sexual, sino como una simpatía social impersonal). “La relacionabilidad puede ser revolucionaria”.¹⁵

Por su parte, Donna Haraway (s.f.) produce la figura *cyborg* como un continuo: no hay distinción entre lo animal, lo humano,

¹⁵ Leo Bersani, “La división sujeto-mundo tiene lugar con Descartes. Es un dualismo errado ontológicamente y políticamente desastroso”. También propone una suerte de singularidad universal: “La posibilidad de considerar que pertenezco a la clase de ser que es el otro. Es un tipo de individualidad no violenta. Pertenecer al mismo tipo de ser que es el otro es menos peligroso. Puedo tener la comodidad de amarme en el otro y el otro sigue siendo el otro ¿cómo reducir el estatus de la diferencia? ¿De la amenaza?”. En esa ocasión el modelo será el amor griego Eros-Anteros. Apuntes de su seminario en San José, Costa Rica, 2006.

lo cibernético, el discurso y la tecnología, lo espiritual y lo material; los límites también para ella son imprecisos. Así comenzó su conferencia en México en noviembre de 2007: “Nunca hemos sido humanos. Somos habitados por otras especies: bacterias, virus, etcétera” (2007). Su *becaming with* es inspirador.¹⁶

El espacio así planteado no es de fusión ni de diferencias, sino topológico, de prolongación y de divisiones móviles, “un no espacio”, como dice Joan Copjec a propósito de un espacio de no-división entre el mundo humano y el mundo espiritual en la cultura islámica (Copjec, 2006).¹⁷

Es así como encuentro una relación entre la intimidad impersonal, la figura *cyborg*, la ironía de la estética *camp*, la prolongación del yo en el otro, la condescendencia y las divisiones móviles.

Lo contingente, lo potencial y lo inestable, parecen reunir a estos autores. El psicoanálisis también se inscribe en la serie.

Hay una política en nuestra estética. Conviene, como intenta Sade, no engañarnos respecto a nuestros gustos, ¿para transformarlos?

La estética del amo y el esclavo, la de la escena recortada y fija que distancia y fascina a la vez, la estética del “nosotros” que hace al “ellos” enemigo, en fin, la estética de enmarcar, fijar y diagnosticar son estéticas que empujan a una violencia. En cambio, las estéticas de la disolución, la movilidad y la prolongación, parecen llamar a otra cosa, cuanto menos más ligera.

BIBLIOGRAFÍA

ALLOUCH, Jean

2001 *Le Sexe du maître. L'érotisme d'après Lacan*, París, Exils Éditeurs [*El sexo del amo. El erotismo desde Lacan*, México, Epeeel].

¹⁶ En la conferencia alguien le preguntó: “¿Es usted posthumanista?”. Respuesta: “No soy post nada, ser post es como tomar una ametralladora y destruir todo lo anterior”.

¹⁷ Capítulo 4, “El descenso a la venganza”.

BERCOVICH, Susana

- 2010 “¿Quién no es Hamlet?”, en revista *Desatinos*, núm. 3, Medellín.

BERSANI, Leo

- 1987 “Is the Rectum a Grave?”, en *Aids: Cultural Analysis/Cultural Activism*, núm. 43, octubre, Massachusetts Institute of Technology, pp. 197-222.

- 1999 *¿Es el recto una tumba*, Córdoba, Argentina, Edelp, Cuadernos del Litoral.

BERSANI, Leo y Ulysse DUTOIT

- 1998 *Les secrets du Caravage*, París, Epel.

- 2002a *Caravaggio's Secrets*, Cambridge, Londres, The MIT Press.

- 2002b *Merde, alors!*, en revista *Me Cayó el Veinte*, núm. 5, México.

COPJEC, Joan

- 2006 *Sex and the Eutanasia of Reason*, en español *El sexo y la eutanasia de la razón. Ensayos sobre el amor y la diferencia*, Buenos Aires, Paidós, Espacios del Saber.

FREUD, Sigmund

- 1980 *Psicología de las masas y análisis del yo*, vol. 18, Buenos [1921c] Aires, Amorrortu.

GASPAR DE ALBA, Alicia

- 2011 “La novela anti-detectivesca como protesta social”, en el coloquio *Topografías de la Violencia*, 21 de octubre, Ciudad Juárez.

GENET, Jean

- 1995 *L'atelier d'Alberto Giacometti*, París, L'Arbalète.

HALPERIN, David

- 1990 *Before Sexuality: The Construction of Erotic Experience in the Ancient Greek World*, Princeton, Princeton University Press [*¿Por qué Diótima es una mujer? El eros platónico y la representación de los sexos*, Córdoba, Cuadernos de Litoral, 1999].

- 2011 “How to be Gay?”, conferencia pronunciada en el marco del coloquio anual del Programa Universitario de Estudios de Género, México, Ciudad Universitaria, UNAM, 24 de agosto.

HARAWAY, Donna

s.f. *Manifiesto cyborg*, en <<http://manifestocyborg.blogspot.mx/>>.

2007 Conferencia magistral, invitada por el Programa Universitario de Estudios de Género, 8 de noviembre, México, UNAM.

LA BOËTIE, Étienne de

2001 *Discurso de la servidumbre voluntaria* [1558], México, Aldus.

LACAN, Jacques

1986 *L'éthique de la psychanalyse, 1959-1960*, clase del 23 de marzo de 1960, París, Seuil, p. 219. En español, *La ética del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós.

1993 “Kant con Sade, 1963”, en *Escritos 2*, México, Siglo XXI.

1999 “¿El recto es una tumba?”, en *Cuadernos de Litoral*, Córdoba, Argentina, Edelp.

2004 *El reverso del psicoanálisis*, clase del 11 de marzo de 1970, Buenos Aires, Paidós, p. 121.

2010 “Psicoanálisis, teoría *queer* y Almodóvar”, en revista *Opacidades*, núm. 4, Buenos Aires.

VALENZUELA, José Manuel

2011 “Violencia y cultura”, en las jornadas Vida y Resistencia en la Frontera Norte. Ciudad Juárez en el Entramado Mundial, Ciudad Juárez, 20 de octubre.

IDENTIDADES INFANTO-JUVENILES: PANDILLAS TRANSNACIONALES¹

Alfredo Nateras

DE LOS CONTEXTOS SOCIALES A LOS TEXTOS CULTURALES: AMÉRICA LATINA Y LOS SUJETOS TRANSNACIONALES

Uno de los aspectos que aparecen insistentemente en la discusión teórica en las ciencias sociales y humanas se refiere a la importancia de los contextos,² a fin de dar cuenta de mejor manera de ciertas acciones sociales y expresiones culturales de los actores. Esto no quiere decir que se avale el retorno del estructuralismo, sea de cualquier signo (sociológico, psicológico o antropológico), por el contrario, interesa privilegiar los procesos, tejer las articulaciones con la parte subjetiva de la vida social, en especial con los que podríamos denominar los sujetos transnacionales agrupados en las

¹ Estas modalidades de agrupamientos se configuraron en Centroamérica (El Salvador, Guatemala y Honduras), en climas de guerra civil, de protesta campesina o estudiantil y en los flujos migratorios (forzados), como mecanismos de estrategia familiar para proteger la integridad física de los niños, los adolescentes y los jóvenes de esa época, por lo que el surgimiento de las *pandillas transnacionales* como la Mara Salvatrucha (MS-13) y el Barrio 18 (B-18), se da en el país de llegada, que por excelencia es Estados Unidos de América (finales de la década de los setenta y principios de los ochenta).

² Los contextos, en términos amplios, los vamos a conceptualizar como un lugar geográfico, social y temporal, es decir, histórico, a partir de los cuales se dan las relaciones intersubjetivas.

*clicas*³ de la MS-13 y del B-18.⁴ Se trata de conectar los mundos simbólicos, es decir, ligar las etnografías densas con los contextos (económicos y políticos) de tal forma que se asemeje al movimiento de un péndulo entre lo macro y lo micro; mostrar los datos estadísticos duros (lo cuantitativo) y la expansión de la mirada etnográfica (lo cualitativo) hacia estudios *meso* (Hopenhayn, 2005).

En este sentido, los contextos que más sobresalen, teniendo como escenario a América Latina, son la globalización neoliberal, las sociedades del conocimiento, la exclusión y las desigualdades sociales, las violencias y sus diversos matices, los procesos migratorios e inmigratorios, las identidades sociales, las inequidades de género, lo multi e intercultural, la construcción de ciudadanías, el descontento y el malestar social (“los indignados del mundo”), el poder del crimen organizado (el narcotráfico), el miedo colectivo, la seguridad ciudadana e inseguridad pública, la condición juvenil y las “pandillas⁵ transnacionales”.

³ Sectores o células en las que se divide o se desagrega la *pandilla*.

⁴ Las palabras “mara” y “marabunta”, en El Salvador, aluden a grupo, en otras palabras, hay distintos tipos de maras: de amigos, deportivas, escolares y “pandilleriles”. A su vez, la *marabunta* (hormigas gigantes de África que van destruyendo todo a su paso) se usa como metáfora para signar los procesos migratorios de estos agrupamientos. Si descomponemos el término de Salvatrucha, tenemos que “salva” se refiere a El Salvador, y “trucha” a ponerse listo, es decir, un salvadoreño listo (identidad nacional / “los verdaderos salvadoreños”, “100 por ciento salvadoreños”). Por lo que hace al B-18 se compone principalmente de salvadoreños, hondureños y guatemaltecos, donde los jóvenes “cholos” mexicanos son los que les otorgan su rostro identitario.

⁵ El concepto de “pandilla” es uno de los más incómodos de utilizar, ya que está saturado de sentido negativo. Pandilla/pandillero, viene de la palabra en inglés *gang* y conlleva la idea de violencia, delincuencia/delincuente. Dicha terminología se desprende de los estudios de la Escuela de Chicago de finales de los años veinte y treinta del siglo pasado. Lo interesante es que una parte importante del discurso de la academia y de los propios integrantes de estos agrupamientos lo tienen tan asimilado que han reproducido dicho término en los estudios contemporáneos de las identidades juveniles y en las autodefiniciones de sí, con todo lo desvalorativo que eso significa. Trataremos, en la medida de lo posible, de sustituirlo por *homies* (amigos), palomilla (grupo de cuates), banda (cultural [agrupamiento de “carnales”]).

Quizás estos rostros se puedan releer como una clara expresión de las tensiones sociales y de los conflictos culturales que estamos viviendo, con resultados nada favorables para el grueso de la población, especialmente en lo que atañe a los sectores más vulnerables: niños, jóvenes, ancianos e indígenas. Dentro de estos rostros, uno de los más complejos es la desigualdad que conlleva varias extensiones, como podría ser lo relacionado con la exclusión social.

La desigualdad, en términos amplios, marca la historia de América Latina y de nuestras sociedades contemporáneas; los casos singulares de México, El Salvador u Honduras, por citar tan sólo a estos países, son de los más reveladores.

Desde los territorios de la antropología social y, como bien lo dice Luis Reygadas (2007), si en la década de los setenta el paradigma al que se recurrió para analizar la desigualdad social fue el marxismo, en los ochenta no interesaban los aspectos culturales de esa desigualdad, e incluso en los noventa los temas de la explotación desaparecieron de las preocupaciones públicas, académicas, y —agregaríamos— también fueron perdiendo fuerza las estrategias de intervención para incidir en esas desigualdades sociales.

Es en la década de los noventa del siglo XX (y en lo que va del siglo XXI), que se da dentro del pensar y del hacer de la antropología social, lo que se conoce como el giro cultural y la efervescencia de lo multicultural enfocado en marcar las diferencias de ciertos sujetos sociales, como por ejemplo el de las *culturas indígenas* y el de las *culturas juveniles*.⁶ Tal situación llevó a una parte de la etnografía a encerrarse en sí misma, es decir, ciertas descripciones densas (lo simbólico/lo subjetivo), muy bien elaboradas y construidas, carecían de articulación con los aspectos económicos,

⁶ El antropólogo catalán Carles Feixa define a las culturas juveniles desde dos vertientes: una, de forma amplia, como la manera en que las experiencias sociales de los jóvenes se manifiestan grupal o colectivamente, y la otra, en un sentido más restringido que alude a la emergencia de las “microsociedades juveniles”. Al respecto, véase su texto *El reloj de arena. Culturas juveniles en México*, México, SEP/Causa Joven/CIEJ.

políticos y sociales de la época, e incluso de lo regional o, dicho de otra forma, no aparecían los contextos que le daban sustento a la acción de los actores sociales.

Reygadas (2007) establece una crítica al giro culturalista en antropología y sitúa la temática de la desigualdad social como uno de los problemas más significativos y persistentes en nuestras sociedades latinoamericanas, que inevitablemente remite a situaciones asimétricas de poder. En palabras del autor (2007:347):

Hoy estamos en mejores condiciones para entender que la desigualdad no sólo es resultado de la distribución dispareja de los medios de producción, sino que también es producto de una construcción política y cultural cotidiana, mediante la cual las diferencias se transforman en jerarquías y en acceso asimétrico a todo tipo de recursos.

Queda claro que Reygadas apunta a una relación entre la diferencia cultural y el derecho a la equidad social, es decir, una igualdad que garantice similares oportunidades (de salud, laborales, educativas, recreativas, económicas), aunado a las condiciones de bienestar real y simbólico para todos y todas.

En estas lógicas discursivas hay una discusión entre lo multicultural y lo intercultural, en el entendido de que existe una diferencia importante entre ambos conceptos. El primero alude a la coexistencia múltiple, sin tocarse, de las culturas, es decir, están yuxtapuestas, y el segundo se ubica en situaciones de trueque cultural, en donde se da la regulación de intercambios (materiales y simbólicos), incorporando las tensiones y los conflictos entre los distintos agrupamientos, colectivos y comunidades. De ahí que vale preguntarse, de nueva cuenta, por la importancia de una mirada intercultural en función de las diversas prácticas sociales y para la elaboración de políticas públicas encaminadas a incentivar la igualdad intercultural que propicien comunicación y lazos entre grupos diferenciados, sin borrar o negar los problemas que pudiesen suscitarse (por ejemplo, entre los grupos juveniles cir-

cunscritos a los procesos migratorios transnacionales, “cholos”,⁷ “maras”,⁸ y de éstos con las adscripciones identitarias locales).

García Canlini (2004), al discutir el concepto de la interculturalidad señala que se estructura a partir de tres procesos: las diferencias (en el ámbito cultural), las desigualdades (en lo social) y la desconexión (en los sistemas de comunicación). Tal propuesta es interesante, ya que a través de las diferencias se pueden pensar las acciones sociales de determinadas comunidades, como podrían ser las indígenas e incluso las *culturas juveniles* (Feixa, 1998) en los espacios públicos, que remite a la disputa de no ser violentados por ser diferentes, es decir, se trata de la lucha por el reconocimiento de los derechos ciudadanos, en este caso, de los jóvenes globalizados y transnacionales.

En este sentido, estaríamos hablando de construcción de ciudadanías más universales y equitativas, a fin de no quedarse solamente en la proclama y en la defensa de las diferencias culturales. Por ejemplo, el capital se globaliza, lo que no lo hace es la fuerza de trabajo/mano de obra, por lo cual no se reconocen los derechos del trabajador migrante, principalmente de los jóvenes, por lo que prácticamente no existen como ciudadanos en el país de llegada y su lugar social en gran parte de los casos es como “ilegales” e “invisibles”. Lo importante es que la reivindicación de las diferencias culturales del agrupamiento que se trate (sea étnica, de los sectores juveniles o de las pandillas transnacionales) no esté des-

⁷ Los “cholos” o “cholillos” son jóvenes mexicanos de cultura transfronteriza que llegan a Los Ángeles, California, a finales de la década de los años treinta y se conforman en *bandas* juveniles como una manera de resistirse políticamente a la exclusión y la discriminación racial.

⁸ Es importante aclarar que actualmente, en estas adscripciones identitarias, no todos sus afiliados son jóvenes y esto se explica en virtud del tiempo social transcurrido, es decir, algunos ya se hicieron adultos, por lo que se requiere (y proponemos) hacer un cohorte generacional dentro de estos agrupamientos, ya que creemos que coexisten hasta tres generaciones; la *primera*, que van entrados en los 30 años y se acercan a cumplir 40 o más; la *segunda*, se sitúan más o menos entre los 24/26 y 28 años de edad, y la *tercera*, que corre de los 10/12/14/16 y hasta 22 años.

ligada de la aspiración por reducir las desigualdades sociales del grupo correspondiente.

Tanto la perspectiva multicultural como la intercultural hay que situarlas dentro de varias coordenadas de análisis que contemplen los mecanismos de la globalización y de lo transnacional. La globalización refiere a los procesos sociales, económicos, políticos, culturales y demográficos que se llevan a cabo entre las naciones del mundo, en otras palabras, estamos ante la intensificación de las relaciones sociales que conllevan a la interdependencia, por lo que los acontecimientos nacionales, entendidos como locales, son influidos por sucesos que se dan en otros espacios, tiempos y tierras muy lejanas. En lo que atañe a lo transnacional, se traslapa con la globalización, ya que es un término más limitado y solamente trasciende a una o más naciones, alude a la idea de Estado-nación, y los aspectos relacionados con lo territorial, lo social y las culturas están referidos a ciertas naciones y no a todas en el sentido universal (por ejemplo, las violencias y las pandillas están interconectadas entre las *clicas* de Centroamérica, sean del B-18 o de la MS-13, con respecto a las del este de Los Ángeles, California, en Estados Unidos).

El concepto de globalización es más abstracto, no hay una referencia particular a una nación sino en todo caso implica a las naciones en su totalidad, por lo que una de sus cualidades tiene que ver con lo mundial. Por el contrario, el término de lo transnacional, al estar anclado a la idea del Estado-nación, sus dimensiones más importantes están ubicadas y son trazadas en el proyecto de lo cultural y lo político (Kearney, 1995).

Siguiendo con esta discusión, Robert Courtney (2006:17) hace una clara diferencia entre los procesos transnacionales y la globalización marcando un nuevo elemento, la migración, en el entendido de que la transnacionalización: “[...] implica a poblaciones migrantes y Estados nación específicos y los procesos globales [...] implican cambios económicos, institucionales, culturales y de otros tipos que reconfiguran el poder en una escala mundial”. Aquí lo que destaca, al parecer, es que entre la globalización y lo transnacional hay una diferencia basada en el nivel de la escala para el

análisis de lo social y lo cultural. Si esto es así, podríamos señalar que una de las cualidades de los procesos de la globalización y lo transnacional es la emergencia en los espacios públicos y en los tiempos sociales de las ciudades, de los mecanismos de lo multicultural y lo intercultural.

Es claro entonces que la globalización neoliberal en el ámbito económico y cultural ha generado la fragmentación de la vida social, lo cual conlleva la multiplicidad en la emergencia de un sinnúmero de agrupamientos con toda la gama identitaria que implica y cada vez más tienden a diversificarse. De ahí que una de las vertientes de la globalización económica que más presencia ha adquirido, real y simbólicamente hablando, es la migración, en especial la de los adolescentes (edad biológica) y la de los jóvenes (edad social), suscitando fenómenos como los de la transnacionalización de las “pandillas juveniles” (adscripciones identitarias).

Al expandirse los procesos de globalización económica, lo cual quiere decir que el capital domina y triunfa, las culturas nacionales tienden a internacionalizarse, a transnacionalizarse, lo que sugiere que las grandes ciudades del mundo se interconectan, tanto en Occidente como en América Latina, junto con sus prácticas de vida cotidiana, acciones y expresiones sociales, posturas ecológicas, vicisitudes políticas y las características del consumo cultural de sus ciudadanos. Lo relevante de lo transnacional es lo que atañe a los grandes flujos migratorios, en los cuales muchos jóvenes, hombres y mujeres, están implicados y en desventaja social respecto a sus derechos humanos y a lo que podríamos denominar como la disputa de su ciudadanía cultural como latinos, en el país de llegada.

Es claro que la migración es uno de los fenómenos sociales y culturales que están recorriendo el mundo, los otros son el racismo, el narcotráfico, las violencias, la pobreza y el uso social de drogas. A partir de los flujos migratorios se pueden entender a profundidad los procesos de transculturalización en los que están inscritas varias adscripciones identitarias juveniles, como el caso de los “cholos” (Valenzuela, 1988, 2002), en tanto que son ya considerados

una cultura juvenil transfronteriza junto con los *homies*⁹ del B-18 y de la MS-13 quienes mantienen vínculos/comunicación con los agrupamientos o las *clicas* correspondientes de sus países de origen (El Salvador, Honduras y Guatemala). Estos jóvenes transnacionales no pierden su conexión y su relación afectiva con su tierra natal, es decir, la MS-13 y el B-18, asentados en el país de llegada, Estados Unidos, ya que siguen enraizados a sus países de origen, insertos en flujos de comunicación por lo regular vía ciberespacio, internet, cámara web y telefonía celular.

Estas adscripciones identitarias (juveniles) de las *pandillas transnacionales* son las que mejor hacen visible el desdibujamiento del Estado y expresan crudamente y sin concesiones los rostros del descontento y de la molestia social, a través de sus diversas prácticas y de sus múltiples expresiones culturales, en tanto que desnudan las tensiones y las contradicciones, no sólo en las que ellos viven, sino también en las que vive la mayoría de la población. Al mismo tiempo, dan cuenta de los procesos desiguales de globalización en los que son excluidos de las supuestas bondades del desarrollo económico y social de la modernidad, y como uno de sus recursos imaginarios/imaginados¹⁰ utilizan el ejercicio de las violencias sociales a fin de alcanzar la equidad o de llevar a cabo cierta nivelación social.

Lo importante respecto a la emergencia de las *bandas culturales* (Sánchez y Reynolds, 2003) y de las *pandillas* (juveniles) transnacionales es que también hablan de la interculturalidad en la que se encuentran nuestras sociedades latinoamericanas, donde el reto es construir los mecanismos necesarios a partir de los cuales haya un indeclinable respeto a la diferencia cultural al otro

⁹ Amigo, “cuate”, hermano, no consanguíneo, sino de fraternidad.

¹⁰ Entendemos el imaginario, tal como lo plantea la psicóloga Martha de Alba (2007:293): “[...] es un fluir de imágenes, de símbolos, que existe por sí mismo, no tiene necesariamente un fin de comprensión, ni de acción sobre un objeto [...] es una construcción simbólica de carácter más espontáneo que no necesariamente tiene tiempo y lugar, y cuyos puntos de referencia o anclaje en el mundo exterior son opacos y débiles [...] El imaginario puede no tener objeto, puede construirse a partir de la libre asociación de imágenes sin sentido, de las ensoñaciones y de las fantasías”.

(distintos y diferentes a uno) así como a aspirar y a acceder a condiciones materiales de vida menos desiguales.

Lo sustancial de estos grupos en su diversidad cultural y en las prácticas sociales; en el diseño de sus estéticas corporales (tatuajes/perforaciones); en sus formas de participación —o no— en lo político; en los riesgos que se corren (consciente o inconscientemente) frente a la violencia y a la muerte, y en la apropiación de los espacios públicos/semipúblicos¹¹ es que realmente puedan reconocerse más allá de su identidad de pertenencia, lo cual quiere decir que antes de autorrepresentarse como del B-18 o de la MS-13, tendrían que mirarse como ciudadanos con derechos humanos y responsabilidades colectivas, es decir, a estos jóvenes se les tiene que situar como sujetos plenos de derechos, lo cual implica que se los apropien, haciéndolos valer y además hacerse beneficiarios de las políticas públicas que supuestamente van dirigidas hacia este sector. De esta forma, una de las interrogantes que podríamos formular sería la siguiente: ¿cómo abordar el asunto de las clases o de las desigualdades sociales en los estudios de las diferencias culturales sin caer en un determinismo económico?

SITUACIÓN ACTUAL DE LA MS-13 Y DEL B-18¹²

Una de las claves para comprender lo que podríamos denominar como las “nuevas configuraciones” o las distintas “máscaras identitarias”, a partir de las cuales se expresan los rostros de las adscrip-

¹¹ El espacio —incluido el cuerpo— es uno de los elementos articuladores de estos agrupamientos juveniles. Sin el espacio apropiado y usado no se pueden entender las adscripciones identitarias juveniles. El espacio (la calle, el barrio, el antro, la casa de cultura, los sitios alternos, la propia casa, la vecindad, la cancha de juego, la ciudad, la cárcel) facilita la construcción de las identidades. El valor es simbólico, en tanto el encuentro y el reencuentro con el otro parecido y diferente a mí, conlleva a un “nosotros”: somos “cholos” diferentes a los *hip-hoperos*; somos del B-18, distintos a los de la MS-13.

¹² Los datos construidos con respecto a estas afiliaciones identitarias se desprenden de un trabajo de campo realizado en el Triángulo del Norte Centroamericano (TNC), que incluye a los países de El Salvador, Honduras y

ciones de la MS-13 y del B-18, es ubicar y analizar los impactos que tuvieron en las dinámicas internas de estos agrupamientos las políticas represivas de cero tolerancia que se implementaron, así como el rechazo y el hostigamiento de una parte significativa de la sociedad, y en la construcción mediática de una narrativa que señala a un responsable único de los problemas de inseguridad ciudadana, la seguridad pública, el clima de violencia y las muertes que influyeron en el estado de ánimo colectivo de miedo y temor social extralimitados, ya que no correspondían con la realidad, los acontecimientos y los principales actores. Asimismo, la persecución feroz, el encarcelamiento masivo, la represión brutal y el asesinato de un número considerable de sus integrantes (incluyendo los espacios del encierro), llevado a cabo por escuadrones de la muerte y de limpieza social, orilló a ambas adscripciones a redefinirse con respecto al Estado y a los cuerpos de seguridad (los policías, “los juras”) como sus principales enemigos (políticos), de los cuales habría que cuidarse y defenderse.

Las nuevas modalidades de la MS-13 y del B-18 están atravesadas por una serie de ajustes, reacomodos y cambios que los ubican en climas de zozobra, de incertidumbre, de confusión y de cierto descontrol con respecto a los derroteros y las redefiniciones identitarias como *mara* o *pandilla*. Por tales motivos, es muy difícil/complicado, saber/conocer a ciencia cierta lo que realmente está sucediendo en sus avatares intragrupal, por lo que sólo nos queda hacer algunas descripciones y arriesgar ciertas hipótesis (teóricas) con base en la poca información que se tiene, vía las últimas investigaciones o intervenciones con estas *clicas*, ya sea en los espacios comunitarios o en los del encierro.

Aunque estamos presenciando una serie de modificaciones vertiginosas y simultáneas en estas adscripciones de grupo, y a partir de un análisis de contrastes, vamos a señalar aquellos espec-

Guatemala, en los meses de octubre a diciembre de 2008. Se llevó a cabo a través de un dispositivo de etnografía multisituada/multilocal. Se lograron realizar cinco entrevistas a profundidad a integrantes de la MS-13 y siete a la “pandilla” del B-18.

tos algo borrosos que aún perduran o se mantienen en su núcleo y en su matriz de significación como grupalidad. A mi entender, aunque se está mutando, y probablemente expresándose de otra manera, la centralidad la sigue ocupando el requerimiento identitario de pertenecer a la MS-13 o ser parte de *la pandilla* del B-18, ante la imposibilidad real del Estado y de sus instituciones (la familia/la escuela), de ofrecer modelos alternos y horizontes que contribuyan a mejorar las condiciones materiales y simbólicas de la existencia diaria de estos adolescentes jóvenes e incluso niños, los “bichos” (en este sentido, están cobrando una presencia importante y emergente todas aquellas identidades juveniles articuladas en “bandas culturales” [Sánchez y Reynolds, 2003] y “palomillas” cuyas apuestas se sitúan en el orden de lo cultural o de lo político; me refiero, por ejemplo, a los *emos*, los *hip-hoperos* o los *rockeros*, por citar tan sólo a estos colectivos).

Las instituciones que se encuentran en un resquebrajamiento y en un mayor cuestionamiento son las del ámbito familiar y educativo. Por una parte, la familia sigue envuelta en permanentes crisis y reestructuraciones de sus vínculos, de tal manera que es incapaz de llevar a cabo el acompañamiento social y afectivo de los procesos de formación de sus integrantes y de garantizar los mínimos cuidados emocionales para que permanezcan en ella, ya que los climas de violencia intrafamiliar, además de ir en aumento, son muy preocupantes no sólo porque cada vez son más brutales, sino también porque aceleran el descentramiento y el posterior abandono de la familia (Cuerno, 2000; Morán, Huezco y Gibbons, 2001; Serrano, 2005). Por lo que respecta a la educación, se sigue vaciando de sentido y, dadas las condiciones de supervivencia en que se halla una parte significativa de estos jóvenes, tanto hombres como mujeres, tarde o temprano se da una deserción, además de que la calificación escolar difícilmente contribuirá como un mecanismo para mejorar el escalamiento social. De tal suerte que de las pocas posibilidades que se tienen o que se van perfilando son: irse de migrantes —por lo regular a Estados Unidos, con todos los riesgos sociales y culturales que esto implica—; ingresar al crimen organizado como forma de vida, lo que remite a una alta probabi-

lidad de morir, o afiliarse a la mara o a la pandilla, que a su vez conlleva situaciones de vulnerabilidad de ser reprimido o incluso asesinado, ya sea por una pandilla rival, los cuerpos policíacos y en algunas circunstancias por la propia *clica* a la que se pertenezca (Salazar, 1998).

Quizás entre las variaciones más significativas que se están dando están todas aquellas que podríamos situar en el registro de las afectividades, emociones y sentimientos. Al parecer los lazos de amistad y de hermandad, los vínculos de solidaridad y de lealtad, no tienen la misma fuerza y potencia de sentido y significado que antes; si bien no se han perdido, se han debilitado y desdibujado debido a las circunstancias sociales que enfrentan las *clicas*, ya sean de la MS-13 o de los *homies* del B-18, aunque tiende a reducirse en la adscripción identitaria de la MS-13. Esto se explica en parte porque los núcleos base de la mara o de la pandilla tienden a ser cada vez más heterogéneos, diversos y complejos entre sí, independientemente de que se trate de la misma adscripción identitaria como MS-13 o B-18, es decir, se están manifestando distintas formas de ser *clicas*, por lo que ahora claramente hay varias maneras de ser mara o pandillero que coexisten al mismo tiempo, no sin problemas y serias dificultades.

Otro de los aspectos centrales de redefinición identitaria es el territorio donde habitan estas adscripciones grupales. Es cierto que los anclajes territoriales que abonan en la construcción de las identidades locales y barriales (de esquina) se están desanclando debido a que la defensa del territorio como marcaje de lugar, de hábitat y de pertenencia ya no es tan importante, o al menos está adquiriendo otras cualidades como la de ser más móvil y plástica, es decir, tiende a convertirse en una suerte de *identidad nómada* que se está desplazando constantemente por la ciudad, la región o las comunidades, a fin de no ser ubicado o detectado en espacios públicos, sitios o territorios definidos.

Estas agrupaciones, como se empieza a vislumbrar, se han endurecido por los contextos y las situaciones en las que están siendo producidos/construidos, lo cual conduce al surgimiento de mecanismos internos/externos (emergentes) que marcan tanto las nue-

vas formas de sobrevivencia social (material)/cultural (simbólica) y las especificidades/redefiniciones de los diferentes lugares sociales que están jugando y que ocupan como actores en el heterogéneo *mercado de las violencias y de las muertes*, no sólo como sujetos (victimarios), sino también —y cada vez más— desde el sitio de objetos (víctimas).

En lo que atañe a las cualidades generales de los integrantes de estas *clicas*, el núcleo básico o la matriz se ha mantenido, aunque con algunas sutiles variaciones; por ejemplo, hay un acentuado predominio del género masculino; están más definidas las trayectorias de ser adolescentes, a la condición de jóvenes y de adultos jóvenes (cohortes generacionales); se han reducido los niveles de escolaridad; se ha disminuido el desempleo con respecto a las cifras de 2006; prevalece el valor simbólico para el ingreso a la *clica*, es decir, 36.2 por ciento —antes era 46 por ciento—; lo sigue haciendo por “el vacile” y por los problemas (de violencia) que se tienen en casa (Aguilar y Carranza, 2008).

Con respecto a la disputa, tanto en la construcción de un lugar social como por la edificación de un sitio en el interior de la configuración de la identidad del grupo del que se trate, hay varias rutas/trayectorias que coexisten entre sí. De inicio, están los denominados “colaboradores o simpatizantes”; son los que no pasaron por los ritos o las reglas de iniciación, por lo que no están comprometidos en las acciones ilegales del grupo, simplemente se ubican como una especie de ayudantes o de adherentes. Siguiendo esa ruta, se tiene el pasaje o tránsito de estar en el “vacile”/ “vacilando con” y el inicio del proceso de conversión identitaria que consiste en dejar de ser civiles para convertirse en *homies* y, por lo tanto, ser “activos”, es decir, pasar por los rituales de iniciación, ser “brincados” y en esa condición como regla aceptada, no podrán salir de la pandilla o la mara, pues si lo hacen serán considerados como desertores, lo cual en el imaginario de la *clica* se traduce como traición, que se paga con la vida, es decir, le dan “luz verde”: sentencia de muerte.

Los “calmados” o “pasivos” son por lo regular pandilleros o de la mara que ya son *batos* grandes y que han obtenido la “dispensa”

o “el pase”, es decir, siguen reconociéndose como tales, no se salen de la *clica*, sin embargo ya no están obligados, ni tampoco implicados, en participar en los actos ilegales o de involucrarse en situaciones de violencia, e incluso renuncian a consumir drogas, en cambio, los *ex pandilleros*, no tienen el “pase” y por lo común son desertores, lo que implica su persecución.

En cuanto a lo que se conoce de su particular manera de estructura y de construirse respecto a sus lugares inraidentitarios que marcan las dinámicas del grupo, básicamente tampoco han variado, se han mantenido en el tiempo histórico y en el espacio social, es decir, están los *palabrereros*, una especie de liderazgo,¹³ son los que tienen más influencia o protagonismo y quienes llevan la palabra de todos, los portavoces de las decisiones grupales, las cuales se siguen haciendo en colectivo (democráticamente), a lo que ellos denominan “hacer la rueda”, “la ronda” o “el mitin”. Por ejemplo, en relación con el uso de drogas legales e ilegales se ha llegado a un consenso que prohíbe usar *crack* (pasta base), ya que los pone “muy locos”, es decir, en una situación vulnerable, en riesgo y en desventaja delicada ante la pandilla o la mara rival, y también con respecto a los cuerpos de seguridad del Estado y de las fuerzas especiales de la DEA y del FBI que están operando en El Salvador (en Centroamérica). Incluso dependiendo de los días que sean se permite el uso de ciertas drogas, por lo regular el alcohol y la marihuana.

Los “palabrereros” llevan a cabo, entre otras tareas, una función social clave y significativa: son los que tejen el vínculo con la comunidad, el barrio, las familias de los integrantes —máxime cuando algunos de ellos están “privados de la libertad” o han sido asesinados— velan por el bienestar y los intereses de la *clica*; los “soldados”, al parecer, son los de menor grado y están a la espera de llevar a cabo cualquier orden; los “postereros” son los que vigilan el territorio y el barrio ante la posible presencia o amenaza de la policía o de algún rival de la pandilla o de la mara contraria.

¹³ Ellos mismos no reconocen la idea de tener un líder o un liderazgo, ya que contraviene el espíritu de participación colectiva de todos los miembros de la *clica* en la toma de decisiones.

En una parte sustancial, estas adscripciones han alcanzado una mayor organización en su composición interna, y al mismo tiempo están más cohesionados hacia adentro, lo cual significa que han tenido que acercarse más como grupo. Al mismo tiempo, las reglas de conducta, las normas éticas, los códigos de honor, las sanciones y los castigos están cambiando de una manera vertiginosa y plástica.

Aunque se desconocen la mayoría de las nuevas reglas —ya que la primera es no decirlas—, por ejemplo, algunas *clicas* del Barrio-18 al parecer tienen y se guían por 18 reglas —aunque no todos los microgrupos de esa adscripción lo tienen establecido—; se sabe, por lo menos, que tienden a ser más duras, inflexibles, absurdas e inclementes. Por ejemplo, hay evidencias de que se están llevando a cabo purgas internas por distintos motivos, lo que lleva al ejercicio de las violencias dirigidas contra la propia *clica*, es decir, enfocada a algunos de sus integrantes, lo que se puede traducir en la realización de actos tipo ejecuciones internas, e incluso —situación que no se había visto o que no era una práctica que caracterizara a la MS-13 o a los *homies* del B-18— llevar a cabo desmembramientos de los cuerpos de algunos de sus afiliados.

Aunque el B-18 y la MS-13 comparten matrices de significación, hay algunas diferencias que son importantes de referir; la *pandilla* del B-18 todavía trata de mantener las reglas de honor, es decir, al parecer no se están matando tanto entre ellos, no se relacionan abiertamente con el crimen organizado, no fuerzan a los *bichos* (niños) para reclutarlos, se siguen tatuando —aunque discretamente— como marca identitaria, prevalece el espíritu solidario por encima del monetario, funcionan como una familia y todavía protegen a los más chicos y a la comunidad, y su discurso es antisistema; por su parte, la MS-13 anda muy “golpeada”, han asesinado a muchos de sus miembros, otros están privados de la libertad (encarcelados), se han vuelto más duros y rígidos hacia adentro, han cambiado las reglas drásticamente; es muy difícil llegar a conversar con ellos, se han vuelto más crueles, reclutan a la fuerza a sus *soldados* (en las escuelas) y se están matando entre sí.

En lo que atañe al espacio público, al ser menos visibles por no dejarse ver tan fácilmente, remite a que están adquiriendo la cualidad, más que de lo clandestino, de lo imperceptible, es decir, son una suerte de actores y de sujetos socialmente “invisibles” como estrategia y mecanismo de supervivencia cultural/identitaria, a fin de no ser detectados, ubicados y, por consiguiente, evitar la represión o el aniquilamiento. En este sentido, tales adscripciones grupales siguen siendo un emergente social, por lo que no comparto las posturas que los ubican como un problema de seguridad internacional o nacional, en todo caso serían de seguridad pública, aunque los discursos y las narrativas hegemónicas del Estado y de los *mass media* insisten en ello, ya que así los han construido.

*Los mecanismos de supervivencia cultural
y de violencias de muerte*

Se ha comentado y afirmado de manera insistente que estos agrupamientos están cada vez más involucrados en las lógicas y las actividades de lo ilegal o de la *paralegalidad*. Al mismo tiempo, parece que se han vuelto más violentos y por lo tanto han aumentado su capacidad de muerte de una forma considerable, por lo que una de las sencillas preguntas que podríamos formular sería: ¿cuáles son las razones, los motivos y las circunstancias más significativas para que esto se haya gestado así?

Una de las vertientes que nos ayuda a construir algunas explicaciones es la profesionalización de estos agrupamientos, es decir, la especialización que están adquiriendo respecto a las violencias y las muertes, lo cual remite al asunto de las armas con que cuentan; en otras palabras, hay una trayectoria que va de la tenencia de armas artesanales elaboradas por ellos mismos (“hechizas”) a adquirir armamento más sofisticado y, por lo consiguiente, más letal: armas cortas, de asalto, de alto poder, de uso exclusivo de las fuerzas especiales y del ejército, como las famosas AK-47 o las lanzagranadas.

Las estrategias para adquirir tal tipo de armamento son variadas; una de ellas es la compra en el mercado negro, por lo regular

a ex militares, a ex policías o a simples traficantes; la otra vía son las que se obtienen del enfrentamiento con la pandilla o la mara rival, incluso cuando chocan contra los cuerpos de seguridad del Estado; el robo a depósitos o armerías y quizás una de las más frecuentes sean las que les venden los propios policías o militares y las fuerzas de élite que están en activo.

Es importante señalar que han sido toda una tradición los vínculos (difíciles y conflictivos) que han tenido las *clicas* de estos agrupamientos identitarios con los “juras” (los policías) y los militares. Además de que también son los que les venden y les distribuyen las drogas o les permiten, a cambio de compartir las ganancias, toda una serie de actos ilegales, como puede ser el robo de autos o el tráfico de personas. Actualmente la relación está adquiriendo otras modalidades y matices, ya que, por lo regular, ahora la policía es la que los roba, los extorsiona (incluso a sus familiares, amigos y conocidos) y les está pidiendo una cuota fija para permitirles llevar a cabo sus actividades en los márgenes de la *para-legalidad*, en otras palabras, “los juras los rentean”, mejor dicho, los están extorsionando.

De la “renta/rentear” a las extorsiones

Una de las actividades tradicionales que la *mara* y la *pandilla* han utilizado a fin de hacerse de ciertos ingresos para sobrevivir y poder sufragar algunos de sus gastos como *clica*, ha sido lo que comúnmente se conoce como “rentear y talonear”, que consiste en pedir voluntariamente dinero a la gente, a los peatones o a cualquier persona que se encuentre en el camino, o bien a los residentes del barrio o lugar donde se habita. Actualmente esta modalidad de “rentear” está sufriendo ciertos cambios, ya que se ha transformado en extorsión, lo cual es un delito tipificado que implica poner una cuota fija y forzosa en la modalidad de coerción, lo que conlleva un acto o ejercicio de violencia social dirigido contra “los otros”.

Este pasaje de “pedir la renta” a las extorsiones tiene que ver, por una parte, con un mecanismo de subsistencia, debido a las

serias dificultades de conseguir empleo, o al menos subemplearse, más que nada por la exclusión y la discriminación social en la que se encuentran los integrantes de estos agrupamientos identitarios, ya que difícilmente son contratados, y por la otra, en virtud de los requerimientos que la condición de ser mara o del B-18 les exige. Además de sostenerse y por extensión mantener a sus familias cuando ya las tienen, hay que apoyar a los integrantes de su *clica*, que por lo regular están presos, así como a sus respectivas familias y también mantenerse como agrupamiento en relación con todos los gastos que se requieren, máxime si están siendo acosados, pues se necesitaría comprar armamento.

Por lo común están extorsionando a las líneas de autobuses, “los buseros”, a las bases de taxistas, a los comerciantes, a los pequeños empresarios e incluso a algunos habitantes de la comunidad y del barrio: a cambio de garantizarles seguridad o que no vayan a ser molestados por nadie en sus bienes materiales, en el desempeño de su trabajo e incluso el de sus familiares. Hay que señalar que la MS-13 y los del B-18 no son los únicos que se dedican a esta modalidad en los territorios de lo ilegal, ni los más importantes, sino que hay otros actores más protagónicos que pasan invisibles o quizá no se les quiere ver o reconocer del todo en su implicación, como por ejemplo el crimen organizado, la gente común y corriente, hasta empleados de las mismas líneas de transporte, por lo que a las *clicas* de estas adscripciones identitarias se les vuelve a situar como los únicos responsables de estos actos ilegales y son los *chivos expiatorios* por excelencia.

El B-18 y la MS-13: ¿crimen organizado?

Uno de los discursos y de las narrativas hegemónicas que más se han transmitido y propagado con respecto al imaginario que el Estado, sus instituciones y los cuerpos de seguridad nacional como internacional han construido en relación con el ejercicio de las violencias y de las muertes, en las que una parte de estos agrupamientos están implicados, ha sido catalogarlos como crimen

organizado o una versión de una *nueva mafia*.¹⁴ Tales afirmaciones habría que tomarlas con prudencia, ya que parecieran un relato muy fácil de contar, de alto impacto para la opinión pública y de una rentabilidad política y presupuestal nada despreciable, por lo que quizá le faltaría sustento y sobre todo evidencia empírica contundente para ser considerada con seriedad.

Es claro que tanto la MS-13 como el B-18 son agrupamientos que están estructurados de determinada manera, es decir, su núcleo central es la *clica*, especie de célula, por lo que en ese sentido sus acciones y las actividades que realizan tienen cierto grado de organización y planeación mínima, aunque el microagrupamiento como tal, en su constitución de pandilla o de mara no se articula, ni su dinámica, ni su historia (cultural), en las lógicas del crimen organizado.

Actualmente las *clicas* tienen más autonomía con respecto a las *clicas nacionales* de la adscripción a la que pertenezcan, lo que implica que se tiene una mayor —no vista antes— decisión microgrupal, o dicho en otros términos, una especie de descentramiento como miembros e integrantes de la afiliación y de la pertenencia ampliada, ya sea de la MS-13 o del B-18. En consecuencia, la relación que se pudiese establecer entre la mara y el B-18 con el crimen organizado no se daría a nivel orgánico/nacional, ni de estructura a estructura, sino a título individual: no es a nombre de la adscripción identitaria, por lo que no está en juego ni en entredicho la nomenclatura de la MS-13 o del B-18. Planteado de esta manera, quedaría claro que cada integrante de la *clica* decide cuál será el vínculo, en la mayoría de los casos bajo la lógica del negocio, para tener otra forma de ingreso monetario; por consiguiente, la relación es coyuntural, es decir, se trata de llevar a cabo acciones o actividades de colaboración y de ayuda, muy específicas y puntuales, que tienen una temporalidad muy definida y acotada, como por ejemplo, ser contratados como sicarios

¹⁴ Hay un video de la National Geographic Television (2008) denominado: *Mara Salvatrucha: la nueva mafia*, hipótesis que sostiene el FBI. Se trata de un documental de 52 minutos de duración, basado en entrevistas a miembros de la MS-13 y de la pandilla del B-18, así como a agentes encubiertos.

(Salazar, 1998; Martín-Barbero, 1998; Vallejo, 2002), para el robo de autos, el trasiego de armas o el tráfico de personas.

Dentro de los profesionales de las violencias (Tilly, 2003) en los mercados de la muerte, para el crimen organizado, contratar a un integrante de la mara o del B-18 a fin de llevar a cabo un “trabajito”, le costará más barato y le será más redituable que si, por ejemplo, emplea a un sicario, a un *kaibil* (coronel), a un policía, a miembros de fuerzas especiales de élite o a militares. Esto es interesante porque da cuenta de la situación general de supervivencia en la que se encuentran estos jóvenes y de su ubicación social *al límite* (Valenzuela, Nateras y Reguillo, 2007), ya que se emplean por cualquier dinero y, al mismo tiempo —en la imaginación— son considerados como una especie de “lumpen”, de mano de obra por explotar, precisamente por ser integrantes de estas *clicas*, es decir, los pertenecientes a tales adscripciones identitarias son los que ocupan la escala social más baja en el circuito de los profesionales de las violencias, en los *tianguis* y en los *mercados de la muerte*.

Si bien es cierto que una parte de la MS-13 y del B-18 están implicados en el tráfico de personas, drogas, armas y en el robo de autos de lujo, no son los que controlan a gran escala las redes de lo ilegal o la *paralegalidad* de estas actividades, ni mucho menos los que lideran estas rentables ocupaciones que tejen sus vínculos no sólo a nivel nacional, sino también internacional. Vamos, no son los jefes ni los patrones del negocio, ya que no alcanzan a situarse en ese lugar, son simples empleados y además mal remunerados. Quienes sí tienen ese alcance, capacidad logística, armamento sofisticado, tecnología de comunicación satelital, recursos económicos, poder de corrupción y una temible letalidad, son precisamente los del crimen organizado.

Dada la cultura y las características a partir de las cuales se estructuran la MS-13 y el B-18, teniendo en cuenta las lógicas de sentido en su configuración y las dinámicas internas consolidadas que definen los tonos y los matices de sus vínculos y de sus relaciones sociales con “los otros”, estos agrupamientos no tolerarían, ni aceptarían, estar a las órdenes de otras configuraciones

grupales como el crimen organizado, ni tampoco colocarse en una situación subalterna o de desventaja en lo que hace a la toma de decisiones, máxime que suelen ser adscripciones identitarias con una alta participación de sus integrantes en las definiciones colectivas, que además se hacen de una forma democrática, bajo el mecanismo —ya lo decíamos— de “la rueda” o “el mitin”.

Otro aspecto muy interesante y significativo es el hecho de que la mara o la pandilla, al ser los que cargan con toda la estela del estigma social (Goffman, 1993), y además han sido señalados como los únicos responsables de la inseguridad ciudadana y de los altos niveles de violencias y muertes que vive el país, se encuentran en un lugar social de visibilidad extrema, de sobresaturación mediática, es decir, son los que más atraen la atención de la sociedad, de la comunidad, sobre todo de los cuerpos de seguridad nacional e internacional que están detrás de ellos, por consiguiente, al crimen organizado no le conviene de ninguna manera establecer una relación de estructura a estructura, ni muchos menos penetrar y controlar el núcleo central, nacional y orgánico de la MS-13 o del B-18, porque sencillamente quedarían en evidencia y contravendrían uno de sus estilos de trabajo: mantenerse lo más ocultos posible.

PROBLEMATIZACIONES (A MANERA DE CONCLUSIONES)

Hay una serie de tensiones y conflictos teórico-metodológicos en el hacer etnográfico (unilocal/multilocal) que considero relevantes plantear, desde el lugar reflexivo de mi vivencia de la experiencia del trabajo de campo y de la investigación antropológica que llevé a cabo, durante tres meses (octubre-diciembre de 2008), en el Triángulo del Norte Centroamericano (Honduras, Guatemala y El Salvador) con la Mara Salvatrucha (MS-13), los del B-18 y otros actores involucrados (académicos, organizaciones de la sociedad civil, gestores comunitarios).

Lo primero sería plantearse: ¿para qué hacer este tipo de investigaciones antropológicas cuya dificultad es más que evidente?,

o dicho de otro modo, ¿cuál sería la utilidad social de este que-hacer etnográfico en los territorios de las violencias y de la muerte? Quizás algunas de las respuestas provisionarias sean por la importancia en la edificación de determinados conocimientos y de ciertos saberes que vayan encaminados a visibilizar las contradicciones sociales y culturales, en las cuales se han producido ciertos sujetos *transnacionales* y actores como los integrantes de la MS-13 y del B-18. Por lo consiguiente, es imprescindible “politizar” el aspecto político de estas configuraciones, en tanto que se sitúan en las relaciones sociales asimétricas de poder, cuyo núcleo imaginado es acortar las desigualdades sociales, ser respetados a partir del marcaje de sus diferencias culturales y ser incluidos en una sociedad que constantemente los rechaza.

Tal importancia adquiriría visibilidad y sentido si logramos desmontar los discursos hegemónicos cuando dicen (narrativas orales) y representan (narrativas orales/visuales) acerca de estas descripciones identitarias (juveniles) que los sitúan como los únicos responsables (chivos expiatorios) de las *violencias sociales*, de las acciones de muerte y de la inseguridad ciudadana y que operan como coartadas perfectas en el imaginario colectivo para la implementación de las políticas de cero tolerancia, de mano dura y de las leyes antimaras, que han desatado las ejecuciones extrajudiciales y la actuación de los temibles “escuadrones de limpieza social” y “de la muerte”.

Estamos también ante la tensión en la disputa de nuestra propia *creación de la presencia* como antropólogos sociales, que implica entrar en una lucha real y simbólica por el reconocimiento como etnógrafos, frente a la construcción de *las presencias* de “los otros” actores y de “los diversos” sujetos en el campo,¹⁵ es decir, me refiero a los ministros de culto (sacerdotes); los interventores comunitarios (y las organizaciones de la sociedad civil que los acompañan); los comunicadores de los *mass media* (reporteros y

¹⁵ Bourdieu (1990:28) habla del campo social de la siguiente manera: “[...] se puede describir como un espacio pluridimensional de posiciones tal que toda posición actual puede ser definida en función de un sistema de coordenadas”.

camarógrafos que por cierto son los más desprestigiados), y los agentes de seguridad de los Estados-nacionales e internacionales (el FBI, por ejemplo, que son los más odiados). En esta lógica de pensamiento, ¿cuál sería la cualidad del hacer y de los saberes antropológicos construidos que nos diferencien frente a los quehaceres y los conocimientos edificados por los otros actores del campo?

La discusión ética es central y necesaria ya que trabajamos con integrantes del Barrio 18 y miembros de la Mara Salvatrucha, actores circunscritos en las relaciones sociales asimétricas de poder y en los territorios al límite o al borde, es decir, en climas de violencia y de muerte que los sitúan en escenarios de lo “ilegal” o de la “paralegalidad”, lo cual conlleva un delicado manejo de los relatos orales —la etnografía— y de las imágenes —las fotografías— que hemos construido respectivamente, aun con su consentimiento. Estos aspectos nos llevan a replantear los sentidos sociales y académicos del vínculo que establecemos a partir de nuestro lugar como sujetos que investigamos, en relación con nuestros sujetos de la investigación antropológica. ¿Qué tipo de convenios y de acuerdos tendríamos que establecer a fin de no colocar en una situación de vulnerabilidad a nuestros informantes frente a las estrategias de represión y de exterminio que se están implementando contra ellos? ¿Cómo discernir la cualidad de las narrativas de tal manera que no sea una información que, por una parte, sature el estigma social (Goffman, 1993) de estas descripciones identitarias al *límite* (Valenzuela, Nateras y Reguillo, 2007), y por la otra, que a la luz de la lectura de los propios *homies* y de la mara, no se considere una forma de “filtrar” información que favorezca a los cuerpos de seguridad del Estado y, por consiguiente, los ponga en riesgo en su integridad física y afectiva?

Es urgente repensar la pertinencia de la observación participante directa e intensa en el campo como estrategia clásica de la etnografía unilocal, cuando se trabaja a partir de las actuales características de los actores sociales transnacionales de la MS-13 y del B-18, en el entendido de que hay un clima *cultural de sospecha* permanente ante la interrogante ¿quién es ese otro? —o sea, no-

sotros como antropólogos—, ya que aparecemos y nos instalamos en sus territorios y en sus comunidades, lo cual activa los mecanismos de desconfianza y duda. Esto remite al hecho fáctico y simbólico; por una parte, como “forasteros” o “extranjeros” somos *sujetos* visibles, y por la otra, los *homies* y la mara también nos construyen desde sus *miradas* específicas y nos colocan en un lugar social definido que al menos al principio desconocemos totalmente (en mi caso, un “palabrero” —un líder— de la Mara Salvatrucha en El Salvador me confundió con un agente infiltrado del FBI cuando lo estaba entrevistando, situación por demás complicada).

Asimismo, es claro que el B-18 y la MS-13, dentro de sus características como sujetos y objetos de la investigación antropológica, están mutando a partir de sus desanclajes territoriales y se están convirtiendo en una especie de sujetos móviles, en “identidades nómadas” y por lo tanto adquieren adscripciones identitarias “invisibles” —“camuflados socioculturalmente”—, para no ser detectados ni por los cuerpos de seguridad del Estado, ni por las *clicas* rivales en los espacios públicos (la calle, el barrio y la comunidad). En este sentido, es muy difícil acercarse a ellos y en todo caso son muy reacios a dejarse entrevistar o aceptar tomarse fotografías. En consecuencia, nuestro dispositivo metodológico de aproximación necesita de varias vías indirectas y alternadas: la comunidad, los familiares, los gestores, los académicos e investigadores, e incluso los *pandilleros* “pasivos”, alejados de la violencia y el consumo de drogas. En cuanto al espacio del encierro —las cárceles—, y en virtud de que los accesos están casi negados para los académicos, los investigadores y las organizaciones de la sociedad civil, la estrategia tendría que ser parecida, es decir, a través de los gestores comunitarios y en lo particular con sus visitas: los familiares, conocidos y amigos.

En esta lógica de discusión, reitero que el método etnográfico multilocal (Marcus, 2001),¹⁶ además de ser idóneo es necesario, ya

¹⁶ Tal etnografía se inserta dentro del sistema mundo (los contextos) y le interesa rastrear la circulación de los significados y de los objetos de los nuevos

que permite la flexibilidad, la plasticidad y la movilidad para seguir las huellas de la complejidad cultural en la que se producen estas adscripciones identitarias (juveniles) *transnacionales*. Asimismo, resulta (y resultó) de gran utilidad el uso y la articulación de diferentes instrumentos y herramientas en la construcción de los datos etnográficos (orales/visuales) como fuentes de información (me refiero a la entrevista a profundidad, la fotografía, el análisis de noticias y el diario de campo). Aunque cabría decir que las más difíciles de aplicar y de llevar a cabo fueron la entrevista y la fotografía. Con respecto a las entrevistas, la clave fue tener un “mediador”, es decir, un colega, conocido o amigo que se encargaba de situar el dispositivo e introducirme en el espacio dialógico, y lo más significativo, en la construcción de la confianza en torno a mi lugar como etnógrafo y/o entrevistador. En lo que atañe a la fotografía, es imprescindible negociar su uso con los sujetos de la investigación, máxime si se está entrevistando a un “palabrero”—un líder—, o a un “desertor”—sin pase—, e incluso a un *homie* “pasivo” o “retirado”. Y en el espacio público (la calle, el barrio o la comunidad), simplemente saber que al tomar las imágenes uno se visibiliza e inevitablemente genera “sospecha” y “desconfianza”.

Infiero la necesidad de problematizar la idea del Estado-nación, dado su quiebre de sentido en épocas de crisis de la modernidad y del modelo civilizatorio, ya que es evidente su debilitamiento, el desdibujamiento que padece y su ineficacia para mediar los conflictos y las tensiones sociales. Ligado con lo anterior, hay que resituar ciertas categorías para el análisis sociocultural, como *las identidades* o *las identificaciones*, en función del tono de sus cambios y de los matices de sus mutaciones tan rápidas, apuntando a sus cualidades *performativas*. En lo que atañe al concepto de las violencias y de la muerte, lo más significativo —y necesario a profundizar— no es el hecho o el suceso fáctico, sino la vertiente

procesos culturales emergentes en un tiempo y en un espacio difuso, dentro de los diversos sitios de actividad. Se trata de llevar a cabo un mapeo del terreno de la investigación y del objeto de estudio que va tejiéndose a través de las relaciones, asociaciones y conexiones.

simbólica, es decir, lo implícito, lo latente, lo que representa la acción para estos agrupamientos: edificación de un lugar social negado, intentos de inclusión y, por el lado de las estrategias de *las masculinidades*, funcionan como mecanismos de autoafirmación, valentía, arrojo, respeto y prestigio.

Considero que uno de los conceptos clave para comprender en amplitud lo relacionado con las violencias institucionalizadas —las que lleva a cabo el Estado con sus cuerpos de seguridad y sus instituciones— es el término de “paralegalidad”, ya que es un *analizador* sociocultural que nos permite entender una de las cualidades más significativas de las sociedades contemporáneas: la diversidad de actores que por sus acciones sociales se sitúan en los umbrales y en las fronteras de lo “ilegal”, es decir, construyen sus propias lógicas de “cierta legalidad” el crimen organizado, el trabajo informal, las *clicas* del B-18 de la MS-13 y las comunidades que se hacen justicia por su propia mano (los “linchamientos” o las “ejecuciones extrajudiciales” son un buen ejemplo de ello).

En este sentido, una de las interrogantes sería: ¿qué significa para un antropólogo la inmersión en tales contextos, con estos actores y sujetos al *límite*, al *borde* y en las lógicas de la *paralegalidad*? Desde mi vivencia de la experiencia, lo primero que podría decir es *el sentimiento de vulnerabilidad* que se me despertó y que experimenté a lo largo del quehacer etnográfico frente a *esos otros*, los cuales fueron adquiriendo distintos rostros y tésituras. Me explico, la permanente exposición a los relatos y a las historias de violencia y de muerte más burdas y crudas me llevaron a sentirme muy frágil, con ciertas dosis de miedo, lo cual se me inscribió en el cuerpo; en otras palabras, pareciera ser que los sujetos y el objeto de estudio —en algunos momentos— no sólo me atraparon, sino que me *traspasaron*, esto me encaminó, casi al final del trabajo de campo, al saturamiento, el cansancio y el fastidio por tanta violencia y muerte.

El asunto del *miedo* no era estrictamente con respecto a los *homies* del Barrio-18 o los integrantes de la MS-13 —es más, con ellos siempre me sentí seguro—, sino que lo fui construyen-

do a partir de la situación de riesgo en la que se está en su amplitud, de conocer la acción de represión y acoso de los cuerpos de seguridad del Estado, de los grupos paramilitares de exterminio y de *limpieza social* que están actuando contra la condición juvenil en general, y en particular hacia estas adscripciones identitarias.

A diferencia de los dispositivos de acompañamiento que existen en otras disciplinas como la psicología clínica, la psiquiatría y el psicoanálisis, en antropología no se cuenta claramente con algún mecanismo similar que, por una parte, sirva de espacio de contención en relación con los etnógrafos que están investigando temáticas en situaciones complejas y de riesgo (enfermos terminales, traficantes de drogas, crimen organizado, guerras y conflictos armados), y, por la otra, un lugar de reflexión en el momento en el que se está realizando el quehacer antropológico, máxime cuando se trata de dichas circunstancias. Esto cobra mayor relevancia porque al trabajar con las subjetividades individuales construidas colectivamente hay que apuntar a nuestra propia subjetividad como etnógrafos. Por tanto considero importante narrar lo que a uno le va pasando desde la biografía social y, en tanto que me he situado como sujeto que investiga, a los sujetos de la investigación antropológica. Remarco que he partido de mi implicación y de mi vivencia durante el proceso de investigar, lo cual significó que intenté, aun con mis temores y mi hartazgo, construir una narrativa inserta en la trama social de *los otros*, en la reconstrucción de las lógicas argumentales, a fin de visibilizar a los personajes centrales de estas historias, anclados a un tiempo histórico y a un espacio sociocultural definido e inequívoco.

¿Qué fue, en todo caso, lo que cambió en mi perspectiva? Quizá darme cuenta y comprender la real complejidad en lo que corresponde a la configuración de los contextos, los escenarios y de los actores involucrados, en lo específico, la *dureza* y la *intensidad* de las historias sociales de vida de los *homies* del B-18 y de la MS-13, marcados por las inequidades sociales, los umbrales de la violencia y de la muerte, más cuando la padecen que cuando la ejercen. Esto me remite a una reflexión más: una de las lec-

ciones, de cara a la *vastedad* y a la *omnipresencia* de lo que hemos denominado libremente como *el mercado de las violencias y de la muerte*, es conducirse con absoluto respeto académico en lo que atañe al tipo de vínculo que establecemos en relación con los sujetos y el objeto de estudio como tal.

Lejos de suscribir los discursos y las narrativas del “pesimismo académico y de la investigación”, que en una vertiente considera homogéneamente a los afiliados a las adscripciones identitarias del B-18 y de la MS-13 como “casos perdidos”, “poseídos por el demonio”—demonización—, “máquinas de guerra” o “crimen organizado”, en cada historia y en cada relato hay un sujeto (joven) construido que también puede tener la capacidad de enamoramiento; ejercer determinadas funciones desde su lugar de padre “responsable” o de madre “amorosa”; establecer vínculos de amistad y de solidaridad no sólo con sus familiares, sino también con “los otros desconocidos”; ser exitoso en las actividades que emprende, por ejemplo, terminar la secundaria, la preparatoria e incluso una carrera técnica o universitaria; desarrollar su talento en la música, la poesía o la literatura; tener habilidades para montar su propio negocio y conseguir un empleo aceptable.

Quizás una de las cuestiones más significativas que constaté en el esfuerzo que llevan a cabo en su rediseño social, a fin de edificar un lugar cultural distinto y diferente, descentrados de las violencias y de las lógicas de la muerte, es el hecho —aunque se tenga un sitio de *homie* o de mara, “pasivo/inactivo”; “veterano/retirado” o “desertor”, e incluso haberse quitado los emblemas del tatuaje— de que nunca se deja de ser B-18 o de la MS-13, en tanto que es una adscripción identitaria dura/potente, que se inscribe en el cuerpo, se encarna en la piel y se lleva hasta la muerte.

BIBLIOGRAFÍA

AGUILAR, Jeannette y Marlon CARRANZA

2008 *Las maras o pandillas juveniles en el triángulo norte de Centroamérica. Mitos y realidades sobre las pandillas y sus vínculos con el crimen*, San Salvador, IUDOP-UCA.

BOURDIEU, Pierre

1990 *Sociología y cultura*, México, CNCA/Grijalbo (colección Los Noventa).

COURTNEY SMITH, Robert

2006 *México en Nueva York. Vidas transnacionales de los migrantes mexicanos entre Puebla y Nueva York*, México, Cámara de Diputados/UAZ/Miguel Ángel Porrúa.

CUERNO, Lorena

2000 “El lado oscuro de la calle. El caso extremo de la Mara”, en revista de estudios sobre juventud, *Jóvenes*, año 4, núm. 10, enero-marzo, México.

DE ALBA, Martha

2007 “Mapas imaginarios del Centro Histórico de la Ciudad de México: de la experiencia al imaginario urbano”, en Ángela Arruda y Martha de Alba (coords.), *Espacios imaginarios y representaciones sociales. Aportes desde Latinoamérica*, México, Anthropos/UAM, pp. 285-319.

FEIXA, Carles

1998 *El reloj de arena. Culturas juveniles en México*, México, SEP/Causa Joven/CIEJ.

GARCÍA CANCLINI, Néstor

2004 *Diferentes, desiguales y desconectados*, Barcelona, Gedisa.

GOFFMAN, Erving

1993 *Estigma. La identidad deteriorada*, Buenos Aires, Amorrortu.

HOPENHAYN, Martín

2005 *América Latina. Desigual y descentrada*, Buenos Aires, Norma.

KEARNEY, Michael

1995 “The Local and the Global: The Anthropology of Globalization and Transnationalism”, en *Annual Review of Anthropology*, vol. 24, pp. 547-565.

MARCUSE, George E.

2001 “Etnografía en el sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal”, en revista *Alteridades*, año 11, núm. 22, julio-diciembre, México, pp. 111-127.

MARTÍN-BARBERO, Jesús

- 1998 “Jóvenes: des-orden cultural y palimpsestos de identidad”, en Humberto Cubides, María Cristina Laverde y Carlos Eduardo Valderrama (eds.), *“Viviendo a toda”. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*, Bogotá, Universidad Central-DIUC/Siglo del Hombre Editores, pp. 22-37.

MORÁN, Mauricio; Vilma HUEZO y Pat GIBBONS

- 2001 *El barrio, la frontera del joven pandillero. Contexto familiar y su influencia en el desarrollo de la personalidad del joven pandillero*, San Salvador, Universidad Tecnológica de El Salvador.

REYGADAS, Luis

- 2007 “La desigualdad después del (multi) culturalismo”, en Carlos Garma, Ángela Giglia y Ana Paula de Teresa (comps.), *¿Adónde va la antropología?*, México, UAM/Juan Pablos.

SALAZAR, Alonso

- 1998 *No nacimos pa'semilla. La cultura de las bandas juveniles de Medellín*, Santa Fe de Bogotá, Ediciones Anthropos LTDA.

SÁNCHEZ, George B. y Julia REYNOLDS

- 2003 “La guerra civil de las pandillas mexicanas en California: (1º) Paisanos que se matan entre sí’ (2ª) ‘Nortños: los hijos de Chávez’ y (3º) ‘Un largo camino a Delano’”, en *La Jornada*, suplemento Masiosare, núm. 313, 21 de diciembre, núm. 314, 28 de diciembre, núm. 315, 4 de enero de 2004, respectivamente, México.

SERRANO, José Fernando

- 2005 “La cotidianidad del exceso. Representaciones de la violencia entre jóvenes colombianos”, en Francisco Ferrándiz y Carles Feixa (eds.), *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia*, Barcelona, Anthropos, pp. 129-143.

TILLY, Charles

- 2003 *The Politics of Collective Violence*, Cambridge, Cambridge University Press.

VALENZUELA, José Manuel

- 1988 *¡A la brava ése!, cholos, punk, chavos banda*, México, El Colef.

- 2002 “De los pachucos a los cholos. Movimientos juveniles en la frontera México-Estados Unidos”, en Feixa, Molina y Alsinet (coords.), *Movimientos juveniles en América Latina. Pachucos, malandros, punketas*, Barcelona, Ariel.

VALENZUELA, José Manuel; Alfredo NATERAS
y Rossana REGUILLO (coords.)

- 2007 *Las Maras. Identidades juveniles al límite*, México, Universidad Autónoma Metropolitana/El Colef/Juan Pablos.

VALLEJO, Fernando

- 2002 *La virgen de los sicarios*, México, Alfaguara.

SEGUNDA PARTE

ESPACIOS Y CUERPOS
DE LAS VIOLENCIAS EN JUÁREZ

JUARITOS: PROHIBICIONISMO, VIOLENCIA Y FRONTERA

José Manuel Valenzuela

Pensar la violencia de la frontera nos lleva a (re)construir aspectos centrales de su historicidad y algunos eventos significativos cuyos efectos se despliegan hasta los tiempos actuales. Quiero recuperar algunos ejes nodales para interpretar la violencia fronteriza y sus heridas abiertas: la migración, el feminicidio, el narcotráfico, la precarización y criminalización de los jóvenes como elementos que marcan procesos que han acompañado la historia de la frontera en las últimas décadas.

En la segunda mitad del siglo XIX y gran parte del siglo XX la construcción de las violencias y resistencias de los mundos fronterizos del lado estadounidense se articularon con base en un racismo muy fuerte que permeó las relaciones interétnicas y generó diversos procesos de resistencia entre la población de origen mexicano. El primero de ellos tiene que ver con la irrupción de los famosos héroes populares (los bandidos sociales de Hobsbawm), prefiero llamarles héroes populares para priorizar sus vínculos e intereses comunes con la población mexicana. Entre ellos destacaron Joaquín Murrieta, Gregorio Cortez, Elfego Baca y Tiburcio Vázquez, quienes representaron la construcción de movimientos, prácticas colectivas e imaginarios sociales conformados en escenarios bucólicos donde sectores importantes del pueblo mexicano en Estados Unidos construyeron en ellos mitos redentores y figuras emblemáticas de sus esperanzas y reivindicaciones.

A principios del siglo XX, dentro de un contexto donde prevalecían las teorías de la asimilación y la aculturación, se natu-

ralizó la cultura dominante como el referente al cual tenían que integrarse las otras culturas. Las perspectivas desde las cuales se fueron construyendo estas imágenes a lo largo de la primera mitad del siglo XX están plagadas de historias ignominiosas de racismo y de prejuicios donde habría que colocar algunas de las primeras expresiones sociales inscritas en las ciudades fronterizas pero vinculadas a estos contextos en los que la colindancia tiene un papel fundamental.

Uno de estos escenarios ocurre en 1914, cuando la población estadounidense, preocupada por el crecimiento de la inmigración y de grupos sociales ajenos a la *doxa* protestante, estableció la prohibición de cocaína y derivados del opio. Hay que recordar que grandes empresas farmacéuticas como Bayer eran las principales comercializadoras de los derivados del opio. La prohibición generó un desfase transfronterizo debido a que estos productos no se encontraban prohibidos del lado mexicano y transcurrió más de una década para que fueran ilegalizados debido a las presiones ejercidas por el gobierno de Estados Unidos. Desde entonces tenemos un proceso en el cual diversos sectores del comercio, la economía y la política mexicana y estadounidense se involucran en el trasiego y la comercialización de estos productos.

Sin embargo, las disposiciones prohibicionistas definidas desde el norte de la frontera mexicana no significaron el fin de la producción y el trasiego de drogas, pues existían intereses más poderosos que las posiciones moralistas estadounidenses. En 1919, con la enmienda XVIII a la Constitución de Estados Unidos, se prohibió la producción y comercialización de licor. En 1919, Andrew Volstead decía que con la enmienda XVIII se iniciaría una nueva época para la gran nación estadounidense e imaginaba la felicidad inscrita en los rostros de hombres, mujeres y niños cuya sonrisa sería la prueba fehaciente del éxito de la ley seca y abriría las puertas del cielo; sin embargo, el senador por Minnesota no imaginaba que la famosa ley que prohibía el consumo y trasiego de licor tendría efectos opuestos y devastadores, pues no se abrieron las puertas del cielo, sino las esclusas del infierno y, con ello, inició un periodo aciago debido a que amplios sectores de

ciudades estadounidenses no estaban dispuestos a aceptar con estoicismo la abstinencia ética, motivo por el cual se expandieron a lo largo de toda la frontera norte mexicana los sitios tributarios del hedonismo, la afición lúdica y el consumo ético, tales como bares, cantinas, casinos, destilerías, prostíbulos y toda una cadena de servicios de placer y diversión para estadounidenses y paisanos que llegaban a las ciudades fronterizas.

Existen anécdotas realmente increíbles sobre trucos y estrategias implementados para evadir los controles impuestos por la veda al licor establecida con la Ley Volstead, algunas de ellas registradas en Ciudad Juárez, donde se estableció una cantina exactamente en la línea fronteriza en la que los angloestadounidenses simplemente metían la cabeza y podían beber burlando las disposiciones prohibicionistas. En el contexto de restricción de drogas y licor de las primeras décadas del siglo XX crecieron las leyendas negras en los escenarios fronterizos, surgieron estereotipos desde los cuales se han propalado visiones reducidas y caricaturizadas de una frontera homogénea, donde anidan el vicio, la prostitución, el licor, las drogas y la condición sodomita magnificada. Junto a los ámbitos sórdidos y pecaminosos, crecieron representaciones de la frontera vinculadas al glamour o la dimensión frívola imbricada en la presencia farandulera hollywoodense, con sus anécdotas sobre la visita asidua de sus figuras estelares, como Charles Chaplin, Humphrey Bogart, los hermanos Marx y Johnny Weissmüller, o la de Margarita Cansino, la niña que bailaba en el Foreign Club de Tijuana y posteriormente emigró a Estados Unidos donde cambió su nombre artístico, convirtiéndose en la súper diva Rita Hayworth, o el recuerdo de Rodolfo Valentino, quien se casó en la ciudad fronteriza de Mexicali, en Baja California, mientras filmaba *The Sheik*.

Con las disposiciones prohibicionistas se trastocaron los escenarios de frontera, incorporando de manera muy clara diversos elementos de precarización e indefensión, como ocurrió con el crecimiento de la prostitución y el incremento de la vulnerabilidad de las mujeres. Estos elementos han sido parte central de la

historia social de la frontera. En 1933, el gobierno y las fuerzas políticas de Estados Unidos reconocieron su incapacidad para enfrentar a las mafias de contrabandistas que crecieron con el veto al licor. Aunque las estimaciones son imprecisas, se consideran en varias decenas de miles las personas que murieron durante ese periodo debido al consumo de bebidas adulteradas y a la violencia de los grupos criminales enormemente fortalecidos, al igual que su capacidad corruptora ante la cual sucumbían las fuerzas policiales y figuras del campo político y empresarial. Finalmente, con la enmienda XXI a la Constitución de Estados Unidos aprobada en 1933, el gobierno federal estadounidense decidió dar marcha atrás en su estrategia prohibicionista, logrando una súbita y amplia disminución de los eventos de violencia y muerte. Sin embargo, sus efectos sobre los escenarios fronterizos del norte mexicano se mantuvieron en dinámicas estructurales de la vida en esta región.

Resulta interesante recuperar algunas imágenes que adquirieron especial visibilidad durante este periodo, como la presencia de algunas figuras que lideraban el contrabando de licor y adquirieron centralidad en la configuración de escenarios de violencia que prevalecían durante ese periodo, entre ellos Al Capone, quien también poseía negocios transfronterizos vinculados con el tráfico de licor y se convirtió en la obsesión de Elliot Ness, agente policial cuya función principal era capturarlo. Sin embargo, Ness fracasó en su encomienda. También fracasó en la misión de atrapar al Asesino de Torso de Cleveland, un famoso asesino serial estadounidense. Elliot Ness compitió por la alcaldía de Cleveland en 1947 y perdió. Después lo corrieron de la empresa donde trabajaba como jefe de seguridad. Tras un accidente automovilístico donde se dice que no hubiera logrado pasar la prueba del alcoholímetro, Elliot Ness murió envuelto en la sospecha y el rumor de haber sucumbido a los encantos de Baco, atrapado en el consumo de las bebidas espirituosas a las que tanto combatió. Por eso resulta incierto e inquietante el sentido de las declaraciones de Barack Obama cuando en marzo de 2009 dijo enfático y sonriente que Felipe Calderón era el Elliot Ness mexicano.

En los años veinte y treinta emergieron nuevos elementos de los mundos de frontera. Uno de ellos fue el crecimiento de la migración que se aceleró por la atracción de la Primera y la Segunda Guerras Mundiales; con ellas crecieron espacios de precarización y aparecieron narrativas sobre los migrantes, en 1924 se publicó por entregas en la ciudad de Los Ángeles el libro *Las aventuras de Don Chipotle o cuando los pericos mamen*, novela picaresca escrita por Daniel Venegas, que narra las aventuras de un migrante. También emergió el primer gran fenómeno juvenil transfronterizo que enmarcó los mundos de frontera: el pachuco, que surgió en 1939 en el barrio de la Chaveña de Ciudad Juárez y en el Segundo Barrio de El Paso, Texas, con ritmo de *swing*, *boogie woogie* y mambo, marcando las gramáticas de la vida cotidiana de los barrios mexicanos y chicanos, así como el sentido y la estética de las calles y los bailes. Del lado estadounidense el pachuco enfrentó la hostilidad del racismo endurecido durante ese periodo, mientras que en el lado mexicano de la frontera el pachuco resintió el clasismo, la discriminación y la precarización de los barrios. En este contexto resulta pertinente colocar algunos temas importantes para el crecimiento de la violencia en la frontera. Mi hipótesis es que con la Ley Volstead las mafias, que controlaban no sólo una parte importante de la vida pública, incluida la extorsión a negocios, sino también rutinas de calles y barrios, extendieron sus dominios en algunas cárceles donde establecieron sus códigos, algunos de los cuales fueron incorporados por afroestadounidenses, mexicanos y chicanos. Así empezó a darse una apropiación de códigos de mafia con lealtades atrincheradas que funcionaban como estrategias de sobrevivencia. La incorporación de códigos de mafia dentro de la cárcel por parte de algunos grupos también permeó en diversos agrupamientos pachucos que, desafortunadamente, los trasladaron a los barrios y así surgió una identidad cotidiana en los barrios mexicanos de Estados Unidos y de México que incorporaron códigos cerrados y muchas veces cruentos, donde la rivalidad interbarrios ha tenido un papel fundamental y se ha expresado en el control territorial. Los códigos culturales del pachuco marcaron varios as-

pectos de la vida fronteriza entre los jóvenes de los barrios populares.

El pachuco recurrió a una transformación lingüística que se originó en la invasión estadounidense a México, con la cual surgió lo que he llamado la reinención del génesis por parte de la población mexicana que fue cruzada por la frontera, pues tuvo que renombrar el mundo y el *track* se convirtió en traque, y *market* en marqueta. Ellos no hablaban inglés, eran gente pobre vinculada al campo y tuvieron que apropiarse del lenguaje del dominador para transformar sus sentidos y significados.

En el pachuquismo existió una territorialización, una estética identificable y una confrontación explícita o implícita frente a discursos, narrativas y expresiones cotidianas del racismo que debemos de valorar, pues hasta hoy prevalecen estereotipos en torno a la figura del pachuco.

Permítanme destacar dos experiencias importantes que ilustran la relevancia del pachuquismo como fenómeno social simbióticamente vinculado a la expresión identitaria de lo mexicano. La primera de ellas ocurrió en junio de 1943 cuando una muchachita mexicana caminaba en Los Ángeles y los marineros la piropeaban. Los carnales de la muchacha enfrentaron a los marineros, se enfrentaron a golpes y los marineros llevaron la peor parte. Inmediatamente después, camiones repletos de “marines” y policías entraron a sitios mexicanos tales como barrios, cines, restaurantes, parques públicos y detenían a jóvenes hombres y mujeres, los golpeaban, los desnudaban y los apresaban. La prensa mostraba esas agresiones racistas como enfrentamientos entre pachucos y las fuerzas del orden, pero aquello fue una verdadera exacerbación de racismo que tuvo como expresión límite la posición del teniente Duran Ayres del Condado, el sheriff de Los Ángeles, quien presentó un documento ante jurado señalando una suerte de predisposición biológica de los mexicanos a la delincuencia y el crimen, y lo justificaba retomando como muestra inobjetable los sacrificios humanos de los aztecas.

La segunda experiencia se presenta del lado mexicano, donde desafortunadamente prevaleció una explicación que se ha di-

fundido desde los años cincuenta, una explicación excelsa en términos literarios pero desinformada e ignorante del contexto de frontera. Me refiero al “Pachuco y otros extremos”, en *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz, quien redujo al pachuco a un *clown* siniestro que no quería integrarse a la cultura americana. Paz no vio la diversidad cultural estadounidense, ni el racismo, ni pensaba en los indios nativos americanos, ni en los afroestadounidenses, ni en la multiplicidad cultural angloestadounidense; él redujo al pachuco a un payaso, un rebelde instintivo. Tampoco vio las condiciones sociales que, vinculadas al racismo, reproducían la desigualdad social, por ello no destacó los letrados que decían: “Prohibida la entrada a perros, negros y mexicanos”, ni vio que afros y latinos sólo podían entrar un día de la semana a las albercas cuando el agua estaba más sucia, ni que afroestadounidenses y latinos se tenían que parar de sus asientos en el transporte público para cederlo a los blancos hasta que Rosa Parks se negó a hacerlo y, con ella, amplios sectores de las comunidades afroestadounidense y chicana, como uno de los detonadores del Movimiento de los Derechos Civiles que, junto con el Movimiento Chicano, enmarcaron la lucha contra el racismo y la discriminación en Estados Unidos durante la década de los años cincuenta, sesenta y setenta. Paz tampoco vio los llamados motines de los pachucos, que en realidad era el racismo antimexicano al cual ya me he referido. Desafortunadamente, la de Paz es una de las imágenes que han quedado grabadas como posición interpretativa de la figura del pachuco y sus sentidos como expresión de la población chicana y fronteriza.

Abrevando en la impronta del pachuco, en las décadas siguientes cobraron fuerza los fenómenos del cholismo y la mara, a los cuales no me voy a referir en este momento, pero debo añadir que la articulación entre la migración y el arraigamiento de algunas experiencias culturales de la frontera vinculadas con procesos que están ocurriendo del otro lado nos ayudan a entender gran parte de lo que ocurrió en contextos fronterizos, particularmente en Ciudad Juárez y Tijuana, donde no desaparecieron los mundos sórdidos vinculados a la prostitución, la explotación y la trata de

las mujeres, pues la frontera sigue siendo un espacio de servicios compartidos.

La migración también ha tenido un lugar central en el crecimiento de las ciudades de la frontera, las cuales se conformaron con pedacitos de patria que llegan de todos los rincones del país. Durante el periodo de 1942 a 1964 creció la migración a través de la Operación Bracero, con lo cual se incrementó de manera muy acelerada la población de las ciudades fronterizas. Durante el periodo de los años veinte a los años cuarenta, algunas ciudades de frontera tuvieron tasas de crecimiento social (migración) de 10 a 13 por ciento. Las ciudades fronterizas crecieron con infraestructura deficiente y precario equipamiento urbano, así como con fuertes problemas de irregularidad en la tenencia de la tierra. Estos asuntos han incidido de manera importante en la forma que asumen los problemas en la construcción de los espacios urbanos con sus escenarios de violencia e inseguridad, así como en la precarización y el crecimiento de la vulnerabilidad social.

Al término del Programa Bracero en 1964, se dijo que resultaba inminente una llegada masiva de mexicanos que regresarían deportados de Estados Unidos, argumento falso pero reiteradamente esgrimido desde la posición oficial mexicana. A partir de la urgente necesidad de prever los supuestos problemas sociales que generaría este alud poblacional en la frontera, se estableció, en 1965, el Programa de Industrialización Fronteriza, con el cual empezaron a operar empresas maquiladoras. Ya existían en la frontera empresas de ensamble o maquilas, pero su presencia se formalizó en esta coyuntura. En realidad lo que se estaba viviendo era una nueva fase del proceso de internacionalización de procesos productivos, internacionalización del trabajo, uso intensivo de la fuerza del trabajo, precarización y flexibilización laboral que tuvo a la región fronteriza como ámbito inicial debido a las ventajas obtenidas por factores de localización y al paquete de facilidades que se ofreció a la industria maquiladora.

La presencia de la industria maquiladora de exportación también marcó los contextos fronterizos, particularmente en lo relativo a la precarización de las mujeres trabajadoras. El asunto de la ma-

quila se articuló con otro tipo de problemas, como el deficiente equipamiento urbano y la criminalización de algunas experiencias de las y los jóvenes, especialmente de las mujeres trabajadoras de la maquila, quienes irrumpieron en el espacio público enfrentando atavismos patriarcales, así como a las pachucas y las cholos, quienes fueron figuras importantes que cuestionaban la perspectiva tradicional de sumisión de la mujer. La pachuca y la chola asumieron roles protagónicos y participaron en la disputa por el control del barrio y de las calles.

Finalmente llegamos a un escenario más reciente, donde estos procesos se fueron acentuando. En los años ochenta se articularon varios aspectos que definieron los principales ejes de la historia social de la frontera, entre los cuales destaca el incremento de la migración, la precarización de América Latina en la llamada década perdida y por lo tanto el desplazamiento de un gran número de migrantes que viajaban por estas ciudades fronterizas. Los efectos de estos procesos migratorios han sido significativos y desiguales, si consideramos que por Tijuana cruzaba cerca de la mitad de toda la migración indocumentada. Con esta migración emergieron nuevos fenómenos sociales fronterizos, algunos de ellos, como la Mara Salvatrucha, originados en los conflictos de guerra civil en Centroamérica. Muchos de los desplazados por los conflictos civiles centroamericanos llegaron a Los Ángeles, a la escuela Belmont, donde se encuentra el Barrio 18, antes Clanton 18, y se incorporaron en los procesos de socialización informal y de adquisición de códigos de barrio. De ahí emergió la Mara Salvatrucha y abrevó de formas de convivencia y prácticas sociales inscritas en la cultura de la frontera, por eso cuando se habla de sus códigos cifrados como *trucha* y *órale*, sabemos que son elementos que pertenecen al *slang* fronterizo y a la *túrica* de los barrios pachucos y cholos desde hace más de seis décadas. La Mara emergió en ese contexto y se separó del Barrio 18 a partir de intereses y conflictos que llevaron a la ruptura. La Mara Salvatrucha recuperó del pachuco y el cholo gran parte de los códigos que los identifican como son el caló, el lenguaje gestual, el tatuaje como elemento que denota adscripción identitaria, los ritos de iniciación

(que incluyen brincarle 13 o 18 segundos al de nuevo ingreso), la identidad atrincherada que en ocasiones lleva a la destrucción de los propios amigos. Entrevistando a cholos de Los Ángeles, le preguntaba a uno de ellos si estaba de acuerdo en matar a su mejor amigo (quien pretendía retirarse del barrio), a pesar de que en la conversación me había comentado que él varias veces había arriesgado su vida para ayudar a su amigo y éste había hecho lo mismo por él. La respuesta fue clara y sin titubeos:

—No, no estoy de acuerdo, pero lo tengo que matar.

Estamos frente a una realidad conformada por altas dosis de violencia, donde destaca la violencia contra los jóvenes, quienes más que protagonistas y actores de esa violencia son quienes la resienten.

Quiero cerrar esta reflexión con los ejes que planteaba de manera muy breve. La frontera resintió fuertes mecanismos de precarización e indefensión social enmarcados y definidos por los elementos que he venido señalando. Este contexto propició las condiciones para la emergencia y persistencia del asesinato de mujeres, que derivaron en el feminicidio, como bien lo han señalado varias autoras, algunas de ellas presentes en el congreso Vida y resistencia en la frontera norte. Ciudad Juárez en el entramado mundial, como Julia Monárrez (2009), Clara Rojas (2007) y Patricia Ravelo (2006). Es importante destacar que el asesinato sistemático de mujeres deriva de la condición de género, pero sólo puede entenderse ubicándolo en la precarización social que ya tenía niveles muy altos en Ciudad Juárez. La violencia simbólica a la que alude Bourdieu (1995) implica la naturalización de cierto orden de ideas y de relaciones que se reproducen por el *orden natural de las cosas*, por ello debemos insistir en que el feminicidio se monta sobre una razón patriarcal y una expresión de misoginia que tiene como condición límite el asesinato de las mujeres, pero que no puede explicarse sólo desde estos elementos, pues la perspectiva de género, siendo imprescindible para comprender el feminicidio, no resulta suficiente para explicar el asesinato de mujeres en la frontera. Para interpretar el feminicidio juareense y

el que se presenta en otras ciudades del país, resulta necesario incorporar otros componentes como la precarización e indefensión a los que ya me he referido, así como la existencia de un Estado adulterado. No es *otro Estado* en el sentido que señalan de manera muy sugerente algunos trabajos, pues son los mismos personajes actuando en complicidad. En el feminicidio juarense existe una incorporación interna desde los ámbitos institucionales que actúan en contra de la ciudadanía. Lo que estamos viendo como expresión del Estado adulterado es que en la frontera crecen de manera impune y desmesurada la violencia, el miedo y la muerte arterial, sobre todo a partir de esta última presencia del narcotráfico que se solapa con viejas redes de precarización y vulnerabilidad social para establecer su dominio basado en la violencia y el miedo, así como en la corrupción y la complicidad, que les garantiza impunidad. El narco también ha copado lo que eran instancias de control y poder barrial de los jóvenes. Ya no prevalece la estrategia del joven que impone sus códigos en el territorio barrial, ahora es el narco el que define y controla el barrio e impone su lógica, ampliando los espacios de vulnerabilidad e indefensión.

Los nuevos escenarios definidos por los marcos prohibicionistas donde ha crecido el poder del narcotráfico presentan horribles escenarios de crueldad donde crecen los decapitados, desollados, descuartizados, cobro de piso, empozolados, levantados, cobro de cuotas, secuestrados, en fin, crece la muerte arterial que ya rebasa las 60 mil personas, en una guerra donde la pregunta no es quién va a ganar, sino si la propia guerra es pertinente, y considero que esta guerra es impertinente y no existen argumentos sólidos para justificarla. Cuando el jefe de la policía de El Paso, Texas, nos dice que los criminales que delinquen en Ciudad Juárez, Chihuahua, duermen en El Paso, Texas, dos ciudades equivalentes en población, pero con dinámicas que varían enormemente en lo referente a la inseguridad, debemos reflexionar sobre las razones por las cuales en 2010 hubo en Ciudad Juárez 3 100 ejecuciones (*La Jornada*, 2011:5), mientras que en El Paso sólo hubo cinco. Este solo hecho nos obliga a preguntarnos qué

es lo que está pasando y a revisar las estrategias de combate al crimen organizado seguidas hasta ahora. De acuerdo con la Encuesta Nacional de las Adicciones, en 2008, 5.7 por ciento de mexicanos alguna vez han probado una droga (no son usuarios, ni adictos) y tenemos cerca de 20 millones de personas con adicción en Estados Unidos, entonces la pregunta es por qué nosotros nos estamos matando, o mejor dicho, por qué nos están matando. Mi respuesta es muy clara: estamos frente a un asunto de orden geopolítico que nada tiene que ver con evitar el consumo de drogas por parte de los jóvenes, pues si ése fuera el objetivo, atenderíamos las razones de fondo, entre las cuales destaco algunas que retratan la situación que estamos viviendo: 1) un país donde hace más de 20 años que no se genera el millón o millón doscientos mil empleos anuales que requieren los jóvenes que ingresan al mercado laboral, 2) la expulsión de medio millón de mexicanos que se tienen que ir porque no encuentran aquí las condiciones para generar proyectos viables de vida, 3) precarización laboral, donde incluso la gente que trabaja no tiene condiciones para salir de la pobreza, 4) crecimiento del desempleo, 5) Seis de cada diez empleos que se generan se encuentran en el sector informal, 6) la tasa de desempleo es mayor entre los que estudiaron una carrera que entre los que no lo hicieron, 7) gran parte de las personas que estudiaron una carrera universitaria no trabajarán en aquello que estudiaron, 8) muchos jóvenes no confían en la educación como recurso de movilidad social, 9) existe una ruptura del marco axiológico que está impactando de manera muy fuerte a la población, pues de acuerdo con la Encuesta Nacional de la Juventud 2000 y 2005 (Instituto Mexicano de la Juventud, 2002 y 2007), para un amplio sector de las y los jóvenes mexicanos no hay diferencia cualitativa entre un policía judicial y un narcotraficante; no creen en la clase política; no creen en las instancias de procuración de justicia y no pueden creer en un país donde 98 por ciento de los delitos que se cometen quedan impunes, como tampoco pueden creer en un país donde la justicia criminaliza a las mujeres victimadas, 10) por si fuera poco, en el actual gobierno se ha incrementado en 13 millones el número de pobres que existen en el país.

Estamos viviendo una situación sumamente grave. Tanta muerte no puede justificarse bajo el argumento de una supuesta guerra contra el crimen organizado Feminicidio, juvenicidio, militarización, asesinato de luchadores y activistas sociales, crecimiento de los imaginarios de miedo, cuerpos de hombres y mujeres suplicados en espacios públicos, son elementos que se solapan en la frontera como parte de una historia social de precarización y violencia contra las mujeres, inscrita en procesos transfronterizos en los cuales las estrategias prohibicionistas y autoritarias han sido parte importante y constitutiva del problema.

BIBLIOGRAFÍA

BOURDIEU, Pierre

1995 *Respuestas por una antropología reflexiva*, México, Grijalbo.

INSTITUTO MEXICANO DE LA JUVENTUD (IMJ)

2002 *Encuesta Nacional de la Juventud 2000, Jóvenes mexicanos del siglo XXI*, México, SEP/IMJ.

2007 *Encuesta Nacional de la Juventud 2005, Jóvenes mexicanos*, México, SEP/IMJ.

LA JORNADA

2011 “Narcotraficantes que operan en México encuentran refugio en EU”, en *La Jornada*, Sección Política, 4 de mayo, México.

MONÁRREZ FRAGOSO, Julia Estela

2009 *Trama de una injusticia. Feminicidio sexual y sistemático en Ciudad Juárez*, México, El Colef/Miguel Ángel Porrúa.

PAZ, Octavio

1975 *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica.

PIÑERA, David y Ma. Isabel VERDUGO DE JUÁREZ

1987 “Efectos de la ley seca en la franja fronteriza. 1920-1933”, en David Piñera (coord.), *Visión histórica de la frontera*

norte de México, Mexicali, Universidad Autónoma de Baja California, pp. 155-162.

RAVELO BLANCAS, Patricia

- 2006 Comisión especial para conocer y dar seguimiento a las investigaciones relacionadas con los feminicidios en la República Mexicana y a la procuración de justicia vinculada, Cámara de Diputados LIX Legislatura, Violencia Feminicida en Chihuahua, Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión-LIX Legislatura, México, p. 250.

RODRÍGUEZ AJENJO, Carlos

- 2008 *Encuesta Nacional de Adicciones*, México, Consejo Nacional contra las Adicciones.

ROJAS BLANCO, Clara Eugenia

- 2007 “(Re)inventando una praxis política desde un imaginario feminista”, en Julia Monárrez Fragoso y María Socorro Tabuenca (coords.), *Bordeando la violencia contra las mujeres en la frontera norte de México*, México, El Colef/Miguel Ángel Porrúa, pp. 83-114.

VALENZUELA ARCE, José Manuel

- 1988 *¡A la brava ése!, cholos, punks y chavos banda*, Tijuana, El Colef.
- 1997 *El color de las sombras. Chicanos, identidad y racismo*, México, Universidad Iberoamericana/Plaza y Valdés/El Colef.
- 2009b *El futuro ya fue. Socioantropología de l@s jóvenes en la modernidad*, México, El Colef/Juan Pablos Editor.

VALENZUELA ARCE, José Manuel; Alfredo NATERAS

y Rossana REGUILLO

- 2007 *Las Maras. Identidades juveniles al límite*, México, Universidad Autónoma Metropolitana/Juan Pablos Editor/El Colef.

VENEGAS, Daniel

- 1984 *Las aventuras de Don Chipote o cuando los pericos mamen*, México, SEP/Cefnomex.

CIUDAD JUÁREZ: MILITARIZACIÓN, DISCURSOS Y PAISAJES

Héctor Padilla

INTRODUCCIÓN¹

Ciudad Juárez, de haber sido considerada una ciudad paradójica donde conviven una pujante industria maquiladora y la pobreza de vastos sectores de su población, se transformó en tan sólo tres años (2008-2010) en una ciudad sitiada, abandonada y pulverizada. Una mirada rápida por cualquiera de sus rumbos da cuenta de un nuevo paisaje urbano esculpido por el efecto combinado de varias formas de violencia: criminal, institucional y estructural. La presencia de contingentes militares, cámaras de vigilancia, retenes, acordonamiento de calles que han sido escenarios de asesinatos, fachadas de instalaciones comerciales incendiadas, viviendas deshabitadas objeto de pillaje, y mantas, espectacu-

¹ Este artículo se realizó como parte del proyecto “Militarización, barreras y vida cotidiana”, realizado con el apoyo de la National Science Foundation y el Canadian Social Science and Humanities Research Council, que bajo la coordinación de Melissa Wright y Juanita Sundberg, estudia los efectos del proceso de militarización en la vida cotidiana (movilidad, familia, trabajo, escuela), el paisaje urbano y las interacciones y vida transfronteriza en las regiones de Ciudad Juárez-El Paso y los Nogales, Sonora y Arizona. En el análisis de la información, la discusión de las ideas que se presentan y la revisión de versiones preliminares, participó Leobardo Alvarado, asistente de investigación del proyecto. El contenido y las opiniones expresadas en este documento son responsabilidad exclusiva de los autores. Por lo tanto son ajenas a las instituciones (NSF y CGSHRC) que financian la investigación.

lares, bardas, parques públicos y cementerios pintados con mensajes de diversa índole, se confunden en un nuevo y caótico paisaje donde se desenvuelve una nueva normalidad y vida cotidiana. Tales son las imágenes de un espacio público desmantelado por el que se desenvuelve una ciudadanía acaso nunca desarrollada a plenitud, que ha sido reducida a su mínima expresión bajo la vigencia de un *Estado de excepción*.

Este conjunto de fenómenos ocupa la conversación de los juarenses en calles, hogares, restaurantes, escuelas y demás espacios colectivos, con opiniones que producen y reproducen discursos sociales que a fuerza de repetirse se tornan hegemónicos u opuestos y alternativos (en el sentido de Gramsci y Bourdieu)² según los pronuncien autoridades, empresarios, líderes religiosos, activistas sociales, académicos y periodistas, entre otros, y los medios elegidos para transmitirlos, sean espectaculares, medios de comunicación masivos, electrónicos e impresos, o bardas, mítines y marchas en la calle. Por tanto, al constatar la pluralidad de voces y medios en que se presentan, surgen algunas preguntas: ¿cómo se plasman esos discursos sobre la violencia y la militarización en el paisaje urbano? ¿Qué tipo de procesos sociales estructurales están ocurriendo y se expresan a través de dicha discursividad? ¿Qué modelo de ciudad y nociones de espacio público se están gestando en torno a la violencia y el proceso de militarización implantado para enfrentarla?

² De Gramsci (2003) se considera la idea de que siendo la hegemonía distinta de la dominación (la cual se expresa en formas directamente políticas y coercitivas), se precisa observar el entrecruzamiento de las fuerzas políticas, sociales y culturales en el establecimiento de un orden político, en particular la producción simbólica y las diferentes formas del discurso social que legitiman el ejercicio del poder. Y de Bourdieu (1990) se adopta, de su teoría de los campos, la idea de que en campo los actores dominantes e impugnadores (subordinados) se reconocen según las estrategias (prácticas y discursos) que despliegan para mantener el orden (reglas y valores). En este sentido, la proliferación de opiniones, explicaciones, justificaciones, impugnaciones, denuncias, reclamos y acusaciones en torno a la violencia, militarización y políticas sociales, reflejan la posición dominante o subordinada de los actores sociales en Ciudad Juárez.

En este ensayo se plantean algunas respuestas sucintas, a modo de hipótesis preliminares, sobre los modos en que violencia, militarización y discursos sociales se combinan y moldean el paisaje urbano en Ciudad Juárez. Para tal efecto, describimos la manera en que violencia criminal y políticas de seguridad producen mensajes que confunden, atemorizan e inmovilizan a la sociedad. Luego referimos algunas explicaciones, declaraciones y pronunciamientos de las autoridades de los niveles de gobierno local y estatal, y sectores del empresariado juarense, sobre las causas de la violencia, la manera de enfrentarla y los propósitos del ejército mexicano y la Policía Federal Preventiva (PFP) en esta coyuntura. Posteriormente hacemos lo mismo con respecto a las opiniones, consignas, denuncias y demandas³ de los líderes de opinión y miembros de organismos de la sociedad civil (OSC) sobre las causas de la violencia, las fuerzas armadas y el programa multisectorial Todos Somos Juárez promovido por el gobierno federal para responder a la crisis de inseguridad. De la diversidad de pronunciamientos y modos de percibir la realidad, se destaca un proceso de fragmentación y replanteamiento de las relaciones gobierno-sociedad, así como las “huellas físicas” que dejan en el espacio público y contribuyen a la gestación de nuevo paisaje urbano que, visto de manera panorámica, arroja la imagen de una ciudad sitiada, en proceso de abandono y una dinámica acelerada de *guetización* y pulverización.

LOS DISCURSOS DEL MIEDO, LA GUERRA Y EL AUTORITARISMO

La dinámica de la violencia en Ciudad Juárez a partir de 2008 exhibe la configuración de una maquinaria del terror. Con esquemas de organización (ilegal, legal) y formas de actuación que

³ Éste no es un análisis del discurso en sentido estricto. Se trata de un ejercicio de interpretación a partir de fuentes hemerográficas, conversaciones y entrevistas, entre otras fuentes, y recorridos que nos permitieron visualizar una

sugieren pandillas urbanas y/o comandos paramilitares, hombres armados se han dedicado a la eliminación sistemática de sectores de población específicos (principalmente hombres entre 18 y 35 años, de extracción social humilde), hasta alcanzar cerca de 9 500 víctimas entre enero de 2008 y septiembre de 2011. Estos grupos armados revelan su presencia y objetivos de múltiples maneras, ya sea mediante mensajes escritos en cartulinas, grafitis, mantas colocadas en lugares públicos e internet. La multiplicación de estos mensajes pudiera revelar el diseño y montaje de campañas mediáticas destinadas a varios propósitos,⁴ por ejemplo: amenazar a organizaciones criminales rivales y a miembros específicos de las policías o autoridades civiles y militares; divulgar listas de policías y personas que serán ejecutadas en Ciudad Juárez y El Paso, Texas; anunciar represalias contra jefes policiacos y autoridades por la detención o muerte de algún cabecilla; amenazar y alertar a la población en general (o a sectores de ésta, como comerciantes, profesores o médicos) sobre posibles rachas de ejecuciones, incendios de instalaciones comerciales (restaurantes, bares y lotes de autos), y desmentir la participación de un grupo (*La Línea* o *Gente Nueva*) en un hecho de sangre o responsabilizar a una banda rival.

La transmisión de mensajes también incluye medios no escritos o verbales, como los incendios provocados y atentados con granadas o coches bomba, la selección del momento y el lugar de los ataques (de noche o a plena luz del día, en la calle, lote baldío,

relación entre los discursos sociales (entendidos aquí como un conjunto de opiniones, interpretaciones, concepciones y explicaciones sobre la problemática social de la ciudad y la agenda pública, que revelan concepciones, valores e intereses) y la reconfiguración del paisaje urbano (asumido como el conjunto de rasgos visuales y espaciales, que resultan de la interacción de factores naturales y sociales).

⁴ Estas campañas son consideradas verdaderos actos de terrorismo por Jorge Chabat, investigador del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), quien sostuvo: “esos mensajes buscan, por un lado, intimidar al propio gobierno y, por otro, también tienen el propósito de que la población presione a éste para que reduzca los ataques contra el narcotráfico por la violencia que esto genera” (Carrasco, 2008:1A).

centro comercial, parque, escuela, hospitales o centros de rehabilitación, entre otros), el saldo de víctimas que arrojan estos atentados (masivos, en parejas o individuales) y la manera en que se violenta el cuerpo de las víctimas (por tortura previa al fallecimiento, o mutilación y despedazamiento antes y después de la muerte). La forma extrema de estos mensajes es el desmembramiento de los cuerpos, cuyos restos se dispersan en diferentes sectores de la ciudad, acompañados de cartulinas con textos amenazadores. Así lo demuestra el recuento de unos casos emblemáticos: el cuerpo mutilado acompañado de una manta con amenazas que dejaron en el puente a desnivel de uno de los cruceros más transitados de la ciudad, las avenidas De la Raza y Tecnológico; otro cuerpo al que le colocaron una máscara de cerdo, dejado fuera de una vivienda en posición de cruz; el coche bomba que estalló en la avenida 16 de Septiembre y Bolivia; el cuerpo abandonado en la vía pública al que le cercenaron las manos, que colocaron a un lado junto con una cartulina donde se indica que era “extorsionador”; el video publicado en YouTube donde hombres armados vestidos con ropa militar interrogan a una mujer a la que acusan de trabajar para La Línea como extorsionadora, a la que asesinan y cuyo cuerpo aparece días después; el fusilamiento de varios hombres hincados frente a una pared, a los que también dejaron mensajes sobre sus cuerpos.

En suma, parecería que el objetivo de este tipo de mensajes pudiera sintetizarse en uno solo: dejar constancia de su existencia como grupo o grupos armados, que desean imponer su dominio y control sobre la población. Y su finalidad es provocar temor, inmovilizar a la población, aislarla, generar desconfianza. En otras palabras, reducir el espacio público y la capacidad de respuesta ciudadana. Esto se desprende de que ante este tipo de eventos la mayoría de la población reaccionó con temor: modificó sus rutinas (dejaron de salir en la noche, evitan acudir a lugares, varían las rutas de su casa al trabajo y/o escuela, restringen sus círculos de amistades) y en casos extremos huyó de la ciudad tras ser amenazada, haber sido víctima de extorsiones, secuestros y atentados, o temer la inminencia de un ataque. El éxodo de juarenses a la

vecina ciudad de El Paso acaso es la prueba más contundente de este temor.

A ese objetivo también parecería apuntar el despliegue de las policías y el ejército mexicano, que desde la inicial declaración de guerra⁵ a los cárteles de la droga en México por el presidente Calderón en diciembre de 2006, justifican el uso de la violencia legal e ilegal del Estado. Para ello impusieron virtuales toques de queda, con la instalación de retenes en diferentes partes de la ciudad, el establecimiento de zonas y corredores de “seguridad”, cateos sin órdenes judiciales en viviendas, detenciones ilegales y comunicados oficiales con arengas, proclamas y peticiones transmitidas por todos los medios posibles (ruedas de prensa, boletines, desplegados en medios impresos y electrónicos, documentos oficiales, volantes y carteles, entre otros) que solicitan a la población juarense su apoyo a las labores de las policías y las fuerzas armadas, justifican la guerra contra las drogas, sugieren evitar salir a determinadas horas del día, piden a los ciudadanos obedecer las señales e indicaciones de los oficiales en los retenes y recibirlos cuando éstos solicitan ingresar a sus viviendas para revisar si hay armas o drogas.

Refuerza el discurso de la guerra el despliegue de varias medidas tendientes a la militarización de la ciudad y las políticas de seguridad pública. Se militarizan las policías porque, se dice, no están preparadas ni son confiables. Consecuentemente, se despide a los

⁵ El presidente Calderón después se desdijo y negó haber utilizado esa palabra, sustituyéndola por otras como “lucha contra el crimen organizado” o “estrategia de seguridad”. Esta evolución discursiva ha sido ampliamente comentada (Ajenjo, 2011). Guerra o estrategia de seguridad, a este respecto, en el informe de la Human Rights Watch de 2011, dedicado a estudiar el papel de las fuerzas armadas del gobierno mexicano, se dice que ese organismo “pudo observar que existe una política de seguridad pública que fracasa seriamente en dos aspectos. No sólo no ha logrado reducir la violencia, sino que además ha generado un incremento drástico de las violaciones graves de derechos humanos, que casi nunca se investigarían adecuadamente. Es decir, en vez de fortalecer la seguridad pública en México, la ‘guerra’ desplegada por Calderón ha conseguido exacerbar un clima de violencia, descontrol y temor en muchas partes del país” (Human Rights Watch, 2011:6).

“malos” elementos y a los “buenos” se les lleva a recibir instrucción militar. Se contrata a nuevos oficiales entre ex militares, y mandos castrenses son puestos al frente de las policías civiles. Llegan tropas a la ciudad y se les instala en el centro de la vida pública. La imagen del ejército la manejan publicirrelacionistas y los soldados aparecen lo mismo en botellas de agua vendidas en cadenas de abarrotes que en anuncios espectaculares colocados en las principales vías. Se reparten volantes para informar que el ejército mexicano llega en apoyo de la población. Surgen cuarteles e instalaciones castrenses improvisadas donde antes había parques, hoteles y naves industriales. Los retenes y patrullas militares por avenidas y calles de todos los rumbos de la ciudad forman parte de la nueva cotidianidad. Se mira a los soldados al lado de las policías civiles, municipales y del estado, acordonando calles en escenarios de asesinatos, revisando hogares en colonias y fraccionamientos. Los gobiernos local y estatal destinan recursos a su manutención. Se instalan mecanismos de mando conjunto entre los cuerpos armados. Se realizan consultas y reuniones con los empresarios, concibe la seguridad pública como una cuestión de seguridad nacional, densifica el entramado institucional de los aparatos militares y policiacos y rige la vida pública con el código propio de una suspensión de garantías constitucionales.

Además, en el discurso en torno a la “guerra” emerge una concepción necropolítica y autoritaria sobre las muertes provocadas por la guerra y la relación con la sociedad. La perspectiva necropolítica o “retórica peligrosa”, como la llama Human Rights Watch (2011:12), se observa en la clasificación y categorización oficial de las víctimas de homicidios, de acuerdo con parámetros de una conflagración armada (entre bajas militares y civiles), y juicios de valor que colocan, por un lado, a las víctimas *inocentes* como daños colaterales, y por otro a las víctimas *culpables* como bajas provocadas al enemigo o “criminales menos”, aduciendo que en la mayoría de los casos se trata de personas con antecedentes criminales y que presuntamente eran delincuentes que murieron debido a los enfrentamientos entre cárteles, pandillas o grupos del crimen

organizado rivales.⁶ Las víctimas mueren porque “en algo andaban”, todo ello sin mediar investigaciones judiciales confiables. La visión autoritaria se pone de manifiesto en los pronunciamientos oficiales que, emulando la lógica “amigo-enemigo”, coloca entre los enemigos a quienes no comparten el discurso de la guerra y cuestionan el rompimiento del orden constitucional y la violación de los derechos humanos por las fuerzas armadas y demás cuerpos policiales. Se reprende así a defensores de derechos humanos y se reprime y criminaliza la protesta social, porque estorban a un Estado que legitima y genuinamente combate la violencia y la criminalidad. En consecuencia, en esta concepción autoritaria se tolera, justifica o niega la incursión inconstitucional de los militares en las viviendas en busca de drogas, armas y dinero mal habido. Y en contrapartida se acusa a los críticos de la presencia militar de colaborar con el crimen organizado.

Pieza central de esta discursividad necropolítica, guerrerista y autoritaria ha sido directamente el presidente Calderón, quien desde el inicio de su gestión al declarar la guerra al crimen organizado advirtió que “restablecer la seguridad no será fácil ni rápido, tomará tiempo, costará mucho dinero e incluso y por desgracia, vidas humanas” (Calderón, 2006). Y más adelante ha refrendado esa advertencia al lamentar en varias ocasiones la muerte de “personas inocentes” y los “daños colaterales”, considerándolas desafortunadas pero inevitables, y ha insistido en justificar la mayoría de los homicidios (más de 80 por ciento) como consecuencia de su participación en el crimen organizado y de conflictos entre bandas o cárteles rivales.

Además del presidente Calderón, las declaraciones de otros funcionarios de los tres niveles de gobierno refrendan estas concepciones, que no hacen sino contribuir a la consolidación de una maquinaria del miedo destinada a inmovilizar a la sociedad. De

⁶ El término *necropolítica*, que se deriva de la noción de *biopolítica* de Foucault, alude al establecimiento de instituciones, disposiciones y políticas dedicadas a gestionar los modos en que la población de un país muere, determinando quiénes o qué grupos de población mueren y por qué [...] (Human Rights Watch, 2011:230).

manera incoherente, contradictoria y desalentadora, éstos han insistido en expresiones tales como “lo peor está por venir”, “la población debería usar armas para protegerse”, “el retorno a la normalidad será dentro de diez años”, “se trata de una situación atípica”, o que el incremento de la violencia se debe al avance o el éxito de la lucha del Estado contra los grupos criminales, como lo sostuvo el procurador de la República cuando avaló los esfuerzos hechos en Chihuahua en la reunión de procuradores llevada a cabo en este estado: “La violencia inaudita entre los grupos criminales y con la que han actuado incluso contra inocentes, es otro indicador, funesto, pero también un indicador del daño que están resintiendo, pues luchan por mercados cuyos espacios de operación se reducen dramática y paulatinamente” (Minjares, 2011). En suma, frases y expresiones contradictorias que generan aún más miedo, porque no pueden garantizar la protección de la población ni hablan con claridad.

Al miedo e inmovilidad de la sociedad contribuyen también otros fenómenos, como la falta de información veraz, oportuna y contextualizada, atribuible a la manera en que los medios de comunicación abordan el tema de la violencia sin contextualizar la información u ofrecer una perspectiva documentada y amplia de la problemática. Al recibir única y reiteradamente “notas amarillistas” y un recuento del “saldo rojo” diario, la población no puede sino sentir más temor, debido a la proliferación de rumores. Un asalto, un caso de extorsión, un secuestro, se multiplican indefinidamente en la conciencia de la gente. Es así que el conjunto y la sistematicidad de todos estos eventos convierten en víctima prácticamente a la totalidad de la población. Hacen de cada habitante de Ciudad Juárez un potencial objeto del ataque directo a su persona, dignidad o patrimonio. Alrededor de un supuesto o real conflicto entre grupos o redes criminales rivales, o entre éstos y las fuerzas del Estado, la meta de esa maquinaria parecería ser subordinar a la sociedad, imponerle nuevas reglas y mantenerla desconfiada y escéptica de la acción pública o colectiva para restituir la tranquilidad y las garantías individuales. Quienes participan de esa maquinaria (¿narcos, consumidores de drogas pobres y desespe-

rados, jóvenes pandilleros, ladrones de oportunidad, extorsionadores profesionales, paramilitares, policías, soldados, delincuentes de cuello blanco insertos en el gobierno y grandes empresas?) reproducen y ahondan el desorden social del que emergieron. Se genera así un nuevo tipo de desorden, donde la ineficacia del Estado para garantizar seguridad y justicia incrementa la desigualdad social, promueve la fragmentación social y espacial de la ciudad, provoca dinámicas demográficas centrífugas y propicia conductas autoritarias y represivas entre la población.

Este nuevo desorden social no es sino el que corresponde a una pérdida acelerada de la cohesión social. Así, por ejemplo, cuando se constituyen comités de vecinos para emprender labores de autoprotección, que precisan de identificaciones (credenciales, licencias de conducir) para funcionar, con ello —para decirlo en términos de Durkheim— la solidaridad orgánica sustentada en la confianza en las instituciones públicas se sustituye, en el mejor de los casos, por la solidaridad mecánica, basada en el establecimiento de formas de confianza restringida (la familia, las amistades más cercanas, los círculos de confianza).

Para Durkheim (1994) la solidaridad mecánica se sustenta en la similitud, las identidades restringidas, donde los miembros de un grupo social tienden a compartir los mismos valores, se reconocen mutuamente y tienden a prevalecer los sentimientos colectivos, por lo que en una sociedad donde predomina la solidaridad mecánica prevalecen la segmentación, las autonomías locales y las tradiciones, donde la vida de sus miembros tiende a regirse por imperativos y prohibiciones sociales. En cambio, en la solidaridad orgánica prevalecen instituciones genéricas que reflejan consensos sociales amplios, que garantizan la unidad y coherencia de una sociedad diversificada. No obstante, cabe aclarar que para Durkheim las sociedades donde prevalece la solidaridad mecánica aparecen como menos tolerantes a los crímenes y violaciones, mientras que donde predomina la diversidad social y la solidaridad orgánica, pareciera haber mayor tolerancia a las violaciones y márgenes de interpretación sobre los valores sociales. De esto se puede colegir que el objetivo de los habitantes que bus-

can protegerse detrás de los fraccionamientos cerrados es la reducción de la posibilidad del crimen, pero al hacerlo debilitan aún más la posibilidad de la solidaridad orgánica. Pero, por otra parte, no se puede atribuir el incremento de la violencia al relativismo moral, como proponen el discurso oficial y sectores conservadores de la sociedad civil,⁷ sino a la ausencia de los consensos sociales inherentes a la solidaridad orgánica, implícita en la creciente desigualdad social y la debilidad de las instituciones públicas.

Así pues a esta pérdida del cemento que une a la sociedad, por la ausencia de consensos sociales e instituciones públicas y la tendencia a la fragmentación y el aislamiento social, le corresponden formas espaciales *ad hoc*: barreras, cercas, casetas y cámaras de vigilancia que componen parte del paisaje característico de los cientos de fraccionamientos dispersos por diferentes rumbos. Las casas elevan sus muros y erigen alambradas. Las calles se cierran y las distancias físicas y sociales se amplían. La ciudad deviene en suma de guetos, aunque la seguridad sólo sea una ilusión. Es el retorno a la ciudad feudal, intrincada, con señores y

⁷ Desde estos ámbitos se alude frecuentemente al “rompimiento del tejido social”, que radica en la pérdida de valores, el debilitamiento de instituciones sociales como la familia y el abandono del sentido de comunidad. Sin embargo, desde el punto de vista académico, la noción de “tejido social” es más amplia: tiene raíces en las reflexiones aportadas por autores como Michel Foucault y Clifford Geertz sobre la “red social”, y se concibe como “un conjunto de interdependencias entre partes, elementos, procesos, donde se dan una serie de relaciones internas e interdependientes, que sirven de soporte emocional, cultural, físico, social y aun económico a sus interactuantes” (Chávez y Falla, 2004:177). En tanto “malla” o “red” más o menos tupida en algunos puntos o rota en otros, en virtud de las relaciones de cotidianidad entre los individuos y los grupos, se dice que los elementos constitutivos del tejido social son “el desarrollo local y regional, la participación ciudadana y comunitaria, el sentido de democracia, las prácticas culturales e inclusive el capital social [...] en un espacio de cotidianidad donde tienen lugar las representaciones de mundo, las relaciones diarias, la autonomía y la autodeterminación” (Chávez y Falla, 2004:178). De ellos se concluye que es “el entramado de relaciones cotidianas, dinámicas y de influencia recíproca entre los habitantes de un espacio local y social determinado, como pueden ser el vecindario, la colonia o una ciudad” (Chávez y Falla, 2004:178-179).

siervos que habitan dentro o fuera de las murallas: entre unos guetos y otros está la calle, que equivale al peligro; está rodeada, atravesada de peligros reales e imaginados, con habitantes, que no necesariamente ciudadanos, aislados unos de otros.

GOBIERNO LOCAL Y EMPRESARIADO: EL DISCURSO DE LA IMAGEN

Las autoridades de los gobiernos municipal y estatal se subordinan al discurso de la violencia y de la guerra, replicando opiniones, declaraciones y justificaciones semejantes a las del gobierno federal. Pero esto lo hacen de una manera contradictoria y oscilante, añadiendo e introduciendo planteamientos y matices locales. Dos años antes de iniciar la gestión del presidente Calderón, hacia 2004, a nivel local se anunciaba ya un endurecimiento de la acción pública en relación con los temas de la policía municipal e incidencia delictiva. Durante su campaña electoral, el ahora dos veces alcalde, ingeniero Héctor Murguía (PRI, 2004-2007 y 20010-2013) ofreció a los juarenses mejorar la policía municipal dotándola de una disciplina y un adiestramiento de tipo militar. Criticando a las administraciones panistas anteriores de que bajo su gestión había crecido la inseguridad pública, el entonces candidato propuso también disminuir la incidencia delictiva recurriendo a la mano dura. Y como prueba de ello, durante la primera gestión implantó un toque de queda a los jóvenes menores de edad bajo el programa “A las diez en casa es mejor”.⁸ También crecieron los atropellos y vejaciones a la población por parte de la policía mu-

⁸ El programa surgió de una propuesta del sacerdote católico Mario Manríquez, que en coordinación con la Secretaría de Seguridad Pública Municipal lo impulsó en el fraccionamiento Oasis Revolución, correspondiente a la parroquia de Santa Teresa de Jesús. Posteriormente la autoridad lo amplió a 50 zonas consideradas conflictivas, la mayoría en zonas de pobreza extrema (Flores *et al.*, 2009). La medida fue apoyada por sectores conservadores de la Iglesia y empresarios y rechazada por OSC de derechos humanos, que decían que el programa violaba los derechos de los jóvenes y tenía un fin recaudatorio.

nicipal. Además de varios motines en el Cereso con saldos funestos, de esos años se recuerda lo que bien puede ser visto ahora como un adelanto de lo que ocurriría más adelante, el asesinato artero y hasta el momento impune de cuatro hermanos por la policía municipal en el sur poniente, en la colonia Plazuela de Acuña.⁹

Hacia mediados de 2007, asimismo, empezó a percibirse el crecimiento de la violencia, de manera que en julio de ese año por vez primera el gobernador José Reyes Baeza sugirió públicamente la presencia del ejército en la entidad para contener el incremento que ese mes registró en el número de homicidios. Dentro de los homicidios estaba el caso de dos agentes ministeriales, la policía investigadora del Gobierno del Estado. En respuesta a esa sugerencia, el presidente municipal de Juárez, Héctor Murguía, dijo que la situación en Ciudad Juárez no ameritaba la presencia del ejército. Sin embargo, a menos de dos meses de concluida esa primera gestión del ingeniero Murguía, en noviembre de 2007 fue detenido en uno de los puentes internacionales el que fuera director de Seguridad Pública Municipal, Saulo Reyes, acusado de intento de soborno para introducir ilegalmente drogas a Estados Unidos. Y un mes después, la opinión pública empezó a constatar con preocupación el incremento del número de homicidios y recibió con temor, pero no con sorpresa, las amenazas de grupos criminales contra elementos de la policía a través de listas de oficiales supuestamente involucrados con grupos rivales.

En enero, la violencia llegó a niveles antes insospechados y hubo más víctimas de asesinato entre las filas de las policías municipal y estatal, de manera que el gobernador vuelve a sugerir la

⁹ El 23 de marzo de 2005 la policía municipal los asesinó porque presuntamente habían dado muerte a un oficial. Para encontrarlos se montó un operativo que requirió prácticamente a todo el cuerpo de policía municipal. Luego de un enfrentamiento donde además de los hermanos resultó muerto otro policía, el alcalde desplegó una campaña en los medios para justificar el proceder de la policía, para lo cual recibió el apoyo de organismos empresariales que por medio de desplegados aplaudieron la “mano dura” (Cruz, Simental y Carrasco, 2005:5A).

presencia de las fuerzas armadas, llamado al que se sumaron con vehemencia el nuevo presidente municipal de Juárez, José Reyes Ferriz (PRI, 2007-2010) y diferentes sectores empresariales, que insistieron en ese llamado a medida que creció el número de homicidios durante los meses de febrero y marzo. En este periodo la presencia militar aumenta paulatinamente, hasta que finalmente se concreta de manera formal el 27 de marzo el Operativo Conjunto Chihuahua, con el que arriban grandes contingentes de efectivos del ejército, principalmente, y de la PFP para ocuparse de la vigilancia pública, instalando retenes en las calles, realizando patrullas en las calles y llevando a cabo “operaciones de inteligencia”. Dicho operativo será reformulado y cambiado de nombre en los meses y años siguientes,¹⁰ aumentando o disminuyendo la presencia de efectivos de las dos corporaciones o cambiando de mandos, según los avances y retrocesos que surgen de las evaluaciones periódicas a que es sometido y en respuesta aparente a los apoyos, críticas y cuestionamientos que de manera oscilante manifiestan las propias autoridades locales, los organismos empresariales y algunas voces de la sociedad civil.

En agosto de 2008, por ejemplo, el operativo se reformula como Operativo Juárez en aparente respuesta a la solicitud del alcalde, apoyado por el gobernador, por lo que se incrementan visiblemente el número de efectivos militares, de patrullajes y retenes, y se intensifica la reestructuración de la policía municipal anunciando la contratación de cerca de 500 militares, para cubrir la baja de al menos 400 policías por pérdida de confianza e integrar “un grupo élite de la Policía Preventiva que entre sus objetivos es-

¹⁰ En agosto el Operativo Conjunto Chihuahua se reformula para el caso de Ciudad Juárez, dando lugar al Operativo Juárez y más adelante, en abril de 2010, cambia de “operativo conjunto” a “operativo coordinado”. Posiblemente la principal reestructuración fue la última, cuando se concretó un cambio de mandos en la Operación Coordinada Chihuahua para Ciudad Juárez, que implicó el retiro de los militares y su sustitución por cinco mil policías federales, al mando del operativo. Junto con la policía municipal se compuso una fuerza de 7 500 policías para la vigilancia de la mancha urbana, mientras que los efectivos militares se replegaron a las vías de entrada y salida de Ciudad Juárez y quedaron a cargo del Valle de Juárez.

tará el combate a delitos como el secuestro y robo” (Luján, 2008: 1A). Este anuncio, lo mismo que la reestructuración del operativo de seguridad, resulta significativo porque tan sólo dos meses atrás (en junio de 2008), el alcalde había declarado sobre la muerte de al menos seis personas inocentes en balaceras que habían sucedido en esas últimas semanas y la psicosis que había invadido a la población:

Obviamente no es una situación para nosotros considerarlo zona de desastre, sería ir demasiado. Es una situación entre la delincuencia organizada; son ellos, son personas que se mueven en el mundo bajo, fuera de los ojos de los habitantes, de las autoridades, y por tanto no podemos nosotros considerar que se trate de una situación de emergencia ni que amerite tener una situación de emergencia (Rodríguez, 2008:2A).

Para entonces, la ciudad experimentaba un incremento acusado de los homicidios, incluso mayor al nivel que había antes de la llegada masiva del ejército y la PFP, y también un salto en el resto de indicadores de la incidencia delictiva. De manera que, ante la constatación de que la presencia del ejército no parecía contribuir a atenuar la violencia, hubo señalamientos empresariales de que el enorme gasto de movilizar a los efectivos militares no se compensaba con los resultados visibles de su actuación, mientras que el propio gobernador del estado, al proponer el replanteamiento de la presencia militar en la entidad argumentaba que si había un incremento en el número de homicidios y “la expresión violenta en las calles continúa”, independientemente de “los aseguramientos, detenciones, e impactos al crimen organizado”, era porque “algo no está bien, algo está fallando” (Rodríguez, 2008a: 1A). Con esta orientación se manifestaron algunos empresarios, como el líder de los transportistas, Manuel Sotelo, al afirmar que las cifras de la incidencia delictiva y los resultados del operativo hasta ese momento “nos comprueban que las autoridades han sido rebasadas por una delincuencia desatada que hace y deshace en todo momento; vemos con tristeza y preocupación cómo

esta gente se desplaza con armas de alto calibre porque para ellos no hay autoridades” (Simental, 2008:6B).

El escepticismo empresarial sobre la actuación del ejército contrasta con la vehemencia con que apoyaron el establecimiento del operativo, cuando al inicio de la llegada de los militares un empresario incluso animaba a la población a apoyar al ejército pidiéndole “cooperar con él” porque los militares llegaron para proteger a los ciudadanos y evitar que la droga llegue a manos de los hijos. Hubo momentos en que el escepticismo motivó a estos empresarios a pensar en la necesidad y posibilidad de solicitar incluso la presencia de las fuerzas de pacificación de la ONU, los cascos azules o la armada de Estados Unidos. También, al igual que las autoridades municipales y estatales, los empresarios parecen oscilar entre entregar el cuidado de la ciudad a la PFP o mantenerla en manos del ejército.

Pero las autoridades y los principales organismos empresariales locales no se limitan a repetir (aunque con vacilaciones) el discurso *necropolítico* y *autoritario* del gobierno federal, al dar por sentado que existe una guerra con víctimas inocentes y culpables¹¹ y aducir que las protestas derecho-humanistas de la sociedad civil estorban en esta guerra. También desarrollan campañas mediáticas que configuran una *política de negación* cuya finalidad —como se pudo observar antes— es minimizar o negar el colapso de la institucionalidad gubernamental ante la violencia (aduciendo que la situación de Ciudad Juárez no constituye un desastre); evadir la responsabilidad sobre las deficiencias de los cuerpos policíacos y estrategias de seguridad para contener la ola de violencia (argumentando que el aumento de la violencia se debe al éxito de las medidas de seguridad, que arrecian la contienda armada entre

¹¹ En relación con los asesinatos de mujeres, por ejemplo, en CNN se citan “estadísticas oficiales” que “establecen que 90 por ciento de los casos de crímenes de mujeres está relacionado con la delincuencia organizada y el resto, con la violencia de género o familiar [...]” (CNN, 19/08/2010). Y sobre ello, el ex alcalde Reyes Ferriz (PRI, 2007-2010) explica que hay casos de mujeres cuyos crímenes “no son un error (de los sicarios), ahí (está) claramente (que) es a esa persona a la que están atacando” (XHEPL, 23/08/2010).

las bandas delictivas y los obliga a buscar fuentes de recursos alternativos, y que las causas de la violencia se deben a las fallas presentes de la sociedad, que ha sido permisiva con el narcotráfico, adolece de una escasa cultura de la legalidad y ha perdido valores).

La política de negación busca, sobre todo, atenuar la gravedad o profundidad de la problemática social subyacente en la violencia, tratando de convencer a los juarenses y la opinión pública nacional e internacional de que se trata de una situación temporal o transitoria, una cuestión de “imagen” o sesgo en la percepción. Para tal efecto ha explicado de manera reiterada y sucesiva que la situación en Juárez es “atípica” (en 2008), luego que la incidencia delictiva creció porque el crimen organizado ha resentido los avances en la estrategia de seguridad (2009), más adelante que la violencia no ha bajado por problemas de coordinación entre las policías pero ello se subsanará (2010) y más recientemente (2011) que la incidencia delictiva está a la baja y el problema de la violencia va de salida: “Sino vayan a la cárcel para que vean a todos los delincuentes que ya pagan”, sostuvo el gobernador César Duarte (PRI, 2010-2016) en una entrevista radiofónica luego de su primer informe de gobierno.

Estas campañas están dirigidas en gran medida a la opinión pública nacional e internacional, para dejar asentado que, de algún modo, “lo que se ve no es cierto”. Se trata de un problema de percepción, pues la ciudad —su dinámica económica y social, sus habitantes— es algo más que violencia y degradación, como la quieren hacer ver algunos grupos minoritarios resentidos y radicales.¹² En este sentido, el discurso de la negación se complementa con otro discurso, el de la *afirmación*, que por contrastación

¹² Con referencia a las noticias internacionales adversas a la “imagen de la ciudad”, Héctor Domínguez (2006) escribe que: “Este despliegue de producción simbólica parece haber herido susceptibilidades celosas del bienestar de un objeto abstracto y difícilmente definible: Ciudad Juárez. ‘La ciudad ha sido victimizada’, ‘hablo en nombre de la ciudad’, ‘eso es sólo mala propaganda que mancha la imagen de la ciudad’, son algunas de las variantes que hemos escuchado de diversos emisores, a manera de reclamos orientados a silenciar

demuestra lo que antes se niega. Así, mientras por un lado se aduce que el problema no es *real*, sino de imagen o transitorio, por otro se alude a una ciudad vencedora del desierto y la adversidad, donde los “auténticos juarenses” saben salir de los problemas más graves, que en palabras del presidente municipal Héctor Murguía, declaradas en los medios luego de su primer informe de gobierno en octubre de 2001, Ciudad Juárez y los juarenses más que nunca “están echados *pa'delante*”. En esta ciudad real y auténtica existe mucho más que violencia: hay industria, cultura, creatividad. Y como los auténticos juarenses no denigran su ciudad y ponderan sus aspectos positivos, trabajan para salir adelante y no se duda que lograrán superar la crisis. Son el tipo de mensajes que difunden los programas “Amor por Juárez” y “Juárez competitiva”, impulsados por el gobierno municipal y las principales organizaciones empresariales (Canaco, AMAC, Coparmex, etc.), con el apoyo de los gobiernos estatal y federal.

En el caso de “Juárez competitiva”, en el portal del programa se informa que pretende “crear un movimiento que dé a conocer al exterior y al público en general lo que somos y lo que hacemos en Ciudad Juárez; buscando construir una imagen con proyección regional, nacional e internacional que atraiga inversiones que den impulso al emprendimiento e innovación, la cultura, el deporte y la convivencia familiar”. También se afirma que

[...] es la oportunidad para entender que la verdadera resistencia es la que combate por los valores que se consideran perdidos, este magno esfuerzo de reencuentro, intercambio y motivación será un espacio para la esperanza que aportará luz sobre la oscuridad de nuestros problemas actuales y, en la concurrencia de nuestros talentos y los de nuestros invitados del exterior, seguramente se encontrarán mecanismos para re-inventarnos como ciudad y como comunidad (Juárez Competitiva, 2012).

Parecería entonces que para las autoridades y los empresarios la violencia es un acontecimiento o incidencia semejante al rom-

las voces que hacen referencia a la violencia perpetrada en esta ciudad en los últimos años”.

pimiento de una vitrina donde se exponen mercancías, y su reparación para reponer el escaparate y animar el retorno de turistas e inversiones es la organización de conferencias y espectáculos que presentan a personajes (Mijail Gorbachov y Rudolph Giuliani, entre otros) y grupos musicales de fama internacional.

Esos mensajes se suman a otros más, los surgidos de las “nuevas” políticas sociales y culturales que en el nuevo contexto de violencia ampliada, de la “situación atípica”, pugnan por llamar a la sociedad a respetar las instituciones, a confiar en las autoridades civiles, policíacas y judiciales, a recuperar los espacios públicos y reconstruir el tejido social. Pero también se añaden, yuxtaponen y combinan con los mensajes producidos por los grupos delictivos, y los generados por el despliegue de la estrategia de militarización emprendida por el gobierno federal, que en conjunto forman un *coro* caótico compuesto de ideas, concepciones y lógicas contradictorias, y delinean un paisaje urbano abigarrado, confuso y complicado de comprender, con calles, muros, espectaculares con marcas de una violencia múltiple dotada de un lenguaje brutal. Un coro y un paisaje a los que, como veremos en el siguiente apartado, se incorpora la polifonía discursiva de una sociedad civil heterogénea y fragmentada, que trata de oponer resistencia y/o adaptarse al nuevo desorden social juarense.

POLIFONÍA DE UNA SOCIEDAD CIVIL FRAGMENTADA

Además de los discursos de las autoridades, los organismos y los líderes empresariales, que podrían caracterizarse como dominantes o hegemónicos, entre la sociedad civil han surgido otras expresiones que tienden a reproducirlos o contraponérseles. Surgidas de líderes de opinión, activistas y miembros de asociaciones de asistencia social, organismos derecho-humanistas, iglesias, gremios, grupos estudiantiles y colectivos culturales, entre otros, las opiniones y percepciones sobre las causas de la violencia, el papel de las autoridades, el desempeño del ejército y del resto de cuerpos policíacos, la eficacia de la procuración de justicia, los obje-

tivos de las políticas de desarrollo social, exhiben una sociedad civil heterogénea y fragmentada. Hay una ciudadanía que en sus esfuerzos por organizarse y encontrar soluciones a la inseguridad y la violencia apoya y colabora con las autoridades o se opone, resiste e impugna la lógica de la guerra y la militarización en curso; que en su tentativa de adaptarse y responder al nuevo contexto, retoma y/o replantea sus anteriores esquemas interpretativos sobre la ciudad, la agenda pública y las relaciones gobierno-sociedad, al igual que sus prácticas políticas, demandas, denuncias y consignas; con dificultad para construir consensos, consolidar frentes amplios e impulsar estrategias efectivas de acción colectiva frente a la violencia y la militarización.

Hay pues una polifonía de voces atravesada por coincidencias y divergencias en torno a un intenso debate que refleja un espectro amplio de concepciones y valores, intereses concretos y modos de actuar. Sucintamente, a continuación se enlistan algunos de los asuntos que estructuran la discusión pública entre esta diversidad de organismos cívicos, en el interior de ellos, y entre éstos y las autoridades.

Un tema central ha sido la explicación sobre las causas estructurales y coyunturales del estallido de violencia en la ciudad y el país, asunto sobre el cual los planteamientos en discusión van desde la coincidencia con las aseveraciones de las autoridades (el estallido de una guerra entre cárteles, provocado por el avance del Estado contra esos grupos; el enraizamiento de esos grupos en la localidad, que debido a su condición geográfica fronteriza es disputada por ser un lugar estratégico para el trasiego internacional de drogas, y el rompimiento del tejido social, asociado a la pérdida de valores, la permisividad y tolerancia a la ilegalidad), hasta cuestionar cada una de ellas, por ejemplo, que exista tal guerra entre cárteles o que el propósito de la presencia militar sea combatir el tráfico de drogas,¹³ y en lugar de enfatizar fallas de la so-

¹³ Se piensa que el objetivo de la presencia del ejército no es claro. Incluso algunos especulan que es responsable del homicidio de drogadictos o *puchadores*, en una suerte de *limpieza social* que parece “tener más fines mediáticos, moralizantes y de meros ajustes en la relación del Estado con los jefes superior-

ciudad, subrayan las debilidades del Estado como la corrupción de los aparatos de seguridad y justicia que provocan indirectamente (por incapacidad) o directamente (por complicidad y participación deliberada) el aumento de los homicidios e incidencia delictiva. Así, mientras unas organizaciones destacan las carencias sociales como la desintegración familiar y la pérdida de valores y reiteran su demanda de políticas y programas que subsanen esas deficiencias, sin cuestionar o enfatizar las carencias institucionales, otras coinciden en esas exigencias, pero concentran sus esfuerzos y reclamos en denunciar el autoritarismo, la incapacidad y la corrupción de la administración pública y el sistema de procuración de justicia que propician la impunidad y favorecen la delincuencia.

El resto de los temas en discusión está influido por las explicaciones sobre las causas de la violencia. Así, por ejemplo, los organismos que tienden a coincidir con el diagnóstico gubernamental suelen apoyar y justificar medidas como el reforzamiento de los cuerpos policiacos, la presencia del ejército y la PFP, a la vez que proponen la reestructuración de los cuerpos policiacos y sugieren reforzar los programas dedicados a la promoción de los valores (tradicionales o cívicos). También se inclinan por una mayor participación en los mecanismos e instancias de colaboración con el gobierno. Sus denominaciones y logotipos con frecuencia aparecen junto con los de dependencias gubernamentales en documentos, carteles y espectaculares, como coparticipantes de programas, proyectos de intervención social, conferencias y talleres, entre otras actividades. En contraste, quienes se inclinan por recalcar la responsabilidad gubernamental por el surgimiento y la prolongación de la crisis, denuncian la corrupción e impu-

res del crimen organizado, que propiamente la destrucción de estas estructuras y la reducción real del tráfico y consumo de drogas” (De la Rosa, 2008). Y sobre ello el documento ya citado de la Human Rights Watch asevera que, en la indagación hecha por ese organismo, encuentran muchos indicios de violaciones a los derechos humanos que incluyen las desapariciones, las torturas y las ejecuciones extrajudiciales, prácticas que son sistemáticas y no hechos aislados (HRW, 2011:8).

nidad oficial, demandan el esclarecimiento de los crímenes y justicia para las víctimas, exigen la salida del ejército y PFP, no creen en los proyectos oficiales de reestructuración de las policías y las fuerzas armadas, rechazan participar en los mecanismos de colaboración con el gobierno y privilegian la protesta social a través de marchas, mítines y plantones.

En síntesis, las respuestas de la sociedad civil revelan la conformación de dos polos contrapuestos básicamente por su propensión a apoyar la actuación gubernamental u oponerse a ella. Aunque en medio de estos dos polos hay una gama de posiciones intermedias, ocurren desplazamientos entre las posiciones y existen diferencias de grado en los apoyos o resistencias a la institucionalidad gubernamental. Entre las organizaciones progobierno se ubican principalmente organizaciones que llevan a cabo actividades asistencialistas, de intervención social, la mayoría de las veces con apoyo de los fondos públicos y privados de organismos como Indesol y Fechac, y en el segundo, grupos feministas, de defensa de los derechos humanos, académicos y estudiantiles.

Las opiniones sobre la presencia, actuación y eficiencia del ejército mexicano y la PFP en el marco del Operativo Conjunto Chihuahua evidencian estos polos y las posturas intermedias. En tanto que las organizaciones afines al discurso oficial consideran necesaria la presencia de esas corporaciones y declaran estar dispuestas a tolerar o correr el riesgo de que haya violaciones a las garantías, las organizaciones impugnadoras consideran que el ejército y la PFP actúan fuera de la ley, violan los derechos humanos sin lograr los fines que dicen perseguir. Por ejemplo, la Barra y Colegio de Abogados de Ciudad Juárez, a través de su presidente, proponía a mediados de 2008 cerrar filas con las autoridades y que en

[...] virtud de la grave situación que azota a la ciudad [...] lo importante es ponderar qué es lo más valioso para la ciudad [...] por lo que aunque reconocen que la Constitución no le da facultades de prevención a los militares, ante lo que consideran un estado de emergencia [...] es válido correr el riesgo de que se violenten las garantías (Carmona, 2008:3A).

Y el visitador estatal de derechos humanos del estado explicaba que la presencia militar en Ciudad Juárez

[...] responde a todos los parámetros para declarar un golpe de Estado, pues existe de manera fehaciente la ruptura del Pacto Federal, ya que las facultades de la federación son expresas y limitadas y aquellas que se reservan a los estados han sido vulneradas por la imposición de acciones como la realizada por el actual alcalde con el respaldo del gobernador (De la Rosa, 2008).

En un informe, este visitador sostiene que “en un principio la presencia del ejército apareció como una primera reacción al incremento de homicidios dolosos en la ciudad”, pero al iniciar el “operativo [...] de inmediato se estableció un estado de excepción con la suspensión de facto de las garantías individuales”. El informe menciona casos de denuncias de muertes de civiles y desaparición, torturas y privación ilegal de la libertad a personas (De la Rosa, 2009). Las garantías suspendidas mencionadas en el informe son las de “libre tránsito” y “legalidad y respeto a la vida”, sobre las que la Constitución dice que “todo hombre tiene derecho a [...] viajar por su territorio [...] sin la necesidad de carta de seguridad, pasaporte, salvoconducto u otros requisitos semejantes” (Art. 11); “Nadie podrá ser molestado en su persona [...] sino en virtud de mandamiento escrito de la autoridad competente que funde y motive la causa legal del procedimiento [...]” (Art. 16); “Nadie podrá ser privado de la libertad o de sus propiedades, posesiones o derechos, sino mediante juicio seguido ante los tribunales previamente establecidos, en el que se cumplan las formalidades esenciales del procedimiento y conforme a las Leyes expedidas con anterioridad al hecho [...]” (Art. 14). Estas garantías han sido referidas en leyendas, volantes y coreadas por manifestantes en marchas, plantones y foros ciudadanos sobre la violencia y militarización organizados por agrupaciones como el Comité Universitario de Izquierda, el Frente Nacional contra la Represión, Pastoral Obrera y el Frente Plural Ciudadano (que

las agrupa entre otras más), que por ello exigen el regreso de las fuerzas armadas a los cuarteles.¹⁴

En medio de este tipo de posturas, hay otras expresiones que rechazan y denuncian las violaciones de los derechos humanos por parte de las policías y las fuerzas armadas, pero sin exigir la salida de los militares o la PFP, porque piensan que la violencia se agravaría al dejar la ciudad en manos del crimen organizado. En otras palabras, como ocurre en las controversias sociales públicas, las posiciones tienen matices, se modifican, en unos aspectos se aproximan y en otros se alejan. Hay pues un terreno movedizo donde los organismos sociales se deslizan y zigzaguean, reaccionando a acontecimientos que los colocan ante disyuntivas y encrucijadas. Es el caso, por citar otro ejemplo, pero no el único, del Comité de Resistencia de los Médicos, creado para garantizar la protección de sus agremiados, víctimas frecuentes de secuestros y extorsiones que además laboran bajo riesgo debido a los ataques de comandos armados a hospitales y clínicas cuando reciben heridos de bala. Los miembros de este comité fluctúan entre participar en instancias de colaboración con el gobierno y por tanto en el diseño y seguimiento de algunas medidas de seguridad, o presionar a las autoridades a través de paros de labores, marchas y plantones por la falta de resultados de las políticas impulsadas y dudar de sus objetivos reales. De esta manera, por una parte participa en la Mesa de Seguridad establecida en febrero de 2010 en el marco del programa Todos Somos Juárez, pero algunos de sus miembros desconfían de las fuerzas armadas al grado de coincidir con quienes piden su salida, a pesar de que otros miembros con-

¹⁴ Algunos miembros de estos grupos han sido reprimidos y hostigados por los cuerpos policíacos (municipal y federal) y las fuerzas armadas. En octubre de 2010, una "caminata contra la muerte" fue agredida por oficiales de la PFP y resultó herido de bala un estudiante. Un año después, en el 1 de noviembre, varios activistas fueron reprimidos por la policía municipal cuando realizaban una jornada de luto y protesta contra la impunidad y la violencia pegando carteles y haciendo pintas. Se detuvo con violencia a 27 personas que realizaban la protesta y a dos periodistas, que luego fueron golpeados dentro de las instalaciones de la policía.

sideran fundamental su presencia en esa mesa e involucrarse aún más en el diseño y seguimiento de esas políticas.¹⁵

La disyuntiva y oscilación entre participar o no de las políticas públicas sobre seguridad o política social puede verse claramente en relación con el programa Todos Somos Juárez impulsado por el gobierno federal a partir de febrero de 2010 para ofrecer una respuesta integral al problema de la violencia, atendiendo sus causas estructurales, originada por la acumulación de críticas hacia el papel de los militares y específicamente hacia las declaraciones del presidente Calderón sobre los jóvenes masacrados en Villas de Salvárcar el 31 de enero de 2010, a los que aludió como “miembros de bandas criminales rivales”.

En el marco de ese programa, el gobierno federal, junto con los otros niveles de gobierno, convocó un diálogo con la ciudadanía para establecer la agenda, prioridades y metas de una política de Estado para combatir la violencia y “reconstruir la ciudad”. En el documento que formaliza los objetivos del programa se plantea que

Si bien la falta de seguridad es el problema que más aqueja a la vida diaria de los juarenses, también existen otros problemas económicos y sociales que alimentan la inseguridad y amenazan la calidad de vida de la ciudad. Por ello [...] no sólo contempla acciones en el tema de seguridad pública, sino que también incluye compromisos concretos en los temas de economía, empleo, salud, educación y desarrollo social (Presidencia de la República, 2010).

Para tal efecto, se ofreció un paquete de medidas y recursos especialmente destinados a esa finalidad, pero advirtiendo —en voz del propio presidente Calderón— que se mantenía la política vigente centrada en la presencia masiva del ejército y la PFP,

¹⁵ Luego de un paro de labores de los paramédicos de la Cruz Roja, debido a las amenazas de muerte escuchadas por radiofrecuencia oficial si acudían al rescate de personas heridas en un atentado, en mayo de 2008 el personal del Hospital General amenazó con realizar un paro indefinido de labores o bien dejar de recibir a heridos de bala si las autoridades policíacas de las tres esferas

y negando o restándole importancia a las denuncias sobre violaciones a los derechos humanos.

Frente a tales propuestas, un sector mayoritario de las organizaciones y sectores de la sociedad civil respondió favorablemente, creyendo en su pertinencia y viabilidad, pues el programa ofrecía mayores recursos a la promoción de programas de desarrollo económico y social, y establecía por vez primera un canal de diálogo entre las autoridades y la población de Ciudad Juárez para establecer las prioridades, metas y mecanismos de evaluación de los avances sobre varios temas, incluyendo asuntos sensibles como la justicia y los derechos humanos. Pero, en contrapartida, otro sector minoritario se opuso a ese programa aduciendo que era una medida tardía e insuficiente establecida para distraer, contener y dividir a la sociedad civil y atenuar el enojo de una población que se sentía agraviada, pues prometía recursos públicos que en gran medida serían distribuidos entre las organizaciones de la sociedad civil para que no impugnaran el eje vertebral de la política del gobierno federal.

Durante las dos visitas del presidente Calderón hechas en febrero y marzo de 2010 para anunciar e inaugurar el programa, hubo enfrentamientos de la PFP con manifestantes, que responsabilizaban al presidente de la violencia, lo acusaban de asesino y exigían justicia. En el marco de la primera visita, una madre de familia de los jóvenes victimados en la masacre de Villas de Salvárcar recibió al presidente echándole en cara su insensibilidad diciéndole: “Usted no es bienvenido”. Posteriormente, durante la segunda visita del mandatario, el grupo Movimiento Pacto por la Cultura publicó un desplegado en el que, en contraste con las autoridades y los empresarios locales, reiteró la frase de esa madre e hizo un llamado a oponerse y denunciar el intento del presidente de desviar la atención del problema de la justicia para las

de gobierno no les apoyaban para mantener el cuidado dentro de ese nosocomio (*Norte de Ciudad Juárez*, 30/05/2008:6B). Después, los médicos agremiados, que laboran en ese y otros hospitales o consultorios privados, se organizaron y promovieron varias marchas entre 2009 y 2010 para exigir protección a las autoridades.

víctimas y los atropellos del ejército, también llamó a reflexionar sobre las implicaciones morales de colaborar con el gobierno.¹⁶

La controversia en torno a Todos Somos Juárez aún divide a la sociedad civil juareense, aunque algunas organizaciones han modificado levemente su apreciación sobre el programa, debido a la evaluación negativa de sus resultados, después de observar que la violencia se recrudeció en los meses siguientes a su establecimiento (convirtiendo a 2010 en el año más violento, con más de 3 500 homicidios) y de constatar que los recursos ofrecidos no llegaron o fueron insuficientes y que los canales de diálogo gobierno-sociedad no prosperaron. Esta polémica se extiende también al papel del gobierno de Estados Unidos respecto a la violencia en la ciudad. Por un lado se le mira como un aliado del gobierno de Calderón en la cruzada contra el crimen organizado y el tráfico de drogas, corresponsable de la violencia en el país e incongruente por su indolencia para combatir y disminuir la demanda de drogas en su territorio. Pero, por otro lado, la mayoría de las organizaciones sociales juareenses aceptan el apoyo que ese país les ofrece a través de la USAID, una dependencia del Departamento de Estado, mientras que una minoría recela de esos apoyos porque considera que su finalidad es la misma del programa Todos Somos Juárez (contener a la sociedad civil y supeditar su actividad asistencialista a la lógica de la militarización y la guerra) y disponer de recursos aportados por la Iniciativa Mérida.

Tales son pues algunas de las cuestiones que confrontan y dividen a la sociedad civil juareense; que les dificulta reconstruir,

¹⁶ El desplegado dice, entre otras cosas: “Para nosotros el señor Calderón no es bienvenido a esta ciudad. No aceptamos sus disculpas, ni el tono ni el contenido de su análisis sobre las fuentes de la violencia en la ciudad, tendiente a criminalizar nuestra vida social. Hacemos, en este sentido, un exhorto a las personas conscientes, a los académicos, a los artistas, a los activistas, a las organizaciones sociales, a los ciudadanos, a que realicen una profunda reflexión acerca de las implicaciones éticas de colaborar con el gobierno federal en sus supuestos planes de reconstrucción, toda vez que la experiencia nos indica que las prácticas clientelares y el andamiaje fallido del Estado no puede augurar otra cosa que una simulación que legitime la guerra” (Movimiento Pacto por la Cultura, 2010).

ampliar o fortalecer los espacios de diálogo horizontal —no mediados por autoridades o élites políticas y económicas— y articular una acción colectiva eficaz, que le permita modificar el curso de las políticas gubernamentales de seguridad, económicas y sociales en el contexto del nuevo desorden social y la crisis de violencia. Acaso el ejemplo más evidente de esta dificultad fue la manera caótica y conflictiva con que las organizaciones de la sociedad civil agrupadas en dos grandes frentes (el Frente Plural Ciudadano y el Grupo de Articulación con el Movimiento por la Paz y la Justicia) organizaron el recibimiento a la “Caravana por la Paz” del Movimiento Nacional por la Paz y la Justicia encabezado por el poeta Javier Sicilia. Esa división entre los grupos locales, lo mismo que las divergencias con las organizaciones visitantes agrupadas en el movimiento de Sicilia, hicieron imposible alcanzar un consenso sobre los términos en que habría de quedar formulado un “Pacto Nacional Ciudadano” y el inicio de un movimiento de desobediencia civil, dos de los objetivos principales de esa jornada de marchas, mítines y asambleas.

Un fenómeno interesante en la pluralidad de voces de la sociedad civil, sin embargo, es la reiteración e innovación de algunos planteamientos hechos desde los años noventa principalmente en torno a los homicidios de mujeres. Al establecimiento, uso político del término y denuncia de los *feminicidios*, por ejemplo, se añadieron los términos *masculinicidio* y/o *juvenicidio*, al constatare la elevada proporción de homicidios cometidos contra hombres, principalmente jóvenes y de origen social humilde. De manera que sin abandonar o subordinar las exigencias de castigo a los culpables de los crímenes de mujeres, en la nueva coyuntura algunas voces piden el cese de lo que consideran un genocidio o limpieza social en contra de esos grupos de población. A las consignas “No más violencia contra las mujeres” y “Si tocan a una, nos tocan a todas”, se añaden “Ni una más, ni uno menos”; a la demanda de justicia para un profesor de la UACJ asesinado, Manuel Arroyo (“Todos somos Manuel”), se suma la demanda de justicia para Marisela Escobedo (“¿Y Marisela qué?”), una madre de familia asesinada cuando se manifestaba afuera del palacio

de gobierno en la capital del estado, Chihuahua, para demandar justicia para su hija Rubí, asesinada tiempo atrás. Destaca también que sean mujeres o agrupaciones feministas las más presentes en los actos de protestas contra la impunidad, encarando al presidente de la república, organizando jornadas por la paz y caminatas y plantones afuera de los juzgados para exigir justicia o la presentación de familiares desaparecidos. Son mujeres las que han formulado fragmentos discursivos o frases convertidas en consignas, como “No es usted bienvenido, señor presidente”, pronunciada por la madre de uno de los jóvenes de Villas de Salvárcar, retomadas por organizaciones opuestas a la militarización o que exigen justicia para las víctimas.

La continuidad y el cambio en los discursos, observada en las denuncias y consignas, reflejan el cambio en la manera de percibir la ciudad, cuya situación se transforma de escenario de la “vulnerabilidad pública”, a escenario y territorio en disputa de una “guerra de facto” y ciudad sitiada dominada por un ejército de ocupación. En consecuencia, de las demandas de seguridad pública y la denuncia de las incapacidades o complicidades de las autoridades policiacas y judiciales con los grupos delictivos, se avanza a imploraciones públicas y multitudinarias en favor de la “paz” impulsadas por organizaciones religiosas de diferentes credos, a las “*kaminatas* contra la muerte” y campañas (de escala nacional) pidiendo “no más sangre” promovidas por organismos cívicos y políticos, hasta las exigencias antimilitaristas que acusan al ejército mexicano y la PFP de múltiples violaciones a los derechos humanos y demandan su salida bajo la consigna “Ciudad Juárez no es cuartel, fuera ejército de él”, posiblemente la más repetida en las marchas y los plantones públicos.

Tales consignas también se difunden por diferentes medios, plasmándose y yuxtaponiendo con los mensajes emitidos por los grupos delictivos, la militarización y la acción gubernamental, dando lugar al nuevo paisaje urbano por donde transcurre la vida cotidiana. En los muros y calles se puede observar así la interlocución entre diferentes y contrastantes visiones sobre la destrucción y/o transformación que experimenta Ciudad Juárez y

el ideal de ciudad que se anhela. Posiblemente las expresiones más elocuentes son los grafitis que jóvenes, mujeres, activistas, poetas y personas anónimas estampan en los muros, con leyendas breves y contundentes e imágenes burdas o elaboradas. Son frases que piden “más abrazos y menos balazos”, quieren espantar la tristeza (“vuela tristeza, alegría regresa”), gritan “soldados asesinos”, advierten que la vida es muy corta y las armas largas, recuerdan a las víctimas de atentados escribiendo sus nombres en casas abandonadas y muros de cementerios, para que no se olviden (“In Memory of el Chino, el Chuky, el Tavo...”).

Ésas son sólo algunas de las leyendas, imágenes y símbolos ineludibles para quien transita por las calles, como las cruces colocadas en postes de electricidad, esquinas y lotes baldíos, acompañadas de flores; grafitis con paisajes lacustres de tierras exóticas, imaginarias, fantásticas, deseadas. Imágenes y frases que dejan ver el empeño de una fracción de la sociedad que se resiste a la segmentación, rompimiento de la cohesión social, pérdida de la solidaridad, aumento de las distancias sociales, violencia, autoritarismo y cancelación del futuro; que contrastan y salen al encuentro del discurso del miedo y la guerra, que se reproducen como fractales, lugar tras lugar, en las calles cerradas con barricadas improvisadas de piedra y contenedores de metal rellenos de concreto, con casetas de vigilancia, muros de piedra, cámaras de circuito cerrado y vigilantes.

REFLEXIÓN FINAL: DE QUÉ DISCURSOS, PAISAJE Y CIUDAD ESTAMOS HABLANDO

Al inicio de este texto nos preguntábamos sobre la manera en que se plasman los discursos sociales sobre la violencia y militarización en el paisaje urbano, los procesos sociales estructurales que están ocurriendo y se expresan través de esos discursos, y el modelo de ciudad y nociones de espacio público en gestación debido a la violencia y la militarización. Esas cuestiones intentamos responderlas en los apartados anteriores, describiendo los mensa-

jes transmitidos por grupos delictivos, el gobierno, empresarios y OSC, y refiriendo ejemplos de su huella en el paisaje urbano, es decir, en la imagen panorámica y de conjunto que sus habitantes o visitantes pueden obtener de las cualidades visuales y espaciales de Ciudad Juárez. Es ésta una imagen (el paisaje), que, a diferencia de las alusiones a ese término en el discurso hegemónico (en el sentido de apariencia, falsedad o distorsión), constituye la fotografía de un objeto físico (el espacio urbano) moldeado por la actividad humana y las relaciones de poder entre los grupos sociales. Intentamos, por tanto, mostrar también los procesos sociales que reconfiguran dicho paisaje: la presencia de fuerzas armadas, regulares o irregulares, gubernamentales o delictivas, que mantienen sitiada a la población; el replanteamiento de las relaciones de la sociedad civil y el gobierno, debido a los modos autoritarios con que éste responde a la crisis, y las coincidencias o divergencias sustentadas en valores, percepciones, intereses concretos y prácticas políticas de los diferentes segmentos de la sociedad civil; una sociedad civil fragmentada y dividida, enfrentada a disyuntivas y coyunturas que le dificultan construir espacios de articulación y diálogo para alcanzar consensos e impulsar la acción colectiva; una sociedad civil atomizada, que ante la debilidad del Estado alberga la ilusión de la protección aislándose en reducidos urbanos, guetos, con casas, barrios y fraccionamientos donde se alzan barricadas, cercas y puestos de control.

Ahora falta esbozar la respuesta a otras dos cuestiones: qué modelo de ciudad está en gestación y cómo designar el nuevo paisaje urbano. A este respecto antes planteamos que Ciudad Juárez, de haber sido “paradójica”, se convirtió en sitiada y pulverizada. Ahora cabe recordar otros adjetivos que le han adjudicado.

Hubo un tiempo en que fue vista como “hoyo del mundo” o “ciudad del pecado y del crimen” y en que, al lado de esa faceta negra (la *leyenda negra*) se le opusieron otros títulos como la “mejor frontera de México” (Martínez, 1982). Después, con la llegada de las maquiladoras se habló de la ciudad en términos de enclave industrial maquilador, y también se la empezó a dividir y fraccionar en su configuración espacial interna partiéndola en

dos partes, una ubicada al poniente de las vías del ferrocarril (el eje histórico que la estructura desde finales del siglo XIX), y otra al oriente; una pobre, convertida en dormitorio con carencias y rezagos, y la otra rica, con viviendas para las clases medias y altas, parques industriales y símbolos de la modernidad urbana (los *malls*, universidades, espacios culturales) (Guillén, 1990). Posteriormente se habló no de dos, sino de tres realidades de ciudad, ubicadas en las porciones *norte*, *sur* y *poniente*, cada una con diferencias sociales asimétricas y contrastantes, pero unidas por el mismo vector: la implantación, consolidación y desarrollo durante 40 años del modelo maquilador (Jusidman y Almada, 2008). También se dijo que no eran tres ciudades, sino que, según la amplitud de los déficits socioeconómicos, era un mosaico de microrealidades, algunas en situación de emergencia social, otras con urgencias de atención inmediata y otras más donde se debía evitar su deterioro o mantener en buenas condiciones (Padilla, Alvarado y Delgadillo, 2006). Y bajo el nuevo desorden juarense (2008-2011), hubo quien pronosticara su partición en dos, el poniente y el oriente, con un espacio central vacío debido al abandono de viviendas y espacios destinados a funciones comerciales y de servicios (Minjares, 2011).

En este punto, siguiendo esa tendencia, proponemos el surgimiento de una “ciudad pulverizada”, que consiste en una urbe o concentración poblacional hiperfragmentada por la proliferación de sectores residenciales, fraccionamientos, colonias y barrios, cuyo proceso de aislamiento y/o separación unos de otros, se acentúa por el abandono de viviendas (porque la gente huyó, no pudo pagar o decayó la actividad económica) y el deterioro urbano (calles, parques, escuelas, etc.). Es una ciudad cuyo paisaje, en apariencia caótico y confuso, revela tanto las múltiples formas de violencia que lo configuran (el orden dentro del desorden), como la existencia de ciudadanía reducida a su mínima expresión y una sociedad civil fragmentada, sin espacios de articulación horizontal ni mecanismos efectivos para impulsar políticas públicas, entendidas como el resultado de la interacción y la corresponsabilidad gobierno-sociedad bajo un contexto democrático.

En este modelo de ciudad en proceso de gestación, esculpido y regido por la violencia, el autoritarismo y la militarización, sin embargo, no dejan de estar presentes las poderosas fuerzas y los procesos macrosociales de escala mundial y regional que desde el pasado la han fraguado. Ciudad Juárez sigue siendo, en este sentido, un enclave posfordista-taylorista sustentado en la abundante disponibilidad de fuerza de trabajo que demanda la industria maquiladora. También, no obstante su condición fronteriza e importancia estratégica para el desarrollo del país, como lo afirma el discurso oficial, continúa olvidada por el doble centralismo político y administrativo (federal y estatal), que al igual que antaño sigue negándole los recursos que su población necesita. Continúa gobernada por una clase política y una élite económica que la usufructúan desde décadas atrás y se aferran a la idea de que lo más importante es sostener el modelo maquilador del cual depende la ciudad; que para tal fin subordinan los diferentes ámbitos de la política pública, aducen que los males de la ciudad son cuestión de imagen y recurren a la represión cuando lo consideran necesario. También sigue siendo una ciudad donde segmentos de la sociedad civil, pese a sus debilidades y su fragmentación, resisten a las fuerzas dominantes y los discursos hegemoneizantes y tratan de crear pactos ciudadanos para refundarla sobre bases no violentas ni excluyentes.

BIBLIOGRAFÍA

AJENJO, Manuel

2011 “¿Quién dijo guerra?”, en *El Economista*, 18 de enero, disponible en <<http://economista.com.mx/columnas/columna-especial-politica/2011/01/18/quien-dijo-guerra>>.

ALVARADO, Ignacio

2008 “La frontera: vivir con la violencia”, en *El Universal*, 9 de diciembre, disponible en <<http://www.eluniversal.com.mx/nacion/164300.html>>, consultado el 23 de enero de 2009.

BOURDIEU, Pierre

1990 *Sociología y cultura*, México, Grijalbo/Conaculta.

CALDERÓN, Felipe

2006 “Discurso completo en el auditorio nacional”, en *El Universal*, 1 de diciembre, disponible en <<http://www.eluniversal.com.mx/notas/391513.html>>, consultado el 20 de abril de 2011.

CARMONA, Blanca

2008 “Avalan abogados presencia militar. Es válido correr el riesgo de que se violen las garantías ante el estado de emergencia, revelan”, en *El Diario*, 5 de julio, p. 3A.

CARRASCO, Horacio

2008 “Buscan atemorizar a cuerpos policiacos. Se investigan con responsabilidad amenazas dice autoridad estatal”, en *El Diario*, 13 de julio, Ciudad Juárez, p. 1A.

CHÁVEZ, Yuri A. y UVA FALLA

2004 “Realidades y falacias de la reconstrucción del tejido social en población desplazada”, en *Tabula Rasa*, núm. 2, enero-diciembre, Bogotá, pp. 169-187; y en Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal, Sistema de Información Científica, *Redalyc*, <<http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=39600210>>.

CNN

2010 “Las cifras de asesinadas en Ciudad Juárez en este año rebasan las de 2009”, en *CNN*, 19 de agosto, disponible en <<http://mexico.cnn.com/nacional/2010/08/19/las-cifras-de-asesinadas-en-ciudad-juarez-en-este-ano-rebasan-las-de-2009>>, consultado el 28 de abril de 2010.

CRUZ, Juan Manuel; Gabriel SIMENTAL y Horacio CARRASCO

2005 “Fue legal acción policiaca: alcalde. Descalifica las dudas sobre agentes en el tiroteo; avala IP”, en *El Diario*, 25 de marzo, Ciudad Juárez, p. 1A.

DE LA ROSA, Gustavo

2008 “Entrevista”, por Héctor Padilla, Ciudad Juárez, 4 de septiembre.

2009 “Balance de la visitaduría de atención a víctimas y proyectos especiales sobre la participación del ejército en

tareas de seguridad pública en Ciudad Juárez, Chihuahua, durante el periodo 1 de enero 2008 a 28 de febrero de 2009”, Documento, CEDH-Chihuahua, Ciudad Juárez, 8 de marzo.

DOMÍNGUEZ, Héctor

s.f. “La violencia fronteriza y la política de la imagen”, borrador.

DURKHEIM, Émile

1994 *La división del trabajo social*, vol. I y II, Barcelona, Planeta-Agostini.

ENTRELINEAS

2008 “Declaraciones del gobernador José Reyes Baeza”, video, en <<http://www.youtube.com/watch?v=I3ew6PuV5kg>>, agosto, consultado el 25 de abril de 2011.

FLORES, José Luis *et al.*

2009 “Panóptico ciudadano”, en *El Labrador*, Ciudad Juárez.

GOBIERNO FEDERAL

2010 “Estrategia Todos Somos Juárez. Reconstruyamos la Ciudad”, en <<http://www.todossomosjuarez.gob.mx/index.html>>, consultado el 1 de mayo de 2011.

GRAMSCI, Antonio

2003 *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y el Estado moderno*, Buenos Aires, Nueva Visión.

GUILLÉN, Tonatiuh

1990 “Servicios públicos y marginalidad social en la frontera norte”, en revista *Frontera Norte*, vol. 2, núm. 4, jul.-dic.

HUMAN RIGHTS WATCH (HRW)

2011 “Ni Seguridad, Ni Derechos. Ejecuciones, desapariciones y tortura en la ‘guerra contra el narcotráfico’ de México”, en *Human Rights Watch*, noviembre, Estados Unidos, p. 230, disponible en <<http://www.hrw.org/sites/default/files/reports/mexico1111spwebwcover.pdf>>.

JUÁREZ COMPETITIVA

2012 “Qué es Juárez Competitiva”, en <www.juarez.competitiva.org/esp/que_es.php>, consultado el 28 de septiembre de 2012.

JUSIDMAN, Clara y Hugo ALMADA (coords.)

2008 *La realidad social de Ciudad Juárez. Análisis social*, Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

LUJÁN, Francisco

- 2008 “Reforzarán la policía con 500 efectivos del ejército”, en *Norte de Ciudad Juárez*, 21 de agosto, Ciudad Juárez, p. 1A.

MARTÍNEZ, Óscar

- 1982 *Ciudad Juárez: el auge de una ciudad fronteriza a partir de 1848*, México, Fondo de Cultura Económica.

MINJARES, Gabriela

- 2011 “De seguir violencia y éxodo Juárez se dividirá en dos ciudades, prevén”, en *El Diario*, 28 de enero, Ciudad Juárez, p. 1A.

MOVIMIENTO PACTO POR LA CULTURA

- 2010 “Movimiento Pacto por la Cultura ‘Desplegado’”, en *Norte de Ciudad Juárez*, 17 de febrero, Ciudad Juárez.

MUÑOZ, Mara

- 2010 “Evaluación Reconocimiento Políticas Culturales efectos en Desarrollo-Económico-Social. Caso: Ciudad Juárez Plan Emergente “Todos Somos Juárez””, noviembre, UACJ, borrador.

NIEBLAS, Fabián

- 2006 “De la guerra *nítida* a la guerra *difusa*”, en Fabián Nieblas (coord.), *Aportes para una sociología de la guerra*, Buenos Aires, Proyecto Editorial, pp. 57-98.

NORTE DE CIUDAD JUÁREZ

- 2008 30 de mayo, p. 6B.

PADILLA, Héctor

- 2007 “Ciudad Juárez: de la violencia y la exclusión social a la refundación de la ciudad”, en Víctor Orozco (coord.), *Chihuahua Hoy*, vol. 5, UACJ/Doble Hélice, pp.181-216.

PADILLA, Héctor; Leobardo ALVARADO

y Willivaldo DELGADILLO

- 2006 “Cultura, Vulnerabilidad y Emergencia Social. Guía de políticas culturales para el Municipio de Juárez”, informe de investigación, Ciudad Juárez, Chihuahua, Movimiento Pacto por la Cultura, Telón de Arena, Comisión para Prevenir y Erradicar la Violencia contra las Mujeres en Ciudad Juárez, 24 de noviembre.

PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

- 2010 *Estrategia Todos Somos Juárez, Reconstruyamos la Ciudad*,

en <<http://www.presidencia.gob.mx/prensa/?contenido=54303>>, 17 de febrero.

RODRÍGUEZ, Sandra

2008 “Minimiza alcalde ola de violencia”, en *El Diario*, 18 de junio, Ciudad Juárez, p. 1A.

2008a “Metas del operativo conjunto no se alcanzaron: gobernador”, en *El Diario*, 24 de agosto, Ciudad Juárez, p. 1A.

SIMENTAL, Gabriel

2008 “Van 714 asesinados”, en *El Diario*, 4 de agosto, Ciudad Juárez, p. 6B.

WRIGHT, Melissa

2011 “Necropolitics, Narcopolitics, and Femicide: Gendered Violence on the Mexico-U.S. Border”, en *Signs*, vol. 36, núm. 3, The University of Chicago Press, pp. 707-731, disponible en <<http://www.jstor.org/stable/10.1086/657496>>, consultado el 20 octubre de 2011.

XHEPL NOTICIAS

2010 “Mujeres participan con sicarios, confirma alcalde de Ciudad”, en XHEPL, 23 de agosto de disponible en <<http://www.xepl.com.mx/completa1.php?i=51160>>, consultado el 28 de abril de 2011.

CIUDAD JUÁREZ. SOBREVIVIR: VIDAS SUPERFLUAS Y BANALIDAD DE LA MUERTE

Julia Monárrez

Vivir en Ciudad Juárez, la frontera norte de México, desde el año de 1993, por lo menos hasta 2011 ha sido sobrevivir a una historia paradigmática de muerte y menosprecio a la vida de mujeres y hombres. Desde 1993, familiares de víctimas y feministas activistas en Ciudad Juárez han dado a conocer el feminicidio de más de un centenar de niñas y mujeres pobres, por asesinos impunes. Sus cadáveres torturados, mutilados y abusados fueron arrojados en zonas desérticas y lotes baldíos. Ante las demandas de justicia, el Estado negó toda responsabilidad y argumentó la intrascendencia de sus vidas y banalizó sus muertes en aras de un progreso económico y la imagen de la ciudad.

En el año 2008, la violencia extrema visibiliza e incrementa los rostros de otras víctimas: las y los asesinados por los grupos del crimen organizado. Ese año fueron asesinadas en México 14 007 personas, y 18.6 por ciento de estas muertes violentas tuvieron lugar en el estado de Chihuahua. Ciudad Juárez fue el escenario de 61 por ciento de los mismos a nivel estatal y de 11.35 por ciento a nivel nacional (INEGI, 2010).¹ Paradójicamente, el 28 de marzo de ese año Ciudad Juárez recibió la noticia de la conformación del Operativo Conjunto Chihuahua. Esta estrategia es parte de la

¹ Si bien menciono las cifras oficiales, debo aclarar que a partir de esta violencia letal, son los medios de comunicación, locales y nacionales, los que llevan el recuento de estos asesinatos y las cifras que proporcionan siempre son mayores a las oficiales, así que citaré ambas fuentes.

lucha frontal declarada por el ejecutivo federal a finales del año 2006 contra la delincuencia y el crimen organizado de recuperar la seguridad pública de la ciudadanía en todo el país. De la misma forma, las víctimas, en su mayoría hombres pobres, fueron culpabilizados de sus muertes. Los gobiernos menosprecian su exterminio en aras de un futuro mejor, libre de drogas y de la buena imagen del país y de la ciudad.

Cuando reflexionamos en el drama de violencia que vivimos en Ciudad Juárez, “la muerte es uno de los personajes principales del reparto y reaparece en cada acto” (Bauman, 2007:65). En este pasado inmediato, los cientos de mujeres asesinadas convocaron la atención mundial, y el feminicidio fue catalogado como el símbolo y el paradigma de la violación de los derechos de las mujeres en el ámbito nacional (Naciones Unidas, 2003). Al finalizar la primera década del siglo XXI, la inconmensurable pérdida de miles de vidas humanas le ha valido a Juárez ser conocida como “el tiradero nacional de muertos” (Turati, 2009:8). Estos dos ejemplos paradigmáticos de violencia extrema representan “el punto culminante de un proceso de deshumanización y de industrialización de la muerte” (Mbembe, 2011:25) en nuestra ciudad.

La muerte violenta es uno de los indicadores más confiables para medir el grado de violencia que las sociedades experimentan. Igualmente, es uno de los indicadores que nos permite analizar quiénes mueren, quiénes viven y quiénes consienten que mueran. En Ciudad Juárez las víctimas del feminicidio y del crimen organizado en su gran mayoría son pobres; son las mujeres y hombres que viven en zonas con mayores indicadores de pobreza y marginación urbana (Cervera y Monárrez, 2011). Y son presentadas a la comunidad, por parte de los criminales y de quienes deben de hacer que los procesos de investigación y justicia operen, como transgresoras de su género y del orden social. Dos ejemplos ilustran estas aseveraciones. En 2009 una mujer fue asesinada y en su piel fue dejado el siguiente mensaje: “El demonio anda en Juárez cuídense, no anden solas ni sexys, seguiremos informando” (PM, 2008: 5). Por otro lado, ese mismo año, el general Jorge Juárez Loera, quien asumió un importante mando en el Operativo Conjunto Chihua-

hua, conminó a la prensa para que reportara los homicidios en Ciudad Juárez de la manera siguiente: “En vez de decir un muerto más, digan un delincuente menos” (Siscar, 2011). La interpretación, genéricamente dominante del asesino y de la autoridad, define a los enemigos interiores de la sociedad en “buenos” y “malos”. Este discurso discriminatorio contra las mujeres y los hombres se ofrece a la comunidad: ella fue asesinada por transitar espacios sin ninguna compañía y por la forma provocativa con que viste. Los hombres son ultimados por no haber elegido correctamente las actividades lícitas frente a las ilícitas, entre las que están dentro de la ley y las que están fuera de la misma. Al respecto Judith Butler menciona que: “quienes no viven sus géneros de una manera inteligible entran en un alto riesgo de acoso y violencia” porque “la reproducción del género es siempre una negociación de poder” (Butler, 2009:322-323).

ARGUMENTOS Y PERSPECTIVAS TEÓRICAS

En este largo periodo de violencia, es importante investigar que hemos sido testigos y hemos sobrevivido a lo que Jean Baudrillard (1993) llama las muertes públicas, esas muertes que son diferentes de las muertes naturales porque no son producto del deterioro biológico, sino de la voluntad de un grupo. Esta voluntad ha sido terriblemente cruel con las víctimas. Sus cuerpos inertes yacen en narcofosas, rafagueados, torturados, mutilados, decapitados, estrangulados, colgados, incinerados, desintegrados en ácido, enteipeados, encajuelados, abusados sexualmente y en posiciones humillantes.² Ellos y ellas han sido abandonados simplemente como “residuos naturales” (Baudrillard, 1993:165). Son cadáveres arrojados al “descuido” como símbolos de su “poco valor” hu-

² Encajuelar es depositar el cuerpo de la víctima en la cajuela del automóvil. Teipear es un neologismo que se utiliza en la frontera norte de México, viene de la palabra inglesa *tape*, así se le conoce a la cinta adhesiva industrial para ductos o empaque. Teipear a una persona es envolver su cabeza, su cuerpo o parte de su cuerpo con estas cintas adhesivas.

mano dentro de la más intolerable impunidad. Y donde la vida de quienes no hemos muerto se refleja en “una supervivencia determinada por la muerte” (Baudrillard, 1993:127)³ de las y los otros.

Michel Foucault se interesó en “la consideración de la vida por parte del poder”. Este nuevo tipo de poder ejercido por el soberano tenía la facultad de “hacer vivir” y “dejar morir” (Foucault, 2002:218), y terminó designándolo “biopoder”. Sin embargo, hacer vivir está basado en un desequilibrio que se basa en designar a una parte de la población como amenaza para la supervivencia de los demás. Por lo tanto, el soberano utilizó las técnicas disciplinarias y regulatorias de la muerte; la primera de ellas se ejerció en “el cuerpo”, sus efectos fueron en el individuo; la segunda a la especie, a “la población” (Foucault, 2002:225) y con esta regularización aparece el hacer vivir y dejar morir, sustentados ambos en la aplicación de la “norma” (Foucault, 2002:228). La norma para Foucault fue el racismo, por medio de esta relación biológica se estableció una correspondencia positiva de corte bélico: “si quieres vivir es preciso que el otro muera” (Foucault, 2002:231). Para que éstos mueran es necesario que dentro de las poblaciones se hagan cortes de lo que debe morir y lo que debe vivir. Esto se logra distinguiendo, jerarquizando, catalogando lo que es una población inferior y otra superior, desde una norma biológica.

Hannah Arendt analizó también la muerte de los seres humanos en los regímenes totalitarios bajo el concepto de seres superfluos. Ella aborda este dejar morir desde dos subproductos de la producción capitalista; uno de ellos es la riqueza superflua, el segundo que antecede al primero son:

Los desechos humanos que cada crisis, seguidora invariable de cada periodo de desarrollo industrial, eliminaba permanentemente de la sociedad productora. Los hombres que se habían convertido ya en parados permanentes resultaban tan superfluos a la comunidad como los propietarios de la riqueza superflua. El hecho de que constituían una amenaza para la sociedad había sido reconocido a lo largo del siglo XIX (Arendt, 2004:211).

³ Las traducciones de las citas de este autor y otras de textos en inglés son mi responsabilidad.

La sobreacumulación de capital (capital superfluo) sólo pudo darse bajo un sistema social que permitió la mala distribución de la riqueza acumulada y tras haber hecho de una gran parte de la comunidad seres superfluos excluidos del proceso de producción y de consumo por la cantidad de personas “empobrecidas y amargadas” (Arendt, 2004:210).

En Ciudad Juárez, estos asesinatos están marcados y tienen su base material en dos fenómenos del capital mundial: el primero de ellos es la apertura de la ciudad y la entrega de su mano de obra barata al capital transnacional con el llamado proyecto maquilador, que se instaló en esta ciudad a finales de la década de 1960. El segundo es el surgimiento de un macizo corredor de las drogas hacia Estados Unidos, que se convirtió en un corredor de la muerte a mediados de 1980. Junto a estos dos momentos aparece también la corrupción y la inmoralidad en las esferas gubernamentales nacionales, estatales y locales, acrecentada con el proceso de alternancia política que se ha dado en nuestro país a partir de la década de los ochenta. Estos procesos económicos y políticos han producido gran cantidad de seres superfluos, seres humanos residuales. Por eso las agendas de opresión para mujeres y hombres se encuentran tanto en la línea del ensamblaje global, en la economía internacional del crimen organizado —en donde la mayoría de las personas involucradas en las actividades de tráfico de drogas son pobres y fácilmente reemplazables (Comisión Global de Políticas de Drogas, 2011)— como en el ámbito político que no han hecho de la vida digna y del derecho a la vida su objetivo de Estado.

Lo dramático del remplazo de estas vidas es que se hace a través de la muerte, y es, de acuerdo con Foucault, el poder —en nuestro caso, el poder económico y el poder político— quien hace esos “cortes” en las vidas de las mujeres y de los hombres, ¿pero cómo se elige quién debe morir y quién vivirá? Se elige desde el valor económico que representan, así como de la justificación y la apología de la norma de lo superfluo desde la diferencia sexual y a través de los discursos que de ella se hacen de los cuerpos vic-

timados de hombres y mujeres, por parte del poder. El poder, en este caso, el Estado, otorga una “permisibilidad” de la muerte para hombres y mujeres. Luego establece una “relación positiva” de la misma cuando manda señales de que: “para vivir, es preciso que el otro muera” (Foucault, 2002:231). ¿Quién es ese otro? Es el que vale menos que yo, es el sobrante de la ciudad, el residuo del exceso, lo superfluo, lo innecesario, lo primitivo. Son aquellos que “cuanto más tiendan a desaparecer las especies inferiores, mayor cantidad de individuos anormales serán eliminados, menos degenerados habrá con respecto a la especie y yo —no como individuo sino como especie— más viviré, más fuerte y vigoroso seré y más podré proliferar”. La muerte del otro no es simplemente mi vida, considerada como mi seguridad personal; la muerte del otro, la muerte de la mala raza, de la raza inferior (o del degenerado o el anormal) es lo que va a hacer que la vida en general sea más sana y más pura (Foucault, 2002:231).

Sin embargo, la guerra que se lanza contra los adversarios expone a los “propios ciudadanos” (Foucault, 2002:232), que hoy nos ha dado por llamarles las muertes colaterales. El asesinato de las y los otros participa de dos elementos: un acto físico que inflige daño a un cuerpo y un acto verbal que lo interpreta. ¿Quiénes mueren y quiénes hablan por ellos? Mueren las mujeres y los hombres, y hablan por ellas y ellos, los asesinos, las instancias gubernamentales encargadas de la procuración de justicia y las élites empresariales. Y en sus discursos permiten la matanza, el aniquilamiento y la descalificación de las víctimas con la banalización de su exterminio.

Una vez expuesto el concepto de la vida superflua como norma de la violencia, en la cual descansan el feminicidio y los homicidios por ejecución y ajustes de cuenta⁴ del crimen organizado, me enfoco en los discursos construidos y gestionados por los poderes del Estado, sobre la matanza ininterrumpida de mujeres y hombres. Y aunque tales discursos no explican en su totalidad las

⁴ Estas palabras forman ya parte del vocabulario tanto por parte de las organizaciones delictivas como de las autoridades y de la sociedad en general.

causas de esta violencia, sí influyen para que a través de ellos se pierda el derecho inalienable y universal a la vida y la obligación de reparar el daño. Mi razonamiento representa una combinación de la teoría feminista y la teoría crítica humanista que reflexionan acerca del uso de la violencia por parte del Estado, desde el desequilibrio de la diferencia sexual y la selección de poblaciones a las cuales se aniquila. Mi objetivo es examinar los pretextos que se dan para que estas muertes no sean consideradas como pérdidas irreparables, y que la indignación que debe causar, en un proceso civilizatorio, el que a una persona le sea arrebatada la vida, se trastoque en aras de un desarrollo económico y un futuro mejor para ciertos segmentos de la población, con la eliminación de los sobrantes de esa misma población. Mi discusión la he organizado alrededor de dos temas: el primero de ellos es la política del hacer vivir y dejar morir, por parte del Estado, a través del incremento de la muerte violenta de los demás. En el segundo exploro cómo se construye la artificialidad de la finitud de la vida para grupos de mujeres y hombres, y me centro en el análisis de las declaraciones que el Estado autoriza, las cuales se convierten en técnicas de disciplinamiento para los individuos y de la regularización de la población.

DESHUMANIZACIÓN E INDUSTRIALIZACIÓN DE LA MUERTE

La muerte se encuentra presente en Ciudad Juárez de una manera intermitente desde mediados de los años ochenta. En estos años la comunidad juarense ha padecido una experiencia devastadora de violencia mortal contra mujeres y contra hombres (véase el cuadro 1). En este sentido, esta práctica sistemática de violencia de género, largamente sostenida, tiene un propósito: “dictar lo que los ‘hombres’ y las ‘mujeres’ se supone que deben ser y disciplinar a las comunidades marginadas y [también] a otras amenazas percibidas contra las estructuras y prácticas políticas dominantes” (Nayak y Suchland, 2006:469).

CUADRO 1
ASESINATOS EN CIUDAD JUÁREZ 1985-2010

Año	Población total miles de personas	Total de casos de muertes violentas	Tasa de muertes violentas por 100 mil habitantes	Homicidios			Feminicidios			Sexo no identificado
				Población total masculina	Casos de homicidios	Tasa de homicidios por 100 mil habitantes	Población total femenina	Casos de feminicidios	Tasa de feminicidios por 100 mil habitantes	
1980	567 365			273 187			294 178			
1981	587 070			283 460			303 610			
1982	607 463			294 119			313 344			
1983	628 570			305 179			323 390			
1984	650 414			316 655			333 759			
1985	673 022	58	8.6	328 563	51	15.5	344 460	5	1.5	2
1986	696 422	77	11.1	340 918	66	19.4	355 504	10	2.8	1
1987	720 640	60	8.3	353 738	56	15.8	366 902	4	1.1	0
1988	745 705	27	3.6	367 040	26	7.1	378 665	1	0.3	0
1989	771 648	85	11.0	380 842	71	18.6	390 806	13	3.3	1
1990	798 499	45	5.6	395 163	42	10.6	403 336	3	0.7	0
1991	837 209	69	8.2	415 157	66	15.9	422 052	2	0.5	1

CUADRO 1 (CONTINUACIÓN)

Año	Población total miles de personas	Total de casos de muertes violentas	Tasa de muertes violentas por 100 mil habitantes	Homicidios			Feminicidios			Sexo no identificado
				Población total masculina	Casos de homicidios	Tasa de homicidios por 100 mil habitantes	Población total femenina	Casos de feminicidios	Tasa de feminicidios por 100 mil habitantes	
1992	877 799	55	6.3	436 163	49	11.2	441 636	6	1.4	0
1993	920 360	113	12.3	458 231	101	22.0	462 129	12	2.6	0
1994	964 989	210	21.8	481 416	197	40.9	483 573	13	2.7	0
1995	1 011 786	325	32.1	505 774	282	55.8	506 012	43	8.5	0
1996	1 050 165	295	28.1	525 568	250	47.6	524 597	45	8.6	0
1997	1 090 001	260	23.9	546 136	218	39.9	543 864	42	7.7	0
1998	1 131 350	254	22.5	567 510	213	37.5	563 840	40	7.1	1
1999	1 174 268	153	13.0	589 720	138	23.4	584 549	15	2.6	0
2000	1 218 817	260	21.3	612 799	229	37.4	606 018	31	5.1	0
2001	1 237 160	249	20.1	621 649	218	35.1	615 511	31	5.0	0
2002	1 255 779	268	21.3	630 627	236	37.4	625 152	32	5.1	0
2003	1 274 679	204	16.0	639 734	175	27.4	634 945	29	4.6	0
2004	1 293 864	198	15.3	648 974	181	27.9	644 890	17	2.6	0

CUADRO 1 (CONTINUACIÓN)

Año	Población total miles de personas	Total de casos de muertes violentas	Tasa de muertes violentas por 100 mil habitantes	Homicidios			Feminicidios			Sexo no identificado
				Población total masculina	Casos de homicidios	Tasa de homicidios por 100 mil habitantes	Población total femenina	Casos de feminicidios	Tasa de feminicidios por 100 mil habitantes	
2005	1 313 338	227	17	658 346	196	29.8	654 992	31	4.7	0
2006	1 317 074	227	17	659 808	208	31.5	657 266	19	2.9	0
2007	1 320 822	192	15	661 274	173	26.2	659 547	19	2.9	0
2008	1 324 580	1 589	120	662 743	1 479	223.2	661 837	111	16.8	0
2009	1 328 350	2 386	180	664 215	2 260	340.3	664 135	125	18.8	
2010*	1 332 131	3 085	232	665 691	2 782	417.9	666 440	303	45.5	

FUENTES: "Mortalidad, estadísticas sociodemográficas", vol. III, México, INEGI (1985-1993).

"Mortalidad, estadísticas sociodemográficas", México, INEGI (1994-2008).

IX Censo General de Población y Vivienda, 1980, Resumen general, vol. I, México, INEGI, 1986, p. 922.

Frontera Norte, Resultados definitivos, Tabulados básicos, Tomo I, X Censo General de Población y Vivienda, 1990, México, INEGI, p. 734.

Anuario estadístico del estado de Chihuahua, INEGI/Gobierno del estado de Chihuahua, 1999, p. 476.

XII Censo General de Población y Vivienda 2000, Resultados Preliminares, Estados Unidos Mexicanos, INEGI, 2000, p. 375.

II Censo de Población y Vivienda, 2005, Consulta interactiva de datos.

* Fuentes periodísticas.

Estas mismas autoras afirman que al centrarnos solamente en el término violencia contra las mujeres, olvidamos e ignoramos la violencia contra los hombres y dejamos a un lado la falta de la debida atención a lo que significa “hacer género a través de la violencia o a la forma en que los códigos de masculinidad afectan negativamente a los hombres” (Nayak y Suchland, 2006:472). En este sentido podemos decir que el homicidio y el feminicidio son actos que han disciplinado a los dos sexos, y al mismo tiempo han regularizado a la población juarense.

La muerte violenta de mujeres y hombres, nuestro foco de análisis, comenzó a incrementarse rápidamente en esta ciudad a finales del siglo pasado. Por ejemplo, el número de hombres que murió violentamente de 1985 a 1992 fue 476; este número representa una tasa de 11.3 hombres victimados por cada 100 mil habitantes. En esos mismos años fueron asesinadas 44 mujeres, cuyos casos representaron una tasa de 2.6 víctimas por 100 mil habitantes. Estos crímenes representaron en estos ocho años un promedio de 66 víctimas por año. En 1993 fueron asesinados en esta ciudad 101 hombres, con una tasa de 12.3 casos por 100 mil habitantes y 12 mujeres con una tasa de 2.6 víctimas por 100 mil habitantes. Este año marcó el inicio de una cuenta ascendente de muerte para hombres y mujeres. Los asesinatos para hombres jamás serían menores al centenar y para las mujeres representaron un promedio de 33 casos por año hasta 2007. Durante estos años la comunidad juarense ya había padecido una experiencia devastadora de violencia mortal. Esta comunidad estaba ya preparada para recibir a la muerte.

Para Ciudad Juárez, 2008 es un año fatídico, pues marcó el inicio de una violencia extrema sin precedentes, por su magnitud y la complejidad de atrocidades cometidas contra su población. Ese año la comunidad juarense recibió la noticia, por parte del gobierno federal —a petición y con el beneplácito del gobierno estatal y municipal—, de la conformación del Operativo Conjunto Chihuahua. Esta táctica abrió de una forma inusitada las acciones de la delincuencia organizada, desorganizada, de las fuerzas militares y policiacas y de funcionarios públicos para victimizar a

la población. En esta ciudad el alto costo en vidas humanas, con la renovación del feminicidio y los homicidios por parte del crimen organizado, volvió a mostrar la insignificancia de los seres humanos, el fracaso del Estado al hacer uso de la coerción legítima y la precarización de la vida comunitaria.

De acuerdo con los recuentos periodísticos, 1 608 personas fueron ultimadas en esta frontera: 1 510 hombres y 98 mujeres. Las técnicas disciplinarias se incrementaron de una forma nunca antes vista, y junto con ellas, las técnicas regulatorias aparecieron y se extendieron a toda la ciudadanía. La población comenzó a padecer nuevas violencias como los secuestros, extorsiones, pago por piso, derecho de “protección”, autobuses rafagueados —junto con los usuarios que hacen uso del transporte público—, incendio y cierre de negocios. Y la intensificación de otras, como el robo de autos con violencia, asaltos a transeúntes, robo a casa habitación, robo a bancos, violencia sexual contra niñas y mujeres, incremento de la desaparición de mujeres adolescentes⁵ y para 2011 se menciona que esta contienda bélica ha dejado un número no precisado de padres y madres sin hijos e hijas, incontables viudas y entre ocho mil y diez mil huérfanos.⁶ El año 2009 terminó con 2 607 personas asesinadas, 202 fueron mujeres. En 2010 la cuenta ascendió a 3 010, 302 fueron mujeres. La deshumanización e industrialización de la muerte se estableció.

La violencia afecta por igual a hombres y mujeres en Ciudad Juárez. Sin embargo, de ninguna manera se puede afirmar que las experiencias de la violencia para las mujeres sean totalmente diferentes a las de los hombres: “sería tan falso y erróneo como argumentar que las experiencias de ambos sean idénticas”, por ello, se debe estar atenta a las formas diferenciadas en que hombres y mujeres son dañados, pero también a los daños diferenciados que

⁵ Sólo en los primeros seis meses del año 2011 han sido desaparecidas 188 jóvenes mujeres.

⁶ No hay cifras oficiales al respecto. Sin embargo se ha creado el Fondo de Atención a Niños y Niñas Hijos de las Víctimas de la Lucha contra el Crimen, para la atención todavía de un número muy pequeño de estas víctimas colaterales de la guerra contra el narcotráfico.

se dan entre hombres y estas mismas diferencias establecerlas entre las mujeres y entre las poblaciones que componen la ciudadanía nacional, rural, urbana, fronteriza y multicultural, juvenil, adulta, nativa, extranjera, etc. (Leonore J. Weitzman y Dalia Ofer, 1998; citadas por Fionnuala Ni Aoláin, 2000:45).

Al estudiar la violencia criminal que se ejerce en el cuerpo de las mujeres y de los hombres, es necesario reconocer lo que Catherine A. MacKinnon se pregunta: “¿Cuándo es un acto sexual? ¿Cuándo matas o mueres como un miembro de tu propio género, y cuándo como cualquier otra persona que seas? ¿Eres alguna vez alguien más?” (citada por Caputi, 1989:437).⁷

En 1993, familiares de víctimas, feministas y activistas dieron a conocer nacional e internacionalmente el feminicidio: una matanza sistemática de niñas y mujeres pobres, torturadas, vejadas, mutiladas y arrojadas como residuos en lugares inhóspitos de la ciudad. Con el feminicidio, Ciudad Juárez fue objeto de recomendaciones por parte de organismos nacionales e internacionales de derechos humanos. El primero de ellos lo realizó la Comisión Nacional de Derechos Humanos (1998); en éste se le hacía saber al gobierno de Chihuahua que los homicidios perpetrados en Ciudad Juárez, desde el punto de vista de violencia contra la mujer, constituían una ofensa intolerable a la dignidad de los seres humanos. En 1999 Asma Jahangir, relatora de la Organización de las Naciones Unidas para Ejecuciones Extrajudiciales, Sumarias y Arbitrarias, afirmó que era el poco valor que se les dio a la vida de estas mujeres lo que las hizo que no fueran consideradas como una “gran pérdida”, por lo que sus casos no fueron investigados (Naciones Unidas, 1999:1). En 2003, la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos en México dedicó una sección especial para los asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez y aseveró que “Ciudad Juárez es el símbolo y el paradigma de la violación de los derechos de las mujeres en el ámbito nacional y del Estado ausente”. Igualmente, la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito sentenció que esta

⁷ Agradezco en todo lo que vale la traducción de María Socorro Tabuena.

impunidad, aunada a la falta de credibilidad en la procuración de justicia, ha producido un miedo en la población juarense que derivó en una distancia entre la sociedad civil y el orden público, para beneficio de los autores de estos crímenes (Naciones Unidas, 2003:10-11). En 2009, la Corte Interamericana de Derechos Humanos reconoció el feminicidio como un “homicidio por razones de género” y sentenció al Estado mexicano por esta matanza con los tres casos paradigmáticos de Claudia Ivette López, Esmeralda Herrera Monreal y Berenice Ramos Monárrez. No obstante, ni ellas ni el más de centenar de víctimas acumuladas en estos 18 años han recibido justicia (véase la fotografía 1).

El homicidio de hombres no tuvo familiares de víctimas ni activistas que hablaran por ellos. Si bien en 1993 las organizaciones de mujeres empezaron a registrar y llevar una lista de hombres y mujeres asesinados, los primeros fueron dejados a un lado para centrarse en el exterminio que se estaba realizando contra ellas. Por otro lado, las autoridades aducían que las mujeres eran culpables de sus asesinatos por llevar vidas fuera de la normatividad femenina. Esta misma autoridad adujo que la mayoría de los asesinatos de hombres estaban relacionados con el crimen organizado, y

FOTOGRAFÍA I



Protesta por las niñas y jóvenes desaparecidas.
Fotografía de Julia Monárrez (2010).

ambos se quedaron impunes. Se permitió que un poder distinto al del Estado decidiera la muerte de estos hombres sin ninguna consecuencia para los asesinos.

En un excelente trabajo pionero acerca del homicidio masculino en Ciudad Juárez, Salvador Cruz destaca entre otras cosas las siguientes: los hombres asesinados por el crimen organizado son en su gran mayoría jóvenes y marginados. Quienes los asesinan presumiblemente se amparan bajo “una ley alterna y sustituta del Estado” (Cruz, 2011:240) en un contexto que cultural e históricamente tolera el uso de armas de fuego, el consumo de alcohol, el silencio y la impunidad, y donde algunos grupos de la población de jóvenes sin trabajo ni educación engrosan las filas del narcomenudeo, el sicariato y las bandas de secuestradores y extorsionadores (Cruz, 2011).

Estos grupos delictivos son principalmente las víctimas y los victimarios de esta contienda bélica. Ellos, continúa Cruz, son asesinados mayoritariamente en espacios públicos desolados, pero también en lugares donde su aniquilación pueda ser notada por una mayor audiencia, por el número de personas que se encuentran en esos lugares y las actividades que realizan en bares, comercios, restaurantes y centros nocturnos. Sus muertes ocurren sobre todo en la tarde, cuando las actividades de la población adquieren mayor movimiento y se trasladan de un lugar a otro, donde se supone que debe haber un mayor número de efectivos policiacos que vigilen la seguridad ciudadana. Ante estas acciones desafiantes y retadoras por parte de quienes asesinan, Cruz sostiene que “esta región fronteriza ha conformado, a través de la historia local, las condiciones estructurales y coyunturales que posibilitan la extrema violencia social que se padece... en un vacío de poder del Estado” (Cruz, 2011:259).

LA BANALIZACIÓN DE LA MUERTE

“El Estado es una categoría política central en la organización de nuestras vidas” (Nayak y Suchland, 2006:470), y también en la

organización de nuestras muertes. Ante la grave problemática del feminicidio y el homicidio, el Estado en sus diferentes ámbitos de gobierno, y a través de los años, no se ha contenido para autorizar el nulo valor que le han conferido los asesinos a las vidas de las niñas y los niños, de las mujeres y los hombres asesinados.

Las declaraciones de los gobernantes impiden que las personas puedan establecer conexión con las víctimas y con la realidad que se vive (Arendt, 1994). Sus palabras, transformadas en discursos por analizar, representan ciertos aspectos de la vida de una comunidad; de igual forma, incorporan en la población que las recibe un estímulo para disciplinar y regularizar su “innata repugnancia hacia el crimen” (Arendt, 1994:93). Hannah Arendt analizó esta forma de conducir a las poblaciones a través de discursos que contienen una “regla del lenguaje”. Estas reglas del lenguaje son códigos y en el lenguaje común y corriente son mentiras y eufemismos (Arendt, 1994:85).⁸ “El efecto neto de este sistema del lenguaje era no mantener a estas gentes ignorantes de lo que estaban haciendo, pero prevenir las de que lo equipararan con su viejo ‘normal’ conocimiento de asesinato y mentiras” (Arendt, 1994:86).

De esta misma forma han actuado los gobernantes en Chihuahua. En los inicios del movimiento por la justicia, funcionarios encargados de la procuración de justicia, gobernadores y un segmento importante de la comunidad fueron ágiles en definir a las víctimas como mujeres que llevaban una “doble vida” (Nathan, 1999). Esta afirmación tiene una relación directa con lo que el gobernador Francisco Barrio (1992-1998), del Partido Acción Nacional, declaró en 1998 en una televisora local: “existe un patrón parecido, [las mujeres asesinadas] se movían en ciertos lugares y frecuentaban a los malvivientes que luego las agredieron” (Najar, 1998). También el entonces subprocurador de Justicia, Jorge López Molinar, ofreció una solución a la comunidad en relación con

⁸ Fue utilizada en la Alemania nazi, donde se obligaba a palabras tales como “solución final”, “cambio de residencia” y “tratamiento especial”, en vez de matar o enviar a los campos de concentración a la población judía para su exterminio.

la inseguridad ciudadana por las matanzas entre los diferentes grupos del crimen organizado, los asaltos y la violencia en contra de las mujeres, y se basaba en que la ciudadanía “se autoaplique un toque de queda, para que todos los buenos estén en su domicilio con sus familias, y los malos se queden en la calle” (Najar, 1998).

En la primera declaración observamos cómo el mecanismo disciplinario se ejerció sobre los cuerpos de las niñas y las mujeres asesinadas, cuya conducta alejada de la normatividad femenina necesitaba ser disciplinada y sancionada de una manera permanente, luego se dio paso al mecanismo regularizador sobre la sexualidad de todas las mujeres, que las amonestaba para que su conducta sexual no se apartara de la heteronormatividad forzada y de la conducta recatada y prudente, si no, podían ser víctimas no de hombres, sino de seres que malviven. La segunda propuesta de seguridad puede observarse con plena nitidez en el presente, en los callejones sin salida en que se han convertido las calles de esta ciudad. Ciudad sitiada, ciudad enrejada, ciudad con toques de queda autoaplicados en sus colonias, con sufrimientos vertidos en los distintos talleres que se abren para brindar consuelo, para ofrecer alivio, para sobrevivir a los que se han marchado y reponerse de lo que se ha perdido.

Muerte, inseguridad humana e inseguridad patrimonial son ejemplos paradigmáticos de las diversas violencias que se han desarrollado durante un largo periodo. Son la tecnología disciplinaria del cuerpo (de las y los asesinados) y la tecnología regularizadora de la vida, de la población (los secuestros, la extorsión, los *carjackings*). Y para quienes tratan de protegerse y hacer vida, de sobrevivir, y lo hacen a través de una sociedad sitiada y de calles enclaustradas (véanse las fotografías 2 y 3).

En este recuento del pasado, Patricio Martínez (1998-2004), el gobernador del Partido Revolucionario Institucional (PRI), que sucedió a Francisco Barrio, afirmó: “Las Muertas de Juárez no son de mi gobierno, son las muertas de Barrio [...] Ahí están esas muertas, revolcándose en la bolsa en que las dejó, exigiendo que se haga el peritaje que en su momento no se hizo y que se descubra al asesino” (Crónica/Notimex, 2004). Sus discursos patriar-

FOTOGRAFÍA 2



El cierre masivo de calles en Ciudad Juárez comienza a partir de 2008.
Fotografía de Julia Monárrez (2010).

FOTOGRAFÍA 3



En la búsqueda del consuelo. Fotografía de Julia Monárrez (2010).

cales significan de una manera unívoca la tolerancia de la impunidad en la vulnerabilidad de los cuerpos de las víctimas que fueron asesinadas en la administración anterior y que igualmente, durante su administración, fueron desaparecidas y aniquiladas. Al mismo tiempo, torcidamente desconoce los términos: “muertas” por asesinadas y “revolcándose” en vez de esperando. Con el primer cambio invisibiliza el acto violento, con el segundo, una palabra con doble sentido, en el albur mexicano, las denigra.⁹

Después de la presencia de los organismos internacionales de derechos humanos con sus respectivos informes, los gobernadores han sido cautos al referirse a las mujeres asesinadas. Si bien, la comisión del feminicidio y la impunidad son permanentes, prefieren no hacer referencia a las víctimas y centrar su discurso en la “imagen de la ciudad”. El gobernador José Reyes Baeza Terrazas (2004-2010, PRI), quien sucedió a Patricio Martínez, responsabilizó a medios nacionales y extranjeros, así como a organismos internacionales, de mantener “una campaña estructurada, sistemática y permanente que pretende enlodar la imagen de Ciudad Juárez”, con el pretexto de los feminicidios (Breach y Villalpando, 2005). En este esfuerzo los gobernantes y otras voces se han empeñado en su desacreditar a una sociedad globalmente concebida en la defensa de los derechos humanos de las mujeres. Y se empeñan, como señaló Karl Marx en el *Manifiesto comunista*, en mostrar al Estado como un comité que defiende los intereses comunes de la burguesía.

Una de estas voces es la del gobernador, César Duarte Jáquez (2010-2016, PRI). En 2009, siendo presidente de la Mesa Directiva de la Cámara de Diputados, pidió al embajador Juan José Gómez Camacho, representante permanente de México ante Organismos Internacionales con sede en Ginebra, Suiza: “hacer un esfuerzo” para cambiar la imagen tan “golpeada” que se tenía de Ciudad Juárez en el ámbito internacional, el “estigma” por el caso de las muertas de Juárez. Expresó:

⁹ Agradezco a Lucha Castro, de Justicia para Nuestras Hijas, por hacerme notar el doble sentido de la palabra.

No queremos de ninguna manera ni matizar, ni cambiar una realidad que pudiese existir, pero tampoco asumir una que no existe, porque estigmatizar a esta región —que recibe a miles de mexicanos que buscan una fuente de ingresos y una oportunidad de desarrollo—, hoy le cuesta muchísimo en cuanto a inversiones y empleo, pues hoy a raíz de la crisis económica están desocupados más de 100 mil juarenses (Parralalinstante.com, 2009).

Norbert Elias afirma que “el hecho de morir” cambia al igual que cambia el “desarrollo de la sociedad” (2009:24). Es completamente cierto en Ciudad Juárez, donde la forma de ser asesinado o asesinada persiste y al mismo tiempo se transforma. Lo que no ha cambiado por parte del Estado es la construcción de significados de lo que es la vida o lo que es la muerte, del hacer vivir y dejar morir, y junto con estos actos la disciplina y la regulación de la población.

En agosto de 2011, el gobernador de Chihuahua, César Duarte Jáquez (2010-2016) del PRI, dio a conocer que el estado de Chihuahua dejaba de ser el número uno en violencia. Tres días antes le había comunicado el secretario de Seguridad Pública Federal que Chihuahua ocupaba el sexto lugar y había una tendencia a la baja (Espinoza, 2011). El gobernador no explicó a qué se debía esta disminución, ni cuáles fueron los indicadores de violencia que se tomaron en cuenta para medir el grado de violencia en los 32 estados de la República mexicana.

En el tema que nos ocupa, paradójicamente, un día antes el semanario *Zeta* había dado a conocer la cifra total de asesinatos registrados desde el 1 de diciembre de 2006 hasta el 31 de julio de 2011. Y de los 50 mil 490 asesinatos relacionados con el crimen organizado, mencionaba que 11 264 ejecuciones correspondían al estado de Chihuahua.¹⁰ Y que éste ocupaba el primer lugar

¹⁰ Este semanario fundamenta sus estadísticas en las tarjetas informativas de las fiscalías estatales y la federal, de secretarías de Seguridad Pública estatales y federales. Según cifras oficiales, desde el inicio de esta violencia asociada al narcotráfico hasta 2010, han sido asesinadas en México 34 612 personas. De estas muertes violentas 29.2 por ciento tuvieron lugar en el estado de Chi-

en ejecuciones (Mendoza y Navarro, 2011), con 22.3 por ciento de muertes a nivel nacional. Por su parte, Ciudad Juárez, con una cuota de sangre de 8 820 personas asesinadas, representa a nivel estatal 78.3 por ciento de todas las muertes y 17.4 por ciento a nivel nacional.

Vale decir que en este atroz sacrificio de vidas humanas, efectivamente hemos visto un descenso de 50 por ciento en Ciudad Juárez, sin embargo, es necesario revisar en el interior del mismo la impunidad que prevalece en esta violencia terminal. Por ejemplo, en el feminicidio, la titular de la Fiscalía de Investigación de Homicidios de Mujeres declaró que en 2010 fueron asesinadas 304 mujeres y que sólo 20 de estos casos fueron atraídos por esta oficina por estar relacionados con la violencia de género (González, 2011).

Ante esta ignorancia que prima en las autoridades para atender la violencia contra la mujer, Rachel Bowen nos ofrece este análisis:

Los crímenes que no son de género son aquellos que no necesariamente se basan o están motivados en el género de la víctima. No obstante, las diferentes respuestas del Estado a estos crímenes pueden reflejar la atención del Estado en la igualdad de las mujeres y los hombres. Si el Estado le da menos atención al procesamiento de los perpetradores de crímenes contra mujeres que la atención que le prodiga a los crímenes contra hombres, especialmente cuando estos crímenes atacan a las mujeres sobre la base de su género, entonces el Estado sistemáticamente está fallando en proteger a las mujeres. Esta falla puede representar una negación más amplia, por parte del Estado, para garantizar a las mujeres la igualdad de protección de las leyes (Bowen, 2009:6).

Y si esto resulta insuficiente, quedan en el vacío las recomendaciones hechas por la relatora especial de Asuntos de la Mujer, Martha Altolaguirre, de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, quien en 2002, en su informe *Situación de los*

huahua. Ciudad Juárez fue el escenario de 63.5 por ciento de las mismas a nivel estatal y de 18.5 por ciento a nivel nacional (Ramos Pérez, 2011).

derechos de la mujer en Ciudad Juárez, México: el derecho a no ser objeto de violencia y discriminación, puso énfasis en estas dos recomendaciones.

Al buscar soluciones al asesinato de mujeres y niñas en Ciudad Juárez, [es primordial] dedicar mayor atención a la elaboración de una comprensión integrada sobre la manera en que las distintas formas de violencia contra la mujer se relacionan y refuerzan recíprocamente; y a la aplicación de estrategias integradas para combatir esa violencia.

[L]a directora de Unifem ha señalado que la situación de Ciudad Juárez, que padece los problemas del narcotráfico, la pornografía organizada y la prostitución, entre otros, es un factor significativo del incremento de la violencia contra las mujeres. Señaló que hasta que se ataquen seriamente esos problemas conexos no se podrá poner fin a los asesinatos en Ciudad Juárez (Comisión Interamericana de Derechos Humanos, 2002).

En relación con el homicidio, sólo mencionó que, desde el 1 de enero hasta el 1 de septiembre de 2010, se habían cometido un total de 2 030 asesinatos, de los cuales sólo se habían podido encontrar sospechosos para 67 casos, esto quiere decir que en 97 por ciento de los expedientes no hay ni siquiera el señalamiento de un responsable (Rodríguez, 2010). Por lo tanto queda pendiente la respuesta a la pregunta: ¿quiénes son sus victimarios? No obstante, responde a las tesis planteadas por Bowen, Nayak y Suchland. Hay una igualdad en la aplicación de la injusticia y el disciplinamiento de hombres y mujeres en una comunidad marginada, segregada, arrinconada, diferenciada y regularizada por la violencia extrema.

Al mismo tiempo, la guerra contra el narcotráfico impulsó una narrativa oficial de las fuerzas del orden contra las fuerzas del crimen organizado. En estas posiciones antagónicas, de un lado se encuentran los buenos, del otro lado los malos, los humanos frente a los infrahumanos.

En abril de 2011, ante el asesinato de unos agentes de tránsito por parte del crimen organizado, Julián Leyzaola Pérez, ex

militar al mando de la Secretaría de Seguridad Pública Municipal, habló así:

[Los que mataron a los agentes de tránsito] son unas cucarachas que les gusta vivir en la suciedad, se alimentan de desorden, de la anarquía, necesitan de lo sucio para poder sobrevivir. Ellos seguramente no son humanos, porque de serlo hubieran nacido de una mujer, y ellos no lo son, esa gente que se cree valiente al disparar a una persona indefensa, no se merece estar entre la comunidad, seguramente ni convivir con sus propios hijos, ni ir a sus piñatas, ni con su familia, tenemos que echarlos afuera, ustedes los que saben en dónde están metidos, denuncien, digan dónde están, no los cubran, no los solapen.

Existe una gran diferencia que hay entre recoger el cuerpo de un delincuente en las camas frías del Semefo y honrar el cuerpo presente a un servidor público. A los asesinos cobardes, nadie los reclama, a su familia si es que la tienen, les da vergüenza ir por ellos y no con la muerte van a pagar el error de vivir fuera de la Ley (Bustamante, 2011).

Si bien las acciones criminales merecen todo nuestro rechazo y la acción de la justicia, esta retórica es una genealogía de la discriminación, sobre la base de lo “inhumano” comparado con lo “normal humano” (Baudrillard, 1993:125-126). El asesinato de estos agentes de tránsito representa la “voluntad del grupo (Baudrillard, 1993:165). Ellos son los sicarios, los que ejecutan, los que están conectados a los grupos criminales y que más tarde o más temprano también van a morir. Ellos lo saben: en 2010 un joven fue privado de la vida y su cuerpo descuartizado fue esparcido; en este escenario se le colocó una manta que explicaba la razón por la que lo habían ultimado: “POR MATAR MUJERES INCTS (*sic*)¹¹ y RECIBIR ÓRDENES DEL ‘DIEGO’ Y PARA ÉL SOMOS SICARIOS DESECHABLES. ATT (*sic*) EL ‘7’ SIGUE TU ‘8’” (*El Diario de Juárez*, 2010).

La muerte ha perdido la ritualización del proceso civilizatorio, dice Norbert Elías, y junto con ésta, la última voluntad de quie-

¹¹ Quiere decir inocentes.

nes han sido asesinados no se entrega, ni se transmite a sus familiares; por el contrario, lo que priva es la voluntad de los asesinos, que en incontables sucesos nos hacen saber, a través de las narcocartulinas y las narcomantas, que el poder del moribundo ha quedado sin efecto al enfrentarse al de ellos. Su cuerpo, lacerado y en ocasiones completamente mutilado, exhibe la voluntad de los poderes fácticos y su poder de hacerlo morir, para que ellos vivan.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

En Ciudad Juárez hay un elemento disciplinario y regularizador: la muerte de mujeres y hombres superfluos durante un largo periodo de impunidad. Comenzaré parafraseando a Foucault: en este largo periodo de muerte en Ciudad Juárez hemos sido testigos de que el gobierno “tiene derecho de vida y de muerte”, esto significa que “puede hacer morir y dejar vivir”, por lo tanto “la vida y la muerte no son esos fenómenos naturales”, sino que deben pensarse dentro “del campo del poder político”. El derecho a la vida no es más un derecho inalienable, histórico y universal, se ha convertido desequilibrada y diferencialmente en derecho de algunos, concedido por medio de la muerte de otros a través de la “voluntad soberana” (Foucault, 2002:218). El biopoder no sólo ha permitido el asesinato de los otros, de los infrahumanos, sino también ha tolerado la muerte de los que supuestamente tienen algún valor, de los humanos: son los muertos colaterales.

Frente a esta realidad, empresa y gobierno ofrecieron el evento Juárez Competitiva 2011. Éste fue el primer encuentro empresarial, cultural y deportivo que se llevó a cabo del 16 al 28 de octubre de ese año. Con la presencia de invitados e invitadas internacionales y nacionales que pertenecen a la política, el arte, la ciencia, etc., todas ellas llamadas “inteligencias visionarias”, se pretendió aportar a la ciudadanía juarense ideas, esperanzas y recursos para salir adelante. Entre sus cuatro objetivos destacó el primero de ellos: poner a Ciudad Juárez de una “manera positi-

va” en los ámbitos “local, nacional e internacional”. Para los organizadores, con esta estrategia se “destaca la importancia económica mundial de una de las ciudades más grandes del continente” y se rescataba “el dinamismo que una vez se vivió en esta ciudad” (Juárez Competitiva. La ciudad que queremos, 2011:3-4).

Componer la imagen de la ciudad, cualquier cosa que esto signifique, dice Servando Pineda, es un “acto hegemónico de los grupos de poder” que dejan a un lado las demandas de justicia por parte de las víctimas y las organizaciones civiles que claman en contra del feminicidio y las acciones del crimen organizado, la corrupción policiaca y la falta de justicia. Como grupos en el poder, olvidan mencionar a los “poderosos cárteles de la droga que se han adueñado de la ciudad o hacer un juicio implacable del pobre papel de los gobiernos federales, estatales y municipales para desafiar las crisis económicas a las que está sujeta nuestra comunidad” (Pineda, 2009:14). El único inconveniente es que la muerte, la muerte como proceso violento carente de sentido existe en Ciudad Juárez.

Termino con una cita de Jean Baudrillard:

El poder se establece en la frontera de la muerte. Posteriormente se mantendrá por más separaciones (el alma y el cuerpo, lo masculino y lo femenino, lo bueno y lo malo, etc.) que tienen ramificaciones infinitas, pero la principal separación está entre la vida y la muerte (1993:130).

Ya que en esta ciudad sobrevivir a las vidas superfluas y a la banalización de la muerte se basa en el principio de que los únicos reales “seres humanos” tienen el derecho a la inmortalidad; los otros tienen solamente el derecho a morir (1993:127).

BIBLIOGRAFÍA

AMNISTÍA INTERNACIONAL

2011 “Miles de personas que viven en la pobreza no pueden seguir esperando”, en <<http://amnistia.org.mx/nuevo/2011/07/29/millones-de-personas-que-viven-en-la>

- pobreza-no-pueden-seguir-esperando/>, 29 de julio, México.
- ARENDRT, Hannah
- 1970 *On Violence*, Nueva York, Harcourt Brace & Company.
 - 1994 *Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil*, Nueva York, Penguin Books.
 - 2004 *Los orígenes del totalitarismo*, traducción de Guillermo Solana, México, Taurus.
- BAUDRILLARD, Jean
- 1993 *Symbolic Exchange and Death*, Londres, Sage Publications.
- BAUMAN, Zygmunt
- 2007 *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*, traducción de Albino Santos Mosquera, Barcelona, Paidós.
- BOWEN, Rachel
- 2009 *Women's Justice? Gendered Crimes in Policing and Prosecution in Latin America*, trabajo presentado en 2009 en el XXVII International Congress of the Latin American Studies Association, Río de Janeiro, del 11 al 14 junio, disponible en <<http://lasa.international.pitt.edu/members/congress-papers/lasa2009/files/BowenRachel.pdf>>, consultado el 17 de octubre de 2010.
- BREACH VELDUCEA, Miroslava y Rubén VILLALPANDO
- 2005 “Llegó a 10 número de muertas en Juárez en 2005; gobernador crítica a la prensa”, en *La Jornada*, México, 29 de marzo, p. 32.
- BUSTAMANTE, Angélica
- 2011 “Responde Leyzaola a crimen de tránsitos”, en *El Mexicano*, 29 de abril, disponible en <<http://www.oem.com.mx/elmexicano/notas/n2059139.htm>>, consultado el 4 de julio de 2013.
- BUTLER, Judith
- 2006 *Precarious Life*, Nueva York, Verso.
 - 2009 “Performatividad, precariedad y políticas sexuales”, traducción Sergio López Martínez, en *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, vol. 4, núm. 3, septiembrediciembre, Madrid, Antropólogos Iberoamericanos en Red, pp. 321-336, disponible en <www.aibr.org>, consultado el 2 de septiembre de 2011.

- CAPUTI, Jane
1989 “The Sexual Politics of Murder”, en *Gender and Society*, vol. 3, núm. 4, diciembre, Nueva York, pp. 437-456.
- CERVERA GÓMEZ, Luis y Julia MONÁRREZ FRAGOSO
2011 *Sistema de Información Geográfica para la Vida en el municipio de Juárez, Chihuahua. Geo-referenciación y su comportamiento espacial en el contexto urbano y rural (Sigvida)*, México, Conavim-Segob.
- COMISIÓN GLOBAL DE POLÍTICAS DE DROGAS
2011 *Guerra a las drogas*, en <www.globalcommissionondrugs.org>, consultado el 30 de junio de 2011.
- COMISIÓN NACIONAL DE LOS DERECHOS HUMANOS
1998 Recomendación No. 44/98 Caso de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez y sobre la falta de colaboración de las autoridades de la Procuraduría General de Justicia del Estado de Chihuahua, en <<http://www.cndh.org.mx/>>, 15 de mayo de 1998.
- CORTE INTERAMERICANA DE DERECHOS HUMANOS
2002 “Situación de los derechos humanos de las mujeres en Ciudad Juárez, México: el derecho a no ser objeto de violencia y discriminación”, disponible en <<http://www.cidh.org/annualrep/2002sp/cap.vi.juarez.htm>>, consultado el 20 de julio de 2005.
2009 *Caso González y otras (“Campo Algodonero”) vs. México*, Sentencia del 16 de noviembre, disponible en <http://www.corteidh.or.cr/docs/casos/articulos/seriec_205_esp.pdf>, consultado el 11 de diciembre.
- CRÓNICA/NOTIMEX
2004 “Patricio Martínez anterior a la administración sobre muertes de Juárez”, en <http://www.cronica.com.mx/nota.php?id_notas=>, 4 de julio, consultado el 6 de julio de 2004.
- CRUZ, Salvador
2011 “Homicidio masculino en Ciudad Juárez. Costos de las masculinidades subordinadas”, en *Frontera Norte*, vol. 23, núm. 46, julio-diciembre, Tijuana, pp. 239-262.
- ESPINOZA, Ricardo
2001 “Ha dejado de ser Chihuahua el estado con mayor violencia”, en *Nortedigital*, disponible en <<http://nortedigital.mx/noticias/local/32143CiudadJuarez>>, 19 de agosto.

EL DIARIO DE JUÁREZ

2010 “Identifican a descuartzizado”, en *El Diario de Juárez*, 29 de septiembre, Ciudad Juárez.

ELIAS, Norbert

2009 *La soledad de los moribundos*, traducción de Carlos Martín, México, Fondo de Cultura Económica.

ESPINOZA, Ricardo

2011 “Ha dejado de ser Chihuahua el estado con mayor violencia”, en *Norte*, 19 de agosto, Ciudad Juárez, disponible en <<http://nortedigital.mx/noticias/local32143>>, consultado el 19 de agosto de 2011.

FOUCAULT, Michel

2002 *Defender la sociedad*, traducción de Horacio Pons, México, Fondo de Cultura Económica.

GONZÁLEZ, Félix A.

2011 “Son cada vez más violentos los crímenes contra mujeres”, en *Norte*, 22 de agosto, Ciudad Juárez, disponible en <<http://www.nortedigital.mx/noticias/local/32346>>, consultado el 22 de agosto de 2011.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA, GEOGRAFÍA
E INFORMÁTICA (INEGI)

1994 “Mortalidad, Estadísticas Sociodemográficas”, vol. III (1985-1993), CD, México.

2010 “Mortalidad, Estadísticas Sociodemográficas, 1994-2008”, en <www.inegi.gob.mx>, México, INEGI, consultado el 20 de marzo de 2010.

JUÁREZ COMPETITIVA. LA CIUDAD QUE QUEREMOS

2011 “Primer Encuentro Empresarial, Cultural y Deportivo en Ciudad Juárez”, folleto oficial, en <<http://www.energy-green.tv/wp-content/uploads/2011/09/juarez-competitiva-2011.pdf>>, consultado el 4 de julio de 2013.

MBEMBE, Achille

2011 *Necropolítica seguido de sobre el gobierno privado indirecto*, traducción de Elisabeth Falomir Archambault, Santa Cruz de Tenerife, Melusina, pp. 1-30, disponible en <http://www.melusina.com/rcs_gene/Necropol_tica.pdf>, consultado el 3 agosto de 2011.

- MENDOZA HERNÁNDEZ, Enrique y Adela NAVARRO BELLO
2011 “50 mil ejecuciones en la administración de Felipe Calderón y producto del crimen organizado”, en *Zeta. Libre como el Viento*, Tijuana, disponible en <<http://www.zetatijuana.com/2011/07/11/50-mil-ejecuciones/>>, 11 de julio.
- NACIONES UNIDAS
1999 *Informe de la relatora, Asma Jahangir, relativo a las ejecuciones extrajudiciales, sumarias o arbitrarias y presentado en cumplimiento de la resolución 1999/35 de la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas*, Adición México, ONU-Consejo Económico y Social, E/CN.4/2000/3Add.3, 25 de noviembre.
2003 *Diagnóstico sobre la situación de los Derechos Humanos en México*, en <http://www.equidad.scjn.gob.mx/IMG/pdf/Diagnostico_sobre_la_Situacion_de_los_Derechos_Humanos_en_Mexico.pdf>, México, Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos en México.
2003 “Informe de la Comisión de Expertos Internacionales de la Organización de las Naciones Unidas, Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito, sobre la Misión en Ciudad Juárez”, noviembre, en <<http://www.comisioncdjuarez.gob.mx/Portal/PtMain.php?&nIdPanel=38&nIdFooter=40>>, Chihuahua, México, Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito, consultado el 25 de septiembre de 2006.
- NAJAR, Alberto
1998 “Violadas y asesinadas en Ciudad Juárez. Impunidad en el desierto. La normalidad de la violencia, según Barrio”, en *La Jornada*, 25 de enero, México, p. 3.
- NATHAN, Debbie
1999 “Work, Sex and Danger in Ciudad Juarez”, en *NACLA Report on the Americas*, vol. 33, núm. 3, noviembre-diciembre, Nueva York, pp. 24-30.
- NAYAK, MEGHANA y Jennifer SUCHLAND
2006 “Gender Violence and Hegemonic Projects”, en *International Feminist Journal of Politics*, vol. 8, núm. 4, pp. 467-485.

NI AOLÁIN, Fionnuala

- 2000 “Sex-Based Violence and the Holocaust -A Re-evaluation of Harms and Rights in the International Law”, en *Yale Journal of Law and Feminism*, vol. 12, núm. 43, pp. 43-84.

PARRALALINSTANTE.COM

- 2009 “Pide César Duarte cambiar la imagen de Ciudad Juárez ante organismos internacionales”, en <<http://parralalinstante.com/portal/news/7523.html>>, consultado el 4 de julio de 2009.

PINEDA JAIMES, Servando

- 2009 “Reseña de *Bordeando la violencia contra las mujeres en la frontera norte de México*”, en *Frontera Norte*, vol. 21, núm. 42, julio-diciembre, El Colef, pp. 211-216.

PM

- 2008 “Ciudad Juárez”, sección Policiaca, año 4, núm. 1046, 16 de diciembre, p. 5.

RAMOS PÉREZ, Jorge

- 2011 “La lucha anticrimen deja 34 mil muertes en 4 años”, en *El Universal.mx*, disponible en <<http://www.eluniversal.com.mx/nacion/183027.html>>, consultado el 13 de enero de 2011.

RODRÍGUEZ NIETO, Sandra

- 2010 “Asesinar no tiene consecuencias aquí”, en *El Diario*, 2 de septiembre, Ciudad Juárez, p. 1A.

SISCAR, Majo

- 2011 “La guerra contra el narco desangra a Ciudad Juárez”, en *Publico.es*, disponible en <<http://www.publico.es/internacional/383875/la-guerra-contra-el-narco-desangra-a-ciudad-juarez>>, 26 de julio, consultado el 15 de agosto de 2011.

TODOROV, Tzvetan

- 2007 *Nosotros y los otros*, México, Siglo XXI.

TURATI, Marcela

- 2009 “Ciudad Juárez, vivir y morir en la capital del crimen”, en *Proceso*, núm. 1681, 18 de enero, México, pp. 8-11.

TERCERA PARTE
GÉNERO Y VIOLENCIA
FALOCÉNTRICA

EL TERRORISMO DE ESTADO Y LA VIOLENCIA FALOCÉNTRICA LETAL¹

Guadalupe Huacuz

La pretensión de este artículo es plantear algunos puntos para la reflexión de la violencia contra las mujeres y de género, inscritos en corrientes de pensamiento más amplias y la adscripción a dichas corrientes, así como debatir sobre las consecuencias conceptuales y políticas derivadas de éstas; también propongo ciertos elementos del paradigma de la complejidad como una posibilidad más de reflexión sobre la violencia y discuto en torno a lo que he llamado “violencia falocéntrica”. Como contrapunto discursivo, planteo unas reflexiones que me surgieron de la lectura de trabajos sobre feminicidios en Ciudad Juárez.

Si consideramos las explicaciones de la violencia como producto de corrientes epistemológicas surgidas en los últimos tiempos, identifico al menos tres que han marcado las acciones en torno al tema: la violencia repudiada, la violencia liberadora y la violencia ineluctable (Crettiez, 2009).

La primera concepción tuvo su origen en la filosofía de los pensadores contractualistas, liberales o conservadores, se caracteriza por el temor al desorden y surge como respuesta a “suplantar la naturaleza hostil en la que se mueve el hombre [...] está en el origen del pacto social entre los hombres, que buscan estabi-

¹ Una primera versión de este artículo se publicó como introducción del libro recién publicado *La bifurcación del caos: reflexiones interdisciplinarias sobre violencia falocéntrica*, México, UAM/Ítaca.

lizar y pacificar sus relaciones, volviendo imposible toda expresión belicosa” (Crettiez, 2009:25).

Así, se sostiene que el fundamento de la sociedad debe ser el rechazo intelectual y práctico a la violencia naturalmente destructora (cuyas causas serían rivalidad, desconfianza, búsqueda de lucro y gloria) que es un obstáculo para el progreso y la armonía. Aquí, el Estado emerge como garante de la armonía entre los ciudadanos mediante el ejercicio de la violencia consensuada a través del pacto social. Sus seguidores refutan un mundo basado en la violencia y el caos para dar paso a la construcción del orden de la sociedad futura. De acuerdo con Xavier Crettiez, “el Estado, el mercado y la tradición son medios para encauzar la violencia y hacer posible el vivir-juntos” (Crettiez, 2009:28).

En términos de acción política, podemos identificar ciertos rasgos “conservadores” ligados al Estado liberal e incluso a los poderes fácticos, así como a algunos discursos derivados de las organizaciones y conferencias internacionales plasmados en tratados que éstas han propiciado. También advertimos la gran mayoría de posturas en contra de la violencia hacia las mujeres o de género; el eslogan “una vida libre de violencia para las mujeres” ejemplifica bien este discurso ambiguo en el que el Estado es garante inmaculado de los derechos que hace valer (generalmente contra sujetos igualmente “inmaculados”) a través de la violencia que ejerce una ciudadanía inmersa en relaciones de poder y conflictos que obstaculizan la posibilidad real de cumplimiento de la abstracción de los mandatos o la ley paterna del Estado. No obstante, como hemos señalado en otro documento:

Al hablar de violencia contra las mujeres en el siglo XXI y, ante el contexto de violencia aparentemente incontrolable que experimentan países como México, tendríamos que preguntarnos sobre los significados que tiene en el imaginario social la idea de un “Estado protector” para garantizar el orden; una sociedad que paradójicamente delega en el Estado el poder de regular sus actitudes violentas, mientras el Estado recrea la violencia al perpetuar y profundizar las diferencias sociales y al incapacitarse para garantizar justicia a la población (Saucedo y Huacuz, 2010:2).

Reconozco que de esta línea se derivan algunas propuestas académicas que analizan las causas del feminicidio a partir de análisis centrados en la crisis de la seguridad pública, el desamparo institucional de la justicia, desviaciones personales y conductas patológicas por el inevitable costo del crecimiento económico y demográfico de la ciudad, la guerra entre los diferentes cárteles, deficiencia de las instituciones del Estado, especialmente de procuración de justicia (Monárrez, Flores, García, 2010). Una postura peligrosa cuando no va más allá de exigir al Estado “mano dura contra los criminales”.

Siguiendo a Crettiez una segunda concepción la encontramos a finales de los años sesenta del siglo pasado. En esta época algunos grupos de izquierda ponderaron la violencia por sus virtudes catárticas y políticas, pues afirmaban: “permite una cohesión de clase, al tiempo que pone en evidencia los verdaderos conflictos entre las clases que existen en el seno de la sociedad” (Crettiez, 2009:29); es un tipo de violencia liberadora que construye una forma de liberación del sujeto, del pueblo y de los pueblos.

A diferencia de la primera concepción expuesta, para estos pensadores la violencia y el terror son condiciones de la naturaleza humana, expresión de su humanismo y, de alguna manera, un privilegio de las clases subalternas, desde esta lógica, la violencia es condición de la libertad.

Gran parte de las explicaciones sobre la violencia contra las mujeres y de género han estado alejadas de dicha postura, tal vez porque la mayoría de los discursos victimizantes de las mujeres no han trascendido hacia su reconocimiento como sujetos con capacidad de agencia y, por tanto, con posibilidad de ejercicio de la violencia (me refiero aquí también al encubrimiento); por ende, si reflexionamos desde las premisas de la violencia liberadora, ¿por qué seguir negando nuestra capacidad para ejercer el mal? ¿No formamos parte de la misma naturaleza humana que los hombres? Entonces, ¿por qué los distintos feminismos han insistido en la victimización de las mujeres? Actualmente algunas feministas críticas plantean que “la victimización del género fe-

menino permite unificar la condición de las mujeres con el discurso feminista bajo una bandera común” (Badinter, 2003:14). De esta manera se desdibujan las diferencias de clase, culturales, económicas, generacionales y sexuales entre mujeres, y entretejen un metarrelato mediatizado de igualdad insostenible en la práctica cotidiana, que sustentado en la criminalización y la victimización de las mujeres se confronta con la perversidad de las instituciones del Estado como aparato re-productor de las tecnologías de género (Teresa de Lauretis, 1996). Al respecto, Carol Smart (1994) utiliza el concepto de “tecnología de género” aplicado al campo del derecho como institución, que alude a la actitud de producir la diferenciación del género. En este sentido, las instituciones del Estado —en las que se arropan incluso algunos discursos y prácticas feministas— juegan un importante papel como productoras de ideologías de género mediante los discursos jurídicos y en la “interpelación a la ley del padre”.

Los trabajos centrados sólo en la crítica a la estructura social como propiciadora del feminicidio estarían inscritos en esta línea: el incremento de la pobreza urbana, las corrientes migratorias, la falta de infraestructura, las relacionadas con el fenotipo de las víctimas (morenas y de cabello oscuro), todas ellas, entremezcladas con la desigualdad de género, han contribuido a la propagación de la violencia contra las mujeres en la ciudad (Monárrez, Flores, García, 2010).

Finalmente, dice Crettiez, el concepto de la violencia ineluctable tiene un componente más psicológico y es una perspectiva políticamente más neutra, la violencia es considerada parte de la especie o una necesidad práctica en la sociedad. Entre los pensadores de esta corriente estarían Konrad Lorenz, René Girard y Sigmund Freud; para este último, “la violencia es lo propio del hombre, porque constituye la respuesta a la confrontación entre el principio de deseo y el principio de realidad” (Freud, citado por Crettiez, 2009:31). Por su parte, Konrad Lorenz afirma que el instinto de agresión animal es propio de los humanos no sólo como agresividad predatoria o defensiva, sino principalmente competitiva.

A partir del análisis de lo simbólico, para René Girard (1980) la violencia es fundadora del orden social y se impone como una necesidad para las sociedades, sin embargo, “hay que sustituir la violencia de todos contra todos, inevitable mientras el hombre sea hombre, por la violencia de todos contra uno solo, haciendo que un chivo emisario sea polo de estabilidad de la sociedad” (citado por Crettiez, 2009:33).

Sin duda, la conceptualización de la violencia contra las mujeres y de género a partir de las anteriores visiones ha favorecido el logro de explicaciones multicausales, multidimensionales e interdisciplinarias, que tanto en el nivel teórico como en la práctica política han complejizado la problemática.

Desde esta línea para explicar las causas de los feminicidios, las y los teóricos han apuntado algunas explicaciones relacionadas con la vida posmoderna y la reorganización mundial del trabajo, el tráfico de cuerpos que las fronteras favorecen, los seres humanos y especialmente las mujeres son concebidas como seres desechables, la pornografía *snuff*, entre otros.

A partir de aquí trato de bifurcar los caminos para la comprensión del fenómeno. Por tanto, me alimento de este paradigma para reflexionar sobre la violencia y analizar lo que he llamado violencia falocéntrica.

Es de esperarse que una propuesta epistemológica en construcción tenga elementos de confrontación y aceptación; el de la complejidad, al igual que otros métodos retomados por las denominadas “ciencias sociales”, ha sido producto de rupturas epistemológicas y concepciones ligadas al surgimiento de nuevos paradigmas (Morin, 1990).

Los estudios de la complejidad se sustentan en la premisa del cuestionamiento a la ciencia occidental, que está fundada bajo los parámetros de la “objetividad” del observador, la finitud de los paradigmas científicos, el saber científico exhaustivo y ahistórico; es crítica de la búsqueda de leyes y de verdades absolutas, del conocimiento total, la crítica radical a las ideas de la omnisciencia, los metalenguajes “neutros” y las prácticas reduccionistas, entre

otras, y detona en algunos ambientes académicos la denominada era del “final de los grandes proyectos” (Fischer, Retzer y Schweizer, 1997).

Aunque no está exento de polémica, el paradigma de la complejidad ha comenzado a perfilarse como una de las propuestas analíticas actuales para deconstruir el pensamiento occidental fundado en escisiones dicotómicas diferenciadas jerárquicamente: mente/cuerpo, racionalidad/pensamiento mítico, enfermo/sano, hombre/mujer. Esta última resultado de discursos androcéntricos, incluso afianzados por algunas feministas de la diferencia, que se asientan en estructuras sociales que mantienen a la mayoría de las mujeres en un estatus carente de poder y prestigio que las vulnera frente al abuso de ciertos hombres, por lo que la problemática se torna compleja. En este sentido, concuerdo con Elizabeth Badinter cuando señala que “las categorías binarias son peligrosas porque desdibujan la complejidad de lo real en beneficio de esquemas simplistas y condicionantes” (Badinter, 2003: 49).

En situaciones de violencia falocéntrica una predicción no puede estar basada en nuestro conocimiento de una sola rama de la ciencia (esto ha quedado claro en la mayoría de los análisis sobre la violencia feminicida).

El estudio de esta violencia exige la integración de diferentes enfoques con una base conceptual compartida sobre una problemática en particular (marco conceptual y metodológico común), no estoy segura de que hayamos logrado esto cuando de violencia feminicida se trata.

Para analizar la violencia falocéntrica es importante tener conciencia de la acción permanente, convirtiéndonos todos en lo que Butler llama

[...] sujeto dañado y enfurecido que, sin embargo, intenta limitar el daño que causa y sólo puede hacerlo mediante una lucha activa con o contra la agresión [esto] exige una lucha moral con la idea de la no violencia en medio de un encuentro con la violencia social y con la agresión de uno mismo [...] aceptar la impureza del sujeto [...] (Butler, 2010:236).

En las investigaciones sobre el tema podemos identificar que no hay “observables puros”, los registros corresponden a las necesidades y esquemas interpretativos del observador u observadora, no hay observadores “neutros”.

En el estudio de la violencia falocéntrica no sólo es necesario explicar los procesos que tienen lugar dentro del sistema, sino también la resultante de sus interrelaciones.

Desde el marco conceptual propuesto por los estudios de la complejidad, me propongo alejarme de las visiones “simples” de la realidad que han afirmado que la violencia contra las mujeres y de género puede ser “erradicada”. ¿No serán perversas las consecuencias de seguir afirmando la posibilidad de “erradicar la violencia contra las mujeres” cuando la materialidad de la estructura social lo impide? ¿Algunas intervenciones en torno a la violencia contra las mujeres no serán un paliativo más para fortalecer las instituciones que conforman Estados represores y eminentemente patriarcales? El cuestionamiento al “terrorismo de Estado” está presente en la crítica a los feminicidios en México.

Las actuaciones del Estado mexicano fallido han provocado lo que llamo *la bifurcación del caos*; al respecto, Ervin Laszlo ha descrito cómo las bifurcaciones se desencadenan cuando los sistemas complejos están sobretensionados, empujados más allá de su umbral de estabilidad. Pero más allá del punto crítico el orden se rompe y el sistema cae en “caos”. Su comportamiento ya no es predecible, aunque tampoco es enteramente azaroso. La evolución de los sistemas complejos es sobre todo no lineal, está llena de saltos y sorpresas (Laszlo, 1993:43-44).

Este mismo autor apunta que por las estructuras y los productos sociales que hemos diseñado para mantener la comunicación, los humanos somos complejos, con comportamientos que derivan de la lógica del caos —por ello afirmo que es impensable una vida “libre de violencia” para cualquier persona—; esta propuesta aplicada a las ciencias humanas sugiere que la violencia estructural, y en consecuencia la violencia falocéntrica, constituye una constante oscilatoria con posibilidades mínimas de pronosticar sus efectos maximales en el sistema, lo que significa

reconocerla como una forma histórica de relaciones sociales de caos entre las personas, que probablemente permanecerá a lo largo de la historia humana con pocas probabilidades de predicción fiel.

En esta reflexión retomo las concepciones mencionadas en el apartado anterior para situarme en los intersticios de la teoría y las diferentes realidades impredecibles del sujeto. Los seres humanos, las instituciones sociales y las agrupaciones político-espaciales ligadas al territorio constituyen sistemas hipercomplejos que, por su evolución en el tiempo, tienden a producir (tarde o temprano) situaciones de caos y bifurcación; prever y dirigir las bifurcaciones significa pensar los sistemas sociales en su *complejidad*, en movimiento y sometidos a múltiples cambios de fase.

Me gustaría terminar este artículo tratando de aclarar el concepto de violencia falocéntrica.

El feminismo contemporáneo puso en la discusión pública la problemática de la violencia contra las mujeres y más tarde la reflexión sobre ésta desde la perspectiva de género, sin embargo, en la actualidad las feministas estamos comprobando lamentablemente que la lucha contra la violencia hacia las mujeres, inaugurada por el feminismo, se ha convertido en botín de discursos de los partidos políticos, de grupos de poder estatales y de organizaciones no gubernamentales, algunas feministas, que pervertidas por el capital y el poder juegan el papel de “salvadoras de víctimas perennes”. Peor aún, que el discurso sobre derechos y ciudadanía de las mujeres se puede convertir en un eslogan conservador que demanda al Estado más leyes, más penas y, por supuesto, “mano dura” contra los agresores (Saucedo y Huacuz, 2010).

En el ámbito académico surgen debates sobre si el término “violencia contra las mujeres” sería sustituido por el de “violencia de género” o si existe violencia de género también contra los hombres; al respecto, Izquierdo (2005:1) apunta que no se trata de un mero cambio terminológico o de usar palabras distintas para referirse a un mismo problema, sino de analizar la problemática con un marco conceptual distinto. “El concepto de violencia de género pone en evidencia el carácter estructural de la violencia

de denunciar la existencia de un marco patriarcal de relaciones que hace de mujeres y hombres, de las unas y los otros, lo que somos, y que nos impulsa a hacer lo que hacemos”. Concebir el concepto de violencia de género en su justa complejidad necesariamente devela confusiones enumeradas por Izquierdo:

En primer lugar, el término género, se equipara a mujer. En segundo lugar se establece que la violencia de género sólo tiene lugar de los hombres a las mujeres. En tercer lugar, se desconsideran aquellos malos tratos que lejos de buscar el control de la mujer, son expresión del sufrimiento del hombre que los comete (Izquierdo, 2005:1).

Cuando hablamos de feminicidio dentro de este marco conceptual me pregunto: ¿cuáles serían las consecuencias?

En un trabajo anterior señalé que el uso de “[...] *violencia falocéntrica* me facilita la comprensión de las diversas formas de violencia que reproducen los paradigmas simbólicos que garantizan la supremacía de los hombres en tanto productores de cultura y orden social” (Huacuz, 2009:15-16). Para conceptualizar dicha violencia me valía del término “falocentrismo”, que “retomado por las feministas, primero por las francesas, ha venido a significar *todo* lo que de represivo y opresivo tiene la cultura (entendida en su sentido más amplio) tradicional (entendida en su sentido más tradicional) o patriarcal” (Olivares, 1997:49); sin embargo, el concepto de *violencia falocéntrica* todavía quedaba oscuro. Esta vez vuelvo a retomarlo tratando de esclarecerlo.

El antecedente del concepto lo encontramos en el escrito de Jacques Lacan “La significación del falo”² (primera publicación francesa en 1966), en el que señala:

El falo aquí se esclarece por su función. El falo en la doctrina freudiana no es una fantasía, si hay que entender por ello un efecto imaginario. No es tampoco como tal un objeto (parcial, interno, bueno, malo, etc.) en la medida en que ese término tiende a apre-

² Conferencia pronunciada por Lacan en alemán (*Die Bedeutung des Phallus*) el 9 de mayo de 1958 en el Instituto Max Planck de Múnich.

ciar la realidad interesada en una relación. Menos aún es un órgano, pene o clítoris que simboliza [...] el falo es un significante (Lacan, 2009: 657).

En la deconstrucción derridiana del logocentrismo occidental, que inscribe su apertura hacia lo Otro a partir de la tematización de la diferencia para significar aquello que no es idéntico, que es otro, no existe pues un significado único, originario o fundante, sino un texto plural, una diseminación generadora de diferencias y significados. “Deconstruir el logocentrismo es acabar con el privilegio de la conciencia para proponer una nueva ciencia real originadora de los significados, que marca la clausura del tiempo en la metafísica” (Rodríguez, 2003:46).

Con el feminismo francés (Irigaray, Cixous, Fouque y Kristeva, entre otras) se retomó la “discusión de la problemática sobre la diferencia desde el marco de lo simbólico, en la afirmación de que la mujer carece de verdad, de copia, de imagen, de genealogía y se ve abocada a una teoría resuelta estrictamente por categorías fálicas” (Rodríguez, 2003:59), en relación con el escaso reconocimiento de las mujeres en el pensamiento occidental cuyas consecuencias son la existencia de una sociedad basada en la violación sistemática de sus derechos y en la violencia real y simbólica sobre sus cuerpos y sus deseos.

En relación con la construcción de la sexualidad de las mujeres y de la heterosexualidad originaria, las feministas francesas señalaban que los discursos eróticos falocéntricos tenían por objeto confiscar el cuerpo de las mujeres, por lo que es necesario deconstruir los arquetipos tradicionales de la sexualidad. Para algunas autoras, “falocentrismo quiere decir que el falo es el centro de la sexualidad; que toda la sexualidad se orienta y gira en torno al falo el cual es el objeto de todas las pulsiones, de todo el deseo, capaz de atraer y absorber el conjunto de la energía erótica de la mujer” (Rodríguez, 2003:5), agregaría que también del hombre.

En síntesis, el falocentrismo estructura nuestra psique y en torno a él es construido el orden sexual, una imposición que no puede sino alimentar la relación de poder y sumisión entre “dos

sexos”, parte del poder y la prepotencia adscrita al sexo masculino, un sexo que se afirma negando el otro y un deseo que niega otros deseos.

De lo anterior se desprende que la violencia falocéntrica es aquella interiorizada en la autorrepresión de nuestros cuerpos, del deseo de la mujer y en la sumisión falocéntrica de sobrevaloración del cuerpo masculino, que constituye los mecanismos mediante los cuales se mantiene el orden simbólico patriarcal.

Más tarde, algunas feministas críticas (Witting, De Lauretis y Butler) plantean que el hecho de la diferencia sexual confirma el dualismo; para estas autoras lo conveniente es trabajar en la línea de la deconstrucción de los géneros como proyecto liberador de la diferencia.

Entonces ¿cuál será la salida a la violencia falocéntrica?, ¿habría un punto de escape? De inicio sería fructífero pensar, desde una arista de la bifurcación, que las personas que ejercen la violencia falocéntrica no son aquellas que poseen el falo, sino —a decir de Izquierdo— las que creen poseerlo pero se dan cuenta de que no lo tienen; la violencia sería una respuesta a su vulnerabilidad, y en la otra, concebir el género como una realidad *performativa* que implica pensar que él es una realidad modificable y reversible. Sería un acierto librarnos del esencialismo ontológico, del dualismo, para dar paso a una identidad indiferenciada, diferenciación múltiple, relacional y dinámica, actuada en libertad; es posible que el antecedente para no seguir alimentando la violencia falocéntrica vaya más allá de la eliminación misma de los géneros, la de multiplicarlos y resignificarlos. A decir de Butler,

[...] si el requerimiento de la no violencia es evitar convertirnos en insignificantes, debe correr parejo con una intervención crítica respecto a las normas que diferencian entre las vidas que se consideran viables y dignas de ser lloradas y las vidas que no se consideran así (Butler, 2010:247).

BIBLIOGRAFÍA

- BADINTER, Elizabeth
2003 *Hombres/Mujeres. Cómo salir del camino equivocado*, México, Fondo de Cultura Económica.
- BUTLER, Judith
2010 *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, México, Paidós.
- CRETTEZ, Xavier
2009 *Las formas de la violencia*, Buenos Aires, Waldhuter.
- DE LAURETIS, Teresa
1996 *Diferencias, etapas de un camino a través del feminismo*, traducción de María Echaniz Sans, España, Cuadernos Inacabados-Horas y Horas.
- FISCHER, Haus Rudi; Arnold RETZER
y Jochen SCHWEITZER (comps.)
1997 *El final de los grandes proyectos*, traducción de Javier Legris, Barcelona, Gedisa.
- GARCÍA, Rolando
2006 *Sistemas complejos. Conceptos, método y fundamentación epistemológica de la investigación interdisciplinaria*, Barcelona, Gedisa.
- HUACUZ ELÍAS, María Guadalupe
2009 *¿Violencia de género o violencia falocéntrica? Variaciones sobre un sistema complejo*, México, INAH.
2011 *La bifurcación del caos: reflexiones interdisciplinarias sobre violencia falocéntrica*, México, UAM/Ítaca.
- IZQUIERDO, María de Jesús
2005 “Estructura y acción en la violencia de género”, Simposi Internacional sobre les Violències de Gènere, Universidad Autónoma de Barcelona (versión digital).
- LACAN, Jacques
2009 “La significación del falo”, en *Escritos 2*, traducción de Tomás Segovia, México, Siglo XXI.
- LASZLO, Ervin
1993 *La gran bifurcación, crisis y oportunidad: anticipación del nuevo paradigma que está tomando forma*, traducción de Ofelia Castillo, Barcelona, Gedisa.

- MONÁRREZ, Julia; Raúl FLORES y Diana GARCÍA
2010 “La ciudad y el feminicidio en los textos académicos”, en Julia Monárrez, Luis Cervera, César Fuentes y Rodolfo Rubio, *Violencia contra las mujeres e inseguridad ciudadana en Ciudad Juárez*, México, El Colef.
- MORIN, Edgar
1990 *Introducción al pensamiento complejo*, traducción de Marcelo Pakman, Barcelona, Gedisa.
- OLIVARES, Cecilia
1997 *Glosario de términos de crítica literaria feminista*, México, El Colmex.
- RODRÍGUEZ M., Rosa María
2003 *El placer del simulacro. Mujer, razón y erotismo*, Barcelona, Icaria.
- SAUCEDO, Irma y María Guadalupe HUACUZ ELÍAS
2010 “Movimiento en contra de la violencia hacia las mujeres: breve historia de una larga lucha y efectos no deseados de la acción feminista”, en Gisela Espinosa y Ana Lau (coords.), *Cien años de feminismo en México*, UAM/Ítaca, México.
- SMART, Carol
1994 “La mujer del discurso político”, en Elena Larrauri (comp.), *Mujeres, derecho penal y criminología*, Madrid, Siglo XXI, pp. 167-175.

LA GESTIÓN EMOCIONAL DE LA VIOLENCIA

María Jesús Izquierdo

[Sobre la relación mujer-hombre] En esta relación se manifiesta, por tanto, de un modo sensible, reducido a un hecho palpable, hasta qué punto la esencia humana se ha convertido en la naturaleza del hombre, o la naturaleza en su esencia humana.

Partiendo de esta relación se puede juzgar, pues, todo el grado de cultura a que el hombre ha llegado. Del carácter de esta relación se desprende hasta qué punto el hombre ha llegado a ser y a concebirse un ser genérico, un hombre; la relación entre el hombre y la mujer es la relación más natural entre dos seres humanos. Y en ella se manifiesta, asimismo, en qué medida la actitud natural del hombre se ha hecho humana, o en qué medida la esencia humana se ha convertido para él en esencia natural, en qué medida su naturaleza humana ha pasado a ser su propia naturaleza.

[...] En esta relación se revela también hasta qué punto las necesidades del hombre han pasado a ser necesidades humanas, hasta qué punto, por tanto, el otro hombre en cuanto hombre se ha convertido en necesidad, hasta qué punto su existencia más individual, es al mismo tiempo un ser colectivo.

Karl Marx, Manuscritos de economía y filosofía

La calidad de la relación entre las mujeres y los hombres, más allá del interés sustantivo que pueda tener, es un indicio del grado

en que los seres humanos lo son. Del grado en que el encuentro con el otro, al que no estamos impulsados de manera natural, se ha convertido en una necesidad, del grado en que somos sociales: no sólo nos vemos obligados a encontrarnos, sino que deseamos el encuentro con el otro. La necesidad humana por excelencia es la necesidad de los seres humanos; ahora bien, no se trata de una necesidad natural, ningún impulso primario nos compele a relacionarnos con los demás seres humanos. Esa contradicción se halla en el núcleo de la posibilidad de la propia existencia humana, no sólo como humanos sino también como seres vivos. Porque si por una parte ningún impulso primario nos lleva a establecer relaciones con los demás, nuestra vida no es viable sin los otros.

El miedo al encuentro con el otro, la inseguridad que invade las calles en esta ciudad tan dolorosamente golpeada por el fenómeno de la violencia física extrema, justifica sobradamente las jornadas a las que hemos sido convocados estos días. Es también una buena oportunidad para reflexionar sobre qué es lo que hace posible vivir juntos, cuáles son los obstáculos que se oponen a este objetivo inexcusable y de qué modo el sexismo añade un plus de dificultades y sufrimiento.

NI LA VIDA ES IMPORTANTE NI LOS OTROS NOS IMPORTAN

Si consideramos las características originales de los seres humanos acabamos llegando a la conclusión de que no es poco raro vivir y dejar vivir. Ni la propia vida ni la de los demás nos resultan importantes primariamente. Ningún impulso innato nos orienta a proteger nuestra vida y mucho menos la de los demás, nada nos impele a la autoconservación ni a la conservación de la especie. Sin embargo, somos testigos y protagonistas de actos de autoconservación o de protección de los más débiles. Sólo que no es un impulso primario el que hace posibles estos actos, en el origen de ese impulso hay otro que lo activa: la importancia que le con-

ferimos a nuestras vidas, lo que estamos dispuestos a hacer para protegerlas y conservarlas corre parejo con el amor que nos tenemos. La vida se hace necesaria sólo en la medida en que se le tenga amor, no la amamos porque sea necesaria, sino que se hace necesaria porque la amamos. Ahí nace el instinto de conservación, que según Freud es el efecto de una causa anterior: el narcisismo.

De modo parecido ocurre con la vida de los demás. Nada nos impulsa a protegerlos y cuidarlos, esa disposición a la conservación de los demás depende de un impulso primario, el del amor, y sólo en presencia de ese impulso se desarrolla. Si amarnos nos empuja a proteger nuestra propia vida, incluso a costa de vidas ajenas; amar a los demás nos impulsa a proteger las vidas ajenas incluso a expensas de la propia.

SOBRE LA DIMENSIÓN LIBIDINAL DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO

La elección que hagamos del objeto de amor permite anticipar hacia dónde dirigiremos nuestros impulsos agresivos buscando proteger lo amado, nosotros mismos, otras personas, objetos materiales o inmateriales. Es importante preguntarse si la elección de objeto es igual en las mujeres que en los hombres. Con esta pregunta no estoy afirmando implícitamente la existencia de diferencias naturales entre mujeres y hombres, lo que afirmo es que un orden sexista no se basa en las diferencias entre los sexos, sino que las produce, y por lo tanto produce también la orientación libidinal de mujeres y hombres, que es lo que desde el punto de vista psíquico los convierte en lo que son: *hombre* o *mujer*.¹ No es que los hombres y las mujeres tengan distintas orientaciones libidinales, sino que los convierte en hombres y mujeres el hecho de tenerlas. Freud nos señala esas diferencias en los siguientes términos:

¹ Con las cursivas estoy indicando que se trata de un tipo analítico y no de las personas empíricamente consideradas.

El estudio de la elección de objeto en el hombre y en la mujer nos descubre diferencias fundamentales, aunque, naturalmente, no regulares. El amor completo al objeto, conforme al tipo de apoyo, es *característico del hombre* [...] Esta hiperestimación sexual permite la génesis del estado de enamoramiento, tan peculiar y que tanto recuerda la compulsión neurótica; estado que podremos referir, en consecuencia, a *un empobrecimiento de la libido del yo en favor del objeto*. La evolución muestra muy distinto curso en el tipo de mujer más corriente y probablemente más puro y auténtico [...] Sobre todo en las mujeres bellas nace una complacencia de la sujeto por sí misma que la compensa de las restricciones impuestas por la sociedad a su elección de objeto. *Tales mujeres sólo se aman, en realidad, a sí mismas y con la misma intensidad con que el hombre las ama. No necesitan amar, sino ser amadas*, y aceptan al hombre que llena esta condición (Freud, 1914, énfasis mío).

Si damos por característico del *hombre*, aunque no necesariamente compartido por todos, una orientación al objeto, a la *mujer*, mientras que lo característico de la *mujer*, aunque no sea un rasgo universalmente presente en todas las mujeres sea la orientación narcisista, podríamos deducir que en el plano psíquico las relaciones mujer/hombre se caracterizan por la explotación libidinal a que están sometidos los últimos por parte de las primeras. Esta relación se traduce en que los hombres estén peor dotados para proteger y defender sus vidas, mientras que las mujeres cuentan, además de sus propios recursos, con la disposición de los hombres a defender su objeto de deseo.

En modo alguno estoy sugiriendo que los hombres no maten a las mujeres como consecuencia de las respectivas disposiciones libidinales. No las matan mientras sean su objeto de deseo y sientan asegurada, real o imaginariamente, la continuidad de la posesión. La frase “La maté porque era mía” está mutilada, continúa con “...y ya no lo es”.

Las matan porque temen que ya no sean suyas, o precisamente porque las que fueron suyas ahora son de otros. Si damos por bueno el principio de que los hombres orientan su libido, y por tanto ponen sus energías al servicio de su objeto de deseo, una forma

eficaz de agredirles, una amenaza más coactiva que la propia muerte, puede ser la que se cierna sobre su objeto de deseo. El sexismo, que comporta un empobrecimiento libidinal de los hombres a favor de su objeto de deseo, las mujeres, los hace vulnerables frente a los otros hombres. Si eso es cierto, al menos en una parte de los casos —o en parte— las mujeres muertas, por poner el caso de Ciudad Juárez, en una parte de los casos pueden ser el instrumento para amedrentar a los hombres en lo más profundo, al amenazar la integridad de su objeto de deseo, al servicio del cual ponen sus fuerzas. Para que la amenaza sea eficaz no es necesario que se dirija a mujeres concretas que son queridas por hombres concretos, no necesariamente a la mujer que desean, sino a las mujeres que pertenecen al segmento de población en que se encuentra o se podría encontrar su objeto de deseo. Si la administración de la muerte es un modo de disciplinar la vida, saber que la vida que es objeto de disciplina es sexista, que el hombre es sexista, impone formas de disciplina particulares. La muerte de las (sus) mujeres es un modo de disciplinar a los hombres, posiblemente más poderoso que la muerte de los compañeros, de los semejantes.

Finalmente, los hombres no sólo matan a las mujeres, más que otra cosa se matan entre ellos o a sí mismos por las mujeres, para eliminar los obstáculos que se interponen en su camino, o cuando no pueden soportar las pérdidas. Si el hombre se pone al servicio de la mujer dada su orientación libidinal hacia ella, puede llegar a matar a quien intente arrebatársela o arrebatarle los bienes que le permiten poseerla. Cabe añadir que hay un número indeterminado de casos en los que la muerte es un objetivo, dada la orientación sádica de la sexualidad, donde la relación con el objeto de deseo, las mujeres, consiste en torturar, causar sufrimiento y hasta la aniquilación del objeto.

Hay un dato que presenta Julia Monárrez en su artículo “Sobrevivir: vidas superfluas y banalidad de la muerte”, que debe conducirnos a reflexión no porque deseemos eludir el reconocimiento de la violencia sexista, sino precisamente porque no lo queremos eludir cuando adopta su forma fundamental, que es la que adque-

re por razón de su objeto de deseo. En 2009 el número de muertos por mil en Ciudad Juárez, para los hombres, fue de 340.3, para las mujeres 18.8. En cuanto a las tendencias, se confirma que los hombres son victimarios y víctimas. La tasa de crecimiento del número de muertes entre 1985 y 2009 es enorme, pero lo es más para los hombres que para las mujeres; para los primeros es de 3.797 por ciento y para las mujeres de 2.400 por ciento (véase la tabla 1).

Según los datos disponibles sobre las causas de muerte para el conjunto de la república mexicana, tanto los accidentes como las lesiones intencionales son una causa de muerte más frecuente

TABLA 1
REPÚBLICA MEXICANA: DISTRIBUCIÓN DE LAS PRINCIPALES
CAUSAS DE MUERTE POR GRUPOS DE EDAD, 1980-2007

<i>Grupos de edad</i>	<i>Mujeres</i>		<i>Hombres</i>	
	<i>1980</i>	<i>2007</i>	<i>1980</i>	<i>2007</i>
<i>5 a 14 años</i>				
Accidentes	23.4	24.3	35.8	35.8
Lesiones intencionales			6.6*	5.0
<i>15 a 24 años</i>				
Accidentes	19.6	24.0	46.1	44.0
Lesiones intencionales			17.0	19.3
<i>25 a 44 años</i>				
Accidentes	12.3	10.5	30.9	26.0
Lesiones intencionales			15.0	14.0
<i>45 a 64 años</i>				
Accidentes			13.0	9.4
Lesiones intencionales				

* Año 2000. A partir de los 64 años los accidentes y las lesiones intencionales dejan de figurar entre las cinco principales causas de mortalidad.

FUENTE: elaboración propia con base en la Secretaría General del Consejo Nacional de Población, "Principales causas de mortalidad en México, 1980-2007".

entre los hombres que entre las mujeres. Para empezar, estas causas figuran entre las cinco principales entre los hombres de cinco a 44 años, y la mayor prevalencia de muertes por lesiones intencionales se da entre los hombres comprendidos entre 15 y 44 años, periodo de la vida en que acceden a la posición social de *hombre* y se establecen en ella.

Los datos respaldan la tesis que acabamos de desarrollar. Si nos centramos en la forma más significativa de muerte violenta, el homicidio, constatamos que los hombres que han muerto por cau-

TABLA 2
PORCENTAJE DE MUERTES POR HOMICIDIO CON RESPECTO AL TOTAL DE MUERTES VIOLENTAS POR SEXO Y GRUPOS QUINQUENALES DE EDAD, 1990-2009

<i>Sexo</i>	<i>Mujeres</i>		<i>Hombres</i>		<i>Porcentaje cambio 1990-2009</i>	
	<i>1990</i>	<i>2009</i>	<i>1990</i>	<i>2009</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Hombres</i>
<i>Grupos de edad</i>						
Total	13.4	15.5	27.4	32.5	2.8	20.7
0 a 4 años	7.8	9.5	7.6	8.5	5.8	-6.8
5 a 9 años	9.0	9.1	9.3	8.6	0.3	0.8
10 a 14 años	13.4	12.5	12.0	12.3	-1.8	-1.4
15 a 19 años	17.9	18.0	27.0	30.4	0.2	16.7
20 a 24 años	20.4	26.4	33.9	37.2	6.4	9.0
25 a 29 años	23.3	23.9	34.5	43.0	0.5	14.1
30 a 34 años	18.3	26.9	34.0	42.4	8.7	7.7
35 a 39 años	20.8	27.5	33.3	43.6	4.4	5.5
40 a 44 años	18.2	21.9	31.7	38.1	2.0	10.4
45 a 49 años	18.2	18.8	31.7	32.1	0.2	10.0
50 a 54 años	11.9	18.6	29.2	28.4	0.0	0.0
55 a 59 años	13.9	13.6	25.9	24.5	0.0	0.0
60 a 64 años	14.2	9.6	23.3	20.5	0.0	0.0
65 y más años	7.0	4.6	14.6	10.8	0.0	0.0

FUENTE: elaboración propia con base en el INEGI. Estadísticas de mortalidad.

sa violenta a consecuencia de un homicidio casi doblan la proporción de mujeres en una situación equivalente. Adicionalmente, el incremento de este tipo de contingencia ha sido muy superior entre los hombres que entre las mujeres, lo que señala la tendencia a que la distancia aumente entre las unas y los otros. Los hombres se matan sobre todo entre ellos mismos, y eso ocurre cada vez más.

Vemos que las tendencias se repiten por lo que se refiere a los delitos con violencia. Los hombres están sobrerrepresentados entre todas las víctimas, y muy especialmente entre aquellas que han padecido agresiones físicas. Finalmente, si consideramos los daños producidos por los delitos, hallamos que los hombres se encuentran sobrerrepresentados en todo tipo de daño; destaca el hecho de que en los daños de carácter físico o laboral las mujeres únicamente representan 27.5 por ciento de las víctimas, y sólo se hallan sobrerrepresentadas en el caso de daños emocionales o psicológicos, apartado en el que son 59.8 por ciento de las víctimas (INEGI, 2011). Recordemos que en la constitución psíquica de la *mujer* es fundamental ser querida, al punto que la medida en que se quiere a sí misma es el amor que el *hombre* le tiene.

Finalmente, puesto que de lo que hablamos es de la violencia de género, no podemos omitir el maltrato a menores por parte de los miembros de su familia. Particularmente si se producen maltratos en la relación criatura/madre, dado que entendemos la maternidad como un rasgo central en el género femenino, no podemos calificar esa situación de otro modo que como violencia de género. En cuanto al maltrato a menores, podemos suponer que las estadísticas de denuncias muestran únicamente la punta del iceberg, ya que quienes en principio podrían y deberían denunciar los hechos, las madres y los padres son, como veremos a continuación, quienes cometen el delito. Un segundo aspecto que deseo destacar es el descenso en el número de denuncias, de 26 302 en 1999 a 12 639 en 2004, dato que me resisto a interpretar como un indicador de que se ha reducido el maltrato a menores, posiblemente lo que indica es que se le concede menor atención. Interesa constatar quiénes son los principales agresores: la madre

TABLA 3
DISTRIBUCIÓN DE LOS DELITOS COMETIDOS CON VIOLENCIA, POR CONDICIÓN DE PORTACIÓN
DE ARMA Y CONDICIÓN DE AGRESIÓN FÍSICA U OTRO TIPO DE VIOLENCIA
SEGÚN EL SEXO DE LA VÍCTIMA, 2010

<i>Condición de portación de arma y condición de violencia</i>	<i>Sexo de la víctima</i>					
	<i>Hombre</i>		<i>Mujer</i>		<i>Porcentaje mujeres</i>	
	<i>Absolutos</i>	<i>Relativos</i>	<i>Absolutos</i>	<i>Relativos</i>		
Delitos con víctima presente	6 457 169	51.0	6 210 328	49.0	49.0	49.0
Con portación de armas	3 184 864	49.3	1 954 040	31.5	38.0	38.0
Con agresión física	1 933 374	60.7	1 069 083	54.7	35.6	35.6
Sin agresión física	1 249 244	39.2	875 661	44.8	41.2	41.2
No especificado (violencia)	2 246	0.1	9 296	0.5	80.5	80.5
Sin portación de armas	2 358 703	36.5	3 081 031	49.6	56.6	56.6
Con agresión física	998 152	42.3	968 658	31.4	49.3	49.3
Sin agresión física	1 360 551	57.7	2 112 373	68.6	60.8	60.8
No especificado (violencia)	0	0.0	0	0.0	0.0	0.0

FUENTE: elaboración propia con base en el INEGI.

es la responsable de la agresión en casi la mitad de los casos, lo que nos conduce a destacar un aspecto de la violencia de género que ha estado sistemáticamente desconsiderado, la que se produce de las mujeres, en el ejercicio de sus funciones de género a los dependientes (véase la tabla 4).

TABLA 4
RELACIÓN JURÍDICA DEL AGRESOR CON EL NIÑO
O LA NIÑA MALTRATADA

<i>2004</i>	<i>Absolutos</i>	<i>Porcentajes</i>
Madre	5 160	47.9
Padre	2 947	27.4
Ambos	515	4.8
Otros	2 140	19.9
Total	10 762	100.0

FUENTE: elaboración propia con base en la Cámara de Diputados, Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública, 2005.

Esa participación de las mujeres en la violencia en el ejercicio de sus funciones de género, cuidadoras, se silencia sistemáticamente en la literatura sobre el maltrato de personas dependientes. A título de ejemplo, veamos cómo se aborda la cuestión en un artículo sobre el maltrato a personas adultas mayores, desde una perspectiva de género:

Los maltratos hacia personas adultas mayores no es el producto de una familia patológica, sino de una familia patriarcal en donde los esposos-hijos-nietos tienen acceso y poder sobre las menos poderosas y más vulnerables (esposas-madres-abuelas adultas mayores), quienes son miradas como si fueran de su propiedad (Whitaker, 1995; Penhale, 1993) (Giraldo, 2010:155-156).

Las reflexiones y los datos precedentes abren un interrogante que apunta a la raíz de los enfoques predominantes sobre la violencia de género y la violencia contra las mujeres. El modo más

extendido en que se abordan es poniendo el foco en las agresiones de los hombres a las mujeres, opción legítima y políticamente necesaria, pero que desconsidera el carácter de género de la violencia. Entiendo que adoptar la perspectiva de género no consiste en tomar a las mujeres como objeto y a los hombres como sujeto de la violencia, sino examinar la violencia que contienen las relaciones de género, es decir, las relaciones que se establecen entre las personas ahí donde hay un orden de género.

Lo que los datos nos indican es que las agresiones tipo, las características de un sistema sexo-género, son las que se producen entre hombres y entre las cuidadoras y quienes son objeto de sus cuidados. ¿Cómo cabe considerar la desatención a los datos sobre los hombres víctimas de violencia de género, y la sobreatención a los hombres en su calidad de victimarios? El esquema de aproximación al problema reproduce precisamente lo que se denuncia: que en un sistema patriarcal las mujeres son el objeto y los hombres el sujeto, y que salir de la lógica patriarcal implica cuestionar la división sujeto/objeto. Entiendo que los discursos críticos del patriarcado son efecto del poder patriarcal, y que la crítica del patriarcado tiene un efecto refuerzo de lo que combate, ya que confirman a la mujer en la cualidad de objeto y al hombre en la de sujeto.

El hecho de que la mayoría de las feministas tiendan a desconsiderar lo obvio, que en el corazón de la violencia de género se encuentra la violencia de los hombres contra los hombres, o que no consideren que ese tipo de violencia es de género, conlleva reforzar el desamparo de las mujeres, ya que se pretende que un supuesto sujeto, el hombre, es el mal y el remedio. Si nuestro objetivo es acabar con la concepción hombre/sujeto y mujer/objeto, para que florezcan los hombres y las mujeres en su infinita diversidad, no podemos ignorar que en el corazón de esa fractura del género humano se halla la violencia de los hombres contra los hombres.²

² Agradezco a Rocío Mejía y Guadalupe Huacuz nuestras conversaciones, que han sido de gran ayuda en la formulación del problema.

SOBRE LA AGRESIVIDAD COMO FUNDAMENTO
DE LA VIDA EN COMÚN: EL SESGO DE GÉNERO

Decía antes que la vida propia no tiene valor por sí misma, como tampoco lo tiene la de los demás. Freud va todavía más allá afirmando que:

[...] el ser humano no es una criatura tierna y necesitada de amor, que sólo osaría defenderse si se le atacara, sino, por el contrario, un ser entre cuyas disposiciones instintivas también debe incluirse una buena proporción de agresividad. Por consiguiente, el prójimo no le representa únicamente un posible colaborador y objeto sexual, sino también motivo de tentación para satisfacer en él su agresividad, para explotar su capacidad de trabajo sin retribuirlo, para aprovecharlo sexualmente sin su consentimiento, para apoderarse de sus bienes, para humillarlo, para ocasionarle sufrimientos, martirizarlo, matarlo (Freud, [1930], 1974:3046).

Tenemos la capacidad de dar la vida por los demás como de quitársela. El mandato cristiano orientado a hacer posible la vida en común es “amarás a tu prójimo como a ti mismo”, ¿pero qué pasa si el prójimo es nuestro enemigo? ¿Precisamente porque lo es le debemos amar! La que se autocalifica religión del amor se sustenta por consiguiente en el reconocimiento de que el odio invade nuestras vidas. De lo contrario, ¿qué sentido tendría hacer del amor un mandato? No hace falta que nos manden hacer lo que queremos, sino lo que no queremos. Freud, sin embargo, señala la imposibilidad de cumplir este mandato. Si amo a mis enemigos y ellos no cumplen su parte, me quedo inerte ante ellos; si amo a todos por igual soy injusta o injusto con aquellos que merecen mi amor.

De modo que sin negar el poder vinculante del amor, que es el fundamento de lo social, la tendencia a odiar y agredir requiere ser gestionada. El odio, la capacidad de producir sufrimiento, no desaparece porque no nos guste que exista, se puede orientar,

sin embargo, de manera que en lugar de hacer imposible la vida en común contribuya a hacer de lo común un territorio protegido.

La vida humana en común sólo se torna posible cuando llega a reunirse una mayoría más poderosa que cada uno de los individuos y se mantenga unida frente a éstos. El poderío de tal comunidad se enfrenta entonces, como “Derecho”, con el poderío del individuo, que se tacha de “fuerza bruta”. Esta sustitución del poderío del individuo por el de la comunidad representa el paso decisivo hacia la cultura. Su carácter esencial reside en que los miembros de la comunidad restringen sus posibilidades de satisfacción, mientras que el individuo aislado no reconocía semejantes restricciones. Así, pues, el primer requisito cultural es el de la justicia, o sea, la seguridad de que el orden jurídico, una vez establecido, ya no será violado a favor de un individuo, sin que esto implique un pronunciamiento sobre el valor ético de semejante derecho. El curso ulterior de la evolución cultural parece tender a que este derecho deje de expresar la voluntad de un pequeño grupo —casta, tribu, clase social—, que a su vez se enfrenta, como individualidad violentamente agresiva, con otras masas quizá más numerosas (Freud, [1930], 1974:3036).

Este modo de gestionar la violencia y no de eliminarla, como propone el cristianismo, consiste en ponerla al servicio de la vida en común. Ahora bien, tal como Carole Pateman ha puesto de relieve, no reciben la consideración de individuos todos los miembros de la especie, sino únicamente la mitad, los hombres. Y el pacto pacificador consiste en su origen en el establecimiento de las reglas de reparto de las mujeres entre los hombres. Ese pacto se ha roto, tal como lo ponen de manifiesto una parte de los feminicidios de Ciudad Juárez.

Es más, sólo reciben la consideración de individuos no ya los hombres, sino también los que forman parte de una cierta colectividad, más o menos fragmentada, excluyendo a las restantes. La gestión de la violencia consiste en mantener el grupo unido y destruir los grupos rivales. Interpreto que los actos cotidianos de violencia que se viven en Ciudad Juárez y en otras zonas del

territorio mexicano pueden evidenciar el hecho de que el pacto de convivencia enfrenta fracciones con fracciones, es excluyente. Sólo se le otorga valor universal al precio del sometimiento de unos grupos a otros. El modo en que se gestiona la violencia es dirigiéndola a los miembros de la comunidad cuando no son leales al pacto y a los miembros de las comunidades excluidas de la misma para que pierdan su cohesión interna. Es como si cada fracción se propusiera constituirse en Estado en un contexto en que el Estado no tiene respuesta a la gestión de la violencia, porque no representa los intereses del conjunto, sino de una parte que ansía el dominio sobre las demás.

Hacer posible la vida en común implica una gran dosis de renuncia, porque supone subordinar los propios deseos a la unidad del grupo. Por ello, tiene importancia crítica que sea igualmente vinculante para todos. Pero no es así, el Estado, como señala Freud, y ya lo había anticipado Marx en su crítica a la Filosofía del Estado de Hegel, no se eleva sobre los intereses particulares para hacer posible la convivencia, sino que se apodera de las fuerzas de la colectividad para beneficio particular de algunos:

Los pueblos son representados hasta cierto punto por los Estados que constituyen, y estos Estados, por los gobiernos que los rigen. El ciudadano individual comprueba con espanto en esta guerra algo que ya vislumbró en la paz; comprueba que el Estado ha prohibido al individuo la injusticia, no porque quisiera abolirla, sino porque pretendía monopolizarla, como el tabaco o la sal. El Estado combatiente se permite todas las injusticias y todas las violencias, que deshonrarían al individuo [...] El Estado exige a sus ciudadanos un máximo de obediencia y de abnegación, pero los incapacita con un exceso de ocultación de la verdad y censura de la intercomunicación y de la libre expresión de sus opiniones, que dejan indefenso el ánimo de los individuos así sometidos intelectualmente, frente a toda situación desfavorable y todo rumor desastroso [...] Dos cosas han provocado nuestra decepción ante la guerra: la escasa moralidad exterior de los Estados, que interiormente adoptan el continente de guardianes de las normas morales, y la brutalidad en la conducta de los individuos, de los

que no se había esperado tal cosa como copartícipes de la más elevada civilización humana (Freud, [1915], 1974:2104).

En resumidas cuentas, o hay democracia —los Estados representan a los pueblos, y no intereses particulares, las renunciaciones son a favor de la vida colectiva y no de un grupo dominante— o la violencia es inmanejable. La gente aguanta hasta que se harta de aguantar, situación extrema que hace imposible cualquier pacto de convivencia.

SOBRE EL AMOR COMO FUNDAMENTO DE LA VIDA EN COMÚN

Tal como lo señala Maturana, el dominio de lo social se refiere a aquellas interacciones que tienen lugar bajo la emoción de la aceptación mutua, si nos limitamos a apuntalar la vida en común en la gestión de la agresividad, nos encontramos en una situación presocial, en una convivencia, tal como lo plantea Marx en el fragmento de los *Manuscritos* con que abría estas páginas, entre humanos, pero no humana.

Digo que el amor es la emoción que constituye los fenómenos sociales; que cuando el amor termina, terminan los fenómenos sociales, y que las interacciones y relaciones que tienen lugar entre los sistemas vivientes bajo otras emociones diferentes del amor no son interacciones sociales ni relaciones sociales. Cuando hablo del amor, hablo de un fenómeno biológico, hablo de la emoción que especifica el dominio de acciones en el cual los sistemas vivientes coordinan sus acciones en una forma que implica aceptación mutua, y sostengo que tal operación constituye los fenómenos sociales (Maturana, 1996:111).

La vinculación social no es el resultado de un proceso reflexivo, ni obedece al cálculo. Se está con el otro, se interactúa con el otro porque se le quiere y se es querido, hay un estado emocional que impulsa al acogimiento respectivo. Por tanto, el dominio de lo social es el dominio en que las personas se ven impulsadas ha-

cia las personas a consecuencia de las emociones de aceptación que las unas despiertan en las otras. El fin de la relación es el otro.³ La posibilidad de lo social se enraíza en la posibilidad del amor entre las mujeres y los hombres, que es el encuentro en que lo natural y lo social se fusionan. La opresión de las mujeres por parte de los hombres niega esa posibilidad y por tanto la de superar la gestión de la violencia para adentrarnos en el dominio de lo propiamente social.

Adicionalmente, podemos aceptar que no todo lo que se nos presenta como social va acompañado del estado emocional correspondiente. Forma parte de las capacidades humanas aparentar sentimientos que en realidad no se experimentan, pero si se aparentan los sentimientos correspondientes a un cierto modo de interacción social lo que se expresa es la disposición a establecer un cierto modo de acción, o cuando menos a que los otros la establezcan con nosotros:

[...] evaluamos la presencia de hipocresía y falta de sinceridad cuando sostenemos que algunos de los miembros de un sistema social que observamos aparentan la aceptación de los otros llevando a cabo el comportamiento adecuado al sistema social bajo una emoción distinta del amor (Maturana, 1996:113-114).

Pero si la coordinación de nuestras acciones, es decir, la interacción, se produce en un clima de aceptación mutua, por más que sea fingida, nos puede valer, como le vale a Johnny Guitar.⁴ Y nos puede valer porque nunca acabamos de saber lo que senti-

³ No debe inferirse de lo que acabo de decir que la socialidad es un impulso “natural” en los seres humanos. La fuerza primaria que nos gobierna es la búsqueda del placer, y la tendencia a eliminar cualquier obstáculo que se nos interponga. La capacidad de amar al otro y de recibir el amor del otro no es una tendencia primaria sino que resulta del proceso de maduración en que la criatura va adquiriendo un sentido yoico, diferenciado de su entorno, por ello está en posición de reconocer y amar al otro y de reconocer y aceptar el amor del otro (Freud, [1930], 1974).

⁴ El amor pretendido, ¿no es amor? Cómo podemos estar tan seguros de nuestros sentimientos. En una de las escenas más electrizantes del cine, perteneciente a la película de Nicholas Ray *Johnny Guitar*, Johnny le pide a Vien-

mos, lo que queremos, lo que los demás son para nosotros, lo que pretendemos de ellos. No podemos saber si cuando somos hipócritas no estamos siendo, en realidad, sinceros. Y esa dificultad para situar los propios sentimientos respecto a los demás nace del hecho de que somos ambivalentes, contradictorios, cruzados por conflictos, inestables, cambiantes.

El amor, sea fingido o sentido, además de la gestión de la violencia, es la otra vía de gestión emocional de la vida en común. Las fuerzas del amor, del reconocimiento y la aceptación recíproca son las que nutren la otra dimensión del Estado, la relativa al cuidado de las personas. Si entendemos que el Estado es el pacto pacificador que se establece entre intereses opuestos, por el que renunciamos al uso de la violencia para ponerla al servicio de la colectividad, estamos presentando una visión sesgada del Estado (del pacto), porque el amor también requiere pacificación. Por amor a los míos, siendo los míos mis amigos, los miembros de mi familia, puedo estar dispuesto o dispuesta a destruir a los que no pertenecen a ese círculo. Pacificar desde el amor es socializar el cuidado por los demás, por los miembros de la colectividad en los que nos podemos reconocer, porque participan de las mismas vulnerabilidades, necesidades y carencias que nosotros o nosotras mismas. Pacificar, en este caso, es transferir nuestra preocupación por nuestro entorno inmediato a aquellos que reconocemos como humanos, es transferir el cuidado de las mujeres a la colectividad. La división sexual del trabajo, las funciones de género de las mujeres impiden esa pacificación, como las funciones de género de los hombres impiden la pacificación que toma como base emocional la agresividad.

na, su antigua amante, que le mienta, tal vez porque sólo si le pide que le mienta será capaz de decirle la verdad:

Johnny: Miénteme, dime que has estado esperando todos estos años...

Vienna: He estado esperando todos estos años.

Johnny: Dime que te hubieras muerto si no hubieras regresado.

Vienna: Me hubiera muerto si no hubieras regresado.

Johnny: Dime que todavía me quieres como yo te quiero.

Vienna: Todavía te quiero como tú me quieres a mí.

Johnny: Gracias, muchas gracias.

LOS DISTINTOS REGÍMENES DE RELACIÓN

Podemos establecer que las emociones son el soporte de los distintos tipos de interrelaciones. Hemos reservado el amor, al que si lo preferimos podemos llamar aceptación del otro, para lo social. El ámbito político, en el que puramente se juegan las relaciones de poder y el otro no es sino el rival o el obstáculo para los propios fines o el aliado, tiene el sentimiento correspondiente, el deseo de posesión. El odio es el sentimiento que alimenta la capacidad de lucha, que mueve a la aniquilación del contrario. La envidia impele a la nivelación, a la igualdad, es una interfase de lo político a lo social: si no lo puedo tener yo, no lo puedes tener tú... pero... si no lo puedes tener tú, tampoco lo puedo tener yo; donde el otro es un equivalente a mí, y oponerme a él o destruirlo es como un modo de causarme la propia muerte. Ése es el sentimiento al que se corresponde la justicia.⁵ Ahora bien, los sentimientos son ambivalentes. En cualquier ámbito de la vida coexisten sentimientos de sentido contrario, el amor y el odio se entrecruzan, de hecho, son el mismo sentimiento en dos expresiones. Lo mismo que impulsa a amar a una persona, es lo que impulsa a odiarla, porque lo que hallamos en ella de amable es, por su propia existencia, el indicio de nuestras fallas. El amado es aquel a quien miramos y admiramos, y al propio tiempo el espejo que nos devuelve nuestra imagen invertida en forma de aquello

⁵ De entre las distintas teorías sobre la base emocional de la justicia, me acojo al planteamiento de Freud, para quien la justicia es la renuncia a muchas cosas con el fin de que los demás tampoco las tengan. La envidia es un motor que, bajo el impacto de su rechazo social, se ve sometido a transformaciones profundas. Los impulsos prohibidos pueden aflorar a la conciencia convertidos en su contrario. La justicia sería la formación reactiva del sentimiento de envidia que se experimenta hacia los equivalentes, respecto de los cuales no se soporta que tengan el menor privilegio, y respecto de los superiores cuando su posición no es reconocida como legítima. Las limitaciones que impone la justicia, de una forma coactiva, compensan por el hecho de saber que también las sufrirán los demás, el rechazo a las reglas de justicia, inversamente, permite sospechar que el otro, la otra, no constituye una amenaza suficiente como para que compense la penalidad que supone someterse a la regulación del reparto.

de lo que carecemos. La forma de rehuir el reconocimiento de nuestra falla, de proteger nuestra imagen para confirmar el valor que nos atribuimos, es acudir al encuentro de un otro concebido como nosotros, semejante, que nos devuelva nuestra propia imagen conforme a la imagen que hemos hecho de nosotros, un espejo dominado como el de la madrastra de Blancanieves. El amor al otro ocultaría una negación de la otredad y confirmaría que somos merecedores de ser amados.

Uno de nuestros principales anhelos es alcanzar interrelaciones que se produzcan en régimen de paz. Ahora bien, por más que la paz se presenta como un bien social, no sólo es un objetivo inalcanzable, tampoco es deseable. La oposición y los conflictos son tan intrínsecos a la vida como la búsqueda de soluciones pacíficas. Sin embargo, los conflictos y las luchas, que tan amenazadores parecen, son las fuerzas que mantienen viva la sociedad. Ni la paz ni la violencia son modos de vida permanentes, la vida social se adormece hasta resultar inviable cuando no hay disputas, pero cuando éstas se prolongan, por justificadas que parezcan, llevan al agotamiento, que es una forma de muerte.

Es utópico un mundo social, presidido por el mutuo respeto y aceptación, como un mundo que funcione bajo el imperio de la justicia, o bajo el de la violencia/ley. La vida social se desarrolla en un clima que es el resultado combinado de la aceptación, la obediencia a la ley y las luchas. Adaptando las aportaciones de Luc Boltanski a los propósitos de esta ponencia podemos decir que nuestras relaciones tienen lugar conforme a dos modos: en paz y en disputa. El modo de paz nos remite a las relaciones solidarias, de mutua aceptación; cuando la paz funciona en régimen de justeza, no hay consideraciones explícitas sobre el reparto de bienes, la equivalencia es tácita y se manifiesta por el uso que las personas hacen de las cosas; por tanto, no se funciona conforme a criterios de equivalencia con validez universal, se trata de un régimen que funciona a escala local. Cuando la paz es en ágape,⁶

⁶ Del griego, amor. Comida que los fieles hacían en común en la Iglesia primitiva.

los vínculos son los del amor, donde el otro no tiene equivalente, es un fin para nosotros. Las personas quedan situadas en primer plano, y las cosas se les subordinan. En cuanto a la disputa, puede funcionar de dos modos: en justicia o en violencia. En el primer caso lo que se persigue es que los objetos cambien de manos, se discute sobre las reglas del reparto. En el caso de la disputa en violencia, las personas no son tenidas en cuenta, una fuerza va al encuentro de otra fuerza, y al otro sólo se le reconoce como fuerza opuesta.

TABLA 5

<i>Equivalencia</i>	<i>Paz</i>	<i>Disputa</i>
Fuera de equivalencia.	Amor, ágape. Sólo se reconocen las personas.	En violencia. Sólo se reconocen las cosas.
En equivalencia: se asocian las personas y las cosas.	Justeza. Se manifiesta por el uso que hacen las personas de las cosas.	En justicia. Establecimiento de principios de equivalencia.

FUENTE: elaboración propia.

El problema en juego es la cuestión de la equivalencia, ya sea entre personas o entre personas y cosas. Cuando nos movemos fuera de relaciones de equivalencia en paz, las personas resultan irremplazables; en disputa, lo que son irremplazables son las cosas. La persona en un caso o la cosa en el otro caso son un fin para nosotros. Interpreto que el régimen de paz fuera de equivalencia sería la formulación radical de lo social, amar y ser amado, formar parte de una comunidad cohesionada mediante vínculos de reconocimiento recíproco. Pero cuando decimos que se produce un reconocimiento recíproco de las personas, ¿qué es en realidad lo que estamos reconociendo? ¿El resto indomable, impredecible que hay en toda subjetividad, a cuyo encuentro acudimos, resto irreductible que nos enamora? ¿O aquello que

confirma nuestra subjetividad como efecto de los procesos de sujeción social, lo predecible? Cuando hablamos de lo social, ¿el encuentro es entre contingencias?, la persona en proceso de construcción en cada encuentro, ¿o de esencias?, una identidad fija, previsible.

Entiendo que la paz fuera de equivalencia, el espacio radical de la socialidad, es acudir al encuentro del otro. Lo que significa que nos aproximamos sin poder anticiparlo, sin saber al encuentro de quién vamos, y sabiendo que el resultado del encuentro comportará un acto de reconocimiento incompleto, y ser reconocidos incompletamente por el otro. Acudir al encuentro del otro requiere saber que los sujetos, siendo productos de relaciones anteriores, generan relaciones nuevas y por tanto impredecibles, porque su subjetividad se va construyendo en el proceso de relacionarse. Si al otro lo tomamos en lo que tiene de producto de las circunstancias, lo que vemos, lo que anticipamos es el encuentro con una mujer, un hombre, un empresario, un inmigrado. Pero si lo reconocemos como sujeto, en lo que tiene de dueño de su propia vida, no sabemos lo que se producirá en el encuentro con el otro, es estar abierto a la incertidumbre, a la sorpresa en confianza. Bajo la presión del miedo, las agresiones a mujeres y entre hombres, el encuentro con el otro es imposible. Saberse incapaz de reconocer completamente es el único modo de aproximación posible para el ser humano, ya que al mismo se le concibe como el proceso de hacerse en el encuentro con el otro. Si el ser humano nunca acaba de ser, el encuentro nunca se acaba de producir y siempre es incierto.

Lo social está llamado a crear la ficción de ese encuentro, o si se prefiere, la confianza en ese encuentro. A lo que se acude es a suturar la brecha de la incertidumbre, de la carencia, de la falta de totalidad, para la que construimos un imaginario. A ese imaginario le podemos llamar nación, comunidad de las mujeres, libertad, igualdad, justicia, aniquilación de los privilegios. Pero si ese imaginario no es cuestionado, los otros, los que no participan del imaginario que nos hace amar, reconocer y sentirnos reconocidos por los demás, convierte a “los otros” en el otro, la nega-

ción de la confianza en el ser definitivo, la crisis de confianza en el ingenuo sentimiento de identidad, de ser iguales a nosotros mismos. El otro no reconocido, el negado, el excluido, el objeto de nuestra violencia, es una construcción mediante la cual expresamos la resistencia a aceptar que el sujeto jamás es igual a sí mismo, el otro que perturba, amenaza y cuya desaparición se desea, es la proyección del resto indecible en cada subjetividad.

El régimen de paz no es la alternativa al régimen de disputa, al ejercicio de la violencia cuyo extremo es la destrucción del otro, a menos que deseemos hacer de la vida humana un estado vegetativo, a menos que pretendamos que hemos alcanzado el fin de la historia, llamando eternidad a lo que no es sino muerte. Lo social, el régimen de paz, no existe ni puede existir sin la disputa, porque el reconocimiento de las cosas —sean ideas, objetos, tierras, religiones, es decir, productos de la acción humana, o seres humanos vistos en su calidad de objetos de satisfacción, ignorando que son sujetos deseantes, dotados de sentimientos e intenciones, subjetividades que se oponen a nuestra subjetividad— nos impulsa hacia ellas para acogerlas, pero acogerlas implica su anulación como objetos independientes. El único modo en que se puede reconocer al otro es haciéndolo predecible, impidiendo que siempre sea distinto de sí mismo, y como sujeto que reconoce, debo a mi vez resistirme a ser distinto de mí, a riesgo de que no pudiera reconocer al otro, no porque ha cambiado, sino porque yo ya no soy yo y mi modo de ver las cosas no es el que era ni el que será.

La política del reconocimiento se sostiene mediante la existencia/producción de un enemigo exterior fijo y requiere la predictibilidad, que las cosas sean lo que se espera y no otra cosa. “La mujer” y “el hombre” no son sino obras de la ingeniería de la predicción que sostienen la ficción de una identidad igual a sí misma susceptible de ser reconocida: la mujer-ama-de-casa-que-ante-pone-las-necesidades-de-su-familia-a-las-suyas-propias, el hombre-honrado-y-trabajador-dispuesto-a-dar-la-vida-por-los-suyos. Son construcciones que fortalecen la ficción del reconocimiento, para cuyo sostenimiento hay que construir imaginarios

amenazadores, que liberan la agresividad sustraída a lo social, lanzándola fuera de sus márgenes.

También las relaciones de equivalencia, el régimen de paz, que en este caso se trata de una paz en justeza que establece la relación de las personas con las cosas, se manifiesta por el uso que las personas hacen de las cosas, tiene por tanto un carácter contextual y práctico, e implica una aceptación tácita de las reglas del reparto. Las relaciones mujer/hombre no tienen lugar bajo relaciones de equivalencia, por lo que se hace imposible el encuentro de las unas con los otros. La paz en justeza es la que se deriva de la confianza en que serás cuidado, en que serás tratado como una persona, no como un obstáculo a la consecución de los propios deseos o un objeto de posesión, que es la consideración predominante que reciben las mujeres en la actualidad. Pero a la confianza le ocurre algo similar que al reconocimiento. Del mismo modo que el reconocimiento es tan necesario como imposible, la confianza ha de ser ciega o no lo es, y al mismo tiempo no se puede aunque se quiera, tener confianza ciega, de ahí la enorme tensión subyacente a lo social. De ahí que la paz en justeza se vea continuamente contestada por la disputa en justicia, la exigencia de que se definan los criterios del reparto que no remitan a las personas o a la relación de las personas con las cosas, sino a las cosas mismas, respecto de las cuales el otro aparece como un obstáculo y por eso mismo ambos se enfrenten a la ruptura, al recíproco deseo de aniquilación.

Paradójicamente, si seguimos los debates actuales sobre los fundamentos de la justicia, la brecha entre paz y disputa en cuanto a la relación de las personas con las cosas, o el reparto, alinea de un lado a los comunitaristas, para quienes no es aceptable el establecimiento de normas universales, y algunas feministas que ponen en el centro de las cuestiones relativas a la justicia a la persona y su contexto;⁷ con los liberales, quienes prescinden del contexto y confían en la capacidad de la razón para resolver los problemas del reparto. De un lado la confianza se apoya en la cultura

⁷ Carol Gilligan (1982) es el ejemplo más destacado de esta posición.

compartida⁸ o el papel de las emociones,⁹ del otro lado en la razón.¹⁰ Adicionalmente, hay corrientes que defienden la idea de que los criterios de justicia tienen sesgo de género, afirmando que la atención a la persona y el contexto es una forma de abordar los problemas del reparto propia de las mujeres, mientras que el acento en normas universales sobre el reparto prescindiendo del contexto en que se aplican y las personas que se verán afectadas por las mismas es un modo de abordar la justicia que prevalece en los hombres.¹¹

LA VIDA EN COMÚN: DE LA ESTÉTICA DE LA DIFERENCIA A LA ÉTICA DE LA SIMILITUD EN EL SUFRIR

El reconocimiento de la diversidad de posiciones en torno a las concepciones del bien hace muy difícil organizar la coexistencia. Erradicar la diversidad de concepciones, por más que no todas nos parezcan igualmente válidas, implicaría un uso de la coerción por parte del Estado.

Tal como lo plantea Chantal Mouffe (1999), el liberalismo niega lo político y traslada la discusión sobre la validez de las distintas concepciones del bien a la esfera privada, para asegurar un consenso en lo público bajo régimen de mínimos. El supuesto mínimo es que somos agentes sociales racionales. Por tanto, estamos dispuestos a someter nuestras demandas a procedimientos

⁸ Un ejemplo muy destacado es Sandel.

⁹ Moller Okin otorga una importancia primordial a la empatía, como también ocurre con Aurelio Arteta por citar un ejemplo más próximo a nosotros.

¹⁰ El ejemplo más destacado es Rawls.

¹¹ El debate ha generado ríos de tinta, una parte considerable de los cuales procede del trabajo de Carol Gilligan, el cual ha sido contestado y confirmado mediante evidencias empíricas. Hay estudios que confirman una disposición distinta en las mujeres que en los hombres respecto de la justicia, mientras que otros estudios señalan una coincidencia entre la posición de las mujeres y la de los grupos oprimidos, como los trabajadores o los negros, de donde se seguiría que la concepción de la justicia que pone el acento en las personas y en

imparciales de evaluación, diseñados conforme a lo que dicta la razón. Como si a “la razón” no le latiera un corazón en el pecho.

Pero ese abordaje implica ignorar la voluntad de poder y el antagonismo, así como también niega que las pasiones tengan un papel en las interacciones. Adicionalmente, en la política hay grupos y entidades colectivas, no individuos aislados. Por eso Mouffe considera que el liberalismo político trata de establecer la unidad negando que se impone en un campo atravesado por múltiples antagonismo. Ése es también el planteamiento de Young (1996), la cual cuestiona la oportunidad de concebir la democracia como un régimen político en el que los sujetos sean individuos, y señala la necesidad de concebir la participación política como participación de grupos, por ejemplo, las mujeres, los inmigrantes, los homosexuales y los trabajadores asalariados.

Mouffe contrapone a los liberales, que privilegian los valores de la libertad y de los derechos individuales, de los demócratas, que insisten en la igualdad y en la participación. Hay que promover la lealtad a las instituciones democráticas, pero no debe hacerse apoyándose en que son racionales, sino mediante identificación con ellas, por tanto, la adhesión no es racional, sino afectiva.

En lugar de protegernos del componente de violencia y hostilidad inherente a las relaciones sociales, la tarea es explorar la manera de crear las condiciones bajo las cuales esas fuerzas agresivas pueden ser desactivadas y desviadas para hacer posible un orden democrático pluralista (Mouffe, 1999:207).

Entiendo que la posibilidad de la democracia es la posibilidad de poner en juego sentimientos que sostengan y alimenten una cierta forma de entender la vida en común, defendiéndola contra otras formas que se nos oponen no sólo en términos de enemigos o amenazas exteriores, sino también en forma de demonios internos que nos impulsan, contradictorios e incoherentes como somos,

los contextos no es específicamente femenina, sino más bien propia de las personas que se hallan colocadas en posiciones de subordinación, mientras que las concepciones universalistas de la justicia prevalecen entre las personas de niveles socioeconómicos altos, los adultos, los hombres o quienes gozan de un elevado nivel educativo.

a traicionar nuestros propios ideales.¹² Por ejemplo, la lucha contra el sexismo puede concebirse estrictamente como una lucha contra el otro sexo, o cuando menos contra la posición social de que disfruta, los privilegios de que goza, los recursos a los que accede, y la capacidad que tiene de que sus intereses prevalezcan cuando se discuten las reglas de juego que contiene la vida en común.

Pero si consideramos, como propongo, que tanto el hombre como la mujer son efectos del sexismo y no sus causas, combatir a los hombres no es combatir el sexismo, como combatir la fiebre no es combatir la infección. Una lucha radical, a vida o muerte contra el sexismo, una lucha sin tregua comporta atender contra nuestra propia identidad. Producida en condiciones sexistas, se halla sujeta a los modos de hacer, a las formas de interrelacionarse que definen al sexismo y que dan como resultado la supremacía de un grupo de seres humanos, los sujetados a patrones masculinos, respecto del otro grupo, los sujetados a patrones femeninos. El sexismo habita en el núcleo mismo de cada subjetividad, de donde las expresiones subjetivas, las que son vividas como propias de cada persona, son en la misma medida impropias. Al ser producto del sexismo, cada afirmación de subjetividad es la renuncia a ser sujeto, agente constructor de la propia vida. Los deseos de una “mujer”, las emociones que en ella se desencadenan en sus interacciones, son motores que la impulsan hacia su confirmación, haciendo de cada acontecimiento de su vida la actualización de su entrega, de su renuncia a desarrollar un pensamiento propio, un plan de vida propio.

Combatir el sexismo, adoptar una postura radical en esta lucha, significa ir a la raíz del problema, y en la raíz no están los hombres, sino las condiciones externas e internas que impiden a una mujer salir de la lógica de la división sexual del trabajo material y emocional. Las fuerzas internas la llevan sistemáticamente a ponerse en segundo plano en las competencias laborales o polí-

¹² Hay que recordar la inestabilidad, contradicciones y conflictos que caracterizan a la subjetividad.

ticas, a tomar como expresión más alta del amor la maternidad, sin interrogarse sobre su indiferencia hacia el sufrimiento de niños que no son los suyos, o su preferencia por hombres mayores y en mejor posición social que la suya, o su tendencia a asociar el fin de su vida con lo propuesto en los cuentos infantiles: “se casaron, fueron felices y comieron perdices”. Su fantasear unos brazos rodeándola y no ella misma rodeando con sus brazos a un otro que no sea el hijo. Su reticencia a dar la cara y arriesgarse a que se la rompan cuando tiene algo por lo que luchar más allá de las cuatro paredes de su refugio/prisión.

Combatir el sexismo en su raíz, cuando situamos nuestro compromiso en las interacciones sociales, es no tolerar que en las negociaciones sobre condiciones de trabajo se le dé sistemática prioridad a los ingresos o se defiendan preferentemente los puestos de trabajo de los hombres cabeza de familia, sino atreverse a cometer la traición de no renunciar a la equiparación salarial, aunque sea una demanda que no beneficie al conjunto y por tanto sea tachada de irresponsable y egoísta. A defender los aspectos relativos a la jornada laboral, reduciéndola sistemáticamente de modo que no se oponga a tener una vida propia y poder atender a los demás cuando nos necesitan. Significa defender los derechos de los hijos —no de las madres— en el lugar de trabajo; por tanto, defender el derecho de las criaturas, de los enfermos, de los viejos a ser atendidos. Exigir que los hijos no sólo sean atendidos por las madres, sino también por los padres, y por tanto crear unas condiciones de organización de la producción que incluyan la producción de la propia vida humana, en las actividades que tienen que ver con su cuidado inmediato.

La entrada de lo social en la política implica que la aceptación del otro como semejante impida la recíproca destrucción. Implica tratar al otro y a nosotros mismos como fines, y no seres sometidos a intereses instrumentales. Cuando aprendemos a convivir con el otro, a tomarlo como fin, se suspende el prejuicio, la anticipación, el re-conocimiento, se está abierto a conocer y a cambiar, a aceptar que lo coherente en el ser humano es ser capaz de desviarse de sus propios fines por el impacto de la presencia del

otro. En el régimen de las relaciones políticas el otro es partidario, aliado, obstáculo o enemigo. En el régimen de las relaciones laborales, el otro es medio para nuestros propios fines. En el régimen social, el otro es un fin para nosotros, aquel de quien aprendemos cualidades, quien nos ayuda a ser, lo humano deviene imposible cuando se suspende la interacción con los semejantes. Socializar el cuidado, o lo que es lo mismo, organizar la vida en común bajo el régimen de paz social, implica la desaparición de la división sexual del trabajo.

Nos resta diseñar una cobertura para lo social en la que quepan estas propuestas. Propongo como vía de aproximación a lo social el reconocimiento del sufrimiento en cualquiera de sus formas, y muy especialmente el reconocimiento del sufrimiento que genera la humillación. Frente a la estética de la diferencia entre los sexos, defiendo una ética de la similitud en el sufrimiento, cuyo imperativo moral, expresado en la forma más extrema, es la apertura a conectar y reconocer el propio sufrimiento en el otro cuando nos hace sufrir, incluso cuando nos mata. ¿Qué invasión produce la lógica del orden patriarcal en la subjetividad de un hombre para que mate a quien ama y luego se quite la vida? ¿Qué invasión de la subjetividad produce el orden patriarcal en un hombre que viola o maltrata? ¿Qué invasión de la subjetividad se produce en una mujer que se acuesta con aquel de cuyo dinero depende, o con quien la desprecia y la somete a maltratos físicos y psíquicos? Estar dispuestas a acabar con el sexismo en su propia raíz implica dialogar. Y para dialogar es preciso escuchar los relatos del sexismo en los términos en que son vividos por cada uno. Es destapando el pozo de sufrimiento¹³ de la desigualdad, explotación y sumisión de las mujeres, un pozo del que ya estamos empezando a extraer los relatos de las mujeres y del que todavía nos resistimos a escuchar los relatos de los hombres, como la política se impregna de lo social. Detrás de cada posición en el poder, de cada posición de clase, de género, de edad... hay un relato de

¹³ Tomo de Rorty la idea de atender al sufrimiento como base para la fundación de solidaridad.

sufrimiento que espera ser oído, condición de posibilidad de definir la política como participación. El primer paso de la política como participación es participar del sufrimiento, escucharlo, saberlo reconocer en cualquiera de las formas en que se presente, y el segundo es asumir nuestra precariedad, el hecho de que nuestra existencia, no sólo psíquica sino física, es imposible sin el otro.

BIBLIOGRAFÍA

- ARTETA, Aurelio
 1996 “La piedad en Rousseau: de la pasión a la virtud”, en *Isegoría*, núm. 14, CSIC.
- BOLTANSKI, Luc
 1990 *L'Amour et la Justice comme compétences*, París, Métailié.
- BRAIDOTTI, Rosi
 2000 *Sujetos nómades. Corporización y diferencia sexual en la teoría feminista contemporánea*, Buenos Aires, Paidós.
- BUBECK, Diemut Elisabet
 1995 *Care, Gender, and Justice*, Oxford, Clarendon Press.
- BUTLER, Judith
 1998 “Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista”, en *Debate Feminista*, vol. 18, octubre.
 2001 *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, México, Paidós.
 2001 *Mecanismos psíquicos del poder*, Madrid, Cátedra.
- BUTLER, Judith y Ernesto LACLAU
 1999 “Los usos de la igualdad”, en *Debate Feminista*, vol. 19.
- CÁMARA DE DIPUTADOS, CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES Y DE OPINIÓN PÚBLICA
 2005 *Reporte temático núm. 1. Violencia y maltrato a menores en México*, febrero.
- CORNELL, Drucilla
 2001 *En el corazón de la libertad. Feminismo, sexo e igualdad*, Madrid, Cátedra.

FREUD, Sigmund

- 1914 “Introducción al narcisismo”, en <www.philosophia.cl>, Escuela de Filosofía Universidad ARCIS.
- 1974 *Obras Completas*, Madrid, Nueva Visión.
- 1974 “El malestar en la cultura”, 1929 [1930], Tomo VIII, en *Obras Completas*, Madrid, Nueva Visión.
- 1974 “El porvenir de una ilusión”, 1927, Tomo VIII, en *Obras Completas*, Madrid, Nueva Visión.
- 1974 “Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis”, 1932 [1933], Tomo VIII, en *Obras Completas*, Madrid, Nueva Visión.
- 1974 “Consideraciones de la actualidad sobre la guerra y la muerte”, 1915, Tomo VI, en *Obras Completas*, Madrid, Nueva Visión.

FORRESTER, John

- 2001 “Justicia, envidia y psicoanálisis”, en *Sigmund Freud. Partes de guerra. El psicoanálisis y sus pasiones*, Barcelona, Gedisa.

FRASER, Nancy

- 1997 *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición “postsocialista”*, Bogotá, Siglo del Hombre.

GILLIGAN, Carol

- 1982 *In a Different Voice. Psychological Theory and Women’s Development*, Cambridge, Harvard University Press.

GIRALDO RODRÍGUEZ, Liliana

- 2010 “El maltrato a las personas adultas mayores: una mirada desde la perspectiva de género”, en *Debate Feminista*, núm. 42.

HABERMAS, Jürgen

- 1999 *La inclusión del otro. Estudios de teoría política*, Barcelona, Paidós.

HELD, Virginia

- 1990 “Mothering versus Contract”, en Jane J. Mansbridge (ed.), *Beyond Self Interest*, Chicago, Chicago Press.

HONNETH, Axel

- 1997 “Recognition and Moral Obligation”, en *Social Research*, vol. 64, núm. 1.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y GEOGRAFÍA
(INEGI)

- s.f. “Estadísticas de Mortalidad”, México, INEGI, disponible en <<http://www3.inegi.org.mx/Sistemas/temasV2/Default.aspx?s=est&c=17484>>.
- 2011 “Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre la Seguridad Pública”, México, INEGI.

IZQUIERDO, María Jesús

- 1995 “El dret al treball per a les dones en el marc de la Constitució de 1978”, en *Segona Universitat d'Estiu de la Dona*, Barcelona, Institut Català de la Dona.
- 1998 “5. Ley del deseo, elección del deseo y deseo de ley”, en *El malestar en la desigualdad*, Madrid, Cátedra.
- 1999 “Del elogio de la diferencia y la crítica de la desigualdad a la ética de la similitud”, en *Papers*, núm. 59.
- 2001a “Razón y sentimiento en las relaciones de pareja: ¿del contrato al diálogo?”, en congreso “Los hombres ante el nuevo orden social”, Emakunde (Instituto Vasco de la Mujer), Centro Kursal Elkargunea, Donostia, del 13 al 15 de junio.
- 2001b *Sin vuelta de hoja. Sexismo: placer, poder y trabajo*, Barcelona, Bellaterra.
- 2000 *Cuando los amores matan. Cambio y conflicto en las relaciones de edad y de género*, Madrid, Libertarias.
- 2000 “Visibilidad y legitimidad de las mujeres como colectivo social”, en las jornadas “Transmitir, valorar y reconocer la experiencia de las mujeres”, Instituto Vasco de la Mujer, Vitoria, 26 de junio.

KELLERHALS, Jean; Marianne MODAK y David PERRENOUD

- 1997 *Le sentiment de justice dans les relations sociales*, París, Presses Universitaires de France.

KRISTEVA, Julia

- 1995 “Tiempo de mujeres”, en *Las nuevas enfermedades del alma*, Madrid, Cátedra.

MACKINNON, Catharine A.

- 1984 *Feminism Unmodified. Discourses on Life and Law*, Cambridge, Harvard University Press.

- MARSHALL, Thomas Humphrey
 1998 “Ciudadanía y clase social”, en Th. Humphrey Marshall y Thomas B. Bottomore, *Ciudadanía y clase social*, Madrid, Alianza.
- MATURANA, Humberto R.
 1996 “Realidad: la búsqueda de la objetividad o la persecución del argumento que obliga”, en Marcelo Pakman (comp.), *Construcciones de la experiencia humana. Volumen I*, Barcelona, Gedisa.
- MOUFFE, Chantal
 1999 “La política y los límites del liberalismo”, en *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*, Barcelona, Paidós.
- PATEMAN, Carole
 1995 *El contrato sexual*, Barcelona, Anthropos.
- RORTY, Richard
 1991 *Contingencia, ironía y solidaridad*, Barcelona, Paidós.
- SECRETARÍA GENERAL DEL CONSEJO NACIONAL DE POBLACIÓN
 s.f. “Principales causas de mortalidad en México, 1980-2007”, en <http://www.conapo.gob.mx/es/CONAPO/Principales_causas_de_mortalidad_en_Mexico_1980>.
- SPELMAN, Elizabeth V.
 1998 *Inessential Woman. Problems of Exclusion in Feminist Thought*, Boston, Beacon Press.
- TRONTO, Joan C.
 1987 “Beyond Gender Difference to a Theory of Care”, en *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 12, núm. 4.
 1994 *Moral Boundaries. A Political Argument for an Ethic of Care*, Nueva York, Routledge.
- YOUNG, Iris M.
 1990 “Imparcialidad y lo cívico público. Algunas implicaciones de las críticas feministas a la teoría moral y política”, en Seyla Benhabib y Drucilla Cornell, *Teoría feminista y teoría crítica*, Valencia, Alfons el Magnànim.
 1996 “Vida política y diferencia de grupo: una crítica del ideal de ciudadanía universal”, en Carme Castells, *Perspectivas feministas en teoría política*, Barcelona, Paidós.
 2000 “Las cinco caras de la opresión”, en *La justicia y la política de la diferencia*, Madrid, Cátedra.

¡NI UNA MÁS!
¿TRAICIONA AL FEMINISMO
LA LUCHA CONTRA EL FEMINICIDIO?

José Manuel Valenzuela

Les hice ver que ellas no viven en el mundo que es el nuestro. Les hice ver que en Bolivia no se respetan los derechos humanos... Pero a las mujeres como nosotras, amas de casa, que nos organizamos para alzar a nuestros pueblos, nos apalean, nos persiguen. Todas esas cosas ellas no veían. No veían el sufrimiento de mi pueblo...

Domitila Barrios (1975)¹

BARRIENDO PARA CASA: FEMINISMO Y FEMINICIDIO

En octubre de 2011 se realizó el congreso Vida y Resistencia en la Frontera Norte. Ciudad Juárez en el Entramado Mundial. Entre los ejes reflexivos de este evento se ubicaba el análisis de dos décadas de feminicidio sistemático en esta ciudad fronteriza.² En esta reunión, la doctora María de Jesús Izquierdo, académica y feminista europea, aseveró que la lucha contra el feminicidio en Ciudad Juárez traicionaba al feminismo y construyó el argumento con base en datos estadísticos sobre muertes violentas en Méxi-

¹ Fragmento del discurso de Domitila Barrios, feminista y militante de las luchas mineras bolivianas, en el Tribunal del Año Internacional de la Mujer (1975), celebrado en México y auspiciado por la ONU.

² Congreso organizado el 25 de octubre de 2011 en Ciudad Juárez por El Colegio de la Frontera Norte (El Colef).

co, donde se muestra que durante los últimos años se han asesinado más hombres que mujeres y que es mayor la probabilidad de que ellos mueran por violencia. A partir de esta información, cuestionó que quienes trabajan o luchan contra el feminicidio se concentren en las mujeres, pues se estaría traicionando *al feminismo*. A manera de refrendo, añadió contundente: *y creo que lo estamos traicionando*. La lógica del razonamiento que sustenta la traición deriva del supuesto objetivo sectorial de quienes combaten al feminicidio y de una imputada falta de interés en asuntos más amplios de la vida social.³

Reconociendo que estudiar la situación de las mujeres ofrece claves para entender la situación de la sociedad, la doctora Izquierdo afirmó que cuando se enfatiza la lucha contra el feminicidio *se barre para casa*, lo que implicaría preocuparse sólo por la situación de las mujeres e implicaría una grave falta de interés por la situación de la sociedad. A partir de este juicio, sentencia que en la brega contra el feminicidio existe *una enorme traición al feminismo y un empobrecimiento a sus ambiciones, que son pretensiones universales, posiciones con ansia de universalidad y afán de dar cuenta de la sociedad y no de las mujeres (aunque las incluye)*.

Considero necesario destacar que, de acuerdo con los datos proporcionados por la doctora Izquierdo, en México, en América Latina y en gran parte del mundo, la violencia cobra más

³ Considerando las tasas de homicidios de hombres y de mujeres en México, la doctora Izquierdo afirmó que las grandes diferencias en las tasas de homicidios y muerte violenta entre hombres y mujeres no deben silenciarse y que ofende a su inteligencia que ante datos tan abrumadores e indiscutibles se resalten los feminicidios, lo cual implica ocultar evidencias. Dicho lo anterior, planteó su proclividad hacia un feminismo de voluntad universalista que debe explicar “por qué los hombres, sobre todo, se matan a sí mismos”. Finalmente, destacó que la expresión por excelencia del patriarcado es la muerte de hombres por hombres y no de mujeres por hombres. Parte central de este argumento es que la muerte de la mujer es instrumental al asesino o a quien ordena el asesinato, por lo tanto, el hombre no mata a la mujer por ser mujer, sino porque la ama, argumento que pretende cuestionar la interpretación de que el feminicidio corresponde al asesinato sistemático de mujeres por parte de hombres por el hecho de ser mujeres.

vidas de hombres que de mujeres y esto ha sido así por mucho tiempo, lo cual no invalida la preocupación por el asesinato de mujeres, pues entonces justificaríamos su condición residual, periférica, invisible. Las mujeres conforman la mitad de la población del planeta y su situación expresa la calidad del actual proyecto social y civilizatorio, por lo tanto, el feminicidio no sólo ofrece claves para entender la situación de la sociedad, sino que es su expresión desmaquillada.

Si bien estoy de acuerdo en la necesidad de conjuntar esfuerzos para que los movimientos no queden reducidos a dimensiones localistas o insulares, difiero de la interpretación de la lucha antifeminicida como traición al feminismo, entendiendo la traición como la falta o acción alevosa que se comete mediante la ruptura o quebranto a la fidelidad, confianza o lealtad que debería mostrarse. En este texto me concentraré en el argumento que define al antifeminicidio en México como traición al feminismo, pues considero que este planteamiento implica un cuestionamiento a la batalla de muchas mujeres (y hombres) que por varios años han luchado para detener el asesinato sistemático de mujeres en Ciudad Juárez, en el país y en otras partes del mundo. Muchas de ellas han sido asesinadas en el intento de buscar cauces de justicia frente a la impunidad que cobija a los feminicidas. Mujeres como Josefina Reyes y su familia, Susana Chávez, Marisela Escobedo y varias personas más, asesinadas, heridas (como Norma Andrade) o desterradas del país, exiliadas tras sufrir la amenaza directa que establece un límite perentorio a sus vidas. Pensando en ellas, me pareció necesario reflexionar sobre los alcances del postulado que establece que la lucha contra el asesinato de mujeres en México conforma una traición al feminismo.

El feminicidio implica a miles de mujeres asesinadas en nuestro país tan sólo por vivir en cuerpo de mujer, por ello, al escuchar el planteamiento de *la traición*, me surgió inevitable la pregunta: ¿a qué feminismo se traiciona cuando se lucha contra el feminicidio? ¿Quién tiene autoridad y poder para definir la agenda feminista? ¿Existe un feminismo *universal* por fuera de las luchas específicas (sectoriales) de las mujeres (y de los hombres) en el

mundo? ¿Quién define el lugar de enunciación, el poder de interpretación y la acción feminista y quién otorga el poder para hacerlo?

Coincido en la necesidad de ubicar el tema del feminicidio en marcos interpretativos amplios que implican la construcción sociocultural de hombres y mujeres, así como sus diversas identidades sexuales, pero asumo que también debemos considerar elementos estructurados y estructurantes de la desigualdad social, los marcos hegemónicos de significación de las diferencias y las praxis transformadoras de los modelos de dominación.

El feminicidio se inscribe en un orden patriarcal y refiere a la condición límite de poder y misoginia. Efectivamente, el feminicidio ha estado presente a lo largo de la historia organizada desde el orden patriarcal y su expresión más descarnada se observa en guerras o en condiciones donde los hombres tienen poder para disponer de la vida de otros hombres y mujeres de los grupos subalternos, historia reconocible en regímenes esclavistas y en muchos conflictos bélicos actuales donde las mujeres se convierten en botín de guerra, pero también en sociedades que producen amplios sectores excluidos, desechables, sacrificables.

El feminicidio en México fue adquiriendo nombre y visibilidad en Ciudad Juárez a partir del registro de cientos de mujeres que, tras su *desaparición*, se les encontraba asesinadas en algún paraje solitario. Los cuerpos de las víctimas presentaban huellas de abuso sexual y de tortura, indicios brutales de dolor, sufrimiento y cruenta agonía. La zozobra generada por la desaparición del ser querido se solapaba con el encuentro brutal del cuerpo aterrido, descompuesto, violado, supliciado y, después, la soledad, la indolencia gubernamental, el engaño, la certeza de que existe encubrimiento para los asesinos, las amenazas y en varias ocasiones la muerte de quienes sólo pedían aclarar lo ocurrido a sus hijas, justicia, justicia de verdad, no simulacros, no gesticulaciones, no retórica manida.⁴

⁴ Durante el gobierno de Felipe Calderón se ha asesinado a 63 defensores de derechos humanos y cuatro están desaparecidos (Martínez, 2011).

En un primer momento, las jóvenes asesinadas fueron identificadas como las muertas de Juárez (nombre aséptico que oscurecía y cubría el acto homicida). Pero las muertas de Juárez viven en la memoria de su gente, en sus redes afectivas, en el largo historial de agravios local y nacional, y fue debido a esa memoria y a esa lucha inquebrantable que la muerte artera de mujeres devino emblema internacional de pronunciamientos y actos de solidaridad de diversos grupos sociales, especialmente de colectivos, redes y agrupaciones feministas. Las muertas de Juárez no están muertas, no hasta que se castigue a los responsables, no mientras vivan en la memoria de quienes las quieren y extrañan. Por ello apareció el malestar de los familiares de las víctimas con esa denominación, pues no son *muertas* así nada más, son mujeres asesinadas y existen responsables que deben ser castigados. Al renombrar estas muertes, cambiaron los acentos. Detrás de tanta mujer asesinada existen responsables que gozan de impunidad y cobertura oficial. La articulación de experiencias de familiares de las víctimas con activistas sociales, defensores de derechos humanos, estudiantes y feministas que se involucraron en la lucha para exigir justicia, abrevó en la propia tradición feminista y logró reubicar enfoques y sentidos, transformando la imagen sin sujeto responsable de *las muertas* por denominaciones más precisas como feminicidio, concepto que enfatiza el acto homicida y la razón patriarcal que le subyace. Este giro más que discursivo implicó identificar la violencia de género que subyace al feminicidio y colocarlo como crimen de lesa humanidad. Entonces, podemos interrogar si el combate para erradicar crímenes que violan los derechos humanos puede traicionar al feminismo.

Una novela del siglo XIX fue la obra germinal que inspiró a Diana Russell (2006) para recuperar el concepto de *femicide*, apropiado para nombrar al asesinato de una mujer (femicidio), así como para definir al asesinato sistemático de mujeres debido a su condición de mujer. Para comprender el feminicidio resulta imprescindible ubicarlo dentro de un orden patriarcal que por definición es misógino y sexista. Celia Amorós lo define como un pacto interclasista metaestable que conforma un patrimonio del

genérico de los varones en cuanto se autoinstituyen como sujetos del contrato social ante las mujeres que son en principio las pactadas (Amorós, 1985). Yo añadiría que el patriarcado es una relación desigual de poder entre hombres y mujeres que se (re)produce en las estructuras sociales, en los ámbitos institucionales, en los ámbitos cotidianos y en los entramados culturales. Sin embargo, la interpretación del feminicidio, sólo desde el orden patriarcal, siendo insoslayable, resulta insuficiente, pues no puede entenderse la existencia de dos décadas de feminicidio impune en Ciudad Juárez y en otros lugares del país obviando la corrupción e impunidad como elementos naturalizados en el funcionamiento de las instituciones del Estado, por ello la comprensión del feminicidio requiere incorporar el estudio del *Estado adulterado* y sus redes de relaciones con el llamado crimen organizado.

El análisis del feminicidio se fortaleció en la frontera en el marco devastador del capitalismo neoliberal, generador de precarización y pobreza para las grandes mayorías y riqueza desmesurada para el uno por ciento del planeta. Un modelo que también genera grandes niveles de desempleo, expulsión, exclusión y destrucción de los programas de asistencia y cobertura social, disminución de las organizaciones y contratos colectivos de las y los trabajadores, precarización urbana, afectación al medio ambiente, guerras genocidas. Los efectos del modelo capitalista dominante en la región fronteriza del norte de México han afectado de manera especial a las mujeres pobres, por ello resulta necesario ubicar el asesinato sistemático de mujeres dentro de este contexto socioeconómico (Valenzuela, 1989 y 2012).

En Ciudad Juárez existen procesos de desplazamiento y desarraigo que conllevan fragilidad y deterioro del tejido social que devienen condición de posibilidad para la existencia de *las desaparecidas* (Amorós, 2007). Esta expropiación de referentes próximos y la disminución de sus derechos las acerca a la servidumbre y las convierte en mujeres invisibles, sustituibles, indiscernibles, genéricas, condición que permite que desaparezcan o sean asesinadas frente a la indiferencia institucional. Son mujeres colocadas en categorías residuales, excedentes, indeseables o superfluas

(Bauman, 2005), vidas precarias (Butler, 2010), proscritas, prescindibles (Castells, 2000), sacrificables, suprimibles, a quienes se puede asesinar sin cometer homicidio (Agamben, 2006).

Han pasado dos décadas de feminicidio impune en Ciudad Juárez, asesinatos que se solapan con el juvenicidio y la muerte arterial que avanza en el país y que deja un saldo mayor a 60 mil asesinados durante el actual gobierno, la mayoría de ellos hombres y jóvenes. A pesar de que estas muertes emergen de un mismo entramado de adulteración estatal, deficiencia de las instancias que deberían garantizar seguridad y justicia para la población, corrupción e impunidad, el feminicidio tiene una condición distintiva a las otras muertes y es que se realiza contra personas por el solo hecho de ser mujeres, condición ampliamente documentada en los trabajos de Julia Monárrez (2009, 2010a y 2010b), Diana Russell (2006), Marcela Lagarde (2008), Rita Segato (2004 y 2010), Rosa-Linda Fregoso y Cynthia Bejarano (2010), Clara Eugenia Rojas (2007), Diana Washington (2005) y Socorro Tabuena (2003). El video documental también ha tenido un papel importante como registro crítico del feminicidio. Entre estos textos visuales destacan: *Señorita extraviada*, de la videasta chicana Lourdes Portillo (2001); *La batalla de las cruces*, de Rafael Bonilla y Patricia Ravelo (2006); *Bajo Juárez. La ciudad devorando a sus hijas*, de José Antonio Cordero y Alejandra Sánchez (2006) y *La carta (Sagrario, nunca has muerto)*, de Bonilla y Ravelo (2010).

Sabemos que la mayoría de las agresiones en contra de las mujeres se realizan en los ámbitos cotidianos y por parte de una persona cercana a la mujer, según la Organización Mundial de la Salud, 70 por ciento de las mujeres asesinadas son víctimas de sus parejas o ex parejas (García, 2011).⁵ En el caso del feminicidio, una parte importante de los homicidas no tenía relación afectiva con las mujeres asesinadas (en muchos casos ellos no las conocían, o tal vez las habían visto en fotografía), por lo tanto, no puede

⁵ La OIT informa que la trata afecta a 2 500 000 personas, especialmente mujeres y niñas. Más de la mitad (56 por ciento) es con fines sexuales y casi en su totalidad (98 por ciento) explota a mujeres y niñas (García, 2011).

generalizarse el argumento de que las matan por amor.⁶ Tampoco puede plantearse como eje argumentativo que se posee al objeto de deseo de otro, pues muchas de ellas tampoco mantenían relaciones amorosas con ese otro colocado en la misma red comunicativa del asesino. La información disponible permite identificar causas diversas que posibilitan el feminicidio, pero se sobrepone un elemento de poder que permite comprar autoridades para desviar las investigaciones, borrar evidencias, comprar silencios, garantizar impunidad. Hace muchos años que el feminismo cuestiona la reducción de los asesinatos de mujeres a la condición pasional, emocional, el amor o el deseo. Sabemos que en ellos existen múltiples causas, actores y niveles de cercanía o lejanía entre víctima y victimario, por lo cual resulta equivocado interpretar al feminicidio desde la centralidad del amor, el deseo o los celos. El feminicidio expresa relaciones de poder, y su manifestación en el nivel que posee en México y en otros países ocurre cuando fallan las instituciones que deberían garantizar el derecho a la vida, más aún cuando muchas de ellas se vuelven cómplices de los asesinos.⁷

¿AMORES QUE MATAN?

El tema del feminicidio incluye un fuerte componente misógino, pero también de clase y poder, pues no es un grupo de malandros que andan por la calle asesinando a cientos de mujeres (aun cuando existan este tipo de casos), la condición continuada y sistemática del feminicidio implica complicidades y mucho poder: componentes que permiten la impunidad de los feminicidas.

⁶ El acucioso trabajo de investigación de Julia Monárrez muestra que de un registro de 1 271 mujeres asesinadas, sólo en 233 (18.33 por ciento), los homicidas conocían a las víctimas, en 69 (5.43 por ciento) eran desconocidos y en 969 (76.24) se carece de información (Monárrez, 1998).

⁷ Por lo tanto, el eje de la lucha contra el feminicidio rebasa la tríada asesino-objeto de deseo-sujeto deseante, condición que implica reducir las identidades sexuales a la condición binaria y por fuera del marco de relaciones sociales. Las mujeres también desean, pero sus *objetos de deseo* no aparecen violados y asesinados por ellas (no debemos obviar que existe un alto subregistro de violencia y muerte homofóbica).

Si en muchos de los casos los asesinos (o el hombre a quien supuestamente se le mata su *objeto amoroso*) no conocen a las víctimas, entonces no puede argumentarse que las matan por amor, a menos que este razonamiento sea llevado al campo genérico y se establezca que el hombre ama a todas las mujeres y por ello las asesina. Sin embargo, la evidencia indica que los asesinos poseen formas *sectoriales* de acción, pues no se mata indiscriminadamente a todas las mujeres, sino que se asesina principalmente a mujeres pobres y precarizadas.

El amor y el deseo existen en todas las sociedades,⁸ pero no deriva en asesinato sistemático de mujeres. Sin embargo, la brutalidad y asesinato de mujeres por motivos de género se presenta en conflictos étnicos (Bosnia-Herzegovina y Ruanda), la violencia como arma de terror utilizada por alemanes nazis contra judías y soviéticas o las violaciones de mujeres vietnamitas por soldados estadounidenses, la violación y tortura contra mujeres por las fuerzas de seguridad en El Salvador, Guatemala, Nicaragua, Honduras, Perú, Haití y otros países latinoamericanos o los asesinatos y tortura durante las dictaduras de Chile, Argentina, Uruguay y Paraguay. A los crímenes de lesa humanidad cometidos por las dictaduras y gobiernos de la derecha latinoamericana se añaden los casos de feminicidio en México (más de seis mil entre 1999 y 2005), Guatemala (más de 35 mil desde 2010), República Dominicana y otros lugares donde permanece subregistrado (Fregoso y Bejarano, 2010), lo cual obliga a profundizar la mirada y escudriñar el orden social que permite que esto ocurra de forma impune. Si en todas las sociedades existe orden patriarcal, amor y deseo, ¿por qué no se presenta el feminicidio con la misma intensidad en todas las sociedades? Por supuesto que en todas existe el asesinato de mujeres justificado con argumentos vinculados al amor, el odio, los celos, el asesinato del objeto de deseo propio o ajeno, sin embargo no ocurren de manera masiva y sistemática, por ello la explicación desborda los límites de la interpretación de las emociones individuales y requiere colocarse en

⁸ Por lo menos desde la consolidación del amor romántico en el siglo XVIII.

los ámbitos de mediación entre lo individual y lo colectivo, donde el orden social y sus relaciones de poder adquieren insoslayable relevancia.

Resulta disuasivo colocar a la pasión en el centro explicativo del asesinato de mujeres, pues enfatizar el deseo, los celos y el amor como ejes heurísticos oculta la dimensión de poderes de género asimétricos institucionalizados; poderes patriarcales social y culturalmente reproducidos y justificados mediante formas vulgares o sofisticadas de machismo o a través de eufemismos vergonzantes entre los cuales se encuentran posiciones que naturalizan la opresión de género o la de quienes ubican esas agresiones en el campo sentimental, posición que, en su dimensión extrema, parecen justificar la violencia y el feminicidio en la medida en que las mujeres son sólo medios instrumentales de una cruenta batalla entre hombres o que les pegan y las matan por amor.

Muchas mujeres juarenses son *levantadas* a plena luz del día o en el trayecto casa-trabajo-casa, por lo tanto, resulta difícil sostener el argumento de la posesión del objeto de deseo de otro que también la desea, lo cual implicaría que los asesinos se ubican en el ámbito íntimo o por lo menos cercano a las víctimas. Se puede argumentar que a las mujeres ricas no las matan porque cuentan con mayores recursos de protección (no utilizan camiones, no caminan solas por las calles, tienen auto propio, poseen guardaespaldas...). Este argumento sólo fortalece la necesidad de incorporar la dimensión analítica de clase y poder como elementos imprescindibles en el análisis del feminicidio.

Es importante considerar los atributos precarizados de las mujeres asesinadas. No son sólo mujeres, también son trabajadoras, niñas o jóvenes en su mayoría. Julia Monárrez documenta esta situación cuando registra que de los más de 415 asesinatos que se cometieron en Ciudad Juárez entre 1993 y 2004, cerca de la mitad de las víctimas tenían entre 16 y 20 años, una quinta parte se encontraba entre 11 y 15 años, y el resto son menores de cinco y mayores de 60 años (Monárrez, 2010b:365). También destaca que en los primeros tres años del Operativo Chihuahua, en el cual participaron las fuerzas armadas y las policías estatal y

federal, se asesinaron 692 niñas, adolescentes y mujeres adultas, en tanto que el feminicidio ha segado 1 192 vidas (no relacionadas con el crimen organizado) (*La Jornada*, 2011). Un estudio reciente realizado por la Organización de las Naciones Unidas, el Instituto Nacional de las Mujeres, la Cámara de Diputados y El Colegio de México informa de 34 176 asesinatos de mujeres en México entre 1985 y 2009, siendo 2009 el año que registra mayor cantidad de asesinatos (ONU *et al.*, 2011). En este mismo sentido se ubica el informe entregado a la CNDH por la Comisión Internacional pro Acceso a la Justicia de las Mujeres en Mesoamérica, donde se señala que entre enero de 2009 y julio de 2010 se registran 1 728 asesinatos de mujeres en 18 estados mexicanos (RNODH, 2011:24), casi todos impunes.

Diversos funcionarios del gobierno mexicano han tratado de minimizar la lucha contra el feminicidio argumentando que no son tantas las mujeres asesinadas o que esos asesinatos no son tan significativos pues son más los hombres asesinados, argumento evasivo que lleva a la conclusión de que nunca ha sido relevante asesinar mujeres en México pues siempre ha sido más alto el número de hombres que sufren muertes violentas. Vicente Fox, ex presidente de México (2000-2006), decía enfadado y cínico que no se vale seguir refriteando los mismos trescientos o cuatrocientos casos de mujeres asesinadas en Ciudad Juárez. Argumentos similares pronunciaron diversos funcionarios y funcionarias, quienes minimizaban los actos feminicidas relativizándolos en la tasa total de asesinatos o planteando la existencia de asuntos más graves, urgentes o importantes. En *Crimen pasional, visión encubierta del femicidio* se afirma: “Contribuye al feminicidio el silencio social, la desatención, la idea de que hay problemas más urgentes, y la vergüenza y el enojo que no conminan a transformar las cosas sino a disminuir el hecho y demostrar que no son tantas ‘las muertas’” (Fundación Mujeres en Igualdad, 2010). Junto al desdén por la vida de estas mujeres prevalece un sesgo clasista y racista. ¿Existiría la misma reacción si estas mujeres fueran de clase alta, intelectuales, académicas, artistas, empresarias, funcionarias o feministas europeas o estadounidenses?

Congruente con sus compromisos, la actriz Jane Fonda acudió a Ciudad Juárez para apoyar la lucha contra el feminicidio y colocó de manera clara el sesgo clasista que minimiza la lucha antifeminista, destacando su propia condición de mujer blanca, rica y famosa para asegurar que si su hija o su nieta fueran secuestradas o desaparecidas, las autoridades se empeñarían en encontrar a los responsables y luego preguntaba indignada: ¿por qué se ignora a las mujeres que luchan por encontrar a sus familiares o por qué se castigue a los responsables de su muerte? ¿Por qué se les trata como si eso no fuera importante?

La lucha contra el feminicidio en Ciudad Juárez y en otras partes del país no sólo es un asunto de orden académico, sino un imperativo moral, ético y político. Las mujeres no sólo quieren entender lo que ocurre, también tratan de impedir que se les mate y en ese proceso han topado con la corrupción, la impunidad y la injusticia. Ésta ha sido una experiencia que ha llevado a muchos y muchas de los involucrados a apoyar diversos movimientos de derechos humanos, contra la violencia y la represión y por la construcción de un proyecto social más justo e incluyente.

La gente que participa en el narcomundo conoce los códigos y sabe las condiciones de riesgo y vulnerabilidad que contiene; aunque no se justifica su muerte, muchos de ellos asumen esos peligros y manifiestan que de cualquier manera están dispuestos a jugársela, pues son pocas las que se les ofrece para el desarrollo de sus proyectos de vida (Valenzuela, 2012). Junto a las personas que participaban en el narcomundo y ahí encontraron la muerte, muchas personas han sido asesinadas por disparos de narcos, policías o militares. Son personas inocentes impunemente asesinadas que quedan como mero registro de *daños colaterales*, de una guerra absurda e injustificable. Entre estas muertes *colaterales* se encuentran las de hombres, mujeres, niños y ancianos. Ellas y ellos son parte del tributo a la estulticia, la limpieza social, la criminalización de la pobreza, el encontrarse en el lugar y el tiempo equivocados. Sin embargo existe una especificidad en el acto feminicida donde las mujeres son asesinadas por el hecho de serlo, sin que medie otro tipo de elementos.

En la lucha juarense por detener el feminicidio se hizo visible un fenómeno de fuerte presencia social cuyo entendimiento requiere inscribirlo dentro del orden patriarcal desde una perspectiva de género que posibilite la conformación de nuevas plataformas heurísticas. La orden patriarcal y la perspectiva de género son componentes imprescindibles para interpretar el feminicidio en México y en otras partes del mundo, a pesar de que reducirlo a ellos resulta insuficiente, como ya he señalado.

El feminicidio juarense se despliega a partir de procesos de precarización, vulnerabilidad e indefensión de amplios sectores subalternizados, así como de una institucionalidad vulnerada por la corrupción y la impunidad. Como consecuencia de estos elementos y de una clase política venal e indolente, el feminicidio se ha prolongado por casi dos décadas. Durante este periodo, la lucha para detenerlo recorrió un largo camino tocando inútilmente puertas en los tres niveles de gobierno y obteniendo la misma respuesta evasiva y demagógica. Por ello, la lucha contra el feminicidio salió a las calles, denunció ante instancias internacionales, documentó la muerte, otorgó sentido global a la consigna humana, demasiado humana de: *ni una más*. Mujeres, jóvenes, familiares de las víctimas y organizaciones sociales juntaron sus voces para crear una fuerza colectiva que hizo más evidente la sevicia gubernamental, rompieron la condición sectorial del movimiento y accedieron a instancias y organismos internacionales.

Pero la muerte no se ha detenido. Decenas de estas luchadoras han sido amenazadas, muchas tuvieron que salir del país, otras han sufrido agresiones o atentados y algunas han pagado con su propia existencia el haber apostado por la vida frente a la muerte y el silencio. Los asesinos prefirieron callarlas, no quieren denuncias ni que identifiquen abusos y crímenes cometidos por miembros de las fuerzas armadas y policiales, ni que protesten por el asesinato de sus hijas. Josefina Reyes, Susana Chávez, Marisela Escobedo son algunas víctimas emblemáticas cuya muerte alimenta el sueño de quienes no aceptan el impune asesinato de mujeres y por ello siguen bregando y corriendo riesgos. Después de una larga y sinuosa lucha, el movimiento de madres, hijas, hermanas

y hermanos, familiares, amigas y amigos, organizaciones de mujeres, defensores de los derechos humanos, lograron que el feminicidio en Ciudad Juárez adquiriera centralidad en la agenda de la sociedad civil y se convirtiera en un importante asunto político que incomoda a los gobernantes. La lucha contra el feminicidio adquirió innegable relevancia en la lucha feminista y en la conciencia social democrática del país, logrando que la Corte Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) condenara al Estado mexicano por su responsabilidad en la violación de las garantías básicas de víctimas de feminicidio encontradas en el Campo Algodonero de Ciudad Juárez y lo declaró responsable de violar las garantías a la vida, la integridad y la libertad personales, acceso a la justicia y protección judicial, por el registro de 750 asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez entre 1996 y 2007.

CREE EL ALDEANO VANIDOSO QUE EL MUNDO ENTERO
ES SU ALDEA (JOSÉ MARTÍ)

La lucha en contra del asesinato de mujeres, por el hecho de serlo, se ha fortalecido dentro de una cruel paradoja, pues también se ha incrementado el asesinato de mujeres en el país y, entonces, desde Europa nos llega la noticia de que la lucha emprendida para evitar el asesinato de mujeres significa traicionar al feminismo. Frente a este señalamiento, vuelve a surgir la pregunta: ¿qué feminismo se traiciona?

La historia de los feminismos es diversa. En ella prevalecen construcciones definidas por quienes han tenido mayor poder de enunciación. Las perspectivas lineales y desarrollistas de la modernidad generaban visiones eurocéntricas y autorreferidas que poco consideraban lo que ocurría en los llamados *pueblos sin historia*. La historia social ha tenido un fuerte sesgo androcéntrico y esta perspectiva no fue ajena a las vanguardias de muchos movimientos libertarios. Frente al orden patriarcal decimonónico, emergieron los movimientos sufragistas de la segunda parte del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX.

Las mujeres emprendieron memorables luchas por sus derechos ciudadanos, incluyendo de manera central el derecho al voto. Sin embargo, así como la democracia de los Estados nacionales de ese periodo destacaba el *bienestar general* sin considerar la participación de las mujeres, ni de los indios, ni de los pobres, ni de los esclavos, las perspectivas dominantes en los movimientos feministas sufragistas europeos y estadounidenses no eran receptivas a las demandas de las mujeres carentes de propiedades, de las pobres, de las que vivían en países coloniales, de las obreras, de las campesinas, de las llamadas *mujeres de color*. Estos elementos participaron en la definición de los movimientos feministas germinales. De ninguna manera pretendo disminuir el enorme valor emancipador y civilizatorio de las luchas sufragistas y de los primeros feminismos entre los cuales se encontraban mujeres con diversas posiciones político-ideológicas: socialistas, comunistas, liberales, *burguesas*, sólo busco ubicar las múltiples condiciones desde las cuales, en muchas partes del mundo, se enarbolaron las causas de las mujeres para hacer que se comprendiera que su libertad implica de manera concomitante la libertad de la humanidad en su conjunto, ni más ni menos.

Como ha destacado la feminista marxista Mary Alice Waters (1989), muchas de las mujeres que participaron en la lucha sufragista manifestaban los prejuicios de las clases dominantes y sus posiciones antiobreras. A manera de ejemplo, cita el caso inglés previo a la Primera Guerra Mundial donde la mayor parte del movimiento sufragista pedía el voto para la mujer en igualdad de condiciones que las que existían para los hombres, donde se mantenían fuertes restricciones vinculadas con la posesión de propiedades, lo cual, en los hechos, excluía a la mayoría de las mujeres trabajadoras. De manera similar, Waters argumenta que muchas sufragistas estadounidenses utilizaron prejuicios racistas y antiinmigrantes, y justificaban su necesidad de acceder al voto: “para salvar al Sur de ser controlado por los negros, y el Norte y el Oeste de los extranjeros” (Waters, 1989:56).

Junto a los debates sufragistas, cobraron forma expresiones de feminismo integracionista cuyas demandas se conforman des-

de posicionamientos contruidos con horizontes de equidad social sin cuestionar las relaciones de poder patriarcal, tampoco les preocupaba la desigualdad social y los procesos estructurales que la (re)producen. También se construyeron posiciones cuyo énfasis se coloca en la *lucha de sexos*, posición desatenta de las relaciones de explotación y dominación de clase, colonial o étnico-nacional.

Simone de Beauvoir (1990) avanzó en la construcción de una perspectiva que consideraba la dimensión relacional y singularmente situada de la femineidad, negando la condición esencial de la mujer para ubicarla como un devenir, destacando que su habitar corporal, en tanto realidad vivida, se encuentra mediado por la conciencia social, por ello, la mujer no es un cuerpo objeto, sino conciencia y significación social de un cuerpo vivido, y enfatizó la constitución histórica de las relaciones de alteridad y la condición histórica del ser humano.

Como parte de los debates feministas de los años sesenta y setenta, destacan las discusiones entre los feminismos de la igualdad y de la diferencia que reconocían que la estructuración sociocultural de hombres y mujeres se encuentra mediada por relaciones de poder y por su lógica estructurante. Este debate polarizado, frecuentemente asumió posiciones esencialistas y homogéneas considerando una supuesta condición femenina definida por su innata indiferencia al poder.

Los feminismos ampliaron sus campos de acción, convirtiéndose en actores centrales de las luchas contra la opresión que se desarrollaron en los años sesenta junto a los movimientos juveniles y los movimientos revolucionarios. Pero lejos estaba de ser un movimiento homogéneo, pues las luchas de las mujeres, para ampliar sus espacios de participación y romper las trabas sexistas y racistas que reproducen su condición subordinada, crecían en muchas partes del mundo y no siempre vinculadas a una *doxa* legitimada desde los países centrales.

Junto a las agendas feministas de los países desarrollados que involucraban principalmente a mujeres de clases medias y altas, muchas *mujeres de color* y de los sectores populares se reconocían o desconocían de manera diferenciada en esos movimientos. Es-

taban de acuerdo con sus planteamientos, pero no siempre se sentían incorporadas desde su especificidad, su circunstancia, su contexto, su devenir, su habitar corporal, su realidad vivida, su constitución histórica, sus ámbitos cotidianos, sus demandas primordiales y sus relaciones de alteridad. Las tradiciones feministas formadas en las luchas obreras, campesinas y urbano-populares de las mujeres latinoamericanas abrevaban de referentes distintos a los del feminismo angloamericano, aun cuando existían múltiples vasos comunicantes conformados desde diversas expresiones de la opresión patriarcal. Muchas mujeres y feministas lucharon contra el orden patriarcal, pero también contra la explotación y opresión de clase, por ello, *mujeres de color* levantaron sus voces señalando las formas diferenciadas de conformación de identidades de género en función de repertorios identitarios definidos desde adscripciones étnicas y de clase.

Angela Davis, Gloria Anzaldúa y Cherrie Moraga, entre muchas otras, enfatizaron la necesidad de reconocer las muchas formas de ser hombres, mujeres, homosexuales, identidades que no se agotan en una identidad femenina o masculina homogénea. Davis mostraba la historia de las mujeres africanas y afrodescendientes esclavizadas en Estados Unidos y vinculaba la lucha contra el racismo con la lucha anticapitalista, mientras que Anzaldúa incorporó una visión definida por la presencia de fronteras múltiples entre las cuales se destacan las geográficas, nacionales, étnicas y de clase, pero también las sexuales y psicológicas.

Las perspectivas posmodernas también cuestionaron las posiciones esencialistas y binarias, enfatizando la existencia de diferentes identidades de género y situando la heterogeneidad frente a la homogeneidad y la pluralidad de escenarios donde cobra sentido lo femenino, rechazando los universales hegemónicos y homogéneos, generalmente definidos desde la centralidad de la visión euro y anglocéntrica de mujeres de los países desarrollados, blancas, ilustradas y heterosexuales de clase media y alta. Se destacaron identidades de género diversas construidas de manera articulada con otros repertorios identitarios y otras fronteras culturales, étnicas, de clase y regionales. También se cuestionó la re-

lación isomórfica entre sexo y género masculino y sexo y género femenino (Butler, 2001). No buscaban una razón última de la opresión femenina, sino ubicar perspectivas femeninas diferentes y considerar la heterogeneidad de las construcciones de los femeninos, donde influyen diversos elementos tales como edad, clase, raza, etnicidad y preferencia sexual, pues asumían que las mujeres no necesariamente comparten un mismo pasado, ni las mismas necesidades en el presente, ni, necesariamente, un proyecto homogéneo de futuro (Nicholson, 1990; Owens, 1985).

Las mujeres latinoamericanas han participado de manera destacada en las luchas independentistas y revolucionarias que signaron su historia. En 1916 se realizó en México el primer congreso feminista, donde las mujeres exigieron su derecho a votar y a decidir sobre los hijos que debían tener. Las voces largamente silenciadas definieron los senderos de ese *otro feminismo* que se nutrió de las experiencias de mujeres campesinas, indígenas y de los sectores populares; mujeres que se levantaron para ya no morir de hambre o de enfermedades curables o por la violencia de caciques y paramilitares, como las mujeres zapatistas, que se alzaron por el derecho a vivir y a ser personas, mostrando una cara nueva del feminismo contemporáneo (Lovera y Palomo, 1997). Indígenas que denunciaron el desprecio y el olvido social que viven por ser indígenas, a pesar de hacer lo mismo que los hombres y luchar de manera conjunta con ellos por *un mundo donde quepan todos los mundos*, como destaca el emblema zapatista, que dibuja en un solo trazo un nuevo proyecto civilizatorio. Si el feminismo es la lucha de la mujer por su libertad, las mujeres zapatistas, como Ramona o Ana María, pertenecen a una larga tradición de mujeres que han luchado por mundos más justos, menos excluyentes y sin opresión de género.

En la obra colectiva *Las desobedientes. Mujeres de nuestra América* (Jaramillo y Osorio, 1997), las autoras realizan un ilustrativo panorama de la presencia de mujeres latinoamericanas en la lucha por crear mundos menos desiguales, por ello presentan experiencias de mujeres desobedientes que desafiaron el orden dominante y los modelos clasistas y patriarcales. Mujeres que lucharon

por la independencia y la libertad enfrentando esquemas patriarcales y marcaron los escenarios latinoamericanos, como la imprescindible Sor Juana Inés de la Cruz y la quiteña Manuela Sáenz (la libertadora del libertador), cuya vida e ideales se unieron a los de Simón Bolívar; las independentistas colombianas Antonia Santos y Policarpa Salavarrieta (La Pola), cuyo valor no declinó ni ante los pelotones de fusilamiento que segaron sus vidas; la increíble francesa coyunturalmente peruanizada Flora Tristán, feminista y organizadora de obreros en los años treinta del siglo XIX; la feminista y educadora chilena Amanda Labarca Huberston; la sindicalista y socialista colombiana María de los Ángeles Cano Márquez; la feminista y militante aprista Magda Portal; Violeta Parra, cuyas décimas y compromisos iluminaron muchos senderos; Domitila Barrios, conocedora de la pobreza y de los socavones de las minas bolivianas, cuya vida se entrelaza con su pueblo y su voz estremeció al Tribunal del año Internacional de la Mujer (1975) de la Organización de las Naciones Unidas, cuando puso el acento en las diferencias existentes entre los intereses y objetivos de las mujeres feministas de los países desarrollados y los de mujeres como ella, mujeres del pueblo; la luchadora campesina hondureña Elvia Alvarado; Rigoberta Menchú, a quien le nació la conciencia al presenciar la muerte de familiares, amigos, gente de su comunidad, muerte que ella convirtió en grito de vida, de lucha, de afanes revolucionarios; Hebe de Bonafini y las Madres de la Plaza de Mayo, las incansables mujeres que jueves tras jueves refrendaron su decisión inquebrantable de encontrar a sus seres queridos y arrebatarlos de las manos de los cruentos militares, cubriendo de dignidad la Plaza de Mayo en Buenos Aires y a toda América Latina.

En *Las conspiradoras. Representación de la mujer en México* (1994) Jean Franco analiza la lucha de las mujeres mexicanas por el poder de interpretar, su disputa con las posiciones hegemónicas (religión, nacionalismo, modernización) por los sentidos y significados, la lucha por tener un lugar de enunciación propio e incidir en la conformación de los entramados heurísticos e históricos.

Podemos incorporar en este recuento a las luchadoras independentistas mexicanas Josefa Ortiz de Domínguez, Leona Vicario y la Güera Rodríguez; a las Adelitas y Valentinas mexicanas, quienes no sólo fueron calor y compañía, sino coraje, valor e ideales revolucionarios, mujeres frecuentemente minimizadas por las recreaciones machistas de la Revolución; la campesina Benita Galeana, militante del Partido Comunista Mexicano y crítica del machismo de los militantes; las combatientes sufragistas, quienes desde distintas posiciones ideológicas coincidían en la lucha para obtener el sufragio de las mujeres durante la primera mitad del siglo xx, como fueron: la liberal Hermila Galindo, en la ciudad de México, la socialista Elvia Carrillo Puerto en San Luis Potosí, la comunista Refugio García en Uruapan, Michoacán; Frida Kahlo y María Antonieta Rivas Mercado, intelectuales destacadas que se unieron a diversos movimientos sociales de *los de abajo*. Rosario Castellanos fue feminista, diplomática y escritora que sabía latín y denunciaba la opresión de los indios.

Figura imprescindible en la defensa de los derechos humanos en México es Rosario Ibarra de Piedra, infatigable militante contra la desaparición, el secuestro, la tortura, la represión y el asesinato. Dolores Huerta, la líder campesina chicana que luchó incansable al lado de César Chávez contra la explotación de campesinas y campesinos en los *files* estadounidenses y sigue abriendo caminos al movimiento chicano y a las luchas antirracistas.

La lista de activistas comprometidas con las causas de las mujeres y por la construcción de mundos mejores, más justos y más incluyentes, es enorme. Cada una aporta desde su propia trinchera, cada una lucha desde su realidad inmediata, cada una ha hecho una apuesta por la vida y, al hacerlo, amplía y enriquece los sentidos polisémicos del feminismo, de los feminismos. Quién puede decir cuál es mejor que otro, quién puede tratar de imponer una agenda cuando son luchas conectivas, rizomas que se expanden por el mundo para transformarlo, pero también son palimpsestos porque las luchas sociales aprenden de experiencias previas, aunque muchas veces son apropiaciones fragmentadas, discontinuas, inmersas en embates cotidianos aun cuando

los opresores son los mismos personajes capitalistas y especuladores.

En muchas ocasiones, los movimientos locales, y los procesos de solidaridad que generan, producen niveles de conciencia que los colocan en el centro de la escena global, como ocurrió con el movimiento zapatista en el sureste mexicano; en otros, realidades diversas se confrontan con el mismo enemigo globalizado, como ha ocurrido con los indignados, que enfrentan al uno por ciento de la población que concentra la riqueza y genera pobreza, desigualdad y exclusión social. En otros, las luchas locales se quedan ahí, desgastadas o reprimidas, muchos de sus dirigentes y participantes son asesinados sin que eso tenga mayores repercusiones en el ámbito *universal*. Las muchas voces periféricas siguen buscando reconocimiento, diálogo, respeto. Por ello, en el Encuentro Latinoamericano y del Caribe de Acción y Prácticas Feministas,⁹ realizado en Colombia con el fin de discutir los nuevos feminismos y sus prácticas innovadoras, Sonia Torres afirmó: “Nosotras planteamos entonces un feminismo más centrado en nuestras necesidades y un poco más separado de la construcción eurocéntrica. Reconocemos que hay muchos aportes, sin embargo queremos tener un feminismo que entienda y acoja la realidad de América Latina”. Esto implica reafirmar los compromisos con la realidad inmediata, buscando nuevos campos de interlocución internacional y mundial. Tal vez por ello León Trotsky afirmaba: “la mujer proletaria comunista, y siguiendo sus pasos toda mujer consciente, debe dedicar la mayor parte de su atención y esfuerzo a la labor de transformar la vida cotidiana” (Trotsky, 1974:24), y de la misma manera, destacaba: “Sólo se puede modificar la situación de la mujer desde sus raíces si se alteran todas las condiciones sociales, familiares y domésticas” (Trotsky, 1974:45).

Coincidiendo en que se debe buscar la incorporación de perspectivas más amplias en estos movimientos y posiciones que involucren miradas transnacionales y globales, además de buscar

⁹ Encuentro realizado en Bogotá, Colombia, del 18 al 21 de noviembre de 2011 por ELCAP Feminista.

interpretaciones que incorporen los aspectos estructurales, ésa es una responsabilidad de actoras y actores diversos que incluye a movimientos y organizaciones políticas y sociales. Lo que no se justifica es acusar de traición a las personas y movimientos que combaten para cambiar sus condiciones de opresión o que luchan para que no las maten.

Los movimientos sociales no son locales porque desdeñen los vínculos internacionales, lo son porque el mundo no los mira, porque hay agendas más importantes, porque son *sectoriales*, porque no tienen ansia universal, porque apenas logran sobrevivir los embates del poder, porque son excluidos, desplazados, desechables, sacrificables. Más allá de los eufemismos utilizados, se les ignora porque son pobres, porque carecen de capital social, porque se encuentran en las periferias. Una de las grandes aportaciones de los feminismos de los años sesenta y setenta fue situar el tema del poder en la agenda social y colocarlo como elemento de mediación entre lo personal y lo político, vinculando mundos cotidianos, espacios públicos y relaciones de poder. Con ello dieron mayor visibilidad a lo personal integrado en procesos de socialización más amplios y justificaron la necesidad de una agenda que incluyera ambas dimensiones, pues liberación social e individual se encuentran simbióticamente vinculadas. Este planteamiento devino consigna emblemática: *lo personal es político*, y qué más personal y qué más político que luchar para evitar que se asesine a las personas; qué consigna más universal que: NI UNA MÁS, legado de Susana Chávez, quien también murió asesinada.

Los feminismos avanzaron desde una demanda de reconocimiento de sus derechos ciudadanos cuestionando la perspectiva que consideraba que la emancipación femenina era parte inherente del desarrollo económico-social. Por el contrario, enfatizaron que los cambios socioeconómicos no transforman de manera lineal las relaciones de género. Reconocen las múltiples identidades de género y valoran batallas y especificidades de *las otras mujeres*, las que luchan por suelo, vivienda, servicios: las obreras, las campesinas, las empleadas, las desempleadas, las indignadas, las jóvenes, las de piel oscura, las que luchan para que no las maten por el solo

hecho de ser mujeres, las que luchan por mundos donde quepan todos los mundos.

Por muchas décadas, diversas organizaciones políticas desautorizaban las luchas feministas con el argumento de que eran disuasivas de la verdadera lucha proletaria, considerada la única emancipadora, y se acusaba a las feministas de esquiroleo o traicionar los movimientos cuando se atrevían a cuestionar el machismo de sus compañeros o a incorporar sus propias demandas. Algo similar ocurre cuando se dice que luchar para que ya no se asesinen mujeres traiciona a la agenda feminista y *al feminismo*, así, sin matices, homogéneo, omnicompreensivo, autorreferido.

TODAS ESAS COSAS ELLAS NO VEÍAN

La lucha contra el feminicidio no traiciona al feminismo, por el contrario, se inscribe en la agenda insoslayable de los movimientos sociales y de aquellas y aquellos que sueñen un mundo mejor, un nuevo proyecto nacional, un mejor horizonte civilizatorio. La causa antifeminicida debe ser uno de los ejes centrales de las agendas feministas y de derechos humanos. Los feminismos buscan transformar las relaciones sociales desde un orden no patriarcal con sus expresiones sexistas, machistas y misóginas. Dado que el feminicidio es la expresión límite de la acción misógina, la lucha antifeminicida debe también orientarse a la deconstrucción de ese orden patriarcal.

En la medida en que el feminicidio se inscribe en cuerpos de mujer en condiciones sociales precarizadas, junto con la deconstrucción y la lucha contra el poder patriarcal se debe combatir el capitalismo neoliberal, que genera pobreza, desigualdad, precarización, vulnerabilidad, exclusión y muerte. Dado que tanta muerte sólo existe por la complicidad de instancias estatales adulteradas, se debe transformar el sistema político y la relación actual Estado-sistema de partidos para evitar que continúen la corrupción, la sevicia y la impunidad. Sólo así, tal vez, la justicia se sienta entre nosotros.

Mientras tanto, persiste la responsabilidad social y feminista de evitar que las mujeres sean asesinadas por el solo hecho de serlo, por vivir un cuerpo de mujer, especialmente en lugares donde el feminicidio convive con la impunidad y las instituciones devienen cómplices y protectoras de los asesinos. Por ello, la lucha contra el feminicidio no traiciona a los feminismos. En lugar de colocar el tema de la traición asumiendo como propio y exclusivo el poder de enunciación, valdría la pena colocar la perspectiva integradora de los zapatistas de construir un mundo donde quepan todos los mundos, o tal vez recuperar el sentido humanista e iluminador del Che Guevara cuando afirmaba: “Y sobre todo, sean siempre capaces de sentir en lo más hondo cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier parte del mundo. Es la cualidad más linda de un revolucionario”. Por ello, vale la pena parafrasear a Bob Dylan para preguntar, preguntarse, preguntarnos: ¿cuántas mujeres más deben morir para reconocer que ya se asesinaron demasiadas?

BIBLIOGRAFÍA

AGAMBEN, Giorgio

2006 *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Valencia, Pre-Textos.

AMORÓS, Celia

1985 *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, Barcelona, Anthropos.

2007 “Globalización y orden de género”, en Celia Amorós y Ana de Miguel (eds.), *Teoría feminista: de la Ilustración a la globalización. De los debates sobre el género al multiculturalismo*, Madrid, Minerva Ediciones, pp. 301-332.

BAUMAN, Zygmunt

2005 *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*, Barcelona, Paidós.

BEAUVOIR, Simone de

1990 *El segundo sexo*, México, Alianza Editorial Mexicana.

BUTLER, Judith

2001 *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, México, PUEG-UNAM/Paidós.

2010 *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, Buenos Aires, Paidós.

CASTELLS, Manuel

2000 *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. 1. La sociedad red*, México, Siglo XXI.

FRANCO, Jean

1994 *Las conspiradoras. Representación de la mujer en México*, México, Fondo de Cultura Económica/Colmex.

FREGOSO, Rosa-Linda y Cynthia BEJARANO

2010 “Introduction: A Cartography of Femicide in the Américas”, en Rosa-Linda Fregoso y Cynthia Bejarano (eds.), *Terrorizing Women: Femicide in the Americas*, Durham, North Carolina, Duke University Press, pp. 1-42.

FUNDACIÓN MUJERES EN IGUALDAD

2010 *Crimen pasional: visión encubierta del femicidio*, en <<http://mujeresmaltratadas.wordpress.com/2010/05/21/crimen-pasional-vision-encubierta-del-femicidio/>>, Buenos Aires, Fundación Mujeres en Igualdad, consultado el 13 de agosto de 2011.

GARCÍA, Noemí

2011 “Las cifras del maltrato”, en *Femicidio.net*, disponible en <http://femicidio.net/index.php?option=com_content&view=article&id=1028:las-cifras-del-maltrato&catid=26:factoria-propia&Itemid=34>, consultado el 13 de agosto de 2011.

HERNÁNDEZ, Mercedes

2011 “Femicidio en Guatemala: cronología de la impunidad”, documento publicado en *Femicidio.net*, en <http://femicidio.net/index.php?option=com_content&view=article&id=321:guatemala&catid=16:el-femicidio-en-cifras&Itemid=20>, consultado el 13 de agosto de 2011.

JARAMILLO, María y Betty OSORIO

1997 *Las desobedientes. Mujeres de nuestra América*, Bogotá, Panamericana.

LAGARDE Y DE LOS RÍOS, Marcela

- 2008 “Antropología, feminicidio y política: violencia feminicida y derechos humanos de las mujeres”, en Margaret Bullen y María Carmen Díez Mintegui (coords.), *Retos teóricos y nuevas prácticas*, San Sebastián, Ankulegi Antropología Elkarte, pp. 209-240.

LA JORNADA

- 2011 “Limpieza Social: ¿realidad o fantasía sórdida”, en *La Jornada*, sección Editorial, 7 de marzo de 2011, disponible en <<http://www.jornada.unam.mx/2011/03/07/index.php?section=edito>>, consultado el 7 de marzo de 2011.

LOVERA, Sara y Nellys PALOMO (coords.)

- 1997 *Las alzadas*, México, Comunicación e Información de la Mujer/Convergencia Socialista/Agrupación Política Nacional.

MARTÍNEZ, SanJuana

- 2011 “El gobierno de Calderón inyecta miedo a través del asesinato, acusa activista”, en *La Jornada*, sección Política, México, 11 de diciembre de 2011.

MONÁRREZ FRAGOSO, Julia Estela

- 1998 “Base de datos Feminicidio” [archivo particular de investigación], Ciudad Juárez, Departamento de Estudios Culturales, Dirección General Regional Noroeste, El Colef.
- 2009 *Trama de una injusticia. Feminicidio sexual y sistemático en Ciudad Juárez*, México, El Colef/Miguel Ángel Porrúa.
- 2010a “Introducción”, en Julia Monárrez Fragoso, Luis Cervera Gómez, César Fuentes Flores y Rodolfo Rubio Salas (coords.), *Violencia contra las mujeres e inseguridad ciudadana en Ciudad Juárez*, México, El Colef/Miguel Ángel Porrúa, pp. 5-15.
- 2010b “Las diversas representaciones del feminicidio y los asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez, 1993-2005”, en Julia Monárrez et al., *Violencia contra las mujeres e inseguridad ciudadana en Ciudad Juárez*, México, El Colef/Miguel Ángel Porrúa, pp. 361-394.

NICHOLSON, Linda J.

- 1990 *Feminism/Postmodernism*, Nueva York, Routledge/Chapman & Hall, Inc.

ONU *et al.*

- 2011 *Feminicidio en México. Aproximación, tendencias y cambios 1985-2009*, México, ONU/Inmujeres/Cámara de Diputados/El Colmex.

OWENS, Craig

- 1985 “El discurso de los otros: las feministas y el posmodernismo”, en Hal Foster *et al.*, *La posmodernidad*, Barcelona, Kairós.

RED NACIONAL DE ORGANISMOS DE DERECHOS HUMANOS (RNODH)

- 2011 *México, a dos años del Examen Periódico Universal. Balance del cumplimiento de las recomendaciones emitidas por el Consejo de Derechos Humanos de la ONU*, México, Red Nacional de Organismos de Derechos Humanos (RNODH), en <http://www.frayba.org.mx/archivo/noticias/informe_epu_final.pdf>, consultado el 12 de agosto de 2011.

ROJAS BLANCO, Clara Eugenia

- 2007 “(Re)inventando una praxis política desde un imaginario feminista”, en Julia Monárrez Fragoso y María Socorro Tabuenca (coords.), *Bordeando la violencia contra las mujeres en la frontera norte de México*, México, El Colef/Miguel Ángel Porrúa, pp. 83-114.

RUSSELL, Diana

- 2006 “Definición de feminicidio y conceptos relacionados”, en Diana Russell y Roberta Harmes (eds.), *Feminicidio: una perspectiva global*, México, UNAM/Cámara de Diputados LIX Legislatura, pp. 73-96.

SEGATO, Rita

- 2004 “Territorio, soberanía y crímenes de segundo Estado: la escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez”, en *Série Antropología*, Brasilia, Brasil, Universidade de Brasilia, núm. 362, pp. 1-20, disponible en <<http://vsites.unb.br/ics/dan/Serie362empdf.pdf>>, consultado el 20 de marzo de 2011.
- 2010 “Femi-genocidio como crimen en el fuero internacional de los Derechos Humanos: el derecho a nombrar el sufrimiento en el derecho”, en Rosa-Linda Fregoso y Cyn-

thia Bejarano (eds.), *Terrorizing Women: Feminicide in the Americas*, Durham, North Carolina, Duke University Press, pp. 70-92.

TABUENCA, María del Socorro

2003 “Baile de fantasmas en Ciudad Juárez al final/principio del milenio”, en Boris Muñoz y Silvia Spitta (eds.), *Más allá de la ciudad letrada: crónicas y espacios urbanos*, Pittsburg, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana/Universidad de Pittsburg, pp. 411-437.

TROTSKY, León

1974 *La mujer y la familia*, México, Juan Pablos.

VALENZUELA, José Manuel

1989 “La mujer obrera: reproducción y cambio de pautas culturales”, en Jennifer Cooper *et al.* (comps.), *Fuerza de trabajo femenina urbana en México. Participación económica y política*, México, Miguel Ángel Porrúa/UNAM, pp. 721-751.

2012 *Sed de mal: feminicidio, jóvenes y exclusión social*, manuscrito inédito, Tijuana, Departamento de Estudios Culturales, El Colef.

WASHINGTON, Diana

2005 *Cosecha de mujeres. Safari en el desierto mexicano*, México, Océano.

WATERS, Mary Alice

1989 *Marxismo y feminismo*, México, Fontamara.

PELÍCULAS

BONILLA, Rafael y Patricia RAVELO BLANCAS

[video documental], directores 2006, “La batalla de las cruces”, México, Rafael Bonilla y Asociados.

[video documental], 2010, “La carta (Sagrario, nunca has muerto)”, México, Rafael Bonilla y Asociados.

CORDERO, José Antonio y Alejandra SÁNCHEZ

[video documental], directores 2006, “Bajo Juárez. La ciudad devorando a sus hijas”, México, Fondo para la Pro-

ducción Cinematográfica de Calidad (Foprocine)/Imcine/Pepa Films/UNAM.

PORTILLO, Lourdes

[video documental], director 2001, "Señorita extraviada", México, Xochitl Films.

EL SISTEMA DE SIGNIFICACIÓN
“VÍCTIMA-VICTIMARIO” COMO BASE
DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO

Víctor Ortiz

En este texto expondré los avances de una investigación que se ha realizado en México, Centroamérica y el Caribe hispanoparlante con apoyo del Fondo de las Naciones Unidas para la Mujer (Unifem), del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) y de El Colegio de Michoacán.

Es una investigación que tiene que ver tanto con las mujeres que viven con VIH y que además son sobrevivientes de violencia, como con sus parejas, quienes ejercen violencia contra ellas. Este trabajo se mueve en medio de los conceptos de frontera, borde, límite y umbral, porque estuvimos trabajando en la frontera de la selva panameña con Colombia, las fronteras entre los distintos países de Centroamérica y con la situación que pasa en la frontera sur de México. Pero también porque la situación subjetiva de estas mujeres y estos varones se mueve en lo limítrofe; su relación con la violencia alcanza umbrales, se desborda, transgrede lo fronterizo.

El presente texto está dividido en dos partes: la primera gira en torno a algunas abstracciones que hemos trabajado con base en juegos etimológicos; la segunda son los hallazgos específicos en la población de mujeres que viven con VIH, que aceptó participar en las entrevistas realizadas. En esta segunda parte se incluyen también las entrevistas realizadas con varones.

Para empezar con los términos que hemos puesto en juego etimológico en torno al fenómeno del poder y la violencia, hay tres

conceptos clave para acercarnos a un entendimiento: agresión, violencia y crueldad.

La palabra “agresión” proviene del latín *aggrēdi*, que significa “ir hacia, acercarse a” (Segura, 2003). Es decir, hay un movimiento de aproximación, de cercanía, de reducción de una distancia. Comrominas y Pascual (1991, I:76) agregan “dirigirse a alguien”, “atacarle”. La agresión es el aviso de que se avecina la violencia, como una aproximación, como la pérdida de una distancia donde todavía se podía mirar la integridad de la persona por agredir. La palabra es muy sugestiva porque en la medida en que uno se aproxima al otro, pierde una perspectiva de totalidad y empieza una relación ya nada más con fragmentos del otro; es decir, en una agresión una relación que puede tener 20 años se transforma en nada y lo único que importa es, por ejemplo, que si en ese momento la señora no tiene lista la comida, los 20 años de pareja terminan nulificados. Esto nos lleva a plantear que la agresión requiere un vínculo basado en la sinécdoque, esa figura de la retórica donde la parte es tomada por el todo. Una parte sustituye al todo y produce como efecto que la relación con el otro termine siendo una relación meramente sinecdótica: “ya no me importa tu totalidad, sino simplemente el fragmento en este momento”. En esa medida, la historia que tenemos compartida se va volviendo una simple anécdota, nada más. La agresión nulifica.

El segundo término tiene que ver con una palabra de origen sánscrito: *vāyah* (vitalidad), que pasó al latín como *vis*: fuerza, violencia, vigor (Segura, 2003). El significado original del vocablo llama la atención porque de inmediato surge la pregunta: ¿cómo una palabra que originalmente significaba vitalidad y fuerza se va transformando en un vector opuesto y se convierte en destrucción, humillación, desprecio por el otro? Hay una serie de palabras vinculadas con agresión, que están en el discurso de las compañeras entrevistadas, y que tienen que ver con ingreso, egreso, regreso, progreso, transgresión. En cada caso hablan de un itinerario accidentado, donde la voluntad va perdiendo fuerza y se les va imponiendo una victoria, obligándolas a colocarse en el lugar de la víctima.

Una tercera palabra vinculada con esta ruta del poder es la crueldad, la cual viene del latín *cruentus*: “que se complace en la sangre, que vierte sangre, sanguinario” (Segura, 2003); se deriva de *cruor* (sangre) y es cercano al vocablo “crudo”. De hecho trabajamos los discursos de estas entrevistas siguiendo la ruta de cómo la agresión se vuelve violencia, y ésta a su vez se torna crueldad y la crueldad se vuelve barbarie, sin límites. Entonces, lo que originalmente era un movimiento vital, al equivocar su objetivo, se torna en una fuerza de vida usada contra la vida misma, y esto es lo que estamos entendiendo por violencia, la cual encuentra su máxima expresión en un límite: la crueldad que lleva a la muerte.

El vínculo en estas situaciones de violencia, y sobre todo de crueldad, ya no es uno establecido con un ser humano, sino que el agresor establece nada más un vínculo con sus propias posibilidades de ir expandiendo sus límites: si ayer pegó cinco veces, la esperanza inconsciente es mañana pegar diez y pasado mañana quince, pero ya no es un vínculo con la pareja sino solamente con el propio “goce”¹ de ver cómo se expanden los límites cada vez que se intenta tocarlos; y al expandirse ya no hay límite que no ceda, hasta que por fin se alcance el límite final: la muerte.

El siguiente significante nos lleva a la relación vícti-ma y vic-ti-mario (con un guión entre fonemas para resaltar el sufijo). En el caso de víctima el sufijo “-ma” significa los efectos de una acción, es algo que ya pasó. Al unirlo con la raíz de “victoria”, la víctima es alguien en quien ya se están ejerciendo los efectos de una victoria. Esto es interesante porque etimológicamente se es víctima sólo hasta que se ejerza una victoria sobre esa persona, y de ahí su transformación de individuo en víctima. Pero en términos de la construcción de la víctima, en el ámbito de la violencia, es justo lo contrario: ya estamos contruidos como víctimas, solamente esperamos el momento del holocausto, pues los efectos del manejo mediático del miedo han producido subjetividades en las que los individuos quedan atrapados en laberintos donde

¹ Goce, en el sentido lacaniano.

se victimizan, aunque nunca hayan sufrido el aplastamiento de la victoria ajena, la del victimario. Y retomando la etimología, resulta también interesante el que la palabra sugiera que basta con que se ejerza una sola vez un acto contra esa persona, para que quede convertida en una víctima para siempre, aunque haya apoyos psicoterapéuticos que puedan subsanar los efectos; la construcción de ese significante y sus efectos evocan un proceso de sujeción total, si bien en la vida cotidiana pueden presentarse muchas otras situaciones y la persona podría transformar su victimización en otros procesos menos lacerantes.

Por el otro lado está la contraparte de este sistema de significación, el victi-mario. El sufijo “-mario” implica “una colección de”; esto nos permite pensar cómo al victimario no le basta ejercer su victoria sobre alguien una sola vez para poder ser victimario, sino que necesita hacerlo una y otra y otra vez a fin de lograr una colección. Y las manías de los coleccionistas son abundantes, ya que necesitan estructurarse de manera obsesiva para lograr y cuidar una colección; por añadidura, generalmente se tiende a aumentar de manera sistemática la colección, si el objeto coleccionado lo permite. ¿A dónde vamos con este sistema de significación? Una víctima, en nuestra sociedad, no se da cuando alguien vive un asalto, vive una situación de violencia, la víctima ya está construida desde antes, disponible para formar parte de la colección de cualquier victimario.

Dentro de la subjetividad de la víctima nos presuponemos buenas personas, gente que está buscando una sociedad más igualitaria, con una serie de identificaciones positivas, incapaces de hacer daños fuertes al otro. Pero justo esos presupuestos nos colocan ya en el lugar de la víctima “inocente”—y secreta e inconscientemente sacrificial—, esperando el momento en que nos toca, a ver cuándo nos sale el asaltante, el secuestrador, etc. Eso es justo lo que obstaculiza los trabajos de la prevención: no pensamos con la mentalidad del victimario, no prevemos porque pensamos que nunca nos va a pasar, porque somos “buenos” y a quien bien obra bien le va; pero en el fondo ya estamos contruidos como víctimas.

Desde la mirada de la biopolítica, la violencia es una estrategia para transformar el cuerpo de un espacio de experiencia, e incluso de libertad, en un espacio de sujeción. A través de todos los discursos, el problema de la violencia de género es exactamente ése, una violencia ejercida contra las mujeres justo por el hecho de ser mujeres y el no sometimiento se paga con la vida, como vemos en todo el problema de feminicidios. Lo mismo en el caso de los crímenes por homofobia o transfobia.

A partir de Foucault, particularmente en sus textos *Sociedad, territorio, población*, en *Defender la sociedad* y en *Nacimiento de la biopolítica*, pensamos cómo se pasa de sociedades de poder soberano —donde ese poder era utilizado para hacer morir y dejar vivir—, hacia sociedades disciplinarias, de control y de seguridad. Dicho autor expone cómo se transforma ese “hacer morir y dejar vivir” hasta invertir el papel del Estado en un “hacer vivir y dejar morir”. Es decir, el Estado ejerce su control bajo discursos en los que pretendidamente se nos obliga a vivir una vida de salud, buena alimentación, con un trabajo, etc.; y si no queremos entrar en eso tenemos todo el derecho a morir de abandono. Retomando el juego que hace Foucault, si miramos desde la biopolítica el fenómeno de la violencia ejercida contra las mujeres, podríamos afirmar que se trata de “hacerlas vivir en tanto que úteros y dejarlas morir en tanto que mujeres”. Baste un ejemplo: en el caso de VIH o cuando hay algún problema a la hora del parto, los médicos dicen de entrada “hay que salvar al producto”. En segundo plano queda la mujer y todos sus tratamientos.

¿A dónde nos lleva todo esto? Gilles Deleuze le llama tanatopolítica; Achille Mbembe, en los estudios poscoloniales, le llama necropolítica. Aunque hay similitudes y diferencias entre los conceptos, que no discutiremos aquí en el fondo se trata de un desplazamiento de la biopolítica hacia una forma nueva de administración de la muerte; una circulación ideal de la muerte en nuestra sociedad para construir sujetos determinados, sujetos cuya fundación tiene como base la violencia y el miedo.

Estamos tratando de abatir la violencia, pero mientras sigamos trabajando en el sistema varón-mujer estaremos contruidos por

la violencia. Es decir, no hay forma de habitar ese sistema de significación, que forma estructuras de pensamiento sin vivir la violencia. Dado que no nos podemos concebir si no es a través del género, nos parece monstruoso alguien que no tenga uno; le llamamos andrógino, hermafrodita, bisexual, pero tiene que tener una ubicación con respecto al sistema de significación varón-mujer, de lo contrario no nos podemos entender. El problema es que ese sistema está construido con base en la violencia. A nadie se le preguntó si quería comprometerse a cumplir los miles de requisitos a fin de ser reconocido como varón, mujer o cualquiera que sea la diversidad sexual, y sin embargo estamos comprometidos a hacerlo. El género es una imposición violenta en la que no cuenta la voluntad de la persona.

El problema de esto es que tenemos la obligación de demostrar a cada instante nuestra identidad, la que sea, incluso en toda la diversidad. Entonces estamos, no sólo ante un sujeto que de entrada está fundado por la violencia, ya sea varón o mujer, a través de hechos impuestos, sino además ante un sujeto que es reestructurado de manera permanente a través de la violencia, como lo vemos en el mundo contemporáneo. Los cuerpos mutilados no son una novedad en la humanidad, tenemos muchas historias donde, de múltiples formas, se han mutilado cuerpos. Lo que sí parece novedad es el rearmado monstruoso que se hace en la actualidad: ahí donde estaban las piernas terminan colocados los brazos, y viceversa, los genitales en el ano, las manos en los pies. ¿Qué mensajes están tratando de ser emitidos a través de este rearmado de cuerpos?

Si un ser querido muere y estamos ante su cadáver, tenemos dónde poner al muerto; o sea, toda la parte simbólica del ser querido tiene donde reposar en la medida en que ahí hay un cuerpo donde poner al muerto. El problema se hace irresoluble cuando no tengo ese cuerpo, sino una pedacería y además una pedacería rearmada frente a la que es imposible enfrentar su muerte. Ahí no hay un cadáver, sino algo innombrable.

Entonces el primer efecto de estos cuerpos *transformers* bizarros, *transformers* producto de la crueldad, es que el muerto va a

quedar sin cadáver. Segundo efecto: toda la muerte simbólica, toda la cultura que hemos generado en torno a la muerte va a quedar anulada, ya no vamos a tener la posibilidad de acceder a los ritos de exorcismo del muerto y de la muerte —todos los ritos funerarios tienen ese sentido: que el muerto no regrese, pero también que la muerte deje de andar suelta. Entonces, el mensaje es, y esto es lo más terrible del llamado “crimen organizado”, que nos están obligando a que el muerto perviva y que la muerte siga suelta por ahí. Siempre vivimos amenazados por la muerte, la muerte está ahí presente pero de formas culturalmente asimilables, no una muerte mortífera que no produce sentido. Hay aquí una múltiple anulación: un muerto sin cadáver, una muerte simbólica anulada, y la muerte y el muerto quedando sueltos, conjunto que finalmente nos remite a una muerte sin sentido, mortífera, que no enseña, que no permite aprender, que no elabora. Pero antes nos está remitiendo a una vida ya sin sentido. Tenemos entonces tres posibles derroteros:

- Una vida en silencio que nos deshumaniza.
- Una vida en el grito que nos animaliza (vida de terror resumido en el grito de la Llorona: “¡Ay, mis hijos!”, que nos obliga a vivir el resto de la vida en el desgarramiento interior).
- Una vida en la palabra que nos hace crecer en términos humanos. Y es aquí donde estamos llamados a responder para lograr un sujeto cuya vida esté resubjetivándose de manera permanente, ese que Foucault llama sujeto de la resistencia.

Pasemos entonces a la segunda parte, donde expondremos los hallazgos de la investigación. Uno de los puntos donde se exacerbaba la violencia contra las mujeres, en el caso de su traslape con el VIH, es el hecho de que al consumir los medicamentos antirretrovirales los resultados del *antidoping* salen positivos. Entonces, por ejemplo, al solicitar un trabajo en donde es requisito hacer la prueba de VIH, o se hacen pasar por consumidoras de sustancias ilegales o develan su estatus de seropositividad a VIH; en ambos casos pierden la oportunidad de trabajo. Otro efecto secundario

del medicamento y que el personal médico no está advirtiendo son las manchas en la piel y los cambios en la grasa corporal, con sus consecuencias en la autoestima, en la imagen y en la identidad. El otro efecto tiene que ver con la disminución del apetito sexual, por tanto, expone a una mayor violencia sexual a las mujeres, además de un aumento significativo de violaciones.

Otro de los hallazgos es que se está elevando el número de mujeres ligadas de múltiples maneras con el VIH, sobre todo en Centroamérica: han recibido el VIH de sus parejas, lo han transmitido a sus hijos y lo han recibido a través de transfusión. La sensación de pérdida se multiplica como en un laberinto de espejos y no se están desarrollando protocolos específicos para atender estos casos.

Sabemos que hay un ciclo en quien ejerce la violencia, que va entre el acto de violencia, después viene el pedir perdón y otra vez un acto de violencia para volver al perdón. Pero también los varones que ejercen la violencia y consumen sustancias se mueven de manera circular. Muchos trabajos han demostrado que mientras el macho no se coloque en el lugar pasivo durante un encuentro sexual con otro varón, siente que su masculinidad está inalterada: “Yo soy macho porque penetro, no me penetran”; no es así cuando llega a ser penetrado. Sin embargo, en el caso de la violencia y su cruce con las sustancias, los varones aceptan cualquier práctica sexual con tal de conseguir dinero, incluso ser penetrados. Después, bajo el efecto de sustancias, requieren con urgencia relaciones sexuales, apremio donde incluso la violación es válida. Una vez pasados los efectos de la sustancia vuelven al tema de la culpa, y así se repite el ciclo.

La violencia institucional constituye otro de los hallazgos en que el personal médico se autoriza a tomar decisiones que pertenecen a las mujeres; hay abortos o esterilizaciones donde no sólo no se las consulta, sino que ni siquiera se les informa. Se les prohíbe tener relaciones sexuales a partir de su diagnóstico de seropositividad, no tienen acceso a medicamentos y muchas veces es por la lejanía entre su domicilio y los centros de salud, por costo o por falta de infraestructura. Mientras que por una parte se les prohíbe embarazarse o tener relaciones sexuales, por otra

no hay acceso a métodos de prevención del embarazo, ni condiciones para realizar la interrupción del embarazo si así ella lo desea.

Todo esto se ve exacerbado cuando aparecen fenómenos como la movilidad y las migraciones al interior de un país o hacia otro. Por ejemplo, las consecuencias que se han dado en la región investigada debido a los conflictos que genera la violencia social y las guerras. El comercio sexual es una estrategia de supervivencia cuando se migra. Esto abre la posibilidad de ser víctima del tráfico de personas, muchas veces para servir dentro del comercio sexual. Es obvio que en esas condiciones es muy difícil que logren el uso efectivo y constante del condón. Así, muchas de ellas han adquirido el VIH y otras infecciones de transmisión sexual. Y como con frecuencia son víctimas de violaciones la difusión de infecciones se ve agravada.

El traslape entre la violencia contra las mujeres y el VIH es un espacio donde se pueden mirar muchos de los componentes de la construcción del género a partir de la violencia. Pero sobre todo, de cómo el biopoder es una estrategia de control y sometimiento.

BIBLIOGRAFÍA

- COROMINAS, Joan y José A. PASCUAL
 1991 *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos.
- FOUCAULT, Michel
 2000 *Defender la sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica.
 2006 *Sociedad, territorio, población*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
 2009 *Nacimiento de la biopolítica*, Madrid, Akal.
- SEGURA MUNGUÍA, Santiago
 2003 *Nuevo diccionario etimológico latín-español y de las voces derivadas*, Bilbao, Universidad de Deusto.

